



*¡Préstame tu
protección!*

IRIS BOO

Serie "Préstame" 10

¡Préstame tu protección!

Serie préstame 10

Iris Boo

1ª edición: abril 2020

© Iris Boo

Diseño de cubierta: Iris Boo

Iris Boo

iris.boo.writer@gmail.com

La historia, ideas y opiniones vertidas en este libro son propiedad y responsabilidad exclusiva de su autor.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

¡Préstame tu protección!

Serie préstame 10

Prólogo

Phill

Tenía la frente apoyada contra la fría pared del pasillo y me daba igual que no hubiese luz allí, ni que Irina se hubiese ido hacía dos minutos, ni que fuese probable que nunca se hubiese limpiado desde que inauguraron el puñetero local. De lo único que era consciente era de que quería darme de cabezazos contra esa pared hasta perder la consciencia, pero tampoco debía hacerlo. Porque la causante de mi frustración era la misma a la que debía mantener a salvo y, ante todo, soy un profesional.

Que mis genitales estén deseosos de que nuestros cuerpos se revuelquen juntos y felices, como dos cerdos en un charco de barro, no quiere decir que mi cabeza lo permita. Porque hay unas reglas básicas que no se pueden romper, y mezclar las necesidades sexuales y el trabajo nunca sale bien. Y no, lo de Antonella no es trabajo; sí, es una puñetera camarera, pero nunca será parte de mi trabajo. Me he ocupado del equipo de seguridad del club, del equipo de la casa y de los hombres que me sirven de apoyo en mis funciones para mantener segura a Irina. Las chicas de la barra no están en mi círculo de trabajo, aunque pueda parecerlo. Antonella es solo una manera de sacar toda la tensión que llevo dentro, porque sé que, de no hacerlo, esto me iba a explotar en la cara.

Siempre escuché esa expresión que dice «un clavo saca a otro clavo», pero a mí no me ha funcionado. Antonella es solo sexo sin complicaciones, sin planes de futuro, de familia ni nada de eso, aunque la tipa ha resultado ser la peor de las que pude escoger. En mi defensa diré que precisamente su carácter fue lo que me atrajo, porque era de ese tipo de personas de las que uno no se enamora, ni tan siquiera se deja atrapar por ellas y lo que ofrecen. Antonella es desechable y ella lo sabe, por eso todo este lío que ha montado a nuestro alrededor.

Por querer poner un buen muro entre nosotros me he metido en un lío peor, porque uno no manda sobre sus propios sentimientos, uno no elige de quién se enamora y yo he caído ahí por Irina.

Levanté la cabeza y me giré hacia la salida por la que había desaparecido ella.

Ahora tengo que arreglar todo esto, porque si he llegado a aguantar este extremo de la vara, bien puedo sostener el otro. Voy a luchar por recuperar lo que he perdido, por ganarme lo que ahora está en las antípodas de lo que pudo haber sido. Pero voy a pelear por ello, porque he sido un marine y los marines no se rinden, luchan hasta el final.

Capítulo 1

Irina

Subía en el ascensor junto a Serg, directa hacia el despacho del tío Yuri en su hotel. No es que fuese algo fuera de lo normal que hiciésemos aquel tipo de visitas, pero mi hermano parecía preocupado, algo poco frecuente en él desde que llegamos a este país. Desde que dejamos Rusia, hemos intentado construirnos una nueva vida, pero la sombra de Constantin Jrushchov ha volado sobre nuestras cabezas desde entonces. Hasta ahora parecía que Serg estaba a salvo, pero cuando se trata de tipos tan poderosos como él, nunca se sabe.

—¿Crees que son malas noticias? —le pregunté a mi hermano.

—No sé, pero no tiene pinta de que sea algo bueno. —No iba a decirle que todo saldría bien, porque esas palabras nunca han funcionado con Serg y conmigo. Los dos aprendimos a esperar lo peor, a no hacernos ilusiones. Primero la muerte de mamá, luego la enfermedad de papá. Encontrar a nuestra familia americana fue lo mejor que nos había pasado en mucho tiempo, pero todo se acaba tarde o temprano.

Cuando llegamos a la planta reservada de los Vasiliev, las puertas se abrieron con rapidez. Sentí los ojos de alguien sobre nosotros y no pude evitar pensar que seguramente así era. Nadie llegaba hasta allí si no tenía la autorización correspondiente y nosotros no teníamos ninguna de esas tarjetas o llaves especiales de acceso, así que solo quedaba una opción: vigilaban y controlaban nuestros movimientos.

Lo primero que vimos en el largo y suntuoso pasillo fue a un hombre parado frente a la enorme puerta de madera del despacho de Yuri. Era Phill. Al vernos, esbozó una pequeña sonrisa y saludó con la cabeza en nuestra dirección.

—Os están esperando. —Dio un par de golpecitos y de seguido abrió la puerta. Me cedió el paso y entré. Phill se quedó fuera y eso me extrañó.

—¿Tú no entras?

—Mi orden es esperar a que me llamen más tarde. —Y cerró la puerta. Había esperado algo más de él, ya que desde que llegué a Las Vegas se había convertido en algo más que mi chofer, casi pensaba que era un amigo.

Nuestro tío y mis primos estaban esperándonos y aquello me puso más nerviosa de lo que ya estaba.

—Si tomáis asiento, empezaremos con todo esto. —Obedecí por inercia.

—¿Es algo malo? —Llámenme impaciente, pero no soy de esas personas que evitan las malas noticias todo lo que pueden, yo prefiero afrontarlas lo antes posible.

—Jrushchov tiene a un hombre siguiendo a Irina. —Creo que perdí parte del color de la cara en ese momento. Fue escuchar ese nombre y sentí como todos mis fluidos salían corriendo a esconderse.

—No tienes que preocuparte, pequeña —intervino Yuri.

—Lo primero que quiero que entendáis es que todo se está desarrollando como Viktor anticipó. —Viktor asintió con la cabeza, pero no era suficiente para tranquilizarme.

—¿Quieres decir que todo este tiempo habéis sabido que me estaban buscando? —Viktor se levantó de su asiento y camino hacia mí.

—Estos tres meses no queríamos recordaros a Jrushchov ni sus intenciones, pero todos

sabíamos que no iba a quedarse quieto. Tú también lo sabías, ¿verdad? —¿Saberlo? Sí, pero había intentado no pensar en ello.

—Boby le ha dedicado todos nuestros recursos, esperando a que llegara a nosotros o, mejor dicho, a ti. Porque si te tiene a ti, tiene a Serguéy. Eres la reina de esta partida de ajedrez —explicó Yuri.

—¿Y ahora que me ha encontrado? —pregunté.

—Ahora es cuando le damos la vuelta a todo.

—¿Y cómo lo hacemos? —preguntó esta vez Serguéy.

—Esperábamos que con el truco del apellido, él pensara que habíamos fracasado en nuestro intento de esconderos. —Aquella jugada con nuestros permisos de residencia, para cambiar nuestro apellido real, ¿había sido un truco que tenía que fracasar?

—Eso quiere decir que tenéis un plan. —Serguéy parecía entender todo esto mejor que yo, o al menos no perdía el tiempo con lo que ya había sucedido.

—No sé cómo se llama esta jugada en el ajedrez, pero, básicamente, vamos a hacer desaparecer a la reina delante de sus narices.

—¿Y por qué no se ha hecho antes? La desaparición definitiva, quiero decir. —Llámenme práctica, pero soy de esas personas a las que no les gustan los juegos, yo soy de las que va directa al grano.

—Porque queríamos que llegara a nosotros, que sepa que estamos aquí, jugar en nuestro tablero.

—Algo así como que nuestro equipo juega en casa —añadió Nick.

—No voy a aburriros con una explicación detallada de nuestro plan estratégico, porque solo tenéis concentraros en vuestra parte.

—Y porque tampoco te iban a entender, Viktor, a veces incluso a mí me cuesta seguirte. —Viktor sonrió a Nick de forma petulante.

—Qué forma tan sutil de llamarme genio. En fin, como decía. Ahora es el momento de hacer desaparecer a Irina de forma más concienzuda.

—¿Cómo de concienzuda? —quise saber.

—No vas a hacer nada ilegal, tranquila. Hay una manera de hacerlo, de forma totalmente legal, rápida y efectiva. Y por si fuese poco, además será segura, muy segura.

—¿Por eso estamos aquí los dos? —dijo Serg.

—Por eso estáis aquí los tres —aclaró Yuri.

—¿Qué?

—Te vamos a casar. —Fue Andrey el que lo dijo, por eso entendí que no era una broma. De todos mis primos, él no bromeaba con este tipo de cosas.

—¿Casarme, con quién? —¿Dónde demonios iban a meterme estos locos?

—Phill. —Dijo Serg. Yuri sonrió y Andrey asintió con la cabeza.

—A grandes rasgos, tu matrimonio con Phill te dará un nuevo apellido. Uno con el que los hombres de Jrushchov ni pensarán en buscarte. Y segundo, tendréis que viajar —aclaró Yuri.

—En Miami tenemos un negocio, un club, al que me gustaría que le dieras una nueva dirección. Sé que conoces el terreno y que tu perspectiva le daría el enfoque con clase que queremos darle. Ya me entiendes, hacer que algo vulgar sea algo elegante y más rentable —detalló Viktor.

—¿Queréis que dirija el club? —Eso le daba otra dirección a todo el asunto y sonaba interesante.

—Queremos que lo conviertas en algo con clase y sabemos que puedes hacerlo. Te proporcionaremos todo lo que necesites. El resto, es cosa tuya. —Dirigir un club, ser yo quien por

una vez diera las órdenes, no quien las recibiese. Sabía que estaba mordiéndome el labio inferior, era un tic que tenía y que me asaltaba cada vez que mi cabeza se ponía a darle vueltas a algo.

—Y no estarás sola, Phill viajaría contigo y, como será tu «esposo», estará cerca de ti en todo momento. Ya detallaremos más después.

—Me he tomado la libertad de preparar la documentación del divorcio y los certificados para el enlace. De esta manera, no habrá ningún problema a la hora de disolver el matrimonio. — Andrey, era bueno tener un abogado en la familia.

—Aquí, mi hermano mayor, lo que no os ha dicho es que se ha sacado un certificado para poder officiar bodas, así se asegura lo de la confidencialidad y esas cosas —puntualizó Nick.

¿Se estaba riendo de Andrey? Creo que sí, porque el pobre estaba poniendo los ojos en blanco.

—A ver, quedamos en que íbamos a dejar el menor número de pistas posibles, ¿no? Pues eso. Bueno, Irina, tú decides. ¿Quieres hacerlo o buscamos otra alternativa?

—¿La hay? —La idea no es que me sedujera realmente, pero si mis primos, los supergenios a la hora de crear estratagemas de este tipo, se inclinaba por esta...

—Claro, pero no sería legal, o implicaría un confinamiento indefinido en casa de mis padres. Yo creo que mi idea es la mejor, pero, claro, no soy yo la que va a pasar por un matrimonio falso, huir a Miami y dirigir un club. Son demasiados cambios y de mucho peso.

¿Se creían que me iba a echar atrás como una cobarde pusilánime? He bregado con matones durante años allí en Rusia y no tenía a nadie para cubrirme la espalda. ¿Dirigir un club con Phill protegiéndome? Sería como ir a la batalla dentro de un tanque.

—Puedo hacerlo. ¿Dónde tengo que firmar?

Capítulo 2

Phill

Hay veces en que uno se pregunta hasta dónde llegaría por desempeñar su trabajo. No, no me refiero a un triste operario en una fábrica o una oficina. Trabajar con los Vasiliev va más allá de todo eso. Sé que el mío no es un trabajo convencional, por eso me gusta. Me alisté en la marina porque soy de esa clase de personas que necesitan emoción en su vida, conocer lugares, personas; en una palabra, movimiento. Y sí, el ejército te da eso y grandes dosis de disciplina, algo que necesitaba en aquel momento. Pero también te da una buena palada de realidad: que los cabrones con poder son los peores cabrones del mundo y, como estés debajo de ellos, tu vida estará jodida.

Con los Vasiliev descubrí que había otro tipo de cabrones, los que ponían a cada uno en su sitio, los que defendían a los suyos, los que tenían su propia manera de hacer justicia y, joder, vaya si me gustaba eso. Los Vasiliev están hechos de otra pasta. Para que luego digan de los códigos de honor asiáticos. Los Vasiliev eran duros, muy duros, pero tenían que serlo. Mi padre ya me puso al corriente del terreno en el que se movían. No es que me gustara entrara ahí, no entendía aquella fidelidad para con ellos, al fin y al cabo, eran mafia, el miedo tenía que tener algo que ver, pero terminé por entender a esta familia. Ellos seguían un camino más o menos recto y cuando apartaban a alguien de él lo hacían de una forma limpia. Creo que porque pensaban que lo que se gana con malas artes te lo quitan de igual manera. ¡Ah! Pero pobre del que pusiera piedras en ese camino, o intentase sacarles de él. Había una premisa que todo el mundo conocía: «no se juega con un Vasiliev», y había una base sólida para sustentarla. Les jodes, la pagas, pero a su manera.

Y ahora venía el motivo por el que estaba en el despacho del jefe supremo con una pluma en la mano y firmando un acta matrimonial. Me habían encomendado una misión importante, muy importante, y yo acababa de aceptar. Tenía que proteger a Irina Sokolov, una familiar de los Vasiliev, mis jefes, y debía hacerlo de la manera más completa que había pensado. Tenía que mantenerla oculta sin estar oculta. Eso lo entendía, porque ella no había cometido ningún crimen, no merecía pasar su vida encerrada en una casa, no debían robarle su vida. Como me habían explicado, había una forma de hacerlo, a su manera. ¿Protección de testigos? Sí, pero con los recursos Vasiliev.

Paso uno: darle un apellido diferente a Irina. Una simple boda, con la salvedad de que los papeles del divorcio ya estaban redactados y firmados para que no hubiese problemas a la hora de disolver el matrimonio.

Paso dos: llevarla bien lejos, al otro extremo del país.

—Listo. —Le entregué los documentos a Andrey Vasiliev, el abogado de la familia. Era un tipo serio, tirando a frío, y extremadamente puntilloso con los temas legales.

—Seguro que tienes cosas que deseas llevar contigo, asuntos que dejar arreglados. Pero recuerda que no debes decir a nadie dónde vas, no dejes pistas que otros puedan seguir. Si tienes mascotas, o plantas que regar, entrégale las llaves a Sam y él se encargará de todo. —Viktor Vasiliev me miraba de esa manera que decía que no quería cabos sueltos, que esto no era un juego. Así que asentí. No estaría aquí si fuese un blandengue que no aguanta la presión de un jefe como él.

—Seré discreto.

—Bien. Ya sabes dónde debes estar a media noche. —Viktor se giró para sentarse de nuevo tras su mesa—. ¡Ah! Despidete como Dios manda, vas a estar mucho tiempo lejos de casa.

Asentí de nuevo y salí de la habitación. ¿Dónde se ha visto una boda en la que los novios se ven unos minutos antes de la boda y después firman los documentos por separado? En alguna de esas culturas extrañas, seguro. Aunque esto es Las Vegas, reino de las bodas, por absurdas que sean.

Mi padre estaba esperando cuando salí del ascensor, preguntando con su mirada cómo había ido todo.

—¿Dónde vamos? —preguntó.

—¿Comida en familia? —Me dio una palmada en la espalda como hacíamos los hombres y me sonrió.

—Tienes suerte, Candy va a hacer pizza de kale para cenar.

—¿Kale? ¿Eso no es una verdura?

—Lo es, sí. Antes la tomaba en licuados, pero Candy me ha descubierto que cuidarse también puede hacerse con cosas ricas. —Ese era mi padre, el de «mi cuerpo es mi templo».

—Lo probaré.

—La llamaré entonces para que haga una grande. Mientras, tienes que preparar la maleta. —Asentí hacia él y caminamos juntos hasta su coche.

Desde que era niño, mi padre ha sido ese apoyo que siempre estaba ahí, dándome ánimo en silencio. Una suerte que mi madre no consiguiera envenenar mi cabeza con el odio que sentía hacia él. Sí, mis padres se divorciaron cuando yo era un niño. No fue por alguna infidelidad, sino porque mi madre no comprendía el trabajo de mi padre y él tampoco quería contar mucho; es lo malo de hacer cosas poco legales para gente como los Vasiliev, que no puedes ir contándolas por ahí. «Hola, cariño, hoy me he colado en la casa de un tipo, la he revuelto y la he puesto patas arriba. ¿Qué tenemos para cenar?». No, eso no podía hacerse, sobre todo con mi madre, que le gustaba contar la vida y milagros de todos a todo el mundo. Mi padre cumplió con su trabajo y perdió una mujer al mismo tiempo. Mi madre... Le odió por elegir su trabajo por encima de ella, y puedo entenderla. Lo que no acepto es que después quisiera manipular a su hijo para que odiase a su padre en venganza. Y casi caigo, hasta que la mandé a la mierda a los 18 y me alisté en el ejército. Mi padre me apoyó en cada decisión que tomé, él nunca criticó a mi madre, ni intentó volverme contra ella. Desde que se separó de mi madre, tuvo alguna relación, nada serio, seguramente porque pensaba que no quería pasar de nuevo por lo mismo, o no merecía la pena hacerlo, hasta Candy. Ella le ha devuelto las ganas de volver a tener una vida completa.

Así que hice la maleta, le di las llaves de casa a mi padre y me despedí de ellos. No había nadie más a quien decir adiós realmente.

A la hora convenida, mi padre aparcó el coche junto a un hangar en un aeródromo privado. Ya lo conocía. El mismo avión con el que comencé mi viaje a Rusia, el mismo viaje en el que conocía a Irina y su familia.

La vi abrazada a su hermano, despidiéndose, y no tuve corazón para interrumpir. Así que llevé mi maleta a la zona de equipajes y esperé a que ella subiera. Antes de poner un pie en la escalinata, la mano de su hermano aferró mi brazo.

—Vas a cuidar de ella y no vas a permitir que nada ni nadie le haga daño. Y como seas tú el que la lastime, iré allí y te arrancaré las pelotas antes de hacer que te las comas.

—Puedes estar tranquilo, sé cómo hacer mi trabajo. —Serg asintió.

—Más te vale. —Subí las escaleras y me acomodé en el asiento frente a Irina.

—Solo está haciendo de hermano. No se lo tengas en cuenta.

—Yo haría lo mismo. —Ella puso los ojos en blanco.

—Hombres. —Sonreí y me até el cinturón, porque los motores se encendieron en aquel instante. Miami, allá vamos.

Capítulo 3

Phill

De no haber conocido el plan, el aterrizar en Chicago me habría desconcertado, precisamente lo que Viktor Vasiliev buscaba. Al mirar por la ventanilla del avión, vi las luces del pequeño aeródromo iluminando la pista y, en el extremo, un vehículo con las luces encendidas. Podía ser noche cerrada y la iluminación escasa, pero no necesitaba verle la cara al tipo que estaba parado de pie delante del SUV para saber que era de esos tipos que no tenía miedo a la oscuridad y los animales que merodean en ella, probablemente porque él era el mayor depredador de todos. Soy un tipo que se ha enfrentado al peligro muchas veces y, aun así, haría lo que fuera por evitar cabrear a ese tipo; sabía quién era: Alex Bowman. Si en Las Vegas no se juega con los Vasiliev, en Chicago no se juega con Alex Bowman.

—Nos están esperando. —Volví el rostro hacia Irina, que contemplaba fascinada al hombre parado al otro lado del cristal. La luz iluminaba ahora su rostro y, sí, tenía que reconocer que el tipo no era feo, aunque no soy el más indicado para opinar sobre hombres, a mí me han gustado siempre las mujeres.

—Tal como dijo el señor Vasiliev. —Irina puso los ojos en blanco, seguramente porque para ella sus primos tenían un nombre de pila. Yo era un simple empleado, para mí era el tipo que daba las órdenes.

Caminé tras ella, bajamos las escaleras del avión y luego recorrimos el tramo de cemento hasta el tipo. Él sonrió a Irina de una manera que no me gustó nada. Sí, tenía que reconocer que la chica era una tentación para la vista, pero estaba bajo mi cuidado. El tipo podía ser el maldito león de esta selva, pero yo había jurado protegerla dos veces, al jefe y al hermano de la chica, así que ya podía olvidarse de hacer cosas sucias con ella.

El tipo se acercó a ella y le tendió la mano. Fue más una caricia que un saludo, así que me vi obligado a interrumpir antes de que la cosa fuese a más.

—¿Alex Bowman? —El tipo se giró hacia mí bastante contrariado, pero soltó la mano de Irina para estrechar la mía y estrujarla como si fuese una esponja. «No me intimidas, capullo».

—Supongo que tú eres Hendrick. —Le devolví el apretón y luego le solté la mano.

—Lo soy. —El tipo me sonrió divertido, se giró hacia Irina y le tendió el brazo para que ella lo tomara.

—Será mejor que sigamos esta charla en el coche. Tengo bastante que hacer y este servicio de taxi no se va a hacer solo. —Le abrió la puerta de atrás a Irina y la ayudó a deslizarse por el asiento. Iba a decir algo sobre nuestro equipaje, pero un tipo ya se estaba encargando de meterlo en la parte trasera del vehículo.

Iba a entrar en el coche, cuando la ceja de ese Bowman se alzó hacia mí. Su hombre se sentó en el asiento del conductor así que, con Bowman e Irina sentados en los asientos traseros, solo quedaba libre el asiento delantero del acompañante. Sí, Irina llevaba mi apellido, pero eso no era más que un cambio de nombre; si hubiese sido mi esposa de verdad, ya le podían dar mierda a ese tipo. Me habría metido en el asiento trasero con ellos, aunque quedáramos como un emparedado de jamón y queso. Pero sabía cuál era mi puesto, solo un guardaespaldas, y el tipo también lo sabía, si no, no habría hecho esa jugada. Así que abrí la puerta delantera y ocupé mi lugar. El coche empezó a moverse para salir del aeródromo.

—¿A dónde vamos? —Podía ver a Bowman a través del espejo retrovisor, le sonreía a Irina mientras cogía su mano seductoramente.

—Viktor me dijo que necesitábamos cubrir vuestras huellas, así que nos dirigimos a otro aeródromo, donde otro avión os está esperando para la segunda parte del viaje. —Muy astuto, pensé, pero seguro que no había sido idea suya, aunque así lo hubiese insinuado. He aprendido a conocer la forma de trabajar de Viktor Vasiliev, y es de esos que no deja nada al azar.

—Muy inteligente. —El tipo le sonrió y le besó la mano. Tenía los dientes apretados para no soltar algo inapropiado, porque sabía que no debía hacerlo, cuando el teléfono del tipo sonó. Lo sacó del bolsillo y se lo llevó al oído.

—¿La has localizado, Jonas? ... Dame la dirección ... Connor, mete Colson Dinner en el navegador. —El tipo que conducía introdujo los datos casi sin apartar la mirada de la carretera. La ruta apareció en cuestión de segundos—. ¿Está dentro ahora? ... ¿A qué hora abren? ... —El tipo giró la muñeca para ver la hora en su reloj—. No, creo que nos dará tiempo. Tú espera a que lleguemos, quiero encargarme personalmente de este asunto. —El tal Connor sonrió malévolamente, como si supiese que esa frase escondía algo de lo más interesante y divertido—. Disculpa la interrupción.

—Siento haberte apartado de tu trabajo —se disculpó Irina.

—Tranquila, no es trabajo. Digamos que es un asunto... familiar. —Y los dos tipos sonrieron como tiburones. No quería ni imaginar qué tenían previsto hacer cuando nos dejaran.

—Ya hemos llegado, jefe. —Alcé la vista para ver que atravesábamos una verja metálica alta que delimitaba una larga pista de cemento. 200 metros y estábamos a los pies de otro avión, bastante más pequeño que en el que llegamos. Tenía un distintivo pintado en uno de los laterales que no me sonaba nada, una empresa local supuse.

—Bien, preciosa, tu carroza te está esperando.

Bajamos del coche y, mientras Bowman acompañaba a Irina hasta las escalerillas del avión, Connor me dio una de las maletas mientras él acarreaba la otra. ¿Protestar o sentirme indignado? Para nada, ese era mi lugar, el tipo solo me lo estaba dejando claro. Ellos eran los jefes, nosotros los empleados.

El piloto se aseguró de que la compuerta del equipaje estaba bien cerrada y después Bowman habló con él. Irina y yo aprovechamos para entrar y acomodarnos en nuestros asientos. El avión no estaba mal, pero después de viajar en el de los Vasiliev... Bueno, uno veía la diferencia de ligas en las que jugaban. Antes de que la puerta se cerrara, puede escuchar a Bowman decirle a su hombre algo así como «vamos a por mi prima». Luego los motores empezaron a rugir y, en cuestión de minutos, estábamos rodando por la pista, esta vez sí, destino Miami.

Tras tres horas de vuelo el sol radiante de Miami nos saludó con fuerza. Conociendo a Viktor, nos tendría preparado un medio de transporte para cuando llegáramos al aeródromo. Tenía la dirección y las llaves de nuestro destino en el bolsillo de la chaqueta, así que solo deseaba que hubiese una cama limpia en la que tirarme encima cuando llegara. Por mucho que se intente dormir en un avión, el cuerpo pide a gritos un buen colchón.

Puede que la luz del sol devolviese algo de lucidez a mi cansada mente, porque una idea asaltó mi cabeza en aquel instante, ¿cómo narices consigue una persona de Las Vegas las llaves de una vivienda en Miami? Normalmente hay que pasar a recogerlas en la propia ciudad. Saqué el papel con la dirección y observé una secuencia numérica al final de la hoja ¿Un código de seguridad? ¿Tenían una alarma? Llaves, alarma, Viktor se tomaba muy en serio la seguridad de su prima. ¿Por qué coño lo dudaba? Se había agenciado un puñetero guardaespaldas 24/7 para ella.

Capítulo 4

Phill

Vaya con la casa que nos había encontrado el jefe. Era una maldita mansión, o casi, ¿Qué tendría, 400 m²? Y con una parcela independiente de... una burrada de terreno. Y todo bien protegido por un cercado bien alto y electrificado, con puerta de acceso con código de identificación para entrar, de ahí los números en la parte inferior de la nota de Viktor.

Cuando llegamos dentro, noté que todo estaba desierto. Sí, una propiedad muy grande y con una buena barrera física y tecnológica para protegerla, pero, como todo castillo, necesitaba soldados. Tendría que hablarlo con el jefe.

Metimos nuestras cosas dentro y dejé a Irina en la entrada mientras revisaba toda la casa. Cuando regresé, ella no estaba y su maleta tampoco. No se había ido, porque supongo que habría avisado. ¿Secuestrado? No se llevarían la maleta. Conclusión, se había ido a su habitación. Así que cogí la mía y caminé hasta la zona de habitaciones. Como pensaba, ella estaba en una de ellas, tirada sobre la cama panza abajo, con los zapatos tirados en el suelo y la ropa puesta. Solté el aire y la maleta y entré en la habitación.

—No vuelvas a hacerlo. —Ella giró la cabeza hacia mí, sin mover ningún músculo más del necesario.

—Tengo sueño. —Genial, ya sabía quién tomaba las decisiones, y no era su cerebro.

—Tenías que haber esperado a que revisara la casa, eran solo unos minutos, Irina.

—¡Agh! Ya, Phill. Se supone que nadie sabe dónde estamos, acabamos de llegar, la propiedad ha estado cerrada y no había señales de allanamiento, ya sabes, la alarma puesta y todo eso.

—Existen unos protocolos de seguridad, Irina. Hoy ha salido bien, pero no quiere decir que siempre sea así. Asúmelo, estás en riesgo y yo estoy aquí para mermarlo. Hemos venido hasta aquí para minimizarlo, no para hacerlo desaparecer, eso no ocurrirá hasta que lo confirme el señor Vasiliev. Mientras tanto, tenemos que seguir un procedimiento.

—Phill, estoy cansada, me duele la cabeza por la falta de sueño. ¿Te importaría que tuviésemos esta charla dentro de unas horas? Prometo escuchar todo lo que tengas que decirme, pero déjame volver a ser persona antes. —Señor, iba a ser difícil con esta mujer, pero yo también era testarudo.

—Prométeme que no saldrás de la casa, que no harás ninguna llamada telefónica y que, si te despiertas antes que yo, irás a buscarme.

—Sí, sí, te lo prometo.

—Estaré en la habitación de enfrente.

—Ummfff. —Hundió la cara en el colchón y yo me fui a mi cuarto. Cerré la puerta antes de salir y cargué con la maleta.

Lo primero que hice fue sacar mi equipo. Gracias, aeropuertos privados, por no tener control de seguridad. Escondí mis armas en varios sitios de la habitación, pero dejé algunas en la maleta, para repartirlas después por varios puntos de la casa. ¿Paranoico? Yo diría precavido. He visto demasiadas películas de acción en las que se cargan a mucha gente que no está preparada para defenderse. Un arma a mano puede salvarte la vida, pero no tan a mano como para ser descubierta. No soy de esos que duerme con una pistola debajo de la almohada, pero hasta que todo esto acabara, sí estaría debajo del colchón. Otra en el baño de la habitación, otra en el armario... No

todas las armas tienen que ser pistolas. Soy marine, o lo era. ¡No! Una vez marine, siempre marine. El caso es que nos enseñaron a defendernos cuerpo a cuerpo. Dame un cuchillo y haré una carnicería antes de que me derriben. Se preguntarán: «¿Marine?». Sí, pero no de los que friegan la cubierta del barco, ya me entienden.

Saqué mis zapatillas deportivas y las dejé bien a mano, es decir, junto a la cama, estratégicamente colocadas para abrir los ojos, sentarme en la cama y meter los pies dentro. Rapidez, de eso se trata, si tengo que salir corriendo, lo haré calzado, dos segundos pueden ser cruciales, pero ir descalzo en una situación de peligro... Cuestión de prioridades. Uno lo aprende con la práctica.

Me quité la ropa y la coloqué sobre la silla, que había colocado cerca de la puerta. Sí, también cuestión de estrategia, podía coger lo que necesitaba de camino a la salida y, si alguien entraba en la habitación para sorprenderme mientras dormía, sería un obstáculo en su camino, más posibilidades de hacer ruido, más posibilidades de que yo lo descubriera. Abrí las sábanas y me recosté en el colchón, me acerqué a la orilla y me coloqué boca abajo para que mi brazo pudiera acceder con facilidad al arma que tenía escondida bajo el colchón. Ahora sí es cuando me pueden llamar cabrón meticoloso, calculador y recalcitrante.

Cerré los ojos y escuché los sonidos que llegaban de todas partes, estudiándolos. A partir de ese día iban a convertirse en la banda sonora de mi vida. Una nota discordante significaba que algo había cambiado, y seguramente para mal.

En fin, me centré en el silencio y dejé que el cansancio me llevara, porque en algo tenía razón Irina, si no había sorpresas al llegar a casa, estas tardarían en aparecer, así que aprovecharía ese tiempo para descansar.

Irina

Lo malo de dormir con la ropa puesta es que las costuras impiden que te muevas con libertad, y yo soy de esas personas que se mueven cuando duermen. Serg dice que hago esa postura que llaman «del alpinista». Sí, ya saben, esa en la que parece que estás trepando por el colchón, como si fuera una pared de roca. Quizás por eso, por sentirme incómoda durante la escalada, me desperté con sueño.

Levanté la cara de la colcha, donde había dejado un buen charco de baba sobre la suave tela. Me puse en pie lentamente y me desperecé un poquito, lo justo para saber lo que estaba haciendo sin llegar a despejarme del todo, pues tenía intención de seguir durmiendo. Me quité los pantalones, la camiseta, y la ropa in... No, eso podía esperar, antes tenía que comprobar que todo estaba como debería. Quizás fue por las horas de sueño, pero mis neuronas empezaron a funcionar. Esta era una casa nueva y, aunque tendría más tiempo para explorarla a conciencia, sí necesitaba saber las cosas básicas, como dónde dormía mi perro guardián. Nunca lo habría llamado así, pero es que el tipo ya me había ladrado, así que el apodo le pegaba.

Caminé hacia la puerta y la abrí con sigilo por si estaba durmiendo, no quería despertar a la bestia. Tuve que salir al pasillo para obtener una buena panorámica de su habitación, y ahí lo encontré, dormido sobre la cama, casi desnudo. No voy a mentir, la vista era realmente buena. Brazos tonificados, espalda esbelta y trasero redondito. Mmm, a mi perro guardián le quedaba bien ese bóxer de licra todo ceñidito a... su cuerpo se movió ligeramente, como reacomodándose y yo salí de allí como un conejo asustado. Entré en mi habitación y cerré la puerta hasta dejar solo una pequeña ranurita. Reculé unos pasos y esperé. No, no parecía que me hubiese visto. Solté el aire que estaba conteniendo y me volví hacia la cama. Me quité el sostén, para que los incómodos

aros no se me clavasen, y me metí debajo de las sábanas. Un par de horitas más, solo necesitaba dormir un par de horitas más. Como si fuese tan fácil con el corazón latiéndome a mil.

Phill

¡Mierda! Entreabro los ojos para investigar el ruido que había escuchado y me encuentro con una maldita tentación de piel blanca en ropa interior. ¡Joder!, ¿y tenía la cabeza ladeada mientras se mordía el labio interior? Una maldita llamada a la perdición que mi pene escuchó alto y claro; el cabrón estaba preparándose para saltar sobre esa delicia, haciéndome sentir realmente «incómodo» ahí abajo. Intenté recolocar al impertinente, fingiendo que aún seguía dormido, y, ¡bingo!, la curiosa salió corriendo, no sin antes dejarme grabada en la retina una buena imagen de su trasero. ¡Mierda!, ¿ahora a ver quién era capaz de dormir? Tú cierra los ojos Phill, tú cierra los ojos. Y tú, cabrón independiente, jódete, ese premio nunca te va a tocar.

Capítulo 5

Phill

Pedirle recursos a un jefe como Viktor Vasiliev podía acojonar a cualquiera, bueno, simplemente hablar con él ya acojonaba. Te miraba de una forma que parecía estar mirando dentro de ti, no sé, como si él pudiera ver algo que el resto no podía. Algo que te gustaría mantener bien escondido.

El caso es que yo contaba con una carta a mi favor, la seguridad de un familiar, y, por lo que había visto y oído de él, por su familia haría cualquier cosa. Así que escatimar en recursos no sería algo que haría con Irina.

Tenía el teléfono directo de él y de Bobby, el genio de la central de seguridad, pero siguiendo las órdenes del jefe, trataría con él directamente. El otro teléfono solo lo utilizaría si no conseguía localizar a Viktor y fuese un asunto realmente urgente. Aunque ya me dejó bien claro desde un principio que contaba con que yo fuese lo suficientemente «imaginativo» para resolver la mayoría de las contrariedades con las que me encontrase. Realmente no me había ganado esa parcela de independencia que me estaban dando, así que suponía que lo que quería era evitar contactos que pudieran ser rastreados. Evitar riesgos.

—¿Cuántos hombres necesitarás?

—Tendré que hacer un estudio más detallado de la seguridad de la casa, pero por lo que he visto hasta el momento, con tres hombres cubriendo los turnos y dos para cubrir las rotaciones, estaría cubierto.

—Bien, le diré a Bobby que busque perfiles para esos puestos en la zona. También tendrás que encargarte de la seguridad del club.

—Sí, señor.

—Esa es parte de tu trabajo y lo que justifica el que estés cerca de Irina en su lugar de trabajo.

—¿Seguimos con la tapadera del matrimonio o fingimos tener otro tipo de vínculo familiar? — Esperé unos segundos a que el jefe contestara. Daba la impresión de que le había sorprendido, tal vez es que no encontraba una respuesta buena que darme.

—No sé cuánto tiempo me llevará solucionar esto, Phill. Pueden pasar meses sin conseguir resultados. No puedo obligarte a mantener un celibato, que, en tu situación ni yo mismo hubiese cumplido. Y la discreción... Es difícil centrarse en dos cosas a la vez y prefiero que lo hagas en la seguridad de Irina.

—Entonces hablaré con ella y encontraremos una solución.

—Me parece lo más acertado. Con respecto a lo del personal y todos los arreglos y cambios que haya que acometer en el club, he habilitado una cuenta con bastante liquidez para afrontar cualquiera de ellos. Si fuese insuficiente, que se ponga Irina en contacto conmigo. El equipo de seguridad se incluirá dentro del equipo del club, tampoco tendrás que preocuparte por sus nóminas. Toda la contabilidad la gestionaremos desde aquí, al igual que todos los temas fiscales.

—De acuerdo.

—Antes de empezar con todo el proyecto, tendrás unos días para formar un equipo de seguridad adecuado. Cuando os presentéis en el club como la nueva dirección, espero que todo esté listo. Quiero que se acostumbren a ver a un hombre siempre detrás de Irina, eso hará que no lo encuentren raro y dará una imagen de empresa fuerte.

—Sí, señor.

—Bien, en el despacho principal de la casa hay conexiones para un laptop, que os llegará mañana por mensajería. Tenéis conexión a internet y algunas cosas más que te especificará Bobby en un correo electrónico. La clave de acceso es Madagascar. Cámbiala en la primera sesión.

—Sí, señor.

—Mantenme al tanto de los cambios por correo electrónico. Un informe cada miércoles.

—Sí, señor.

—Cuida de ella.

—Lo haré, señor.

Colgó y yo miré el teléfono un par de segundos. ¿Madagascar? ¿Como la película de animación de los pingüinos esos que parecían un equipo de las fuerzas especiales? Sí, esa es la que llegan con los otros animales del zoo a esa isla. No podía ser, ¿verdad? ¡Ja!, Madagascar. Tenía recocineo. Bobby sería Kowalsky, el genio, Viktor sería el capitán, si Irina era la inocente Private, yo no podía ser otro que el loco y suicida Rico. Curioso.

Escuché pasos a mi espalda y me giré para ver aparecer a Irina en la cocina, donde estaba yo. Llevaba ropa diferente a la de esa mañana y estaba despejada por la ducha que se había dado. Eso último lo sabía porque nada más oír correr el agua, aproveché para hacer esa llamada a Viktor.

—Buenos días. —Levanté la taza que había dejado sobre la mesa de desayuno: —¿Un chocolate?

—¿Chocolate?

—Es la 1 de la tarde, me pareció más apropiado que café. —Se acercó a la mesa y se sentó en el taburete sin dejar de mirarme.

—Dejaron la despensa bien surtida. —Llevé mi taza al fregadero y la enjuagué antes de meterla en el lavavajillas.

—No te creas. Solo encontré unas cápsulas de café y otras de chocolate. Nada más.

—Entonces tendremos que salir a comprar suministros.

—Apunta leche, esto está asqueroso con agua.

—Vale, leche. Y ¿qué tal si salimos a comer fuera? Mis tripas se mueren por algo rico. Y ha quedado claro que el chocolate no me sirve.

—Deja que me vista y nos vamos, ¿de acuerdo?

—Bien, pero no tardes. Cada segundo que pasa ese chocolate me va pareciendo más apetecible. —Asentí con la cabeza y caminé deprisa hacia la habitación. Ajusté el arma en el tobillo y cogí la documentación que me permitía llevarla en el estado de Florida, mi cartera y regresé con mi hambrienta muj... Irina. Teníamos que aclarar eso.

Irina

Phill conducía el coche de alquiler siguiendo las instrucciones del navegador, cuando, sin apartar los ojos de la carretera, empezó a hablar.

—He estado hablando con Viktor Vasiliev.

—Mi primo —interrumpí. Él soltó el aire resignado.

—Sí, tu primo. Llegamos a la conclusión de que debemos aclarar nuestra relación antes de presentarnos en el club.

—¿Relación?

—Sí, ya sabes. Llevas mi apellido porque nos casamos, pero eso no fue más que una maniobra para cambiarte el nombre.

—Lo sé.

—El caso es que necesitamos presentarnos en el club como algo que después mantengamos sin esfuerzo, porque las mentiras acaban cayendo por su propio peso con el tiempo y no sabemos cuánto estaremos en esta situación, aunque no parece que sea poco.

—No, no lo parece —coincidí.

—Entonces, tenemos que encontrar un tipo de relación que me permita estar cerca de ti constantemente, sin que resulte extraño que vivamos y trabajemos juntos.

—No nos parecemos mucho para ser hermanos. —Nos comparé en un vistazo rápido y, definitivamente, yo era toda una chica nórdica y él era de unos cuantos países más al sur. Como si fuéramos de extremos opuestos de Europa, yo del noroeste y él del suroeste.

—No sé si será buena o mala idea, pero había pensado que, sencillamente, tú mantengas el apellido Hendrick y a mí simplemente me llames Phillip, o Phill. Si eres la directora del club, no creo que nadie se atreva a preguntarte por nuestra relación.

—Pero pueden preguntártelo a ti.

—Cuando eso ocurra, diré poco y seré ambiguo. Que ellos se monten sus propias historias, no podemos evitarlo. Pero mientras no haya una confirmación oficial, habrá muchas teorías que los mantendrán ocupados.

—Suenan retorcido.

—Puede, pero es lo mejor que se me ha ocurrido.

—A mí me sirve.

—Entonces tenemos una estrategia. ¿Qué te apetece comer?

Capítulo 6

Irina

Cuando Phill instaló el laptop en el despacho, estuvo un rato ajustando la conexión para que el técnico del primo Viktor, Bobby, creara una conexión segura y rápida. Un segundo después de que todo estuviese hecho, Phill me cedió el puesto y lo primero que encontré fue la cara de mi hermano al otro lado. Una videoconferencia, había llamado a Serg.

—¿Qué tal estás? —Serg me sonrió, de esa manera dulce y triste que era propia de él. Desde que escapamos de Rusia, mi hermano había cambiado su expresión de «estoy peleando contra el mundo» a un «estoy bien, no te preocupes», parecía solo existir. Como su hermana, me sentía mal al verle así. Parecía como si no tuviese puesta la vista en el futuro, solo en el día a día, y eso me entristecía. Pero no podía recriminarle nada, con la amenaza de Constantín Jrushchov volando sobre nuestras cabezas, ninguno de los dos podía permitirse pensar en el futuro.

—Preparando el bañador para irme a la playa.

—¿A la playa? —Alcé las cejas de manera sugerente.

—Sí, te mueres por hacerle una visita a tu hermana solo por probarla, ¿verdad?

—Un día de estos te haré una visita sorpresa.

—Te prepararé el sofá. —Permanecemos un rato en silencio, solo mirándonos, y eso nos pareció suficiente.

Es difícil explicar la extraña conexión que teníamos. Surgió cuando éramos niños. Desde el mismo momento en que a él lo reclutaron para el equipo de gimnasia. Sí, fue una buena noticia, al menos para mis padres, que vieron la oportunidad de que al menos uno de sus hijos consiguiera una buena alimentación y mejor educación, algo difícil con el sueldo de un minero. La granja ayudaba, pero no era más que una manera de sobrevivir. Con uno de sus hijos bajo la tutela del gobierno, mis padres pudieron centrarse en alimentar mejor y dar estudios a su otra hija, y eso es lo que hicieron. Ambos se sacrificaron por darnos más oportunidades, entregando su vida por el camino. Primero mi madre y una enfermedad que no pudo atajarse, porque había cosas más importantes en las que gastar el dinero. Y luego mi padre y esa maldita enfermedad de la mina. Al final de sus días nosotros le decepcionamos, abandonando nuestras aspiraciones por dedicarnos a cuidar de él. ¿Y qué hizo mi padre? Seguir luchando por sus hijos. Buscó a su otra familia, aquella rama que emigró a América, y contactó con ellos, con la esperanza de que pudiesen ayudarnos en nuestro camino cuando él ya no estuviese a nuestro lado.

La familia. Mi padre nos transmitió esa enseñanza. En la familia, la auténtica familia, todos se cuidan, se protegen, se ayudan. Y sí, los Vasiliev eran nuestra familia y poco a poco nos iban demostrando que pertenecíamos a la misma. Pero nada cambiaría el hecho de que primero estábamos Serguéy y yo, luego el resto. No digo que nuestra familia americana no fuese importante, todos y cada uno de ellos lo eran, es tan solo que siempre hemos sido Serguéy y yo, y eso es difícil de cambiar.

—Ten cuidado.

—Eres tú el que se ha quedado en Las Vegas, Serguéy.

—Yo sé cuidarme solo.

—Y yo tengo a alguien que se encargará de eso.

—No hagas tonterías.

—Ya me conoces.

—Por eso lo digo. —Le sonreí.

—Me portaré bien, lo prometo.

—Haz que me sienta orgulloso de ti. —Asentí con la cabeza. Aquella era nuestra despedida. Para nosotros, aquella frase decía mucho más. Al finalizar las raras visitas que podíamos hacerle a mi hermano en el centro de entrenamiento, papá le abrazaba y le decía aquella frase. Pero no era una exigencia, no era una orden, no era un «sacrificate por conseguirlo». Para papá era una forma de decirnos que estaba orgulloso de lo que habíamos logrado y que sabía que podíamos lograr más. Era su manera de decirnos: «hay que seguir luchando, hay algo bueno al final».

Cuando colgué, no había lágrimas en mis ojos, no podía permitírmelas. Tenía que demostrar a los Vasiliev que podía hacer la tarea que me habían encomendado, y la haría mejor que cualquier otro.

Phill

Hacía mucho que no descartaba personas, pero era lo que estaba haciendo en aquel momento. Tenía sobre la mesa todos los dossiers con la información de los candidatos. Algunos currículums eran brillantes, pero el anexo que incluyó Bobby tiraba por tierra a muchos de ellos. Otros, sin embargo, no parecían tener nada especial, hasta que veías el informe de Bobby. Como el de ese tal Boomer. Lo que menos me esperaba era encontrar unos ojos rasgados y un tipo de poco más de 1,70 centímetros. Para un guardaespaldas era realmente bajito, pero el tipo era una auténtica caja de sorpresas. Dominaba varias artes marciales y era experto en técnicas de lucha de todo tipo, aunque no tenía titulación reglada al respecto. ¿Por qué? Era un chico que había llegado a América hacía apenas 5 años y todo lo que había aprendido estaba fuera de las aulas. Bobby encontró unos cuantos vídeos de Boomer que encantarían a Nick Vasiliev, eso sí que era una maldita mangosta. Ágil como un demonio, con un golpe no letal, pero con una precisión y repetición que acabarían con cualquier oponente. El chico no había tenido mucha suerte con los trabajos desde que su familia llegó al país, y su única referencia en el mundo de la seguridad era de vigilante en una especie de club de striptease de quinta categoría. Bobby descubrió que el club era una tapadera para un club de juego clandestino, controlado por los chinos. El chico era vietnamita, así que no fue muy bien la cosa. Al menos decía que el chico se amoldaba, bueno, chico, tenía 24, no tan chico ya.

Puse su candidatura en el montón de las aceptadas, junto con las de tres tipos más. Entre ellos un hombre de 50, ex de infantería, al que jubilaron del servicio por una lesión de rodilla. El tipo no correría como una gacela, pero hacía todo el esfuerzo por no sentirse un lisiado y estaba acostumbrado al turno de noche, porque venía de vigilar un campus universitario. Una mierda si vienes del ejército, he de decirlo. Estaba seguro de que haría lo que fuera por no decepcionarme y perder el trabajo.

Un par de ellos más y tendría un equipo decente, aunque eso podría esperar, de momento me apañaría con estos. Con Boomer y... Oscar, el exsoldado era Oscar, el otro tipo y yo, ya teníamos un buen equipo con el que empezar. El resto llegaría con el tiempo. Amontóné los descartes y los coloqué en una carpeta que guardé en el que sería mi despacho, o, mejor dicho, nuestro despacho. Irina tendría el suyo en el club, aunque usaría este de forma puntual, sobre todo para hablar con su hermano. Viktor me dijo que había un armario con cerradura en uno de los costados y me contó dónde estaba la llave. Rústico, pensé, hasta que vi la puñetera llave y el lugar donde la tenía escondida. A simple vista parecía parte de la decoración.

Era un simple palito de color dorado hasta que lo metías en el pequeño agujero que me costó un triunfo encontrar. Casi una puñetera hora, y eso que sabía dónde buscarlo. El armario resultó ser un hueco en la pared con una puerta deslizante en el que cabría un cadáver si quitaba las baldas. Si el jefe tenía ese dispositivo en esa casa (no quise saber por qué), en la que residía las raras ocasiones en las que venía a Miami, ¿qué no tendría en su residencia oficial en Las Vegas?

Capítulo 7

Irina

—¿Estás lista? —Miré a Phill sentado a mi lado en el coche y asentí.

—Vamos allá. —Abrimos la puerta a la vez y salimos a la calle.

Esa noche íbamos a hacer una visita clandestina al que sería mi club. Había insistido en ver el ambiente que había en ese momento, el tipo de clientela, cómo trabajaban los camareros, los hombres de seguridad, en fin, todo el personal.

Phill no estaba demasiado contento con que fuéramos nosotros dos solos, pero debía ser así. Si empezaba llamando la atención con un par de escoltas, como él quería, sería difícil pasar desapercibida. Y yo quería ver el club como lo haría cualquier otro cliente.

Nada más llegar a la entrada, nos encontramos con un tipo enorme, de esos que ocupan casi toda la puerta. Nos franqueó después de mirarnos con atención, como si nos estuviese estudiando. En aquel momento, noté la mano de Phill a mi espalda. No soy estúpida, sé lo que eso significa. De una manera sutil estaba marcando su territorio, dando a entender que no había venido sola. Y le di las gracias en silencio, porque las primeras miradas que noté no eran precisamente «amables». Aquel club era una maldita jungla poblada de depredadores, y no precisamente de los que tienen compasión o son delicados con sus presas, ya me entienden.

Avancé hacia la barra, hasta alcanzar un extremo, y tomé asiento allí. Phill se detuvo a mi lado, dando la espalda a la pared, para tener una buena panorámica del resto del local. Me costó conseguir que la camarera me notara, porque estaba muy ocupada dando conversación a otros clientes a unos metros. Cuando finalmente vino hasta nosotros, sus ojos estaban más pendientes de Phill que de mí.

—¿Qué os pongo? —La manera de entrar al cliente no es que fuese incorrecta, no estaba muy al día con estas cosas en Estados Unidos, pero provocó un ligero pellizco en mi cerebro. Había algo en su actitud que no acababa de encajar bien, al menos para mí. Supongo que porque venía de una cultura diferente, otro tipo de vivir la noche, pero, no sé, tendría que profundizar en ello, pero en otro momento.

—Un ruso negro. —La chica se quedó extrañada, porque noté su ceño, aunque siguió con Phill.

—¿Y tú, cariño?

—Una Samuel Adams. —La chica le sonrió como si le hubiese dicho un gran piropo.

—Buena elección. Enseguida lo tenéis. —Se alejó de nosotros y empezó a rebuscar en una de las neveras. Sacó la botella y cogió una copa para cerveza. Se acercó y la sirvió delante de nosotros. Me sonrió y dijo—: Ahora traigo lo tuyo.

La chica se alejó por la barra hasta alcanzar el otro extremo, donde estaba el otro camarero. Le preguntó algo al oído, el asintió, sacó un teléfono de su bolsillo, tecleó algo y le respondió. Ella asintió y se dispuso a coger los ingredientes para mi combinado. Bueno, al menos había aplicado la premisa de «si no lo sé, pregunto». Esa era la primera ley de un camarero, si no saber hacer un combinado, buscas la manera de preparar la receta antes de decir que no al cliente, porque los combinados, cócteles y demás son mucho más caros que una cerveza, un refresco, etc.

Después de unos minutos, me llegó la bebida. Antes de que el vaso tocara la mesa, la mano de Phill arrastraba un billete sobre ella. La chica sonrió y cogió el dinero para cobrar. Se suponía que era mi acompañante, así que no tenía que molestarme que él pagara, pero lo hizo. He sido una

mujer independiente desde que empecé a trabajar fuera de casa y que otra persona pagara por mis cosas... me rechinaba en los oídos. Tomé el vaso y bebí todo el contenido de dos tragos. Esos sí, no sin antes brindar como se debe.

—*Za udachu*, por la buena suerte. —Golpeé el cristal contra la mesa al dejar el vaso vacío sobre ella.

—¡Eh, tranquila! Se supone que no debes emborracharte en los primeros cinco minutos. —Alcé una ceja hacia él. ¿Emborracharme? Soy rusa. En mi país se bebe así, aunque los vasos son más pequeños, por eso lo de los dos tragos en vez de uno. Allí es normal que una botella de vodka se la beban entre 3 o 4 personas sin emborracharse. Y he sido camarera, mi tolerancia al alcohol está muy por encima de la del ruso medio. Pero no estaba de más que esas cosas las supiera yo y no el resto.

—Los nervios. Iré más despacio. —Los labios de Phill se acercaron a mi oído y su proximidad hizo que se aceleraran los latidos de mi corazón. ¿Miedo a tener a un hombre cerca? Hacía tiempo que había superado eso. No, lo que ocurría era que Phill hacía que mi cuerpo, no sé por qué razón, reaccionara de esa manera.

—Mejor no bebas más, estamos de servicio ¿recuerdas? —Ahora sí que levanté mi otra ceja y lo reocriminé con la mirada.

—¿Y tú? —Señalé su cerveza fría a mi lado y él esbozó una ligera sonrisa.

—Pedir una cerveza no implica que me la beba.

—¿Y eso no levantará sospechas?

—Me daré un viaje al baño, vaciaré el contenido y la rellenaré con agua. Fácil. —Buen truco, porque nadie podría saber que el contenido de aquella botella marrón no era cerveza.

—Chico listo.

La camarera trajo el cambio y nos dedicó una gran sonrisa. Phill recogió los billetes y dejó las monedas sobre el platillo. Propina. La chica le sonrió como si fuese un helado en el desierto; ya saben, una golosina que había que comerse deprisa. Giré mi cuerpo hacia Phill y le empujé levemente.

—Vamos a sentarnos. —Él asintió y esperó a que bajase de mi taburete para guiarme hacia una de las mesas libres. Encontramos un lugar con buenas vistas. Habría sido una excelente zona VIP, salvo que ese espacio estaba en la parte más oscura del local, como si en vez de ofrecer una buena vista y a la vez la oportunidad de dejarse ver, en realidad buscase ocultar a sus ocupantes. Yo habría tenido ambas opciones en mi local, porque no todos los clientes contratan una zona VIP para mantenerse ocultos.

—Voy a vaciar la cerveza. Procura no meterte en líos mientras lo hago. —Asentí. No me había fijado que los baños quedaban cerca, lo suficiente como para que su «misión» durase apenas un minuto. Al poco de desaparecer ya tenía a un baboso a mi lado, ya saben, de esos que se autoinvitan.

—Hola, preciosa. ¿Me dejas invitarte a una copa?

—No he venido sola. —El tipo se relamió los labios y se acercó más de lo que debía.

—Mmm, ¿francesa?

—Polaca, y ya te estás largando. —No, eso no salió de mi boca, sino de la de un Phill parado detrás del tipo.

—¡Eh, eh!, yo solo estaba charlando con la chica. —Phill se acercó amenazadoramente hacia él, sin necesidad de inclinarse, sin endurecer su voz, solo con aquella presencia con la que parecía exudar muerte por cada poro de su piel.

—Estabas, tiempo pasado. Largándote, tiempo presente. Muriéndote, posible futuro si no

empiezas a moverte. —El tipo se levantó como si se le quemara el culo y se alejó como si le persiguiera un enjambre de abejas, eso sí, con dignidad. Phill dejó su botella de cerveza sobre la mesa y ocupó el lugar del tipo, solo que deslizó su brazo a mi alrededor para marcar su territorio.

—¿Polaca?

—No tengo por qué decirle la verdad a un desconocido. —Sus ojos me miraron totalmente serios.

—Estoy de acuerdo con eso. —Le oí suspirar antes de alcanzar su cerveza para darle un trago.

—Sabía que ibas a atraer problemas.

—No ha sido mi culpa. —Phill puso los ojos en blanco y volvió su atención al local. Yo hice lo mismo. Había venido a estudiarlo, así que eso hice.

Phill

¿Que ella no tenía la culpa? ¡Por dios!, si era un maldito reclamo sexual. Piernas largas, vestido corto y ceñido... y luego toda ella. Era una maldita bomba para cualquier adicto al peligro y aquí no había más que tipos de esos. Jugadores, todo el maldito sitio estaba lleno de jugadores. Hombres, mujeres... Aquí la gente venía a buscar relaciones de una noche. Fáciles, rápidas y sin ningún tipo de promesas.

Dejar a Irina allí sola era como dejar abierta una caja de bombones Leonidas, uno de los mejores bombones del mundo, en medio de una cata de dulces. Gilipollas el que no se hace con uno. Tomé un sorbo del agua con sabor a cerveza de mi botella y maldije para mis adentros. Sabía que iba a tener que apartar moscones en el momento que la vi así vestida. ¡Mierda! Y encima, el maldito impertinente que hacía que mis calzoncillos se sintieran pequeños estaba encantado con la vista.

Capítulo 8

Phill

El aviso de que alguien había entrado en la propiedad llegó a mi teléfono segundos después de que viese el coche estacionando en la parte trasera de la pequeña caseta del vigilante. Sabía que era el relevo de Oscar. Tres turnos de doce horas, tres tipos ocupándose de la seguridad de la casa. Volví a tomar un sorbo de mi café y me aparté de la ventana desde la que estaba realizando mi propia vigilancia.

Era fácil centrarse en el trabajo, las personas, los turnos... Lo complicado estaba de puertas para adentro. Irina. Ella era el gran escollo contra el que me estrellaba constantemente. Había veces que no lo hacía conscientemente, lo de ser un grano en el culo me refiero, pero otras me desesperaba. ¿No quiere escoltas para nuestra visita de exploración? Lo entiendo, quería pasar inadvertida, pero con aquella ropa no iba a hacerlo precisamente. Tuve que quitarle de encima a varios tipos, incluso me peleé con uno que acabó sacando del local el tipo grande de la puerta.

Bueno, al menos había conseguido descubrir algo, y era que el grandullón que hacía de portero y sacaba la basura, Jesse, era una gran incorporación para mi equipo de seguridad personal. Con Oscar y los otros dos vigilando la casa y los accesos, Boomer y Jesse serían el escudo para el exterior.

—Buenos días. —Mi tormento acababa de entrar en la cocina. Tomé aire y me giré hacia ella. Primer golpe de la mañana, ver a Irina y su concepto de ropa de dormir. Camiseta de tirantes, y pantaloncitos cortos, de esos con los que se ve la curva inferior del trasero cuando se da la vuelta. Y no sé qué es peor, ver esa curva o tener la seguridad de que no lleva sujetador debajo de la camiseta. Porque esos puntitos que se marcaban en la tela... ¡Agh!, cálmate, maldito impertinente, o te daré otra ducha fría.

—¿Café? —Ella asintió y se sentó en el taburete de la cocina. Llené una taza y la puse sobre la mesa, junto con la leche y el azúcar. Sí, sabía cómo le gustaba. Y no, no la cocinaba porque fuese mi «jefa». Simplemente llegamos a ese acuerdo: yo, desayuno y ella, cena.

—Gracias. —Irina añadió sus dos cucharaditas de azúcar y su nube de leche en la taza, mientras yo me recostaba sobre la encimera.

—Boomer llegará en unos minutos. —Ella arrugó los labios.

—Voy a parecer la reina de Inglaterra. —Tuve que contener la risa, porque escucharle decir eso con aquel marcado acento ruso...

—La reina no, pero sí la nueva jefa. —Irina miró el reloj del horno.

—¿Tengo tiempo para una ducha y cambiarme? —Sabía por qué decía eso. Yo ya estaba vestido con mi traje de trabajo y listo para salir.

—Eres la jefa, tú decides cuándo nos movemos. —Ella apuró el café y robó una galleta del plato que había colocado junto a su taza. Se bajó del taburete y se encaminó hacia su cuarto.

—Genial.

Irina

Nunca he sido de esas a las que se le pegan las sábanas, pero con Phill lo parecía. Yo acababa de levantarme y él ya estaba vestido, con el café hecho, y seguro que también había hecho sus

ejercicios matutinos antes de ducharse. ¿Que cómo lo sabía? Porque tenía las puntas del pelo aún húmedas y porque era una puñetera máquina con la rutina. Ejercicio, ducha, vestirse y café. Todo en su orden y a sus horas. Lo dicho, un maniático del orden y del reloj. «Tú decides cuándo nos movemos». Bla, bla, bla, cretino. Esa era otra manera de llamarme tardona. Te estamos esperando, ¿sabes?

¿Era la jefa? Pues se iba a enterar. Saqué del armario el vestido color crema que había comprado, los zapatos y el bolso a juego. Entré en la ducha y me tomé mi tiempo en asearme. Cuando bajé las escaleras hacia la planta inferior, oí que la conversación de Phill con el otro hombre se interrumpía. Los dos me miraron como si fuera el mismísimo presidente de los Estados Unidos.

—Hora de irnos.

—Sí, señora. —Boomer caminó hacia la puerta, la abrió, revisó fuera y me precedió. Luego salí yo y, por último, Phill. Esta vez no sentí su cálida mano en la espalda, pero sabía que tenía sus ojos puestos sobre mí, lo sentía.

Nos distribuimos en el coche y pusimos rumbo al club.

Phill

¿Reina de Inglaterra? Irina parecía la maldita princesa de Mónaco. Parecía que pertenecía a ese otro tipo de gente que no solo dirigía las vidas de los demás, sino que lo hacía estando perfecta. Cuando la vi bajando por aquellas escaleras, se me cortó la respiración.

Cuando llegamos al club, sabía que el encargado nos estaba esperando, aunque sospechaba que los demás empleados no estaban prevenidos. La puerta estaba abierta, la música apagada y las limpiadoras haciendo su trabajo. Fue una de ellas la primera que advirtió nuestra presencia y se acercó a nosotros.

—Lo siento, pero está cerrado. —Irina se adelantó, con esa presencia regia, y se dirigió a la mujer.

—Tenemos una cita con el señor Regins.

—Iré a avisar de que han llegado. —Y esperamos a que la mujer anunciase nuestra presencia. Después de 6 minutos, un hombre se nos acercó, seguido por la limpiadora de antes.

—Buenos días, soy León Regins.

—Irina Hendrick. —Ella extendió la mano y León la tomó.

—Subamos a mi oficina. Agatha, puedes seguir con tu trabajo.

—Sí, señor. —La mujer caminó en silencio hacia sus herramientas de limpieza.

Irina

Por mucho que sonriera, aquel tipo tenía un concepto demasiado retrógrado de lo que era dirigir un club. Y no, no eran sus técnicas, sino la idea principal. Sí, vale, los clubes son centros de diversión, donde la gente va a evadirse de la rigidez de su vida diaria, pero según él el objetivo principal de toda esa gente era echar un polvo fácil, y con eso no estaba de acuerdo. Sexo rápido y sin complicaciones, eso es lo que vendía ese hombre. Libre y consentido, o eso quería pensar. Y no tenía nada en contra, pero... me parecía una manera muy sucia de conseguir clientes que, además, rebajaba la categoría del local, sobre todo, porque era la única alternativa que parecía ofrecer.

En mi opinión, y por mi experiencia en clubs, aunque fuese en Rusia, había que ofrecer al

cliente un poco de todo. Buena música, la posibilidad de bailar, buen alcohol —nada de ese barato de imitación—, un lugar donde relacionarse con otras personas y, sobre todo, un ambiente seguro donde sentirse a gusto, al que te gustaría regresar, un refugio al que escapar cuando el día a día te hastía. Si surgía el sexo, estupendo, pero no dentro del local, eso que se lo buscaran fuera.

—¿A qué hora llega el personal? —El tipo me miró intrigado y miró su reloj.

—Dentro de dos horas llegará el primer turno. Ellos se encargan de reabastecer las neveras y hacer la lista de pedidos. Comprueban si todo está en orden y abren el local sobre las 5.

—¿Hay varios turnos?

—Dos. El segundo entra a las 7, porque es cuando empieza el movimiento fuerte. Así los que entran preparan todo y los que cierran se encargan de recoger. Los dos turnos están trabajando cuando más gente hay. —Tenía que reconocer que ese sistema estaba bien pensado.

—Muy eficiente.

—Gracias.

—Quiero que mañana estén todos los turnos, incluso el personal de limpieza, a primera hora. Habrá una reunión importante a la que todos deberán acudir.

—Pero los del último turno de noche no habrán dormido mucho, salen a las 3 de la mañana.

—Tendrán tiempo de descansar después. —Regins frunció el ceño, pero asintió con la cabeza.

—De acuerdo. —Me puse en pie, dispuesta para irme—. ¿Nada más?

—No, mañana sabrán más.

Me imaginaba que querría saber qué iba a pasar con su puesto, pero prefería dejarle en la incógnita. No quería prescindir de él, no de momento, porque él tenía una experiencia que a mí me faltaba y, sobre todo, porque no pensaba esclavizarme al club, pero sí tener todo el control.

Capítulo 9

Phill

Nunca he sido un fetichista, pero que me parta un rayo si no me puso a 100 verla con esa actitud de «yo soy la que manda». Grrrr. ¡Dios!, se le daba de fábula lo de ser la jefa estirada y sabionda. Y por si eso no hubiese sido suficiente, al día siguiente se plantó en medio de una de esas plataformas en las que bailan las chicas, con todos los empleados mirándola sin pestañear.

—...Los contratistas llegarán mañana para empezar el trabajo, así que tendrán dos semanas de vacaciones. Espero que cuando vuelvan lo hagan con energías renovadas y con la mente abierta, porque tienen que olvidarse del antiguo club. L'Ermitage va a ser algo diferente aunque parezca lo mismo. Les dejaré información sobre algunos cursos que les pueden interesar hacer mientras le lavamos la cara al local. La empresa financiará estos cursos, solo tienen que solicitarlos con las hojas de inscripción que tienen sobre la barra de la entrada. Voy a darles todos los medios para estar a la altura de mis exigencias y, si alguno no llega, tendremos que prescindir de sus servicios. —Escuché algunos bufidos y uno de los empleados alzó la mano para preguntar.

—¿Eso quiere decir que estamos a prueba de nuevo?

—Si son buenos profesionales no tienen nada que temer y si tienen algunos vicios que corregir, esta es su oportunidad para deshacerse de ellos. No les estoy exigiendo que sean mejores a cambio de nada. Aquellos que encajen finalmente tendrán un aumento de sueldo del 15 %, y eso les incluye a todos, da igual el puesto o las labores que realicen. ¿Alguna pregunta más?

—¿Va a mantener a los encargados o todos pueden optar a dichos puestos?

—Veré cómo funcionan, estudiaré su forma de trabajo y veré los resultados. Como en cualquier empresa, nadie es imprescindible, todos pueden ser sustituidos. Así que los que están ahora arriba pueden bajar y los de abajo pueden subir. Todo depende de su actitud. Phillip se encargará de la seguridad, así que todos aquellos que estén en este departamento se dirigirán directamente a él, el resto hablará conmigo. —Hizo un gesto con la mano y tomé mi turno de palabra.

—Los vigilantes de la puerta y del interior, vengan conmigo, he de darles documentación para que cumplieren y algunas indicaciones.

Lo demás pasó como un fregonazo, era trabajo monótono. Dejé a Irina al cuidado de Boomer mientras ella entrevistaba personalmente a cada empleado. Cuando todo estuvo en marcha, entraron los contratistas para empezar a mover muebles, cambiar iluminación y demás cosas. Está claro que, en esta vida, no hay como tener dinero para que las cosas avancen rápido. Bueno, dinero y una rusa mandona al tanto de todo. Irina no necesitaba gritar para que un hombre, por muchos años que le llevara de ventaja, apretara el culo.

Irina

Estaba recostada sobre la cama sin poder dormir. Giré la cabeza hacia el reloj, de la misma manera que había hecho 12 minutos antes. Son un latazo los nervios, o la adrenalina, o lo que sea. Me levanté de la cama, metí los pies en esas zapatillas peluditas que no me resistí a meter en la maleta y me dirigí a la cocina. Un vaso de leche caliente siempre ayuda a dormir, eso decía mi madre.

Mi puerta estaba entreabierta, como Phill había pedido. Cosas suyas de seguridad. Abrí con

cuidado de no hacer ruido y miré hacia la habitación de enfrente. La puerta de Phill estaba totalmente abierta y podía ver sus pies desnudos sobre la cama y sus macizas pantorrillas. Estiré el cuello para intentar alcanzar a ver un poquito más arriba. Sí, llámenme depravada, pero no podía resistirme a la tentación de ver ese trasero solo cubierto con un calzoncillo. Era tan redondito...

Suspiré en silencio y me volví hacia las escaleras para bajar a la cocina. No podía distraerme con esas cosas, tenía que centrarme en el trabajo. Además, ¿cuánto tiempo hacía que conocía a Phill? Meses, y él no había demostrado que entre nosotros pudiese haber algo más que una sencilla amistad, si es que llegaba a eso. Nunca habíamos quedado fuera de sus deberes como vigilante, nunca me había dicho un comentario que pudiese darme una pista. Estaba claro que para él yo no era más que trabajo, trabajo rutinario. Venir a Miami y hacer de escolta las 24 horas del día tenía que ser una buena inyección económica, nada más.

Abrí la nevera, llené un vaso de leche y lo calenté en el microondas. Estaba dando el primer sorbo cuando inconscientemente me giré hacia la entrada de la cocina y allí le vi, parado frente a mí, solo con sus calzoncillos ajustados y unas deportivas en los pies. No hace falta decir que me atraganté. Tosí como una cañería atascada hasta que el aire volvió a circular por donde debía.

—¿Estás bien? —Alcé el vaso hacia él, para darme tiempo a contestar.

—Sí, no podía dormir. —Phill asintió.

Phill

Puede que tuviésemos a alguien protegiendo la casa, pero eso no iba a evitar que no me despertara al menor ruido. Tenía los pies calzados y un arma en la mano antes de bajar las escaleras. Cuando reconocí la figura de Irina, instintivamente estiré la mano hacia la pared para que esta ocultara el arma. Lo que menos necesitaba era ver que la tenía encañonada con una 45.

—La leche caliente siempre funciona.

—Lo sé. Siento haberte despertado. —Volví a colocar el seguro de la pistola sin apartar la mirada de ella. Como para hacerlo, ¿he dicho que su estilismo para dormir era inocentemente pecaminoso?

—No pasa nada. —Ella aclaró el vaso bajo el grifo y lo metió en el lavavajillas.

—¿Volvemos a la cama? —Un impertinente se lo tomó de otra manera, porque sentí su cabeceo emocionado. Esperaba que Irina no lo hubiese notado.

—Sí, claro. —Cuando pasó a mi lado, me aparté para que tuviese más espacio y luego la seguí. Ni que decir tiene que iba detrás para ocultar el hecho de que llevaba un arma metida en la parte posterior de mi ropa interior. No era lo más «cómodo o seguro», pero así no sospecharía si veía mi mano constantemente en mi espalda.

—Bueno, que duermas bien.

—Lo haré. —Esperé a que entrara en su habitación y espí por la abertura hasta que estuvo metida entre las sábanas. Fue entonces cuando dejé escapar el aire, negué con la cabeza y aferré el arma que intentaba llegar a lo más profundo de mi anatomía. Entré en el cuarto, volví a colocar la pistola bajo el colchón, me quité el calzado, lo coloqué en el lugar que debería estar y me tumbé sobre la cama. Y sí, iba a dormir bien, porque tenía su imagen grabada en la retina y la veía en su pijama durante un buen rato, antes de que Morfeo hiciese su trabajo. Una buena manera de recibir el sueño.

Irina

Podía ser la leche caliente, o podía ser otra cosa, el caso es que, en aquel momento, me sobraba la ropa. Tenía bastante calor. Había visto aquel trasero redondito, pero aquel maldito ombligo estaba mucho mejor, no había comparación.

Capítulo 10

Dos semanas después...

Phill

He de reconocer que ver a Irina entre tanto obrero tenía su gracia, hasta que empezaban a mirarle el trasero mientras inclinaban la cabeza. Soy un hombre, sé lo que todos pensamos cuando hacemos eso; y si nos mordemos el labio inferior, es aún peor.

Menos mal que la obra se terminó y esos tipos desaparecieron. En aquellas dos semanas se le había dado algo más que un lavado de cara al club. Muebles nuevos, más iluminación, distribución distinta y una gama nueva de colores. El club era otro.

Yo, por mi parte, había contratado a algunos hombres y había cambiado de puesto a otros, como a Jesse, que ahora trabajaba en mi equipo, fuera del local, o dentro, pero con una misión diferente. Algo más excitante que vigilar la puerta y sacar a algún borracho del local. Despedí a uno y contraté a tres más. Estaba bastante contento con mi nuevo equipo, aunque no había nada definitivo, todo cambia, y había dejado bien claro que tenía potestad para despedir al que no cumpliese con mis expectativas. Y estas eran simples: cumplir órdenes, ser lealtad y ser de fiar.

Hoy era el día de la reapertura y mi equipo en sus puestos y alerta. Boomer y Jesse estaban ambos operativos porque quería el conocimiento del local de Jesse y la rapidez de Boomer. Los dos sabían que su misión no era preocuparse de lo que ocurría en el local, sino proteger a Irina. No les dije cuál era el peligro real, solo les di las instrucciones como si se tratara de otra persona importante. Esto de decir lo justo estaba funcionando bien.

—Señor Trenton. —Respondí al saludo de Jesse, que custodiaba el acceso al despacho de Irina, antes de abrir la puerta. Dentro del club, Jesse sería su sombra a cada paso. El único lugar al que no entraría era el despacho, salvo para revisar que no hubiese nadie dentro. Cerré la puerta a mis espaldas, dejando el ruido fuera.

—Así que Trenton, ¿eh? —Me encogí de hombros antes de sentarme en la silla frente a Irina. Ella me observaba desde el otro lado de su mesa.

—Es mi segundo nombre, así que no es mentir. —Ella asintió con la cabeza, antes de revisar por última vez algo en el monitor de su laptop.

—¿Todo listo allí abajo?

—Camareros en sus puestos, seguridad en su sitio y clientes esperando a que se abran las puertas.

—Ummm, el publicista hizo bien su trabajo.

—No sé cuánto se ha llevado, pero parece que sí.

—Bueno, ¿volvemos a discutir sobre lo de bajar a la sala? —Sí, como si no lo hubiésemos hablado docenas de veces antes.

—No vas a entrar en el local, Irina.

—Pero...

—Lo hemos hablado demasiadas veces y siempre llegamos a la misma conclusión. Hay demasiada gente, no puedo garantizar tu seguridad. Aquí estás a salvo y puedes controlarlo todo por los monitores y por la ventana.

—Pero... necesito información directa de...

—Yo te daré lo que necesitas.

—¿Cómo? —Me apoyé en el apoyabrazos y me incliné hacia ella.

—Si tú prometes quedarte aquí, yo me mezclaré entre la gente, observaré y recopilaré toda la información que necesites. —Ella arrugó los labios de esa manera tan suya y después de pensarlo:

—No tendrás un micrófono para que pueda escuchar, ¿verdad? —Ella y sus ideas.

—No, pero lo apuntaré para la próxima. Y ahora, dime ¿qué quieres que averigüe? —Soltó un bufido.

—Quiero que veas si la gente está bien atendida, si las mesas están recogidas, si los altercados se solucionan rápido, si...

—Ya, ya, lo he entendido. —Me levanté y me dirigí a la puerta—. Confío en que cumplas con tu parte y no salgas de aquí. —Otro bufido.

—Tienes mi palabra. —Abrí la puerta.

—Veamos lo que vale. —Y con eso cerré la puerta.

Pude imaginar su ceño arrugado y sus labios fruncidos y eso me hizo sonreír con malicia. Había aprendido que no había mejor cosa que lanzarle un desafío, y hacerlo sin que se notara era casi imprescindible. Eso era lo que acababa de hacer, poner a prueba su aguante, atacando su honor. ¿Qué le pasaba a esta familia rusa, que se aferraba a su palabra como si fuera ley?

Caminé por toda la sala, esquivando personas y muebles, controlando sus rostros, sus manos, sus bebidas... Se estaban divirtiendo y esa era la única prueba que necesitaba para saber que la reapertura estaba siendo un éxito. Eso y la cola interminable que daba la vuelta a la manzana. Todos querían entrar, todos querían probar el nuevo L'Ermitage. Llegué al extremo de una de las barras y me senté en un taburete. Aquel era un estupendo lugar para tener una buena perspectiva de todo el local. La puerta de acceso, la zona de baile, las dos barras circundantes, la zona de abastecimiento de los camareros de mesas, la zona VIP...

—¿Le sirvo algo, señor Trenton? —Volví el rostro hacia la sonriente camarera.

—Agua sin gas.

—Ahora mismo. —La chica meneó su trasero de camino a la cámara refrigeradora y sacó una botella de agua fría. Puso un vaso frente a mí y yo la detuve antes de que comenzara a servir.

—Prefiero beber de la botella, gracias. —Ella amplió su sonrisa y parpadeó un par de veces. Ya conocía ese juego.

—Cualquier cosa que necesite, me lo dice.

—Lo haré, eh...

—Antonella, pero puede llamarme Anto.

—Antonella. —Sonrió de esa manera... Esa que usan las chicas para hacerte saber que «lo que necesite» era realmente muy amplio, ya me entienden. Y luego se alejó, no mucho, para atender a otros clientes en el centro de la barra.

Irina

Mi teléfono vibró al tiempo que emitía el ruidito de «tienes un nuevo mensaje». Miré la aplicación y encontré un mensaje de Phill.

—La gente está disfrutando, sus copas se reponen constantemente, nadie está creando problemas y la cola para entrar es larga. ¿Algo más? —Medité unos segundos antes de mandar el mensaje de vuelta.

—¿El personal está sonriendo de manera convincente? —Esperé unos minutos a que llegara su respuesta, mientras buscaba su rostro entre las imágenes que me devolvían las cámaras.

—Explica convincente. —Lo localicé sentado en un extremo de una de las barras, haciendo un gesto para llamar la atención de la camarera.

—Que no se vea falsa. —La chica llegó rápido y él le pidió algo. Mientras la chica se alejaba con demasiada alegría «trasera», lo sé por la reacción en la cara de Phill y en la de otro par de clientes. Phill leyó mi respuesta y empezó a escribir un mensaje de vuelta.

—Sonrisas muy sinceras. —Estaba a punto de contestarle, cuando le vi levantar la cabeza y mirar directamente hacia mí. ¡Gilipollas!, sabía que le estaba espiando. Sí, y... ¿sonreía? ¡Ahg! Estaba levantando su bebida para hacer un brindis. Me estaba retando, el... el... ¡cretino! Me estaba provocando. Pero no iba a caer y a este juego podíamos jugar los dos.

—Bien, tú sigue así. Yo voy a relajarme. —Me quité los zapatos, puse los pies cruzados sobre la mesa y saqué una foto para mandársela.

Capítulo 11

8 días después...

Phill

Podría decirse que habíamos pasado la prueba de la primera semana con buenos resultados, al menos en lo que se refería a afluencia. Después de los tres primeros días, adoptamos una rutina diaria. Nos levantábamos tarde, hacíamos un desayuno/almuerzo y empezábamos nuestra jornada laboral. Irina se encerraba en el despacho para revisar la caja, los pedidos... todas esas cosas de números. Pasaba horas metida en su despacho antes de que yo empezara mi jornada en el club. Ya se sabe: hablar con los miembros del equipo de seguridad, comentar las incidencias del día anterior, revisar los turnos y los puestos de trabajo... Rutina.

No quería ser un pesado cargante, así que delegaba la misión de vigilancia en Jesse o Boomer. Mientras Irina estaba en su despacho en el club, yo podía descansar un poco. Los primeros días deambulaba por el edificio, explorando cada pequeño rincón, buscando escondites, puntos débiles o vías de escape. Deambular por las instalaciones se había convertido en una costumbre y así fue como tropecé varias veces con Antonella. Cuando trabajaba el primer turno, la encontraba en el almacén recogiendo suministros para reponer las existencias de la barra. Y eso es lo que pasó ese día. Estaba arrastrando una caja que pesaba demasiado para una mujer tan delgada, así que la ayudé a moverla.

—Espera, yo la muevo. —Arrastré la caja hacia un lado.

—Gracias. —Otra vez esa mirada de «lo que sea» mientras se mordía el labio inferior. La chica era bonita, y lucía ese cuerpo como nadie, pero nunca he sido de los que se sienten atraídos por las cosas fáciles. Quizás con mucho alcohol y mucha «hambre» podría caer con alguien así, pero por el momento no era el caso.

—No ha sido nada. —Empecé a girarme hacia la puerta, porque no quería generar expectativas en la chica, cuando su voz me detuvo.

—Espera.

—¿Necesitas ayuda con otra caja?

—Yo... ¿podría hacerte una pregunta?

—Ya lo has hecho. —Ella se puso la mano sobre el pecho y empezó a reírse, como si le acabara de contar el mejor chiste de la historia.

—Bueno, serán algunas más.

—Pregunta.

—Tú... ¿tienes algo con Hendrick? —Aquella pregunta me sorprendió, porque no había dado muestras de ninguna familiaridad más allá de lo que implicaba ser compañeros de trabajo.

—¿Por qué crees eso? —Necesitaba saberlo para no cometer el mismo error.

—Pues... es que siempre estás pendiente de ella, de lo que hace, de lo que necesita. Os vais y regresáis siempre juntos. Parece que te interese más ella que el trabajo. —¡Mierda!, tenía que poner algo más de tierra entre nosotros, al menos dentro del club.

—No nos acostamos juntos, si es lo que quieres decir. —Ella me miró con un brillo pícaro en los ojos.

—Entonces... ¿no me estoy entrometiendo en nada si te invito a tomar una copa? —Ahí estaba.

¿Qué le decía? ¿No interrumpes nada, pero no me interesas? ¿No eres mi tipo? Hay mujeres que no llevan bien el rechazo y luego van corriendo rumores por ahí que no me interesaba que se divulgaran. Si ella llegó a la conclusión de que estaba demasiado pendiente de Irina, otros podrían encontrar eso no ya sospechoso, sino interesante. Y no hay nada peor que la curiosidad. Así que le ofrecí una pequeña sonrisa.

—Cuando encuentre un rato libre, aceptaré esa copa. —Sonrió satisfecha.

—Es una cita. —Salí del almacén y continué con mi exploración.

Avanzada la noche, cuando ocupé mi puesto de siempre al final de la barra para revisar a la gente del local, noté una botella de cerveza posándose junto a mi mano. Antonella estaba en frente, sonriéndome satisfecha.

—Samuel Adams.

—¿Cómo...?

—La pediste la primera vez que entraste al club —dijo tras cruzarse de brazos orgullosa.

—Lo recuerdas.

—Suelo tener buena memoria para algunas cosas.

—Te agradezco el detalle, pero estoy trabajando no puedo tomar alcohol.

—Es sin alcohol. —Alcé las cejas sorprendido, la chica sí que sabía hacer su trabajo. Tomé la botella fría y le di un trago.

—Apúntala en mi cuenta. —Ella negó con la cabeza.

—Te dije que te invitaría a una copa, esta corre de mi cuenta. —Extendí la botella para apuntar con ella hacia Antonella.

—Entonces, a la próxima invitaré yo. —Alguien la llamó desde la barra y ella se alejó sonriendo.

No sabía si sentirme alagado o precavido. Estaba claro que la chica se fijaba en los detalles, malo para mi trabajo, y que yo era el objeto de su atención, malo para el trabajo también, pero bueno si conseguía mantenerlo ahí y no sobre Irina.

Me llegó un mensaje al móvil, en el grupo que creé para Jesse y Boomer. Nada más leerlo, mi mandíbula se tensó. Corrí hacia la parte baja de las escaleras, donde Jesse mantenía un perímetro seguro alrededor de Irina. Ella estaba sentada en uno de los taburetes del local, con el rostro dolorido y contrariado a partes iguales. Antes de preguntar, Jesse se inclinó hacia mí para informarme.

—Tropezó al bajar la escalera y, con tanta gente alrededor, no pudo sujetarse bien. Se ha hecho daño en un tobillo. —Me acerqué a Irina y me agaché para inspeccionar mejor la zona lastimada. Cuando palpé, noté el calor y la hinchazón, así como el respingo que dio su cuerpo cuando la toqué. Alcé la vista hacia ella.

—Vamos a llevarte al hospital.

—Es solo una torcedura. —Intentó parecer dura, pero su rostro no conseguía ocultar el dolor. Me puse en pie y la ayudé a bajar del asiento.

—Tenemos seguro médico, así que vamos a usarlo. —La tomé por la cintura y sostuve su peso contra mí, pero conseguir abrirnos un camino así de ancho iba a ser una tarea imposible dentro del club—. Jesse, pide que traigan el coche a la entrada y ve abriendo camino, yo te sigo. —Me incliné para pasar mi mano tras las rodillas de Irina y con un impulso la tomé en mis brazos. Caminé detrás de Jesse, esquivando a la gente que su enorme cuerpo no pudo apartar de nuestro camino.

—¡Eh, Christian Grey! Yo también quiero de eso. —Gritó casi en mi oído una chica medio ebria. ¿Christian Grey? ¿Quién coño era Christian Grey? Bah, eso no era importante en aquel

momento, así que continué nuestro camino hacia la salida.

Uno de los empleados del club nos mantenía la puerta del coche abierta; antes de que Irina protestara, la metí dentro y la ayudé a atarse el cinturón. Cerré a puerta con cuidado y me senté en el asiento delantero del acompañante. Ya habíamos dado suficiente espectáculo por un día.

—Al hospital. —No necesitaba decirle a cuál, habíamos establecido un procedimiento para este tipo de cosas tras estudiar rutas, accesos y protocolos de actuación.

—Eres un exagerado. —La voz de Irina llegó irritada desde el asiento de atrás.

—Soy responsable de tu seguridad, no hay más que hablar. —Pude ver cómo se cruzaba de brazos y fruncía esos labios de nuevo. No iba a ceder y los dos lo sabíamos.

Capítulo 12

Phill

Estaba en el box de urgencias, o más bien fuera de este, esperando a que el doctor saliese para poder hablar con él. Finalmente, el médico salió de allí.

—Doctor.

—¿Sí?

—¿Cómo se encuentra?

—¿Es usted familiar?

—Su marido.

—Ah, señor Hendrick. Le hemos hecho unas radiografías. No parece más que un esguince de tobillo. Se lo inmovilizaremos y que guarde reposo durante un par de semanas. Le daré unos calmantes para que no le duela mañana. Para esta noche ya le hemos puesto medicación.

—De acuerdo.

—Tendrá que mantener el pie en alto y con hielo.

—Yo me encargaré.

—Daré las instrucciones a la enfermera para que haga el vendaje. Mientras, le prepararé el alta y las recetas.

—Muy bien. —Entré en el box, donde Irina estaba recostada en una camilla.

—Me han drogado —escapó de su boca.

—Solo algo para el dolor. —Sus ojillos luchaban por mantenerse abiertos y sus labios tenían aquel fruncimiento obstinado de niña pequeña. Parecía tan tierna...

—Tengo que volver al trabajo. —Se estaba estirando para levantarse, cuando la retuve con una mano.

—No, de eso nada.

—Pero... —Empecé a marcar en el teléfono y me lo acerqué al oído.

—León, tendrás que encargarte de cerrar esta noche. —Después de escuchar el «de acuerdo», colgué.

—Phill...

—Todo solucionado, mañana harás los planes que quieras, pero esta noche ya has terminado.

—Pero Phill...

—A casa. —Irina se cruzó de brazos toda enfurruñada, pero su entereza le duró poco.

—Está bien. —Sentaba bien ganarle una batalla a Irina Hendrick.

Después de que la enfermera inmovilizara el pie lastimado con un vendaje, recogí el alta del médico y las recetas y nos dispusimos a salir del hospital. Caminé al lado de su silla de ruedas hasta que llegamos a la puerta, donde nos esperaba Jesse con el coche. Me metí las recetas en el bolsillo y, antes de que Irina se pusiera totalmente en pie, ya la tenía en mis brazos. Jesse abrió la puerta rápidamente y yo coloqué a Irina en el asiento de atrás. Me incliné para atarle el cinturón para después encontrarme con una Irina más dormida que despierta. Así que di la vuelta al vehículo y me senté a su lado. Su cabeza cayó pesadamente sobre mi hombro y, por inercia, mi brazo la sostuvo con cuidado. Desde que la conocía, aquella era la primera vez que veía a una Irina que no era una máquina. Siempre era tan profesional, tan sobria y eficiente, que dormida sobre mi pecho parecía vulnerable, al menos en cierta manera.

—Jesse, cuando lleguemos a casa, puedes irte. Yo me encargaré de todo allí.

—Sí, señor. —Oscar me saludó desde su puesto de vigilancia mientras Jesse estacionaba el vehículo cerca de la puerta de la casa. Cuando bajé del coche, el hombre estaba llegando a mi lado.

—Buenas noches, señor. Hoy llegan antes de lo habitual, ¿algún problema? —Di vuelta al vehículo mientras le ponía al día.

—Tuvimos un pequeño percance, ¿podrías abrirnos la puerta? —Abrí la puerta de Irina, encontrándola dormida.

—Ahora mismo, señor. —Me centré en tomarla en mis brazos y caminar con ella hacia la casa.

Oscar me sostuvo la puerta mientras entraba y la cerró después, dándome las buenas noches. Miré hacia las escaleras y tomé aire. No es que Irina pesara mucho, pero era un buen tramo de escaleras. Acomodé mejor a Irina contra mi pecho, su cabeza encajó en el hueco entre mi hombro y mi cuello y su olor ascendió hasta mis fosas nasales, saturándolas. Ella olía a, no sé, era como el vodka, de aspecto suave como el agua, pero una bomba cuando lo metías en la boca. Ella olía así, inocente y suave, pero con un final intenso y embriagador, o al menos eso me pareció a mí.

Ascendí por las escaleras y la llevé a su cuarto. Me incliné para depositarla con cuidado en su cama. Creo que fue esa sensación de caer lo que llevó a Irina a sujetarse a mi cuello como si fuese un salvavidas. Cuando quise darme cuenta, estaba a unos centímetros de los labios tentadores de Irina, mi mano sosteniendo su cadera. Podía besar sus labios, probar el sabor de esa mujer que me descolocaba y me encendía a partes iguales. Podía... pero no, no podía hacerlo, porque era la persona a la que debía proteger, ella era mi trabajo, no era ético, no... Sentí su boca en la mía y sabía que no había sido yo el que había acortado la distancia. Los dedos de Irina se movían entre mi pelo, haciendo que todo pareciese correcto. Disfruté de aquel maldito beso hasta que la cabeza de Irina cayó pesadamente sobre la almohada. Vi sus ojos entreabiertos unos segundos y luego se fue, se marchó con Morfeo.

No sabía qué pensar, porque no sabía hasta qué punto era a mí a quien estaba besando, si era otra persona la que estaba en su adormilada cabeza o si era la Irina consciente la que lo había hecho. ¿Una fantasía? ¿Un anhelo escondido? No podía arriesgarme a que fuera ninguna de las dos cosas, no podía permitirlo.

Saqué de mi bolsillo las medicinas que recogimos de camino a casa y las deposité en la mesilla de noche. Tenía que traerle agua, así que salí de su habitación. Cuando regresé, no estaba seguro de sí debía entrar, porque... Ni yo mismo lo sabía. Solté el aire, entré en el cuarto, dejé el agua y di un último vistazo a Irina. Tenía que desvestirla, pero... Le quité el zapato que aún tenía puesto y la cubrí con la sábana. El Phill práctico se sentó esta vez, dejando al Phill precavido tomar el control. Tenía que alejarme de Irina todo lo que pudiese.

Irina

El dolor pulsante de mi tobillo me despertó antes del amanecer. ¿Qué hora sería? Giré la cabeza hacia el reloj de la mesita de noche y encontré el agua y un bote de pastillas. ¿Sería ya la hora de tomarlas? Seguro que sí, porque el efecto de las anteriores se había esfumado. Estiré la mano hacia el bote, pero me detuvo una voz desde la puerta de mi habitación.

—Espera, deja que te ayude.

Phill llegó hasta las pastillas antes que yo, abrió el bote, sacó mi dosis, me lo tendió y luego me dio la botella de agua. Me senté en la cama, tragué los analgésicos y luego el agua, todo de forma mecánica. ¿Por qué? Porque no podía apartar la vista de Phill. Había algo raro en él, pero

¿qué? No sé, había una bruma en mi cabeza que me intentaba decir algo, pero no lo podía entender. ¡Ah!, era la ropa. No era normal que Phill estuviese vestido a estas horas, camiseta, pantalón corto... Siempre que lo había visto de madrugada, incluso aquel día en la cocina, solo llevaba puesto un calzoncillo, nada más. ¿Se había levantado antes para hacer ejercicio? ¿O es que estaba pendiente de darme mi medicación y se había vestido antes de entrar en mi cuarto? Demasiado tarde para sentirme violenta por su desnudez, es más, estaba algo decepcionada. Me había acostumbrado a ver su piel. Él sí que sabía cómo lucir ese traje. En fin, no tenía el cuerpo como para ponerme a pensar en estas cosas, así que me dejé caer sobre la cama y cerré los ojos.

Capítulo 13

Phill

El jefe había pensado en todo cuando equipó la maldita casa. Un gimnasio en el sótano, uno con un estupendo saco para golpear. Y ahí estaba yo, golpeando el maldito saco, intentando llevar a mi cabeza algo de paz. No podía dejar de pensar en que me había besado, Irina me había besado por alguna extraña razón y, aunque no quisiera saber el motivo, conocerlo me ayudaría a actuar de una forma o de otra. Si Irina pensaba que besaba a otra persona, no debía preocuparme, porque tan solo fue una confusión. La Irina consciente no me besaría.

El problema lo teníamos si Irina realmente me había besado a mí, a Phill. Tal vez creía que era un sueño, o una alucinación; en ese caso era un beso sin consecuencias. Pero ¿y si ocultaba un deseo? Eso sí que debía preocuparme, porque no podía permitir que sucediese. Irina no podía desear besarme, no debía desear nada conmigo; aunque no podía negar que existiese una atracción mutua, y eso era malo, muy malo. Lo había visto antes, todas las malditas películas de guardaespaldas hablan sobre lo mismo, la falsa atracción entre protegida y protector. Ya saben, eso de el roce hace el cariño y esas cosas. En la vida real, los protectores no se casan con los protegidos, sobre todo, porque si eso ocurriera, los guardaespaldas se casarían y divorciarían cada dos por tres.

Yo no podía permitirme tener una relación con Irina, porque estaba claro que pertenecíamos a mundos diferentes. Antes era una trabajadora más, como yo, pero su primo me dejó claro que no era así. Le había dado la dirección de un club, de todo un puñetero club. Yo no era más que el chico que debía cuidar de ella, solo eso. Cuando todo esto terminase, ella ocuparía un puesto importante y yo volvería a mis turnos en la empresa de seguridad de los Vasiliev, o a otra misión que ellos quisieran encargarme.

Decir que me sentía frustrado era poco. Había dejado la marina porque no me gustaba sentirme un títere en manos de cualquier gilipollas con un rango superior. En el ejército estaba penada la desertión, en una empresa civil podías largarte en cualquier momento. Sí, podía largarme de allí y así evitar el marrón que me podía caer encima, pero soy un estúpido hombre de palabra y si me comprometí a proteger a Irina, lo haría hasta las últimas consecuencias.

¿Que por qué simplemente no dejaba de comerme la cabeza y me liaba con Irina? Por dos grandes razones. La primera, porque podía ser tan solo algo, ¿cómo explicarlo?, es como el síndrome de Estocolmo, cuando los secuestrados se vinculan emocionalmente con sus secuestradores. Sí, ya lo sé, no es lo mismo, pero ocurría algo parecido. Ese «enamoramamiento» se curaba con un buen psicólogo.

La otra razón es lo que uno va aprendiendo con la experiencia, la propia y la ajena: que no se puede mezclar sexo con negocios, porque siempre acaba mal. Ahora que había encontrado un trabajo que me gustaba, no iba a hacer que me despidieran porque me había acostado con la prima del jefe.

Irina

No tenía ni idea de cuánto tiempo había dormido, pero cuando noté la claridad que entraba en mi habitación, supe que era muy tarde. ¡Malditos calmantes! Me senté en la cama y pensé en todo

lo que tenía que hacer. Una ducha, necesitaba una ducha para despejarme y... ¡Ahg!, el dolor del tobillo me recordó por qué estaba tomando calmantes. Mala idea poner peso sobre el pie.

Sopesé la distancia que había entre la cama y el baño, podía ir saltando a la pata coja. ¿Y luego? La ducha me vendría estupendamente, pero no podía mojar el vendaje y el suelo estaría mojado. Mala idea ir dando saltitos. Bufé y me volví a sentar. Planificación, necesitaba planificación y ayuda. Miré hacia la mesita de noche, buscando mi teléfono. ¿Dónde mierda estaba mi teléfono? En el club. ¡Maldita sea! ¿Cómo iba a pedir ayuda? Pues a la vieja usanza.

—¡Phill! —grité. Nada—. ¡Phill!

Cinco segundos después, un Phill sin resuello estaba en la puerta de mi habitación, pistola en mano.

—¿Qué... qué ocurre? —Sus ojos registraron toda la habitación, al tiempo que apuntaba su arma en todas direcciones, ya saben, como los policías de las películas.

—No es nada de eso, solo... solo necesito ayuda. —Dejó caer sus brazos para que el arma apuntase al suelo.

—Ayuda. OK. ¿Qué necesitas? —Podía ver en su cara que estaba cabreado, ¡eh!, pero no era mi culpa, bueno, un poco sí.

—Siento haberte asustado, pero no tengo mi teléfono para llamarte, así que te llamé a gritos.

Él asintió y se acercó a mí. Él sí que necesitaba una buena ducha, estaba sudado y el pelo y su camiseta empapados y... ¿Por qué eso no me parecía nauseabundo? Phill, ducha... ¡oh, mierda!

—¿Necesitas ir al baño? —Su pregunta me sacó del agujero en el que yo sola me había metido.

—Sí, al baño. —Metió el arma en la parte de atrás de sus pantalones y se inclinó para sostenerme por la cintura. Me aferré a sus bíceps y me impulsé para posarme sobre mi pie bueno.

—Apoya tu peso en mí. —Pasé un brazo por detrás de su cuello y caminamos, bueno, yo salté, hacia el baño. Me depositó con cuidado sobre el retrete y le dio una mirada a la ducha. Ah, sí, pequeño, eso lo había pensado yo. Pero o me arriesgo a darme un buen patinazo, o te met...

—Traeré una silla para que puedas duchar. —Sí, esa era otra opción.

Diez minutos después, Phill apareció con una silla de jardín, de esas blancas de plástico, y una gran toalla. Acomodó la silla, puso la alcachofa de la ducha a un costado de la silla y la toalla en un ganchito junto a la puerta de cristal. Había pensado en todo.

—Siéntate en la silla. La ropa puedes dejarla en una esquina y luego me encargaré de ella. Cuando termines me llamas, estaré por aquí cerca.

—Gracias. —Asintió y creo que vi algo de duda en sus ojos, pero se fue del baño.

Genial, Irina. El tipo que vigila tu culo se acababa de convertir en tu asistente. Y no es que vea mal que un hombre haga labores domésticas, es más, él tenía la mejor técnica para doblar ropa que he visto en mi vida y el café lo hace perfecto. Pero... eso de que recogiese mi ropa interior... Había valorado la opción de contratar a alguien que se ocupara de la limpieza y esas cosas de la casa que ninguno de los dos tenía tiempo de hacer, pero siempre me había echado para atrás el que otras personas hiciesen lo que yo puedo hacer. Pero el tiempo era el que era y no podía estirarlo más. El club exigía mucho y el polvo mientras tanto se acumulaba en los muebles. ¿Por qué Viktor había escogido para nosotros una casa tan grande? Sí, lo sé, porque era su casa y era muy segura.

Una idea se iluminó en mi cabeza, ¿y si le ofrecía a alguna de las limpiadoras del club poder incrementar sus ingresos haciendo el mismo trabajo en casa? No tenían una jornada completa en el club y el sueldo no era para dar saltos de alegría, pero era lo que se pagaba por un trabajo así. Revisaría la lista de empleados y sus horas de trabajo. Seguro que encontraría a alguien interesado y, sobre todo, que me diera algo de confianza.

Phill

No me fui muy lejos. Me quedé detrás de la puerta, creándome una imagen mental de lo que sucedía al otro lado tan solo con los ruidos que escuchaba. Una maldita tortura el imaginar a Irina desnudándose y duchándose. Porque una cosa es que yo sepa que no puede haber nada entre nosotros y otra muy distinta que el maldito impertinente que dormía en mis calzoncillos tuviese sus propias ideas. Soy joven, sexualmente activo y que me crucifiquen si no estaba dispuesto a tener una buena dosis de sexo con una mujer con un cuerpo tan pecaminoso. Y verla mojada y mal envuelta en aquella toalla no fue mejor.

Tenía que poner remedio a todo eso, porque los dos posibles resultados no pintaban bien. O acababa siendo despedido por acostarme con la prima del jefe y castrado por su hermano. O moría por un caso de estrangulamiento mortal de bolas azules. Mal final para mis pelotas en ambos casos.

Capítulo 14

Irina

Odiaba ir al trabajo con jeans y zapatos planos, pero no había más opciones si no quería estar más tiempo en horizontal. Pero eso no era lo peor, no. Lo peor era ir así vestida y con una muleta en la mano. No, espera, lo peor tampoco era eso, lo peor era que Jesse me subiese en brazos todo el tramo de escaleras hasta mi despacho. Vergonzoso. Pero, aun así, estiré el cuello y miré a los demás como si aquello fuese lo más normal. Era como Cleopatra en su parihuela siendo transportada por las calles de Alejandría.

Volví otra vez a concentrarme en los cuadrantes de trabajo de los empleados, sobre todo en los de la limpieza. Había tres que podrían recibir de buena gana la oferta de trabajar unas horas en una casa particular, es decir, nuestra casa. Había un nombre que me sonaba, Agatha. En su ficha de empleada figuraba que tenía 46 años y por lo que parecía tenía doble nacionalidad, americana y rumana. Sí, recordaba ese pequeño resto de acento en su forma de hablar, casi inapreciable, por lo que suponía que llevaba mucho tiempo en el país, probablemente desde niña. Di orden de que cuando terminase su jornada subiera al despacho.

Después de llamar a la puerta, esperó a que le diese permiso para entrar. Nada más ver su cara, vi el miedo en ella, el miedo a perder su trabajo, su sustento. Yo había visto esa misma expresión en mi cara muchas veces. Durante la enfermedad de mi padre, la única que tenía un trabajo remunerado era yo. Sí, Serguéy, en cuanto se enteró de lo que ocurría, empezó a traer dinero cuando podía. Al final, papá y yo nos fuimos a vivir a una pequeña habitación de alquiler en Moscú, porque era donde podían tratar mejor la enfermedad de papá y donde yo podría encontrar mejores oportunidades de trabajo. Allí descubrí que mi hermano había dejado el equipo de gimnasia y que el dinero que nos daba no venía de un trabajo normal. Nunca quise decírselo a papá, pero no hizo falta, él no era tonto.

—Siéntese Agatha. —Le señalé la silla frente a mí y ella obedeció. Podía ver sus dedos blancos apretando su gastado bolso.

—Sí, señora. —Miré la información de mi monitor una vez más.

—Trabaja cuatro horas limpiando el club por las mañanas y libra los jueves.

—Así es.

—¿Trabaja en algún otro sitio más?

—Alguna hora suelta aquí y allí, señora. —Sus ojos se abrieron asustados

—¿Está casada?

—Divorciada, señora. —Podía ver cómo su frente se arrugaba.

—¿Tiene hijos viviendo con usted?

—Sí... sí, señora. Cuatro de ellos.

—¿Tiene con quien dejarlos por las tardes?

—La mayor podría encargarse del pequeño, el resto pueden cuidarse solos.

—¿Qué me diría si le ofreciera trabajar algunas horas más? —Sus ojos se abrieron más, pero esta vez de esperanza.

—¡Oh!, eso sería estupendo, señora.

—Antes de nada, tendría que saber que el trabajo conlleva unas exigencias que de no cumplir causarían su despido de ambos trabajos.

—¿Qué... qué exigencias? —Noté que tragaba saliva.

—Se ocuparía de la limpieza y más tareas domésticas de una casa, pero deberá mantener en secreto para quién y dónde realiza ese trabajo, además de guardar en la más absoluta confidencialidad todo lo que ocurra en esa casa.

—¿Nadie... nadie me tocaría? —Sí, podía entender que pareciese algo depravado o ilegal. ¿Estaría mal si jugaba un poco con eso? ¡Pues claro que sí!, ponte en su lugar.

—No. Agatha. Usted sería solo un ama de llaves, ya sabe, se encargaría de que todo estuviese limpio, la ropa planchada, el refrigerador bien surtido, todo guardado en su sitio. No hay nada raro, Agatha, es solo que las personas que viven allí valoran mucho su intimidad y exigen máxima discreción.

—Ah. De acuerdo.

—¿Te sigue interesando el trabajo?

—Sí, señora. ¿Cuándo tendría que empezar?

—Mañana es jueves, así que podrías ir por la mañana y conocer todo aquello.

—Sí, señora.

—Vaya a primera hora y preséntese en esta dirección, la estarán esperando.

—Sí, señora.

—Y, Agatha, puede decir que trabaja en otro lugar, pero nada de decir dónde y para quién, ¿entendido?

—Sí, señora.

—Eso es todo. Puede irse.

—Sí, señora.

La mujer se levantó, salió del despacho y cerró la puerta con cuidado, pero no sabría decir si se iba contenta, asustada o sorprendida. Puede que un poco de todo.

Phill

Estaba dando mi tercera vuelta de reconocimiento de esa tarde, cuando me llegó un mensaje al teléfono.

—¿Podríamos irnos pronto a casa hoy?

Sabía por qué me preguntaba eso. Había intentado aguantar sin la medicación para el dolor, porque decía que le daba sueño, pero no pudo aguantar mucho. Tampoco mantenía el pie en alto como le había dicho y seguro que eso le producía un dolor pulsante. Al final había cedido y se había tomado la medicación, pero, como ella decía, eso le daba mucha somnolencia. Una hora después de almorzar, le hice una visita al despacho y la encontré babeando sobre el teclado de su laptop. El café le había despejado un poco, pero a vista del mensaje, el efecto se había pasado.

—*En 5 minutos estoy ahí y nos vamos.* —Me respondió con una sonrisa feliz y sonreí. Al menos el día de trabajo terminaría pronto para los dos. Yo también necesitaba recuperar algunas horas de sueño.

No es que Boomer no fuese fuerte, pero tenía que reconocer que para él no iba a ser tan fácil llevar a Irina en brazos escaleras abajo, como lo era para Jesse. Así que esta vez fui yo el encargado de llevarla al coche. Boomer estaba en la entrada trasera, vigilando que no hubiese peligro y con las puertas del coche abiertas para que subiéramos.

Esta vez el trayecto lo hice en el asiento delantero porque quería conducir y porque quería mantener mi distancia con Irina. Aunque cuando llegamos a casa, tuve que aferrarla bien fuerte de la cintura para sostenerla. Irina era una cabezota y se empeñó en subir las escaleras por sus

propios medios, porque decía que no era ninguna inválida. Aguanté los dos primeros peldaños antes de tomarla en brazos y subirla el resto del tramo. Sí, protestó, pero no mucho, porque ella misma reconocía que aún no estaba lo suficientemente bien como para hacerlo ella sola.

—Mañana buscaremos un fisioterapeuta para que trabaje en tu tobillo. —Ella no protestó, solo asintió y dejó que la acompañara hasta la cama. La senté allí y esperé a que me pidiese ayuda.

—Puedo apañármelas sola a partir de aquí. —Alcé las cejas interrogantes hacia ella.

—¿Seguro? —Alzó la muleta y la balanceó ante ella.

—Tengo todo lo que necesito. — Me encogí de hombros y salí.

—Lleva el teléfono contigo esta vez.

Sí, porque mi corazón no aguantaría otra vez oír los gritos de Irina. Esa mañana creí de verdad que alguien había conseguido entrar en casa y llegar hasta ella. Lo sé, soy un paranoico, pero había estado en Rusia y había oído muchas cosas sobre ese tipo que andaba detrás de ella.

Me llevé el teléfono a la ducha y luego a la cama. Pero ni sonó ni llegó ningún mensaje. Era una testaruda orgullosa, le costaba pedir ayuda. Pero yo no iba a discutir. Mejor, solo de pensar en ayudarla otra vez con la ducha... ¡Tú no te metas, apéndice traidor! Mi pene estaba estirando la tela de los calzoncillos de manera desafiante. Sí, otro testarudo que iba por libre.

Capítulo 15

Irina

No sé quién estaba más sorprendido, si Agatha por encontrarme en la casa o Phill al verla a ella allí. Empecé a detallarle todo lo que quería que hiciese y luego le pedí a Phill que le mostrara la casa y los sitios donde encontraría todo lo necesario para desempeñar sus labores.

Él no dijo nada, solo obedeció y cumplió con mis órdenes. Si Agatha se sorprendió de que Phill y yo compartiéramos casa, no lo demostró. Había preparado un contrato para ella en el despacho, así que cuando se fue, ya tenía sus instrucciones para empezar a trabajar ese mismo día por la tarde. Phill, muy profesional, le sacó varias fotos y las envió a los vigilantes de la finca para que la franquearan el paso y la dejaran entrar en la casa. No necesitaba llaves, porque siempre le abrirían la puerta.

Cuando Agatha salió de la casa, llevaba mejor cara que cuando lo hizo de mi despacho el día anterior. Ahora sabía que la confidencialidad y discreción se debía a que era yo quien vivía allí. ¿Que cómo me atrevía a meter a una desconocida en mi hogar? Sobre todo con el cuidado que debíamos tener en esos momentos. Pues porque le había pedido a Viktor que la investigara. Cuando ella entró en mi despacho para la entrevista, prácticamente conocía toda su vida. Agatha Iliescu: llegó de Rumanía a principios de los ochenta, supongo que huyendo del régimen de Ceausescu. Tenía cinco hijos, una de sus hijas estaba casada y vivía con su esposo. Tenía otros cuatro y solo la hija mayor trabajaba algunas horas haciendo trabajillos domésticos. En aquella casa no entraban muchos ingresos, pero seguían manteniéndose fuera del mal camino. Eran honrados, aunque pobres, y eso decía mucho.

Bueno, solucionado el tema de la ayuda doméstica, solo quedaba tratar lo del fisioterapeuta para que me ayudara con el tobillo.

Phill

La verdad, ¿había que ser tan gilipollas? Vale que Irina fuese una preciosidad, pero, ¡joder!, que le estaba tratando un tobillo, lo del tonto estaba de más. Y el cretino tuvo la desfachatez de pedirle el número de teléfono. Para la ficha, ¡ja! Y esa sonrisita. Que no me chupo el dedo. Eso, en cualquier parte del mundo, se llama flirteo. Pero olvídate, gilipollas, esta chica no la vas a catar. Encima quería estar a solas con ella en una habitación con la puerta cerrada, ni de broma. Creo que lo de dejarme fuera era su forma de decirme: «Tío, aquí sobras». Menos mal que Irina tuvo la lucidez de intervenir y pedir que no cerrara la puerta del todo. No estaba allí dentro, pero podía escuchar al muy gilipollas.

—Bueno, por hoy es suficiente, sigue las indicaciones que te dio el médico. Te daré cita para dentro de dos días.

No hacía más que pensar en las muchas maneras en que podía partirle la cara a ese tipo. No es que estuviese celoso, solo cuido de Irina como me pidió su hermano. Porque estaba claro que ese tipo solo quería una cosa, lo que quieren todos los hombres cuando ven a una muñequita así, meterse dentro de sus bragas.

No sabía cuántas sesiones iba a llevar esto, pero en la última le iba a decir: «Mantente alejado de mi mujer o te arranco la lengua». Sí, eso, o algo parecido.

Estaba frustrado, muy frustrado. Había vuelto a ayudar a Irina esa misma mañana y la había visto otra vez envuelta en esa pequeña toalla. Como no podía ser de otra manera, mi pene estaba listo para entrar al combate. Tuve que ir a mi propio baño a encargarme del asunto, porque ya había comprobado que si no lo solucionaba como debiera hacerse, estaría todo el día duro como una piedra y no era plan que un vigilante fuese empalmado todo el puñetero día. Hacer yo mismo el trabajo no es que fuese demasiado alivio, pero me ayudaba a ir capeando el temporal. Eso sí, tenía al pequeño impertinente sensible como una mosca, no hacía falta mucho estímulo para ponerlo a «volar».

Ya en el club, hice todo lo posible por mantenerme lejos y ocupado. Revisé el orden de trabajo del equipo de seguridad del club, repasé las incidencias... Tan solo estuvimos juntos en el despacho cuando fui a revisar las grabaciones de seguridad del día anterior, ya saben, para ver lo que realmente había ocurrido con esas incidencias.

—He estado hablando con León. —Alcé la vista de la pantalla para prestarle atención a Irina —. Vamos a partir la jornada del supervisor. Yo estaré por las mañanas y parte de las tardes y él hará el resto de tarde y la noche.

—Así tendrás más tiempo libre.

—Hacerlo todo una persona es agotador, físicamente inviable.

—Sobre todo si insistes en mantener abierto el club todos los días.

—No te he preguntado cómo lo llevas tú. —En ese momento me giré completamente hacia ella.

—¿Yo?

—Sí. No me he parado a pensar hasta ahora que tú estás pendiente de mí todo el tiempo. No descansas.

—Me tomo algún descanso de vez en cuando, no te preocupes.

—Estoy secuestrando tu vida.

—Es temporal, Irina. Además, cuando todo esto termine, me tomaré unas buenas vacaciones.

—Sonreí para tratar de quitar esa expresión seria de su cara.

—Sí, con el dinero que vas a cobrar en horas extras y la falta de tiempo que tienes ahora para gastarlo, seguro que serán unas vacaciones de lujo. —Lo intentó, Irina lo intentó, pero su sonrisa era triste.

—¿Qué te parece si nos tomamos un día libre los dos?

—¿A qué te refieres?

—No sé, podemos simplemente no venir al club y dedicar el día a hacer lo que nos apetezca. Si improvisamos sobre la marcha, será difícil que alguien nos siga.

—Pero tú seguirás estando pendiente de mí.

—Pero me estaré divirtiendo al mismo tiempo. —No podía darle otra cosa, no hasta que el tío ese ruso dejara de ser una amenaza.

—De acuerdo. ¿Qué tal si lo aplazamos hasta que esté recuperada?

—Por mí está bien.

—Entonces, tenemos un plan.

—¿Qué es lo primero que te gustaría hacer? —Ella se mordió el labio inferior mientras pensaba.

—¿Podríamos ir a la playa? Nunca he tocado el mar.

—¿Nunca te has bañado en el mar?

—No.

—Pues eso tenemos que solucionarlo. Estar en Miami y no bañarte en la playa tiene que ser pecado.

—Entonces ¿podemos hacerlo?

—Sí, vamos a hacerlo. —Y aquella sonrisa que me regaló sí que era sincera y totalmente alegre.

Tendría que ponerme a trabajar en las rutas y desplazamientos. Una cosa era parecer que improvisabas y otra muy distinta no conocer el terreno por el que te ibas a mover. Llámenme previsor, pero si tengo que correr para salvar la vida, prefiero saber hacia dónde tengo que ir. Y ya de paso, tendría que comprarnos unos bañadores. Y tal vez contratar un paseo en barco. Sí, eso estaría bien.

Irina

El mar. Menuda ironía, haber estudiado turismo y no haber viajado nunca a la costa. De mi aldea fui a la capital, a Moscú, y de ahí a Las Vegas. La playa nunca estuvo a mi alcance, hasta ahora. No sé si sería pecado, pero tenía que ir, al menos una vez. ¿Miedo? Porras, sí. No sé nadar. Pero estoy segura de que Phill no dejará que me ahogue. Phill cuidará de mí, me protegerá, de todo.

Capítulo 16

Unos días después...

Phill

Además de que Irina pudiese andar con normalidad de nuevo, estaba feliz por no tener que ver al mierda de ligón ese del fisioterapeuta. Y me resarcí. Cuando Irina se encaminó hacia la puerta, yo me giré hacia él y le solté: «Si marcas su número, vendré a por ti y te arrancaré la yugular a mordiscos». La última imagen que tuve del tipo fue la de su cara pálida como una pared recién encalada. Salí de allí hinchado como un zepelín antes de elevarse al cielo. Gilipollas. Ahora que lo pienso, solo me faltó levantar la patita y mearle. Soy un perro, lo sé, y marco mi territorio.

Cuando llegué hasta Irina, me puse a su lado y, con la pose más inocente que encontré, le sonreí.

—Bueno, ¿lista para tu día libre? —Ella me sonrió, aunque estaba sorprendida.

—¿Ahora?

—Sí.

—Eh... vale, vamos.

Le sostuve la mano cuando subimos al coche y cerré su puerta. Miré a Boomer y él asintió con la cabeza. Lo teníamos todo planeado. Un par de mochilas en la parte de atrás con todo lo que podríamos necesitar y un punto de encuentro si había algún peligro.

—¿Puedes alcanzar las mochilas de la parte trasera? —Irina frunció el ceño, pero no dijo nada. Tan solo se giró en el asiento y se estiró cuanto pudo. Una a una, las mochilas pasaron al asiento trasero, junto a ella.

—Las tengo.

—Bien. Boomer, llévanos de marcha. —Esa era nuestra señal.

Boomer condujo hasta una calle muy transitada, donde paramos al otro lado de una parada de autobús en la que había un bus que estaba recogiendo pasajeros en aquel momento.

—Baja ahora, deprisa.

Irina obedeció. Yo abrí la puerta y ella recogió las mochilas. Tomé la más pesada y la ayudé a bajar. Todo a mucha velocidad. La arrastré conmigo hacia la puerta del bus, llegando un segundo antes de que cerrara. Le di las gracias al conductor, pagué nuestros billetes y pasamos a la parte central. Estábamos casi sin resuello. Al viajar en sentido contrario, vimos el coche de Boomer según se alejaba de nosotros mientras nos movíamos. Si alguien nos hubiese estado siguiendo en aquel momento, hubiera tenido que hacer un giro brusco en la carretera para cambiar de sentido. No vi a nadie haciéndolo, así que parecía que íbamos bien. Estiré una mano para aferrarme a la barra de metal, mientras con la otra sostenía a Irina. Se la notaba curiosa. Lo miraba todo, como si lo viese por primera vez. Me incliné ligeramente, para hablarle al oído.

—Había buses en Moscú, los vi. ¿Qué te parece tan extraño? —Ella volvió el rostro hacia mí.

—Los había, sí, pero eran... diferentes. Todo es diferente. —Esperaba que eso fuese bueno.

Hicimos un par de transbordos parecidos, hasta coger la línea de bus que necesitábamos. Cuando llevé a Irina hasta la calle del paseo principal, sus ojos se quedaron clavados en el inmenso turquoise del océano.

—Vamos, nos están esperando. —Caminamos por el paseo hasta llegar a un malecón en el que

había varios barcos amarrados. Cuando encontré el que estaba buscando, guie a Irina hasta él. El tipo que estaba en la popa nos recibió con una suave sonrisa, nada de esas falsas para los turistas.

—Hola, bienvenidos.

—Hola, soy Phill, mi amiga y yo quisiéramos dar un buen paseo en barco. —Noté que la mano de Irina se volvía rígida.

—Por supuesto, subid a bordo. —El tipo extendió su mano para que Irina cruzase la pasarela hasta la popa de la pequeña embarcación. No era muy grande ni muy pequeña, bien cuidada y limpia. Esperaba eso de un exmarine. Sí, le había estudiado, yo no iba a lo loco salvo que no tuviese más remedio. Le había estudiado y sabía que era un joven que había estado unos años en la marina, igual que yo, pero lo había escogido por algo más que la confianza que me pudiese dar. Sabía que si surgía una situación de peligro, él sabría cómo actuar.

—Vamos, nena, el señor te ayuda.

—Pueden llamarme Simon.

—Ella es Irina y yo soy Phill. —El tipo miró extrañado a Irina, y no, no me pareció amenazador, parecía como si la estudiase.

—No te preocupes, Irina, tenemos chalecos salvavidas. —Giré el rostro hacia Irina, la cual inclinaba la cabeza hacia abajo, con un ligero sonrojo. ¡Ah, mierda!, tenía que haberlo previsto, ella no sabía nadar. Un viaje mar adentro no sería precisamente algo divertido para ella.

—¿Podemos ir por la costa? —Simon sonrió hacia mí.

—Claro. Hay una ruta preciosa por las playas. Les va a encantar.

—¿Qué te parece? —pregunté a Irina. Ella asintió con la cabeza con timidez, pero a la vez emocionada.

—Pueden cambiarse en la cabina interior mientras preparo la embarcación para salir.

Bajamos al camarote y dejé que Irina entrase primero, mientras yo me cambiaba fuera. Cuando el barco hizo rugir los motores diésel, subí a la cubierta. El olor a mar y el aire golpeándome en la cara, eso era todo lo que un marine necesitaba para sentirse vivo de nuevo. De mis años en la marina, era lo que más extrañaba.

No voy a decir lo bien que le vino el agua fría del mar a mis partes bajas, porque, uf, Irina en bañador... No pienses en eso, no pienses en eso.

Irina

Cuando abrí la puerta del camarote, encontré un chaleco salvavidas. Me lo puse y salí a cubierta. ¿Miedo? Me temblaban las piernas como las patas de un chihuahua, pero en cuanto vi el mar a nuestro alrededor, brillando como si fuera plata, y las playas con su dorada arena, el miedo quedó en segundo plano. Eso y notar el brazo de Phill tomándome para acercarme a su cuerpo.

—Estoy aquí, no tengas miedo. —Asentí hacia él y dejé que el paisaje empapara mi alma. Por alguna razón, no solo me reconfortaba la presencia de Phill a mi lado. Había algo en Simon que hacía que te sintieras a gusto junto a él. No sé, era como esa extraña paz que tienen algunas personas. Estaba tranquilo, calmado, como si el balanceo de las olas fuese lo único importante.

Salvo por el enrojecimiento de mi piel —aunque no mucho porque Phill se encargó de la crema solar protectora—, aquel día fue perfecto.

Phill

Antes de acostarme esa noche, revisé el cuarto de Irina, como hacía siempre. La encontré

dormida, con una gran sonrisa y la piel brillante de la crema hidratante. Una piel tan clara como la suya y tan poco acostumbrada al sol de esta zona que estaba ahora enrojecida. No tenía quemaduras, porque cuidé de ella en todo momento, pero no podía negar que había tenido un intenso día de mar y playa.

Al final conseguimos llevarla a un arenal en medio del mar, donde el agua le cubría hasta la cintura. Sujeta a mis manos, y bajo la atenta mirada de Simon desde el puente de mando, Irina nadó.

No debía indagar sobre lo que le había sucedido al tipo, pero no podía negar que sentía curiosidad. Era joven, pero parecía tener un alma vieja. Calmado, que no lento, decía lo justo, nada de esos charlatanes. Cuando hablaba era solo para decir algo importante, algo necesario. Cuando lo mirabas, parecía un hippie. Cabello algo largo, dorado por el sol, cuerpo fibroso gracias a las largas horas sobre la tabla de surf y esa innata paciencia para esperar la ola adecuada. Un surfer de pies a cabeza.

Cuando le pagué, le dejé una buena propina, porque el tipo la merecía. Cuando vio el dinero, inclinó la cabeza a modo de saludo y me hizo un gesto que solo un marine podría reconocer. El tipo me había calado, parecía que se le escapaban pocas cosas. Si necesitase a alguien más para el equipo de seguridad, él sería perfecto, porque daba confianza. Pero no parecía que echara de menos el estrés del trabajo militar. Un tipo raro, pero de forma entrañable, y eso era difícil de conseguir a su edad.

Capítulo 17

Irina

Me quemaba como el demonio. Tenía la piel enrojecida y no tenía suficiente crema para echarme encima. Después de la ducha, me cubrí con una buena capa de crema, pero había zonas a las que no llegaba y necesitaban atención. Salí envuelta en la toalla, con el bote de crema en la mano, en busca de Phill. Lo encontré vistiéndose en su habitación.

—Phill, ¿podrías ayudarme?

—Sí... claro. —El sí lo dijo muy rápido, pero el resto de la frase le costó salir de su boca. Podía entenderlo, era un pringue extender crema sobre una piel quemada por el sol.

Le tendí el bote, que cogió sin mucho entusiasmo, y me giré, dejando caer la toalla por mi espalda, hasta dejarla descubierta. Eso sí, sostuve la tela contra mis pechos, porque una cosa era estar quemada y otra hacer un desnudo integral delante de Phill.

—Mmmm. —No pude evitar dejar salir aquel gemido placentero, cuando empezó a extender la fría crema sobre mi piel recalentada. Las manos de Phill eran suaves y cuidadosas. Sí que sabía cómo extender la crema a una mujer. Volví a gemir de gusto y su mano cogió velocidad y terminó de extender la crema en un periquete. Para que luego digan que los hombres no son escrupulosos.

—Listo. —Me giré hacia él.

—Gracias. —¿Se había puesto rojo? ¡Oh, Dios! No pensé...— Voy, voy a vestirme. Enseguida estoy lista para irnos—. Escuché una media respuesta de su parte, pero tampoco estaba muy centrada en eso.

¡Mierda, mierda, mierda! Todo este tiempo pensando en Phill como si fuese mi hermano y es que no lo era. Sí, vale, una cosa era apreciar lo redondito que tenía el culo y lo bien que le quedaba ese ombligo suyo en ese vientre liso, y otra muy distinta hacer estas cosas de «hermanos», o chicas, ya puestos, con las que le estaba poniendo incómodo.

Pero es que con Phill me sentía tan libre de ser yo misma. No era como cuando era más joven y flirteaba con los chicos y... ¡Oh, mierda, mierda! ¿Qué estaba haciendo? No podía hacer eso, era mi único amigo. No solo era alguien que trabajaba para mí; bueno, pagaba Viktor, pero era a mí a quien protegía. No, Phill era la única persona en este país, además de mi hermano Serguéy, con la que me sentía a gusto. No tenía que fingir si algo no me gustaba, no tenía que aparentar que era una buena chica, podía ser yo, con mis defectos y mis manías, él no me juzgaba.

Era mi amigo, pero había olvidado que era un chico, un hombre, mejor dicho, y algunas cosas estaban fuera de lugar. Lo que le había pedido a Phill solo se pedía a un hermano, un padre o una pareja. Mi lado malo me decía que no estaría mal probar un poquito de eso con Phill, porque había que reconocer que había buen material, pero la parte racional, la que creo que ahora hacía de lado bueno, me recordaba que Phill estaba allí para protegerme, no para servirme de entretenimiento. ¿Qué pasaría si él no sentía esa atracción hacia mí? ¿Qué pasaría si se sentía violento con todo esto? Como lo estaba cuando me untó la espalda de crema. ¿Y si ya tenía a una chica por ahí? ¿Y si era gay? Todo puede ser posible. Phill y yo nunca habíamos hablado de esas cosas, más que nada porque él ha sido siempre muy correcto, nunca... ¡Oh, porras!, siempre ha evitado este tema. Casado no estaba, porque yo era su mujer, y mi radar me decía que no era gay. No, definitivamente no lo era. Entonces, tenía que ir con más cuidado. Phill era muy reservado con sus «cosas» privadas. Sabía que había estado en el ejército, ¿y si eso indicaba que era una

persona honrada? Bueno, muy honrado no sería cuando trabajaba para mi primo, aunque tampoco había visto que hiciesen cosas malas, todo he de decirlo.

Mis primos parecían ser muy civilizados, con trabajos y empresas muy legales, aunque tenían esa pátina de chicos malos y peligrosos que... A lo que iba, ¿y si Phill era de esos chicos que piensan que una mujer debería ser más... buena? No sé, es que nunca le he oído hablar mal de una mujer y es de los que sostienen la puerta para que pases. Muy correcto, muy chico bueno. Quizás Phill era de los que se reservaba para la mujer perfecta, y yo, con estas cosas, estaba traspasando la línea de lo correcto. Debería tener más cuidado, le debía ese respeto. Aunque mi lado travieso, ese que me llevó a conocer la noche moscovita, me decía que sería divertido corromper al chico bueno. Mmm, el fruto prohibido. Quizás, cuando todo el asunto de Constantin se solucionase, podría hacerlo. Solo era cuestión de paciencia.

Llevaba tanto tiempo siendo una chica buena que casi había dejado en el olvido a mi lado travieso. Solo espera un poquito más, diablillo, y podrás comer todo lo que quieras, porque ¿cuánto hacía que no me comía una buena tableta de chocolate? Desde que papá ingresó en el hospital. Vive, Irina, esas serían sus palabras.

Phill

¡Ah, joder! El agua estaba realmente fría. Pero era eso o arrancarle la maldita toalla y hacerle un millón de cosas que no tienen nombre. Miré hacia abajo, donde el impertinente me desafiaba todo orgulloso. Yo casi titiritando y él todo tieso. No había otra, podía meterlo en una cubitera que el resultado sería el mismo. Agarré el pequeño mástil con mi mano derecha y empecé a acariciarlo. Te gusta ¿verdad, pequeño cabroncete? Pues puedes darte prisa en escupir todo lo que llevas dentro, porque tenemos que irnos a trabajar. Cerré los ojos y la imagen de Irina golpeó mis retinas. Mis dedos sintieron de nuevo su suave piel. Estaba cerca... muy cerca. ¡Ah!, sí, saca todo, maldito cabrón... Dos pasadas más y todo había acabado. ¡Mierda, joder! Esto no podía ser bueno.

Limpié la pared de la ducha, donde había «plantado» mi regalo, y después salí hacia la habitación. Esto de los baños individuales estaba bien, porque así podía tener esa intimidad que últimamente tanto necesitaba. Aunque no había hecho mucho ruido, de ahí el dolor de mandíbula que tenía tras apretar fuerte para que no saliera nada de mi boca. Aun así, no podía seguir corriendo estos riesgos. Tenía que encontrar una manera de terminar con esto, a ser posible con Irina fuera de la ecuación.

Me sequé y vestí lo más rápido que pude, porque ya me había entretenido bastante en mi momento de «esparcimiento». Lo bueno de ir a trabajar al club era que tenía una especie de uniforme. Pantalones de vestir, camisa y americana. Un agobio, sí, en cuanto podía dejaba la chaqueta aparcada en alguna parte donde no se manchase. Es lo que tienen los climas húmedos y calurosos. Pero no podía plantearme no llevarla al trabajo, era por mi seguridad. Así que solo quedaban esos pequeños momentos en que podía sentirme seguro sin ella.

Ahora es cuando se preguntan «¿y el arma cómo lo escondes?». Pues sencillo, la llevaba en una funda bien sujeta a mi tobillo derecho, oculta por los holgados pantalones de vestir. La americana tenía otra función: salvarme la vida. Cuando el jefe descubrió estas maravillas de la ciencia consiguió una para cada uno de los empleados que tenían que vestir bien, sin posibilidad de llevar un chaleco antibalas. Sí, era a prueba de balas. No pararía un misil, pero se las apañaba con las balas, al menos la parte que te cubría. Eso sí, pesaba como un muerto y no podía engordar ni un kilo, porque la cabrona estaba confeccionada a medida, pero, ¡eh!, me sentaba genial.

¿He dicho lo bueno que era tener a alguien en casa que se ocupara de la ropa? La verdad, después de estar en el club, supervisar que todo estuviese bien en la casa y vigilar en las salidas al exterior, no me quedaban muchas ganas de ocuparme de la ropa. Agatha había resultado ser un tesoro. Mis camisas estaban lavadas, planchadas y perfectamente colgadas en mi armario. En fin, me vestí y salí en busca de Irina.

Capítulo 18

Varias semanas después...

Irina

Ya teníamos una rutina cómoda aquí en Miami. Phill y yo íbamos juntos a hacer las compras — normal, era eso o me quedaba en casa encerrada— e íbamos a trabajar juntos, aunque él se iba a hacer sus inspecciones cuando no estaba con los chicos de seguridad. Podía entenderlo, ese era el único momento en que podía liberarse de todo y dejar de estar buscando el peligro a mi alrededor. Y dormíamos juntos, o casi, él en su habitación y yo en la de enfrente.

Estaba en el despacho, revisando los últimos pagos a los proveedores, de los salarios del personal y de los impuestos. Que llevaran todo el asunto legal desde Las Vegas, me aligeraba mucho el trabajo. Yo solo tenía que preocuparme de saber cuánto tenía que pagar. Dejé salir el aire pesadamente y miré el monitor de mi laptop. El icono de las cámaras de vigilancia parpadeaba tentadoramente, porque quería alejar los ojos de tanto número. Pulsé la figura y un collage de imágenes del club se materializó ante mis ojos. Instintivamente busqué a Phill en cada recuadro, pero no lo encontré. Seguramente estaría en la zona de los almacenes, le gustaba irse por la trastienda, como decía él, lejos del barullo.

Mi teléfono aprovechó ese momento para ponerse a rugir. Por instinto fruncí el ceño al tiempo que mi corazón se contraía. Viktor. Él no solía llamarme, era algo que habíamos acordado, nada de llamadas, salvo algo grave. Lo demás lo gestionaban Phill y él por otros medios.

—Que no sean malas noticias. —Viktor no se rio al otro lado y eso no me gustó en absoluto.

—No, no son malas noticias, al menos para ti.

—¿Qué ocurre?

—No tengo mucho tiempo para contarte la historia completa, pero, haciéndote un resumen, tenemos una prima que vive en Miami y nos ha pedido ayuda para una misión de rescate.

—¿Misión de rescate?

—Parece ser que hay una chica que sufre malos tratos por parte de su pareja y ha intentado huir por su cuenta, pero el tipo es demasiado listo y testarudo y siempre consigue obligarla a volver.

—Y quiere que la ayudemos a despistarlo esta vez.

—El tipo es policía, tenemos que sacar toda la artillería pesada.

—¿Y qué tienes pensado?

—Estamos de camino a Miami para recoger a la chica y traerla a territorio amigo. Mientras tanto, Danny ha tomado la iniciativa y se ha llevado a la chica del trabajo. La ha ocultado en casa de unos amigos, pero es cuestión de tiempo que el tipo dé con ella.

—Puedes traerla a casa.

—Contaba con ello. Le pasaré la dirección a Danny para que la lleven allí, pero necesito que estéis listos para lo que pueda pasar.

—Avisaré a Phill.

—He intentado llamarle, pero por alguna razón su teléfono no está operativo. —Eso sí que era raro. Phill era un maniático con su teléfono y su conexión.

—No te preocupes, yo me encargo de avisarle.

—Bien, será mejor que os deis prisa.

—Cuenta con ello. Te mandaré un mensaje en cuanto estemos en casa.

—Bien. Espero tu llamada. —Colgué y me puse en pie, era momento de realizar mi propia expedición.

Phill

Estaba en el almacén de la parte de atrás, esperando lo que se había convertido en una retorcida costumbre. Desde el día siguiente a nuestro primer día libre, había empezado a frecuentar el almacén buscando un poco de tranquilidad, un poco de espacio lejos de todo, donde pensar, solo pensar. Necesitaba soledad, pero en un club eso difícilmente se consigue.

Yo no fui en busca de Antonella, pero ella me encontró. No necesitaba saber por qué apareció ese día en el almacén, ni cómo ocurrió el que de pronto estuviese de rodillas haciendo feliz a mi necesitado impertinente. El caso era que siempre que su turno coincidía con el mío, ella se escabullía al almacén y acabábamos teniendo sexo. Al final se convirtió en una rutina. Prácticamente no hablábamos. Ella solo entraba, me sonreía como una hiena frente a su almuerzo y saltaba sobre mí como un animal hambriento. Y yo no solo lo consentía, sino que se lo agradecía, porque era la manera más fácil de acabar con toda la maldita tensión sexual que acarreaba. ¿Remordimientos? Ninguno. Hablábamos poco, pero desde un principio dejamos claro que solo sería sexo, y que fuera de ese almacén no habría un nosotros.

Aun así, los ojos de Antonella escondían algo. Llámenme estúpido, pero no quise saber qué había detrás de esa sonrisa depredadora. Lo sé, mi trabajo consiste en evitar los peligros y no investigar todas las posibilidades era como llamar al desastre y darle la dirección de tu casa.

Tenía la cabeza apoyada en una de las estanterías llenas de botellas de licor, el rostro hacia el techo, sin mirar nada en concreto, solo sintiendo la música del exterior que hacía vibrar las estructuras de metal que llenaban la habitación.

Cuando la puerta se abrió, no necesité mirar a la persona que la había abierto. Sabía quién era. La puerta se cerró, llevándose el golpe de música que trajo al abrirse. Giré mi cabeza hacia ella y vi la sonrisa traviesa de Antonella. Se estaba desabrochando la camisa, para llegar hasta mí con la completa visión de su sujetador negro. Estaba muy orgullosa de sus pechos e intentaba llamar la atención sobre ellos tanto como podía. Usaba esas blusas finas, con las que un sujetador negro era imposible de ocultar.

Sus manos se posaron sobre sus pechos y los apretaron seductoramente, mientras su lengua lamía sus labios. Mis ojos estaban ya centrados sobre el trabajo que sus manos estaban haciendo en sus pechos. Antes de que hiciera nada, cogió mis manos y las colocó sobre el lugar en el que anteriormente estuvieron las suyas. Sus dedos conducían mis movimientos sobre sus pechos, obligándome a apretar como a ella le gustaba.

Mientras estaba entretenido haciendo lo que me había pedido, sus manos empezaron a trabajar sobre mi ropa. Sacó la camisa de mis pantalones y soltó el cinturón y el botón del pantalón. A Antonella le gustaba quitarme la camisa y romper, le gustaba romper. El primer día me arrancó varios botones, pero ya había aprendido, así que me la quitaba de encima antes de que ella los asaltara. Sin desabrochar los botones, me sacaba la camisa por la cabeza y la colgaba en un gancho que había en una de las estanterías. Así ni se manchaba, ni se arrugaba, algo importante si quería salir de allí con un mínimo de dignidad. Soy el jefe de seguridad, no podía ir por ahí con la camisa sucia y arrugada cada dos por tres.

La boca de Antonella era asesina, no besaba, atacaba, yo no tenía mucho que decir. La dejaba mandar porque no era algo que me excitara realmente y tampoco deseaba tomar el control.

Después pasaba a lamer mi pecho, como si mi piel fuese un helado de chocolate. Mientras ella se centraba en eso, mis manos iban directas a lo que realmente me interesaba, meterme bajo su falda y liberar toda la carga lo más rápido posible.

Mis dedos se abrían camino entre su tanga para alcanzar su parte íntima e introducirme lo justo para saber si estaba lista para recibir a mi pene. Como siempre ocurría, ella estaba preparada para jugar en serio. Creo que la chica ya venía lista desde que enfilaba el camino al almacén. Seguro que, si salía, encontraría un maldito reguero de fluidos íntimos por todo el pasillo.

Sus dedos estaban trabajando sobre mi pantalón para sacar a mi excitado amigo. Cuando tuvo el camino libre, salió todo arrogante y dispuesto. Antonella se relamió los labios, haciendo que el impertinente cabeceara impaciente. Sabía lo que venía ahora. Antonella se puso de rodillas y rápidamente se lo metió en la boca. Mis ojos se cerraron nada más notar la húmeda calidez envolviéndome. Mi mano se posó sobre su cabeza para marcarle el ritmo si fuese necesario, aunque la chica era malditamente buena en esto, no necesitaba ninguna guía.

Sabía que estaba jugando con fuego, porque no quería que parase. Podría haberme derramado en su boca, pero eso era egoísta y el fin de esta reunión era conseguir un buen momento para los dos, no solo para mí. Deslicé mis dedos en el pequeño bolsillo que tienen todos los pantalones y saqué el pequeño paquetito de aluminio que me había acostumbrado a tener allí siempre. Lo rasgué con los dientes, aparté con cuidado la boca de Antonella y coloqué la funda de látex donde correspondía. Antonella se puso en pie y, antes de que se aferrara a mi cuello, la giré rápidamente sobre sí misma, haciendo que su cara quedara contra la pared. Levanté su corta falda, aparté a un lado el hilo de tela que las mujeres llaman tanga y, de un firme movimiento, me metí dentro de ella. De la boca de Antonella salió un medio grito medio gemido, después de un «¡Sí!» placentero.

Lentamente fui moviéndome dentro y fuera de ella, despacio al principio, pero cogiendo velocidad rápidamente. Podía sentir cómo mi liberación se acercaba rápidamente, quizás más rápido de lo que podía llegar la culminación de ella. Así que deslicé mi mano izquierda hasta su pubis y empecé a trabajar el punto que aceleraría la llegada de su orgasmo.

Después de un par de minutos trabajando el cuerpo de Antonella, podía sentirlo aferrándose al mío, exigiendo que la acompañara en su camino a la liberación. Gritó satisfecha cuando llegó por fin; yo estaba a punto de acompañarla, cuando la puerta del almacén se abrió bruscamente. Al otro lado, el rostro sorprendido de Irina nos miraba acusadoramente.

Capítulo 19

Irina

Había ido a la parte trasera hasta casi llegar a la puerta del almacén. Antes de abrir la puerta, escuché un grito de mujer, un grito no de miedo, no de dolor, sino de liberación. Y abrí, instintivamente abrí, y al otro lado encontré lo que no esperaba. La chica de la barra, la que nos atendió la primera vez, estaba de cara a la pared, una mano impidiendo que su cara la golpeará y la otra estrujando su pecho desnudo. Su rostro estaba congestionado, sudado y feliz. Pero lo que había congelado la sangre de mis venas fue ver a Phill semidesnudo, la piel brillante por el sudor y su mano aferrando la cadera de la chica, apretándola contra él.

No necesitaba ninguna aclaración de lo que era, estaba bien claro. Estaban teniendo sexo. Sexo en un almacén y yo los había sorprendido.

Si bien los dos estaban sorprendidos de verme, Phill enseguida agachó la cabeza, avergonzado. Todo lo contrario de la chica, que me enfrentó con una mirada retadora, desafiante, como si hubiese conseguido lo que quería, como si me hubiese arrebatado algo que me pertenecía y no pudiese reclamar que me lo devolviese. Extraño.

No sabía qué decir, hasta que recordé el motivo por el que había ido allí.

—Te estaba buscando —No fue Phill quien contestó, ya que estaba más centrado en darme la espalda y vestirse.

—Estoy en mi descanso. Lo que haga en él, no le importa a nadie. —¿A qué venía eso? La miré dos segundos, recordándome a mí misma que yo era la jefa y que una persona a mis órdenes no debía responderme de esa manera.

—No estoy hablando contigo. —Ella esbozó una sonrisa de suficiencia y empezó a vestirse con calma, mientras se giraba para mirar a Phill. Él se estaba metiendo la camisa dentro de sus pantalones y acomodando estos como deberían estar.

—¿Ocurre algo?

—Tu teléfono no está operativo, Viktor quería hablar contigo. — Phill arrugó la frente mientras sacaba el teléfono del bolsillo de su pantalón. Le vi apretar la mandíbula y maldecir.

—Se ha apagado. —Empezó a manipular el teléfono, hasta ponerlo de nuevo operativo.

—Te espero fuera. —Salí del almacén, más que para darles tiempo a arreglarse, para dármelo a mí misma. Después de 10 segundos, Phill estaba a mi lado, junto a la puerta.

—Llamaré ahora mismo.

—Ya te pondré en antecedentes por el camino, ahora lo importante es que tenemos que irnos.

—Dame un minuto y nos vamos. —La puerta se abrió en ese momento, mostrando a una triunfadora, ¿cómo se llamaba?, como fuera. Se inclinó hacia Phill y le robó un pequeño beso de los labios. Él no se movió, tampoco dijo nada.

—Regreso a mi puesto. —Los dos la observamos mientras se alejaba sin decir nada, hasta que Phill lo intentó y yo le interrumpí.

—Irina...

—Sé que no tienes muchas oportunidades para hacer ese tipo de cosas en lugares más adecuados. Así que no voy a recriminarte por hacerlo. Además, ahora tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos. Arregla lo que tengas que recoger allí dentro y ven al despacho. Llamaré a Boomer para que preparen el coche. —Y con toda la dignidad que pude, me

di la vuelta y salí de allí.

Phill

Jugar con fuego es lo que tiene, que te puedes quemar, y eso es lo que acababa de pasarme. ¿Qué demonios le pasaba a Antonella? ¿Por qué desafiaba a Irina de esa manera? Sí, lo he notado, ahí había algo que no quería alimentar. Aquella actitud... Y luego estaba aquella expresión dolida y decepcionada en el rostro de Irina, como si realmente le hubiese fallado, y eso rompió algo dentro de mi pecho. Sabía por qué, no podía estar tan ciego como para no saber lo que era. Me importaba, Irina me importaba, lo que pensaba de mí me importaba, lo que sentía por mí me importaba. Dejé que mi cabeza descansara sobre la pared de enfrente, dejando que sostuviera el peso de mi miseria. Había escogido el peor de los caminos.

Ahora es el momento de retomar el prólogo.

Marqué el teléfono de Viktor y esperé dos tonos antes de que descolgara.

—¿Algún problema con el teléfono? —fue lo primero que me dijo.

—De alguna manera se apagó y no me di cuenta. Trataré de que no vuelva a ocurrir.

—Le diré a Bobby que te mande uno nuevo. De momento trabajemos con lo que tenemos.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Necesito que mantengáis a salvo a una mujer. Quiere escapar de un novio maltratador, pero el tipo es policía y no quiere dejarla ir.

—Situación complicada.

—Lo sé. Serguéy y yo vamos de camino a Miami para hacernos cargo de la situación. Tú solo tienes que mantenerla a salvo hasta que lleguemos.

—Lo haré, señor.

—Nos vemos en unas horas.

Colgué y caminé los pocos pasos que me quedaban hasta el despacho. Entré allí, saludé con la cabeza a Irina y tomé mi chaqueta en silencio. Poco había que decir y, como ella misma dijo, ahora teníamos cosas más importantes que hacer.

Antonella

Regresé detrás de la barra con una sonrisa enorme en la cara. ¿Cuántas veces podía decir una camarera de barra que le había pasado por delante a la jefa? Muy pocas. Pues yo acababa de hacerlo. ¿Que cómo lo sabía? Porque soy una persona observadora y he visto la relación de esos dos. Son algo más que dos personas que trabajan juntas, son como amigos que no se dan cuenta ni se atreven a ir más allá. He visto cómo el pobre tipo caminaba por ahí con el cuerpo encendido, y estaba segura de que era por culpa de ella. Si no hacían ninguno de los dos nada al respecto, ¿por qué no podía aprovecharme yo?

El hombre era un buen solomillo que llevarse a la boca y si conseguía engancharlo a mí, podía beneficiarme de su puesto. Ella se ocupaba de los números, pero, aunque era la que cortaba el bacalao, él la trataba con demasiada familiaridad como para ser un simple subordinado. Lo mirase por donde lo mirase, era una situación en la que yo solo podía ganar. Buen sexo, buenos contactos dentro de la empresa y, además, la jefa pasaría por alto cualquier cosa que hiciese con él, había quedado claro.

¿Sería demasiado pronto para conseguir un puesto mejor? Dentro del club había mejores ubicaciones, en las que se conseguían más propinas. Y lo turnos, en unos se sacaba más dinero que en otros. Además, si llegaba tarde o me marchaba antes, las quejas podían ser desoídas o no llegar a pronunciarse, porque me estaba acostando con el jefe de seguridad del club.

¿Quién me iba a decir, cuando lo vi por primera vez, que encontraría un buen trozo de carne que además llegaría con una buena guarnición?

—Llegas tarde, Anto. —Lenny y su maldita manera de recordarme que era el encargado de camareros.

—Me entretuvo el jefe de seguridad. —Lenny arrugó las cejas y me miró poco convencido. Seguro que lo comprobaba, el tipo era así de estricto. Asintió hacia mí y me señaló con la cabeza un par de clientes que esperaban a ser atendidos. Sí, estúpido, no me toques mucho las narices, porque puede que un día de estos consiga tu puesto.

Capítulo 20

Phill

De camino a casa, Irina permaneció en silencio. Casi que lo agradecía, porque ¿qué iba a decir? ¿Eh? Sí, me la estaba tirando, pero es porque no puedo tenerme a ti. Me gustas, mucho, y me pones en malas condiciones constantemente, por eso tengo que tirarme a otra. Sí, muy apropiado. La verdad no siempre es lo mejor.

Cuando llegamos a casa, di instrucciones a Boomer para que reforzara el perímetro exterior, luego puse a Oscar sobre aviso, para que patrullara el perímetro interior. De camino a la casa había puesto en alerta al resto de los efectivos. Todos con instrucciones concretas, todos sabían lo que tenían que hacer, porque había preparado el maldito plan una y otra vez. El jefe fue claro, proteger a la chica hasta que él llegara. Y eso iba a hacer.

No tuvimos que esperar demasiado. Un coche se detuvo en la verja de entrada. Las cámaras de seguridad nos mostraron a un hombre y dos mujeres dentro del vehículo. No había duda, era quienes esperábamos. Después de dejarles entrar, cerramos la verja de entrada. Seguros de nuevo.

Soy una persona que puede desempeñar varias tareas a la vez. Puedo controlar el perímetro, puedo estar pendiente de una conversación al mismo tiempo, puedo estar organizando el plan de acción para dentro de unos minutos... Pero ninguna de esas cosas podía compatibilizarla con buscar disculpas en mi cabeza. Había hecho lo que había hecho y, como adulto, debía cargar con las consecuencias. Al fin y al cabo, todos somos adultos, todos cometemos errores; quien diga que no, miente. Lo único que nos diferencia a unos de otros son dos cosas: lo mal que te sientes contigo mismo por haberlos cometido y lo que estás dispuesto a hacer por reparar el daño.

Lo que tenía claro era que la actitud de Antonella no me había gustado. Sabía que era una mala idea mantener aquellos encuentros sexuales con ella, pero no me paré a pensar que ella pudiese actuar de esa manera si alguien se enteraba de lo nuestro. Sabía que todo acabaría de la misma manera que empezó, drásticamente, aunque no sabía cuándo iba a suceder. Cada día me decía que iba a ser el último, no iba a volver a ocurrir, hasta que mis desesperadas hormonas tomaban el control de mi cuerpo. Soy débil, lo reconozco, y esto es nuevo para mí. Siempre he sido un hombre capaz de mantener a raya su libido, el trabajo siempre iba primero. Hasta que llegaron Irina y ese maldito cuerpo suyo. He conocido mujeres espectaculares, máquinas del sexo, pero ninguna, y digo bien, ninguna, me ha provocado el estado en el que me deja ella con solo mirarla.

Antes de que las puertas del coche se abriesen, le dediqué un último vistazo de reojo. Su rostro estaba serio, pero no conseguía identificar del todo su expresión. Se parecía a esa que tenía su primo Viktor algunas veces... ¡Ah, joder! Algo estaba cociéndose en esa cabeza suya y más me valía estar preparado.

Una mujer joven fue la primera en salir del coche. Irina se dirigió directamente a ella, modulando suavemente ese maldito y sexy acento ruso suyo.

—Soy Irina. Viktor nos avisó de que venías.

—Soy Danny y, si no me equivoco, somos familia. —Irina abrazó a la mujer como si realmente se conocieran y existiera un lazo fuerte que las uniese.

—Será mejor que entremos. Seguro que esta chica quiere quitarse esa ropa de abuela.

Observé a la otra mujer, que al principio parecía una abuela, hasta que la vi de cerca. Irina y Danny la escoltaron dentro de la casa, mientras yo me quedaba para acompañar al hombre que

llegó con ellas. En mi trabajo es importante estudiar a la gente para anticiparse a sus movimientos y he de decir que no hacía falta ser un experto para notar que la otra mujer estaba asustada, pero de una manera... ¿Cómo explicarlo? ¿Sabes ese niño que llega nuevo al colegio a mitad de curso? Sin conocer a nadie, en un lugar nuevo, en el que todos van a juzgarte. Estás asustado, sientes que no estás donde debes, pero, aun así, intentas mantenerte firme, porque es dónde debes estar, es tu lugar, lo quieras o no. No debes mostrarte débil, ni desafiante, ni vulnerable, ni distante. Ella parecía asustada, vulnerable, pero, al igual que las personas que caminan en contra de los fuertes vientos, inclinan su cabeza, aferran sus ropas y luchan por dar un paso más hacia su destino. Ella me dio esa impresión.

—Soy Mo.

—Phill.

—Espero que podamos detener al cabrón. Se presentó en la puerta de casa y tuvimos que recurrir a un truco para conseguir despistarlo.

—¿Os han seguido?

—A nosotros no, pero seguro que se ha hecho con nuestra matrícula y terminará por localizar el coche y a nosotros.

—Entonces será mejor que lo ocultemos. Lo meteremos en el garaje subterráneo antes de entrar en la casa. —Tenía que avisar al jefe. El tipo era más peligroso de lo que suponía. Metimos el coche en el garaje y dejé que Mo se reuniese con las mujeres mientras yo volvía a hablar con el jefe en un lugar apartado, para mantener la privacidad.

—¿Ya llegaron? —Esas fueron las primeras palabras de Viktor en cuanto se abrió la línea. Le expliqué todo lo que me dijo Mo sobre el tipo y sus recursos y, como imaginaba, al jefe le gustó tan poco como a mí.

—Yo me ocuparé de él, tú mantenla a salvo hasta que lleguemos.

—Sí, señor.

Alcé la vista hasta el lugar donde estaba el resto. Danny e Irina estaban quitando el maquillaje que envejecía a la otra mujer. Sí, era joven, mucho más de lo que pensé en un primer momento, pero es que sus ojos parecían tan viejos... No sé si alguna vez han conocido a esas personas, niños algunas veces, que te miran como si su alma fuese vieja. Eso mismo ocurría con esa mujer, había una aceptación, una calma que no eran propias de una persona tan joven, salvo que hubiese tenido de crecer muy rápido. La vida a veces era una perra.

Irina

Mientras retiraba el maquillaje del rostro de Estrella, no pude evitar quedarme atrapada por sus ojos. Su mirada era tan dulce y triste, se parecía tanto a la de mi madre. Eso solo podía significar una cosa, que sus corazones eran iguales. Por mucho que lo intente, yo nunca podré tener ese corazón. Según mi madre, Serguéy y yo nos parecíamos demasiado a mi padre, teníamos bien arraigada esa sangre peleona que nos hacía rebelarnos contra todo. Era la sangre de la abuela, sangre Vasiliev, decían los primos americanos. Podía ser.

De todas formas, la vida no nos había dado muchas oportunidades para conseguir un corazón como el de mamá. Su enfermedad, la de papá y todo lo demás. Dicen que Estados Unidos es la tierra de las oportunidades, no sabría decirlo. Lo que sí sabía era que vivir en Rusia era diferente y, en nuestro caso, había sido peor. Vivíamos en una granja pequeña que nos ayudaba a subsistir junto con el sueldo de minero de papá. Y cuando digo pequeña, me refiero a cinco gallinas, un cerdo y dos cabras. Un huerto con patatas, repollos, cebollas y alguna zanahoria. Todo ello nos

ayudaba a comer mejor y a veces a vender para sacar algún dinerillo. Suficiente si no tienes que pagar medicamentos.

Sacudí la cabeza, intentando sacarme el pasado de la cabeza. En ese momento, debía centrarme en el presente.

—Mucho mejor —dijo Danny detrás de mí.

—Gracias —dijo la otra mujer.

—No es nada. —Ella posó delicadamente su mano sobre la mía que aún estaba retirando parte del maquillaje.

—Lo es. Gracias, por todo. —Solo sonreí, porque era imposible no darle eso.

El ruido de unos vehículos entrando en la propiedad nos hicieron volver nuestra atención hacia el exterior. Cuando la mirada de Danny y la mía se cruzaron, su sonrisa creció. Las dos sabíamos quienes acababan de llegar.

Capítulo 21

Phill

Tenía que reconocer que el jefe sabía cómo hacer una entrada. Que Irina saltara sobre su hermano, lo esperaba, pero lo de Danny... Que el jefe estaba casado, ¡joder! Sí, primos. Esos dos no se abrazaban como si fueran primos, era como si arrastrasen algo muy fuerte. Tenía que enterarme de esa historia, ¿sabría algo mi padre? Algo me decía que sí.

No estuve muy pendiente de lo que se dijeron, estaba más centrado en las comunicaciones de mis chicos. Todos dieron el OK, nadie cerca de la propiedad. Todo despejado.

Cuando Viktor empezó a dar órdenes, nos pusimos en movimiento. Eso sí que era una visita relámpago. Me acerqué a él en cuanto pronunció mi nombre. Me tendió una pequeña caja.

—Dame tu teléfono y usa este. —No hice ningún comentario, porque eso era eficiencia. Un problema y me daban uno nuevo. Daba gusto trabajar con esta familia. Saqué el mío y se lo tendí.

—De verdad que no sé cómo llegó a apagarse. Tenía batería de sobra.

—No te preocupes. Será algún problema de conexión. Haré que lo revise el servicio técnico.

—Asentí y se dirigió hacia el coche.

Salieron con tanta rapidez como llegaron. Al girarme hacia Irina, la encontré abrazándose a sí misma, como si intentase reconfortarse por sí sola. ¿Estaba llorando? No había lágrimas, pero su rostro estaba igual de triste. Mis manos deseaban tomarla en un abrazo y darle ese calor, esa seguridad que necesitaba. Pero yo no era la persona indicada para hacerlo.

Irina

«Haz que me sienta orgulloso de ti». Las palabras de mi hermano se habían quedado grabadas en mi cabeza. Eran las mismas que le decía mi padre cuando nos despedíamos de él. Eso y un fuerte abrazo, con el que dejaba todo su cariño y amor para guiarle en su duro camino. Y eso acababa de hacer Serguéy. Abrazarme. Darme con ese abrazo la fuerza que iba a necesitar para seguir caminando cada día.

No iba a llorar, no podía llorar. Los Vasiliev no lloran, los Vasiliev pelean. Me froté el brazo intentando transmitir el calor que había perdido con la partida de mi hermano, pero eso no era suficiente para reconfortarme. Habría dado un ojo por subir a ese coche con él e irme, pero no podía. Yo era su debilidad y, como tal, debía mantenerme bien lejos de él. Me giré hacia la casa, con el paso firme. No podía enfrentarme a Constantin Jrushchov, pero podía poner el maldito club a la cabeza de los mejores. Pagaría esta deuda con Viktor de la única manera que podía hacerlo.

La sombra de Phill estaba a una distancia prudente. Alcé la vista hacia él, para echarle un vistazo. Teníamos una conversación pendiente, pero asumía que este no era buen momento para tenerla. Solo esperaba a que yo decidiese el momento. Y lo haría, pero no era este.

Entré en la casa y Phill cerró la puerta detrás de mí. Podía sentirlo caminar sobre mis pasos hasta que entré en mi habitación. Me tumbé sobre la cama, deslicé los zapatos hacia el suelo y me abracé a mí misma. Sentí cómo la sábana caía sobre mí con delicadeza y luego oí la puerta cerrarse. Mis párpados se apretaron y entonces sí, las lágrimas cayeron libres. Un Vasiliev no llora, pero aquí, en la soledad de mi habitación, tan solo soy Irina.

Phill

El agua caliente de la ducha caía sobre mi espalda, arrastrando consigo el olor que me repugnaba. Cuando vi a Irina allí recostada, vulnerable, con el alma sangrando, deseé abrazarla, sostenerla, hacerla sentir que no estaba sola, que estaba ahí para lo que necesitase. Pero no lo hice, porque no podía. Y no podía porque llevaba encima el olor de otra mujer. Me sentía sucio. Me sentía como ese hombre que se tira a un pozo de excrementos para conseguir una moneda, una mísera moneda. Y cuando sales de allí, de ese maldito pozo, con la moneda en tus manos, sigues cubierto de mierda.

Cerré la llave del agua, tomé aire y salí de allí. Me sequé de forma mecánica, me puse un calzoncillo y me tumbé boca arriba sobre la cama. Mirar el techo de la habitación, eso sí que ayudaba a pensar.

Había dado órdenes de que solo quedara el refuerzo exterior. Un hombre dentro de la propiedad, como siempre, y yo. Esta noche no necesitábamos más. Si ese tipo curioseaba fuera, el refuerzo nos alertaría; si conseguía eludir la seguridad y entrar dentro sin ser visto, Oscar se encargaría de él. Y si, aun así, lograba entrar en la casa sin ser detectado, cosa casi imposible, estaba yo. Y, de todas formas, no encontraría lo que buscaba. Su presa había huido, bien lejos.

Así que aquí estaba yo, solo sobre un colchón frío, con la única compañía de mis pensamientos. Si algo tenía claro era que lo de Antonella había terminado. No iba a culparla, porque el fallo fue mío, así de simple. Pero debía dejar las cosas cerradas y bien claras. Y con Irina...

Irina

El sonido del teléfono me despertó. No, no era una llamada, solo un mensaje. Estiré la mano y lo tomé. Era de Serguéy. Se había arriesgado a mandarme un único mensaje, uno que nadie más entendería, ni ruso ni americano. «Pluto». ¿Que qué era lo que significaba? Que estaba a salvo, porque había alguien que lo protegería con todas sus fuerzas. Pluto era nuestro perro. Aquel animal, aun faltándole una pierna, siempre nos protegió y defendió. Cuando Serguéy se fue a la escuela de gimnasia, le dije que no se preocupara por mí, porque tenía a Pluto, él cuidaría de mí. Y eso es lo que me decía, que no me preocupara de él, que había alguien que lo cuidaba.

Esa palabra me hizo sonreír. Era hora de seguir adelante.

Me levanté, me duché y me vestí. Durante todo ese tiempo, mi cabeza estuvo dándole vueltas a cómo acometer el tema que tenía pendiente. Cuando bajé a desayunar a la cocina, encontré a Phill sirviéndome una taza de café. Era bueno, tenía que reconocer que se esforzaba por hacer su trabajo de manera que no me sintiera observada a cada minuto, pero segura de que estaba pendiente de mí. Tomé aire y me dispuse a dejar claro todo aquello.

—Gracias.

Él asintió hacia mí. Antes de que empezase la siguiente frase, él tomó la iniciativa:

—Sé que una disculpa sabe a bien poco, pero eso no quita que te la deba. Discúlpame, sé que no actué de forma correcta, no volverá a ocurrir. Me encargaré de hablar con la chica y decirle que...

—¡No! —Que le interrumpiese de manera tan brusca lo sorprendió, haciendo que sus ojos se clavaran en los míos—. De ella voy a encargarme yo, porque es a mí a quién corresponde. Tú eres el jefe de seguridad, pero yo soy la directora del club. —Phill asintió.

—De acuerdo, estaré allí para apoyar las medidas que tomes.

—Phill, siempre te he considerado un amigo, y sé que estos meses se han hecho largos no solo para mí. No esperaba que me dijeras que necesitabas ese tipo de «cosas», es un tema demasiado personal y no tenemos ese grado de intimidad. Pero me gustaría que de ahora en adelante confiaras más en mí. No necesitas esconderte.

—Eres demasiado comprensiva.

—No, soy justa. Si en algún momento yo me encontrase en una situación similar, me gustaría saber que cuento contigo para tratar esto como personas civilizadas. —Su mandíbula se tensó, sus ojos se oscurecieron y, aun así, volvió a asentir.

—Tienes mi palabra de que así será.

—En cuanto a esa mujer... Voy a tomar medidas, no por lo que estabais haciendo allí, sino por su forma de dirigirse a un superior. —Volvió a asentir.

—Estoy de acuerdo.

—Te pediría que no interfirieses.

—No pensaba hacerlo, eres la jefa, ¿recuerdas? —Me dedicó una pequeña sonrisa y supe que, entre nosotros, todo volvía a estar bien. Más o menos.

—Sí te voy a pedir que hagas algo con respecto a ella.

—Lo que quieras. —Sé que yo estaba sonriendo como una hiena, pero es que sentaba demasiado bien tener el poder. ¿Se sentiría así siempre el primo Viktor?

Capítulo 22

Antonella

Mis pies me llevaban ligera hacia el almacén de la parte trasera. No había tenido tiempo de hablar con Phill, pero no le había perdido la pista en todo momento. Lo vi alejarse hacia la zona de atrás, 10 minutos antes de que comenzara mi descanso. Eso era todo lo que necesitaba para saber que él estaría allí. ¿Que por qué estaba tan segura de que todo seguía igual? Porque la perra de la rubia me había mirado una vez cuando entró en el club, pero no había ido a decirme nada, ni me había mandado llamar a su despacho. Eso solo podía significar una cosa y era que Phill había usado su poder para imponerse. Lo sabía, Phill no era tan insignificante como nos hacían creer a todos.

Llegué a la puerta y sonreí antes de abrirla. Pero cuando atravesé el umbral, me topé con un perro diferente al que esperaba.

—Cierra la puerta. Tenemos que hablar. —Intenté mantener mi sonrisa, pero no pude evitar que se debilitara. Aun así, no le dejé que lo notara. No soy tan insignificante como ella cree que soy.

—Claro.

—Querrás saber por qué estoy aquí, en vez de hacerte llamar a mi despacho. —Sí, eso me tenía intrigada. Si la perra quería hacerme sentir todo el peso de su poder, me habría mandado llamar a su despacho. Si estaba aquí, seguramente sería porque quería tratar esto de forma más personal, y ahí es donde yo ganaba.

—Me tienes intrigada. —Ella sonrió y cruzó los brazos sobre su pecho, al tiempo que se recostaba sobre la estantería a su espalda.

—Es una manera de mantener todo este asunto en privado, porque supongo que no quieres que todo el mundo sepa de tus hazañas sexuales en horas de trabajo. —¿Estaría segura de eso? Le dejaría bien claro que no me tenía pillada por ahí. Así que copié su postura y me recliné sobre la puerta a mi espalda.

—Era mi tiempo de descanso.

—Es tu criterio, pero, aun así, no necesito entrar ahí. Tienes razón que no soy quién para decidir lo que haces en tu descanso, y casi tampoco dónde lo hagas. Pero sí puedo amonestarte por incumplir con tus obligaciones. Conoces las normas de la empresa y lo que conlleva saltarse alguna de ellas.

—No hay nada escrito que me diga que no puedo pasar mi tiempo de descanso dentro de las instalaciones del club; es más, puedo salir de él si lo necesito, siempre y cuando esté en mi puesto en el momento en que mi descanso termine. Y eso he hecho. No puedes sancionarme por eso.

—Primero, deberás dirigirte a mí con el respeto que se le debe a un superior, porque no somos amigas. Segundo, no, no puedo sancionarte por no estar a tu hora en tu puesto. Pero sí puedo hacerlo por no respetar las normas sanitarias, que dicen que debes cumplir con un mínimo de higiene. Según las cámaras de seguridad volviste a tu puesto de trabajo, sí, a tu hora, pero no hiciste ninguna parada para asearte.

—¿Qué?!

—Me da igual dónde hayas metido la boca, o lo que hayas metido en ella, pero tus manos me pertenecen. Antes de ponerte a servir copas a mis clientes, debes tenerlas limpias. —La rubia empezó a caminar hacia mí y yo me aparté de su camino. Tomó el pomo de la puerta y la abrió,

pero antes de salir se giró hacia mí, no, hacia la pared junto a la puerta. —Esta pared es un cubo de suciedad. —Y con eso se giró hacia mí del todo—: Y tampoco quiero pensar en donde estuvieron antes de estar aquí pegadas. —Empezó a salir de la habitación, mientras continuaba hablándome.— Tienes una amonestación por sucia y otra por dirigirte a mí sin el debido respeto. Otra más y estás en la calle.

Apreté los dientes, mordiéndome la lengua para no gritar. Maldita perra. Pero me las iba a pagar.

Phill

Estaba esperando al final del pasillo, no porque Irina me lo ordenase, sino porque quería estar cerca por si la cosa se desmadraba. Pero estaba claro que no me necesitaba. Salió de allí como una maldita reina, con la cabeza alta. Detrás de ella, Antonella estaba parada, con las manos en puños y dagas de fuego saliendo de las cuencas de sus ojos. Sabía que era peligroso enfrentarse a ella en aquel estado, pero me daba igual. Era un precio pequeño por todo el mal que yo había hecho.

Irina pasó a mi lado y yo asentí conforme. Miré a Antonella y esperé. No iba a salir corriendo, si quería decirme algo, aquí estaba. Y ahí que vino.

—No puedes permitir que me haga eso. —Alcé una ceja hacia ella.

—¿Permitir? Ella es la directora del club. De lo que haga o deje de hacer, no tiene que dar explicaciones a nadie. Sus órdenes se acatan.

—Pero me ha sancionado a mí, no a ti. Se ha inventado no sé qué normativa higiénica y me ha sancionado también por no respetarla. ¿Te lo puedes creer? —¿Normativa sanitaria? Joder con Irina. No tenía que reírme, no tenía que reírme.

—Puedo asegurarte que Irina Hendrick no necesita inventarse nada. Puedes revisar la normativa, que seguro que todo está ahí. Y en cuanto a que yo no he sido amonestado, ¿quién te ha dicho que no ha sido así?

—Pero tú eres el jefe de seguridad, ella no puede.

—Te equivocas, ella sí que puede. Es la jefa, no lo olvides. —Metí las manos en los bolsillos y me dispuse a dar el tema por zanjado e irme de allí.

—¿Así que me dejas porque ella te lo ordena?

—No, termino con esto porque ya fue suficiente. Los dos sabíamos que era algo pasajero y que tarde o temprano acabaría. Pues bien, este es el momento.

—Eres un maldito vendido, me usaste cuando te interesó y ahora me desechas.

—Creo que los dos nos usamos mutuamente, no puedes reprocharme nada.

—Vas a pagármelas. —Si en ese momento hubiese estado llorando, sus lágrimas serían de ácido venenoso.

—Puede, pero yo pensaría muy bien a quién le digo ese tipo de cosas. —Entonces sí, me di la vuelta y salí de allí.

Irina

Tenía que reconocer que el tipo tenía pelotas. La tipeja esa le estaba lanzando dardos envenenados con cada mirada, pero él ni se inmutaba. Phill seguía sentado en la misma esquina de siempre, como si nada hubiese ocurrido. Aparté la mirada de las cámaras de seguridad y volví a mis asuntos.

No necesitaba ser demasiado lista para ver todo lo que el club era en realidad. El club no era solo un club. Así, como si la cosa no fuera importante, Lenny, el encargado de los camareros, tenía un trabajo complementario. ¿Llevar la contabilidad desde Las Vegas? Lo que hacían era blanquear dinero. ¿Dónde se generaba un flujo de dinero constante, la mayoría en efectivo? En el club. Lenny se encargaba de pagar a algunos proveedores en efectivo, con el dinero de la caja se suponía, pero realmente lo hacía con las ganancias de otra cosa. Después de ver el trasiego de gente y de vigilarlo durante mucho tiempo, descubrí que recogía pagos que anotaba en su libreta. Siempre eran los mismos, identifiqué hasta quince personas diferentes, todos con un ciclo de entregas diferente, de formas diferentes, pero al final, siempre entregando sus sobres a Lenny. No necesitaba más pistas, eran apuestas, a todas luces fuera de la ley si tenía que legalizar el dinero.

También había observado que León no estaba al corriente de ello, raro, pero era así. Eso quería decir que no se había percatado de lo que ocurría o que, simplemente, le habían dicho que no debía mirar hacia ese lado.

Así que por eso Viktor quería que el club triunfara, más ingresos, más dinero que podía blanquear. Tendría que hablar con él sobre todo esto, porque si yo lo había detectado, cualquier otro podría hacerlo. También porque tenía varias ideas de cómo llevar ese asunto de una forma más eficaz y difícil de detectar. ¿Decepcionada? En absoluto. Sabía lo que eran desde el primer momento y no tenía reparos en seguir con ello. Había visto muchas formas de corrupción en Rusia y aquí en Estados Unidos seguramente sería parecido. Distinto país, distinto idioma, mismas enfermedades. Evadir algunos impuestos en un país que dejaba millones en manos de personas con la ética de un caracol no era tan malo. Menos recaudación, menos dinero para ellos. Esos sí, destinaría mi propia parte a hacer algo bueno por los que sí merecían recibir esa ayuda.

Miré de nuevo a Phill, ¿sabría él todo lo que ocurría? Era un tipo listo, perspicaz, pero sus ojos estaban buscando otra cosa.

Capítulo 23

Viktor

Levanté la mirada de la pantalla cuando Bobby entró en mi despacho. Depositó el teléfono viejo de Phill sobre mi mesa y apoyó las manos a ambos lados.

—Tenemos algo gordo aquí, jefe. —Sabía que el ceño estaba arrugado cuando le pregunté.

—¿Cómo de gordo?

—Lo suficiente como para preocuparse. —Esas noticias había que recibirlas bien sentado, así que me recliné sobre mi sillón.

—Explícate. —Bobby sacó un paño de su bolsillo, se quitó las gafas y empezó a limpiarlas con metódica eficiencia.

—Revisé el teléfono y no encontré nada extraño. Lo desmonté, lo volví a montar y todo seguía normal. Pero ya me conoces, jefe, cuando pasa algo que no debería, busco la causa hasta encontrarla. Nosotros desconfiamos de las casualidades, ¿verdad, jefe?

—Verdad. —Alcé las manos y entrelacé los dedos delante de mí. Cuando Bobby se ponía tan locuaz era porque se sentía realmente orgulloso de lo bueno que era.

—El caso es que, tras descartar la parte física, me centré en la digital. Realicé un test completo y encontré algo que no me esperaba.

—¿Y eso era...?

—Un troyano.

—Si no recuerdo mal, eso es un espía que se instala en los equipos informáticos y, que yo sepa, habías protegido todos nuestros teléfonos contra escuchas «peligrosas». —En ese momento, Bobby se puso de nuevo las gafas y me ofreció aquella sonrisa de «soy el puto amo».

—Procuro ir un paso por delante de los técnicos de las agencias federales, ya sabes que soy un poco paranoico con estos temas. El caso es que no solo encripté las comunicaciones de nuestros equipos, sino que instalé un software antihackeo y ese software incluía una directriz de autoprotección. Si un troyano intenta hacerse con el control del teléfono, se desactiva el terminal.

—¿Quieres decirme que han pirateado el teléfono de nuestro hombre en Miami? —Bobby sonrió un poco más.

—Trato de decirte, jefe, que lo han intentado. He de reconocer que el código es creativo y que mi software tuvo dificultades para neutralizarlo, pero pudo autoprotgerse con una parada «técnica» borrando la memoria temporal del virus para intentar retrasarlo todo lo posible.

—Entonces, ¿qué supone eso para nosotros?

—He desarrollado una vacuna y la estoy transfiriendo en estos momentos a todos nuestros equipos.

—Bien. ¿Sabemos cómo se «contagió» nuestro hombre?

—Basta con tener un terminal emisor a una distancia corta que transmita el virus por bluetooth.

—Así que cualquiera pudo haber contagiado al teléfono. En un club hay demasiada gente amontonada.

—Mmm, sí y no. —Con esa respuesta mi sonrisa creció, porque veía venir el golpe de efecto de Bobby.

—Salvo por...

—Que la hora en la que se realizó la transmisión quedó grabada y solo había un dispositivo en

el radio necesario para realizarla.

—Si ahora me dices el nombre del dueño de ese teléfono, me dejarías alucinando.

—No soy tan bueno, jefe.

—En fin, tendremos que hacer un poco de trabajo de investigación con lo que tienes.

—Pero...—Sí, sabía que mi chico tenía más—. tengo su huella digital.

—Y eso es importante porque...

—Puedo convertir nuestros teléfonos de Miami en rastreadores. —¡Sí! Lanzamiento de la pelota desde medio campo que atraviesa el aro limpiamente y ¡canasta de tres puntos!

—Que marcarán la presa cuando la localicen.

—Ladrarán como locos. —Me puse en pie con energía, esto se merecía una celebración, ¿dónde porras había metido los vasos para el vodka?

—Creo que voy a comprarle un chisme de esos para bebés a tu mujer.

—Eh...le tengo puesto un ojo encima a un drone doméstico...— Ahí sentí como si la rueda trasera del coche patinase. No sé si han entendido esa expresión, vaya, que de repente Bobby se me había adelantado, y normalmente no era así.

—¿Drone doméstico? —Bobby empezó a rascarse la nuca.

—Sí, ya sabes, jefe. Tamaño reducido, bajo nivel de ruido... —No necesitaba saber más.

—Vale. En cuanto despellejemos a la liebre, puedes ir haciendo el pedido. —Bobby me sonrió y salió pitando a preparar todo. ¿Quién dijo que no sabía motivar a mis tropas?

Phill

Colgué y esperé unos segundos mirando la pantalla. Pronto un icono de descarga apareció y después una carita sonriente que me dijo que todo estaba listo. Nos íbamos de caza, aunque con todas las pistas que Bobby me había suministrado, tenía algo más que sospechas.

Era momento de empezar a poner las piezas en los lugares que les correspondía. No, no estoy hablando de ajedrez, yo soy más de Warcraft. Marqué un número y esperé. El cabrón de Bobby daba miedo. En tres segundos tenía de nuevo todos mis contactos en el nuevo teléfono y yo no había movido un puñetero dedo.

—Boomer, ¿te interesaría ganarte un dinero extra? Entonces tengo un trabajo para ti.

Y después me dirigí al club, tenía que ocupar mi puesto.

Irina

—¿Estás seguro?

—Bobby lo está y eso me sirve.

—De acuerdo, entonces estaré atenta. Y Viktor...

—¿Sí?

—Tu hombre tiene que mejorar. Te enviaré una propuesta de acción en cuanto la tenga definida.

—¿Qué ha hecho Phill?

—No estoy hablando de Phill.

—¿Qué...?

—Tengo que dejarte, Viktor. Phill está a punto de hacer su primer movimiento y ya sabes lo que dicen sobre lo que significa una buena apertura en una partida de ajedrez. —Escuché la carcajada de Viktor al otro lado de la línea antes de colgar.

Había visto a Phill en su faceta de vigilante, pero cuando se quedó para hacer frente a la furia

de la camarera esa... Lo que habría dado por escuchar lo que decían. Pero ahora estaba viéndolo en vivo y en directo, ¡agh!, qué lástima de audio. En fin, tendría que imaginarme lo que decían.

Me recliné en el respaldo del sillón y apoyé los dos dedos índices sobre mis labios que sonreían. Seguro que la perra esa estaba rabiando, pero con ella no hice ni la mitad de lo que pensaba. ¿Amonestarla? He trabajado siempre a las órdenes de otro y sé que una amonestación puede ser grave; tres y estás en la calle. Darle dos era lo mínimo que podía hacer, porque en caliente la habría despedido. Pum, de patitas en la calle. No sé si es que me estoy volviendo mala, pero pensé ¿qué tal si en vez de mandarla a la calle, le hago pasarla mal una temporada? Eso, y el hecho de que tendría que buscar otra camarera para atender la barra y, reconozcámoslo, ella como trabajadora era buena. Un poco calientabraguetas, pero atendía a los clientes, los tenía contentos y no daba problemas en el local. Eso me llevaba a pensar, ¿por qué aquella reacción tan...? No sabía cómo calificarla.

La chica no parecía ser de las que tenían un carácter arisco. Hasta ese día había pasado inadvertida como empleada, ni problemática, ni demasiado buena. Cumplía y se llevaba bien con los compañeros. De repente, se acuesta con el jefe de seguridad y le planta cara a la dueña del negocio. Algo no cuadraba. Un conejo no se convierte en carnero de la noche a la mañana. Esta gallinita me había salido gallo.

Seguí observando a Phill, que caminaba por el local hasta llegar a una de las mesas del centro, donde ya estaban sentados todos los chicos de seguridad. Quedaba media hora para la apertura, los responsables de las barras terminaban de rellenar las neveras con las bebidas frías y colocaban las copas y vasos en sus estanterías. El personal de limpieza terminaba de colocar las sillas y taburetes en sus lugares y daba el último repaso a las mesas.

Phill tenía el teléfono en sus manos mientras revisaba en él la distribución del personal de seguridad. Eso lo sabía, porque le había escuchado hacerlo más de una vez, no necesitaba oírlo también en esta ocasión. Con un suave golpe en la mesa dio por terminada la reunión y los hombres empezaron a levantarse para ocupar sus puesto. Como si fuese su señal, Agatha empezó a colocar las sillas que habían utilizado mientras Phill permanecía absorto en su teléfono. Después empezó a caminar hasta llegar a la barra y ocupar de nuevo su puesto en su «esquina de vigilancia». Nuestra gallinita se detuvo en seco, Phill le dijo algo, sin prestarle mucha atención, tal vez levantó la mirada hacia ella un par de segundos y volvió a su teléfono. Entonces, la gallinita se llevó la mano al trasero, sacó su teléfono, lo miró y lo volvió a meter al bolsillo. Después desapareció.

Capítulo 24

Phill

Mis sospechas se iban despejando a medida que el personal iba pasando delante de mí y no ocurría nada. Solo necesitaba la última prueba y pondría a rodar todo el plan. Me senté en mi taburete y volví a lanzar la búsqueda del terminal fantasma. Escuché una vibración y percibí cómo algo se iluminaba en el trasero de Antonella. ¡Te atrapé!

—Algo se ha encendido ahí atrás. —Alcé la mirada unos segundos, para encontrar a una rígida Antonella. Se giró mientras sacaba el teléfono, como si al darme la espalda consiguiese algo de privacidad. No tardó mucho en darse cuenta de que la llamada se había cortado y que no figuraba ningún remitente. Desconocido. Empezó a caminar hacia el encargado, que estaba en el otro extremo de la barra.

—Lenny, estamos cortos de Glen Rose. Voy a buscar un par de botellas.

Sonreí para mis adentros, marqué el teléfono de Bobby y este contestó al segundo toque.

—¿Localizaste el teléfono?

—Sí.

—Bien. ¿Qué te parece si le damos un poco de su medicina? —¿Cómo me gustaba este Bobby! ¿He dicho que me encanta trabajar con esta gente?

—¿Qué tengo que hacer?

—He estado trabajando en una réplica de su programa. Lo mando comprimido a tu correo. Ábrelo y ejecútalo. Se instalará un icono en tu pantalla. Cuando estés cerca, solo tienes que abrirlo y el resto ya lo sabes. —Vi a Antonella llegando a la barra, con una botella en sus manos. ¡Vamos a ponernos a trabajar en serio.

—Esta tarde será tuyo. —Nada como disimular sobre el tema del que hablaba delante del enemigo. La chica se detuvo cerca de mí y colocó la botella en una abarrotada estantería. ¿A quién se la quería pegar con eso? Qué excusa más patética para desaparecer y hacer una llamada.

—Bien, papi tiene ganas de ponerse a jugar. —Podía imaginarme al tipo frotándose las manos al otro lado de la línea. Sí, todos teníamos ganas de saber qué estaba ocurriendo.

Irina

Por los monitores podía ver a Phill trasteando con su teléfono, muy centrado en lo que hacía, ajeno al trabajo de la gallinita. Quedaban cinco minutos para abrir las puertas del club, la cola de los que esperaban llegaba ya a la esquina de la manzana. Noche latina. Había sido un éxito desde que lancé la publicidad. Los jueves era el día para los ritmos latinos, salsa, reguetón, ballenato... Había contratado a un DJ especializado en este tipo de música y habíamos repasado con los bármanes los combinados más apetecibles para este día: mojito, piña colada, caipiríña...

La música ya estaba sonando y las puertas se abrieron para dejar entrar a los impacientes clientes. Luces brillantes, los graves haciendo retumbar el suelo... Phill aprovechó aquel momento para pedir una cerveza a la gallinita respondona y algo más que, ¡oh!, ¿un combinado de...? ¿Vodka y licor de café? Un ruso negro, estaba pidiendo un ruso negro. Cogió el vaso y su cerveza y abandonó su puesto, con una enorme sonrisa en la cara. ¿Para mí? Sí, maldita sea. Estaba sonriéndole a la cámara como si supiese que yo estaba al otro lado mirando.

Le vi caminar por el club, controlando su paso por delante de cada cámara. Pero no necesitaba hacerlo porque sabía a dónde se dirigía. Venía a mí. ¿Por qué saber eso hacía que algo en mi estómago revolotease? Dos pequeños golpes en la puerta y entró. Él sabía que no necesitaba permiso para hacerlo. Llegó hasta la mesa y depositó el vaso frente a mí. Luego se sentó en la silla de enfrente y se acomodó para tomar su cerveza. Crucé los brazos sobre la mesa y le correspondí a su sonrisa.

—¿Y esto? —Phill se encogió de hombros, como si nada.

—Pensé que era una buena idea celebrarlo con una copa.

—¿Celebrar el qué? —¡Ah, dios! ¿Estaba torciendo sus labios hacia un lado? ¿Era una sonrisa traviesa? ¡Uf!, ¿por qué el revoloteo de mi estómago se estaba yendo a otras partes?

—Que tenemos un plan en marcha.

—¿Un plan? ¿Qué plan? —Sentí como si los pelillos de mis piernas se hubiesen puesto de punta, pero sabía que eso no era posible porque ahí no había ningún pelo, culpa de la cera de las bandas depilatorias. Me giré un segundo hacia el monitor que mostraba a nuestra gallinita. ¿Quería decir...? Volví los ojos hacia él otra vez. Aquel maldito cosquilleo subía hacia mi pecho, llenándome de calor. Cogí el vaso con mi ruso negro y lo vacié en mi garganta. —Entonces, soltemos a los perros. —¿Se decía eso no? En la caza del zorro se soltaban los perros para que lo persiguieran y lo acorralaran y así los cazadores a caballo podían atraparlos. O eso creía.

Viktor

Estaba revisando el plan de acción que me había enviado Irina al correo electrónico. Tenía que reconocerlo, la chica era mi prima, porque era retorcidamente perfecto. ¿Limpiar dinero? Acababa de crear una maldita lavadora.

Básicamente, su plan consistía en crear una promoción especial para el club, algo que podría parecer una manera de diferenciarnos de la competencia. Algo que, si funcionaba en un sector tan sujeto a las modas como los clubes nocturnos, podía ser un buen pelotazo, pero funcionara o no, serviría para limpiar una buena suma de dinero.

La idea de Irina era crear unas pulseras inteligentes como esas que se usaban para contar las pulsaciones, las calorías y todo eso; las fitbit creo que se llaman. Bueno, facilitando esas pulseras a los clientes, estos no necesitarían llevar dinero encima mientras estuviesen en el local. Solo tenían que ir a una máquina de carga, una de esas como en las que se compran y cargan la tarjeta de viajes del tren o del metro, meter el dinero que pensasen gastarse en la máquina y esta lo acumula en la pulsera. Listo. Así pueden guardar el engorroso bolso la cartera en unos pequeños casilleros, parecidos a los del metro, que se abren o cierran con el código cifrado grabado en cada pulsera. Así no hay miedo de perder la cartera por culpa de la borrachera o que se la roben sin que se den cuenta.

Nuestros clientes solo tenían que hacer su pedido y hacer una pasada por el terminal de pago para registrar el cargo. ¿Ventajas? Los clientes podían llevarse la pulsera a casa y volver a usarla cuando regresaran al club, algo así como VIP. Podíamos personalizarlas y fidelizarlas, registrando los gustos del cliente, regalándole promociones por ser un habitual. Era una manera de estudiar sus hábitos de consumo, datos que la empresa podía utilizar en su beneficio, como hacen todas las grandes superficies cuando te ofertan sus tarjetas de crédito sin gasto alguno. La gente realmente no sabe que sus hábitos de consumo, el qué, cómo, cuándo y cuánto consume queda registrado en esas listas de datos, ni lo que hacen las empresas después con ellas.

Eso por la parte legal. El otro lado, el opaco, se beneficiaba del ingreso regular de efectivo,

parte de los pagos con tarjeta, entre los que podíamos regularizar el ingreso del efectivo de las apuestas. Podíamos hacerlo de dos maneras: si eran pequeñas cantidades, se podían cargar como ingresos en efectivo y, si no se llegaban a consumir en un período razonable, se podía remunerar al cliente en una cuenta corriente asignada por el mismo cuando se trataba de una pulsera VIP. Aunque eso dejaría un rastro, podía ser justificable.

La otra opción era que el dinero, en vez de que los corredores de apuestas se lo entregasen a nuestro hombre, fuese depositado en uno de los casilleros y, al cerrar el local, en la retirada de objetos sin recoger, se tomara bajo «custodia» para dejar disponible el casillero para el día siguiente. Ni que decir tiene que incluso podríamos crear pulseras VIP para nuestro personal, cuyo código clonaríamos. Ellos meten en el casillero, nosotros sacamos cuando no hay público.

Tenía que reconocerlo, Irina se había exprimido la cabeza de una manera muy eficiente. Le diría a Bobby que echase un vistazo a lo de las pulseras, los casilleros y las máquinas de carga y, sobre todo, en cuanto tiempo podríamos tenerlo funcionando. Cuando las ideas son buenas, la única manera de ver si son viables es ponerlas en práctica.

—Jefe, tenemos un problema. —La cara de Bobby estaba asomada a mi puerta, con el cuerpo resistiéndose a abandonar la sala de control.

—¿Dónde? —Con un conglomerado como el nuestro, esa era una pregunta obligada. El Hotel-Casino, la empresa de seguridad, los gimnasios, el bufete de abogados, nuestras casas particulares...

—Miami. —¿Saben esa sensación como de un petardo en el culo a punto de estallar? Pues eso es lo que sentí en aquel momento. Pero ¿me moví? No, soy el puto jefe de la Bratva en Las Vegas y, más aún, soy un Vasiliev y me he acostumbrado a sentarme en un cojín de petardos a diario.

Capítulo 25

Irina

Tenía a Lenny sentado en la silla frente a mí y a Phill y a Jesse apostados al otro lado de mi puerta. ¿Sorprendida de que Viktor me hiciese encargarme de esto? Sí, pero aunque me quedase grande, bregaría con ello, como cualquier Vasiliev haría en mi situación. En esta vida nadie nace sabiendo y yo tenía unas ganas enormes de aprender.

—¿A cuántos han interceptado? —Lenny alzó la vista hacia mí, medio contrariado, medio apesadumbrado, y quizás con algo de miedo.

—Tres, el cuarto consiguió escapar y al resto he podido ponerles sobre aviso.

—Bien. Diles que cambien los días y horas de sus rutas, y que para las entregas les daremos nuevas indicaciones.

—Lo primero ya está en marcha, es el protocolo habitual. Solo están esperando que les demos instrucciones para las entregas.

—De momento vamos a encontrar tres o cuatro formas distintas de hacerlo, para no centralizar y crear sospechas. Quiero un informe sobre lo que les robaron y cómo se encuentran nuestros chicos. Que los atiendan bien, nos encargaremos de los gastos médicos. Y también quiero que alguien se encargue de interrogarles a fondo. Necesito toda la información que puedan darnos para encontrar a los culpables.

—Sí, señora.

—Ahora regresa a tu puesto. Permanece atento y no olvides informarme de cualquier cosa que te resulte extraña o sospechosa. Daré orden de que te asignen seguridad extra. —Lenny se puso en pie y salió por la puerta. Antes de que esta se cerrara, Phill entró y cerró bien.

—¿Es grave?

—Sí. —Phill se acomodó en el asiento que antes ocupó Lenny, regalándome esa expresión preocupada.

—¿Y qué vas a hacer? —¡Dios!, cuando un hombre como él asume que eres tú la que está al mando, uf, es que le sube a una el ego por los cielos. Reconócelo, Irina, eres la jefa, Viktor te puso ahí y todos, incluso Phill, lo saben.

—Primero, descubrir si esto tiene algo que ver con el intento de piratería de tu teléfono. Soy de las que no se fía de las coincidencias.

—Hablaré con Bobby a ver si puede decirme algo. ¿Quieres que interroge a los chicos que asaltaron?

—Viktor ha mantenido los asuntos del club lo más al margen de lo otro como fuese posible, no es el momento de cambiarlo. Ya he dado orden de que otra persona se encargue de eso, pero sí me gustaría que recogieses la información que pueda darte el interrogador y, de ser necesario, que le redactases algunas preguntas complementarias.

—De acuerdo.

—Ocúpate de que Lenny esté seguro estos días.

—Pondré a alguien a ello ahora mismo. ¿Necesitas algo más?

—De momento no, pero mantenme informada tanto como puedas.

—Lo haré. —Se levantó del asiento y se dirigió hacia la puerta.

—Phill.

—¿Sí?

—Es posible que tengamos que reforzar la seguridad del club.

—Contaba con ello. Estoy preparando algunas entrevistas para contratar a un par de personas más.

—Chico previsor. —Él sonrió sin ganas.

—Lo intento.

—Buen trabajo.

—Gracias. —Parecía confundido cuando lo dijo, pero asintió con la cabeza y desapareció tras la puerta.

Cogí el teléfono y marqué el número de Viktor. Sabía que era un poco tarde, pero a mí me gustaría que me tuviesen informada. Le puse al corriente de todos mis pasos y el proceso en el que estábamos metidos, y lo más importante, le informé de que Phill conocía las «otras actividades» que cubría la empresa en Miami. Yo sabía que podía confiar en Phill y creo que Viktor también lo hacía, o al menos lo suficiente.

Centré mi atención de nuevo sobre las cámaras de vigilancia del club. Ahí abajo había alguien que se había tomado sus molestias en intentar clonar el teléfono del jefe de seguridad y había observado las entregas de nuestros corredores de apuestas, lo suficiente como para identificarlos y saber sus pautas de entrega a Lenny. Eran muchos y organizados, porque asaltaron a varios de nuestros corredores de apuestas el mismo día, casi a la misma hora y en puntos diferentes de la ciudad. Había una buena organización detrás de aquello; tenía que descubrir cuál y, más importante aún, hacerle frente.

Phill

¡Dios! ¿Pletórico? Podía decir que sí, pero no era momento para demostrarlo. Que Irina y el gran jefe confiaran en mí hasta el punto de hablarme de la «otra parte» del negocio... Uf, amedrentaba un poco, pero sentaba bien. No sé, era como convertirse en Papá Noel por primera vez. Tienes la responsabilidad de hacer un trabajo importante, acertar con los regalos de los niños que quieres y hacerlo manteniendo un absoluto secreto. No es que me dieran toda la información, no necesitaba saber el color de los calzoncillos de Lenny para saber que los llevaba puestos, ya me entienden. Soy un tipo listo, sé unir las piezas del puzle por mi cuenta. Pero que te den la responsabilidad de trabajar con ellos como una pieza importante del engranaje... ¡Joder!, casi podía reventar la chaqueta antibalas que llevaba puesta de tan hinchado que me sentía; y eso no era fácil, reventar la chaqueta, quiero decir.

Marqué el teléfono de Bobby nada más encontrar un lugar privado y en el que pudiese mantener una conversación sin que fuese a gritos.

—Hola, Phill.

—Sé que es tarde, Bobby, pero...

—Lo sé. Cuando pasan estas cosas ya sé que me toca noche de vigilia.

—Espero que lo resolvamos pronto para que puedas ir a dormir.

—Tranquilo, así me estoy entrenando para las tomas de los biberones.

—¿Eh?

—Nada, nada. A lo que íbamos.... El teléfono que infectaste con mi software está haciendo su trabajo. El virus ha corrido como la pólvora entre los contactos. Soy un puto genio, Viktor tendría que darme una paga extra por ser tan bueno.

—Deja de echarle flores y al grano. —Era divertido el tipo, pero tenía que centrarse un poco

en lo que estábamos.

—A ver, las transcripciones de las conversaciones parece que van a tardar un poco porque hay muchas. La mayoría están en una lengua distinta al inglés. Con los mensajes, joder, eso es peor. Tengo más o menos pilladas las de la escritura inglesa, pero esta es imposible. ¿Qué coño quieren decir con hoi pho? Ya te diré algo cuando el reconocimiento dialéctico me dé algo. De momento, la chica del primer contacto parecía nerviosa porque tenía una llamada perdida y normalmente le mandan mensajes en el horario de trabajo. Hacía referencia a la llamada de las 10 y aparece el nombre de Tito. De momento es todo lo que tengo.

—No es mucho, pero es algo con lo que empezar.

—Mañana espero tener algo más si el programa me dice qué puñetera lengua hablan estos tipos. Luego empezaré con las traducciones.

—Suenan a una noche divertida.

—Sí, voy a comprarme un par de Red Bull y patatas fritas. Las chicas las dejaré para otro día.

—Entonces, espero tus noticias mañana.

—Eso, tú mete presión.

Colgué con una maldita carcajada. Definitivamente, me encantaba este tipo. Caminé de vuelta al club, repitiendo inconscientemente esas dos palabras: «*join foo*». Casi no vi a Boomer que salía a mi encuentro.

—¿Seguro que quiere eso? —levanté la cabeza hacia él.

—¿Eso?

—Sí, hoi [Phở](#). Su pronunciación es una mierda, pero he escuchado decirlo de peores maneras.

—¿Y qué he pedido? —No iba a decirle que no tenía ni idea de lo que estaba diciendo, porque él podía darme una pista.

—Tallarines de arroz, es una sopa muy común en el sur de mi país. —Tenía que aprovecharlo.

—Así que he dicho sopa de tallarines de arroz. ¡Vaya! Ya puedo ir y pedir al restaurante y que me entiendan. —Boomer empezó a reír.

—No sé quién le habrá dicho lo que tiene que decir, pero lo que ha dicho se podría traducir como «pide [Phở](#)», [Phở](#) es el nombre de la sopa.

—Ah, aclarado, gracias.

—Me dijo que viniese a esta hora para seguir a esa persona.

—Sí. Ven conmigo y te digo a quién tienes que vigilar. —Él asintió y caminó detrás de mí. Me detuve en una esquina, protegido de la vista de quién no quería que me viese, y le señalé a la barra. —La barman de la esquina.

—¿Antonella?

—Sí.

—Puf, mala pieza. —Arrugué el ceño. ¿Qué sabía este chico si llevaba en el club tanto como yo?

—¿Por qué lo dices?

—Jesse dice que la chica es una máquina en la cama, pero que es mala pieza.

—¿Mala pieza?

—Sí, ya sabe, de esas que traen problemas. Tiene un rollo muy raro. ¿Sospecha que haya hecho algo malo? —El chico era listo, ¿qué información podía darle sin que fuera comprometida?

—La jefa cree que tiene unas amistades que pueden traer problemas al club. —Sí, eso podría servir.

—Entiendo, no le quitaré el ojo de encima.

—¿Podrás hacerlo? Son muchas horas de trabajo. —El chico me sonrió.

—Tranquilo, le pediré ayuda a mi primo Cook. Está desesperado por llevar algo de dinero a casa.

—¿Lo está pasando mal? —La sonrisa de Boomer desapareció.

—Su familia no tuvo tanta suerte como la mía. La mafia vietnamita metió mano en los permisos de residencia de su hermana y suyo. Lo está pasando mal para encontrar algún trabajo. No tiene permiso de residencia y así nadie te contrata. —Eso podría ser una buena oportunidad.

—Si sabe sacar borrachos conflictivos con elegancia, dile que venga a hablar conmigo.

—Mi primo es bueno pateando culos, jefe. Le diré que quiere conocerle. —Su sonrisa regresó.

—Bien. He de ir a hacer unas cosas. Su turno acaba en una hora y ya sabes por dónde sale.

—Bien, jefe.

Dejé a Boomer y emprendí el camino hacia el despacho de Irina. Necesitaba hacer una llamada.

Capítulo 26

Phill

—Prueba con vietnamita.

—¿Vietnamita, estás seguro? —La voz de Bobby sonó escéptica al otro lado.

—Tú hazme caso y pruébalo.

Escuché el rápido tecleo en el terminal y la voz de Bobby por encima.

—Vietnamita, no sé de dónde habrás sacado eso, pero es raro de... ¡Oh, sí! ¡Sí, sí, sí! Funciona. —El sonido de teclas se volvió más frenético aún, sumado a... ¿estaba deslizándose en una silla de oficina con ruedas? Eso parecía—. ¡Joder! No sé cómo lo has hecho, pero besa a tu fuente de mi parte. Vietnamita, quién iba a imaginarlo.

—Sí, mi fuente es una mina.

—Sea quien sea, lo amo. Me ha ahorrado una maldita noche en vela.

—¿No decías que era tu entrenamiento para los biberones?

—¡A la porra! Aún me quedan unos meses. —No pude evitar reír al oírlo.

—Vale, cuando tengas algo, me lo mandas.

—Claro, claro. Ya estoy con ello. —Colgó y yo me giré hacia Irina.

—Así que avanzamos. —preguntó.

—Creo que sí. Bobby nos mandará lo que tenga lo antes posible.

—Bueno, mientras esperamos, ¿qué te parece si tomamos algo? —Irina no era de las que unía diversión con trabajo; no al menos por iniciativa propia.

—De acuerdo, ¿te traigo lo de siempre? —Irina ya se estaba poniendo en pie cuando me respondió.

—No. Ya he terminado mi trabajo en la oficina y, ya que tenemos que esperar, no estaría de más que me introdujese en el ambiente del club que dirijo. —No me pareció una idea mala, así que asentí.

—Avisaré a los chicos de que bajamos.

Irina

No es que tuviese nada en mente cuando decidí bajar a tomar un par de tragos de vodka, solo era una manera de salir de la monótona rutina del día a día y, quizás por primera vez desde que llegué a Miami, sacarme el palo que llevaba en el culo. Yo no era así, era una persona seria y responsable, pero sabía desconectar de vez en cuando y divertirme.

La noche anterior había hablado con mi hermano Serguéy, Serg, como nos habíamos acostumbrado a llamarlo aquí en Estados Unidos, y había notado que había algo nuevo en su vida, algo que le hacía brillar de nuevo, como cuando estaba emocionado por unas competiciones. Y sentí envidia. Yo quería eso, algo que le diese brillo a mi vida. Quizás si bebía lo suficiente podría fingir que yo también tenía algo como lo de Serg, algo mío.

Lo que no esperaba era beber hasta despertarme sin tener un recuerdo claro de lo que había pasado la noche anterior. Pero no era tonta, las pistas me golpeaban tan fuerte como la resaca. Estaba desnuda, porque sentía la aspereza de las sábanas irritando mis sensibles pezones. Aquella no era mi habitación, porque la ventana por la que entraba la luz estaba en el lado contrario, y,

definitivamente, no estaba sola, porque mis piernas y mis brazos estaban enredados en un cuerpo duro, desnudo y, si no me equivocaba, también masculino, porque había una buena «pista» acariciándome la piel del muslo derecho.

Sabía que tarde o temprano tendría que mirar hacia arriba y enfrentarme a mi error, pero me negaba a hacerlo sin antes intentar ponerle un rostro. Recordaba...

6 horas antes...

—Lenny, un ruso negro para la señora. —Phill me acercó un taburete para que me sentara junto a la barra, mientras Lenny preparaba el combinado que Phill había pedido para mí.

—Sabes, no solo bebo eso. —Phill me sonrió de esa manera que estaba empezando a gustarme.

—Es lo único que te he visto beber. Yo solo voy sobre seguro. —Sí, Phill no era de los que se arriesgaba si podía evitarlo.

Iba ya por mi tercer ruso negro cuando escuché mi nombre a un metro de mí. Lo pronunciaba una voz que me resultaba familiar, una voz de mujer.

—¿Irina? —Volví mi rostro hacia...

—¡Danny! —Phill arrugó su entrecejo, pero no impidió que ella se lanzara hacia mí y me diera un fuerte apretón.

—¿Qué haces aquí? —No era ninguna recriminación, sino más bien curiosidad, porque no le había dicho dónde trabajaba.

—Es la primera noche libre en la que coincidimos todos desde hace meses y decidimos probar la noche latina de la que tanto se habla en la ciudad. —Estiré el cuello para ver a Mo, su marido, detrás de ella y, junto a él, una chica pelirroja y ¿Simon? ¿Ese era Simon, el capitán del barco de recreo en el que viajamos Phill y yo?

—Hola, Simon. —Ese era Phill, que además estaba extendiendo la mano hacia Simon. Él le miró confundido por un par de segundos, hasta que una sonrisa suave se posó en su cara y correspondió relajadamente al saludo.

—Hola. Siento haber olvidado tu nombre, pero sí que os recuerdo a ambos. —Me dedicó un cálido apretón de manos cuando llegó mi turno.

—Vaya, ¡qué pequeño es el mundo! No sabía que conocías a mi prima. —La ceja de Simon se levantó hacia mí y yo me encogí de hombros.

—Ya saben lo que se dice. Este mundo es un pañuelo y todos los mocos estamos en la misma esquina.

—¿Ese es un proverbio ruso? —me susurró Phill al oído.

—No, eso solía decirlo mi madre.

—¿Qué te parece si os unís a nuestro grupo? Donde se divierten cuatro, se pueden unir dos más —me preguntó Danny.

—Así es —afirmó Mo.

—¿Tú qué dices? —me preguntó Phill.

—Vale, pero a las rondas en el club, invito yo.

—Wow, eso me parece estupendo. ¡Ah!, me presento, porque parece que soy la única desconocida aquí, soy Ingrid. —La chica tenía cara de duende travieso y sonreía como si fuese uno.

—Encantada de conocerte, Ingrid. Acercaos, ¿qué queréis tomar?

—Mojito.

—Cerveza.

—Crema de whisky.

—Agua. —Alcé una ceja interrogante hacia Simon. Él levantó un hombro, con esa sonrisa

dulce—. Soy el conductor designado para esta noche.

—Una uva pasa, rancia y seca, eso es lo que eres. —Ingrid le soltó aquella lindeza sin ningún miramiento. Vaya, la chica no era tímida, precisamente. ¿Y qué le ocurría con Simon? Parecía imposible que le pudiese caer mal a nadie. El hombre parecía tan amable, atento y ¿he dicho amable?

—No le hagas caso, lleva así con él desde hace dos semanas.

—Oh, lo siento. No quiero entrometerme en tema de parejas.

Los ojos de Ingrid casi se salen de sus órbitas y juro que se había convertido en una cereza bien roja.

—¡Eh, eh! Para ahí. Este soso y yo no somos nada. —Las cejas de Simon se juntaron de una manera que habría jurado que nunca antes habían hecho.

—Yo no soy soso.

—Soso y aburrido.

—Tampoco soy aburrido.

—Soso, estirado, aburrido, predecible.... —Simon pareció soltar el aire enfadado, caminó hasta mí, estiró su mano, cogió el vaso que Lenny acababa de depositar en la barra, vació el vaso de una sentada y golpeó la barra con el vidrio vacío.

—Otro para el aburrido. Hoy volvemos en taxi.

—Si... Simon, pero si tú no bebes.

—Esta noche, sí.

Recuerdo que bebimos y bebimos, y mi memoria empezó a emborronarse a partir de allí. ¡Ah, porras!

—¿Simon? —El cuerpo debajo de mí se puso aún más rígido. Sí, estaba despierto y me había oído, alto y claro.

—Siento decepcionarte. —¡Ah, mierda!, conocía aquella voz y no era la de Simon, sino la de un hombre que conocía bien, un hombre casado.

Capítulo 27

Phill

Simon, lo primero que hace Irina al despertarse es decir el nombre del tipo ese. ¿Y me pareció entrañable la vez que lo conocí? Un maldito seductor. El tipo fue el alma de la fiesta. Alegre, encantador y todo un bailarín de primera. ¡Agh! Un asco. Pero ella se fue a la cama conmigo, saltó sobre mí como una loba hambrienta, y que me parta un rayo si no era el hombre más feliz de la tierra hasta que ella dijo el nombre de ese otro tipo. ¿Pensaba que se había acostado con él? Esa sí que era la mejor palabra para romperle algo más que el ego a un hombre. Dolía, dolía una barbaridad. Pero, ¡eh!, no voy a llorar como una nenaza. Iba a salir de aquella habitación con toda la dignidad posible. ¡Qué carajo! No iba a salir de allí, esa era mi habitación.

—Yo... lo siento, creí que...

Irina buscó un lugar en el que apoyar las manos y levantarse, pero tenía grandes problemas para encontrar un lugar apropiado, así que optó por tirar de la sábana y cubrir sus senos mientras intentaba alzarse sobre sus rodillas. Irina y pechos... Salí con rapidez por el hueco que me dejó, porque era difícil hacerse el ofendido con el impertinente de mi entrepierna todo emocionado solo por pensar en las «amigas» de Irina. Así que evité mirar hacia lo que sabía que era una Irina con aspecto de bien follada. Porque ella no se acordaría de eso, pero hice un buen trabajo.

Me agaché para coger un pantalón de deporte de uno de mis cajones y me dispuse a salir por la puerta de mi habitación. Tenía mucha ira y frustración que sacarme del sistema y había un maldito saco de boxeo en el sótano que llevaba grabadas mis iniciales a fuego.

—Puedes usar la ducha si quieres.

Nada más decir aquella estúpida frase me di cuenta de mi error. ¿Para qué querría ducharse en mi baño cuando el suyo estaba a unos escasos metros de distancia? Tonto, lo sé, pero no podía pedirle mucha coherencia a mi cerebro en ese momento.

Estaba bajando por las escaleras, cuando escuché ruidos en la cocina y recordé que seguramente no estaríamos solos en la casa a aquellas horas. Agatha había tomado la costumbre de pasar por la casa después de trabajar en el club. En nuestro plan diario, nosotros estaríamos allí a estas horas, pero hoy el tiempo se nos había echado encima. Así que para que no me sorprendiese con las bolas al aire, me puse el pantalón todo lo rápido que pude. Cuando llegué a la planta baja, estaba decentemente cubierto por unos pantalones cortos de deporte. Miré mis pies descalzos y maldije en voz baja. Yo nunca iba descalzo en la casa porque era una de mis normas no escritas. Correr y disparar, los dos verbos que podían salvarte la vida, por eso había que estar preparado de la mejor manera posible para ambos. Las armas las tenía por toda la casa, mis deportivas, junto a mi cama para que fuesen lo primero en ponerme nada más abandonar el colchón. Giré el rostro hacia lo alto de la escalera. No, no iba a volver a esa habitación. No hasta que estuviese seguro de que ella ya no estaba allí.

—Buenos días, jefe. —La voz de Oscar me hizo girar la cabeza hacia la cocina. Estaba dejando un par de pesadas bolsas sobre la encimera. Agatha estaría supervisando aquello, porque una de sus manos estaba ya casi tocando la bolsas, pero se había quedado congelada, con su mirada puesta sobre mí. Entonces advertí el ceño fruncido de Oscar. Sí, bueno, no era el atuendo más apropiado para andar por casa, con una mujer que no era de la familia andando por ahí. Pero me había visto con la misma cantidad de ropa cuando salía de la piscina. No, espera, esa había sido Irina.

—Buenos días, Oscar, Agatha. ¿Alguna novedad? —El tipo se puso recto. Sí, no estaba de más que supiera que él tampoco debería estar dentro de la casa salvo que su presencia fuese necesaria.

—No, señor. Solo ayudaba a Agatha con la compra. Enseguida regreso a mi puesto. —Asentí con la cabeza. Apreté los dientes cuando le di la espalda, porque me di cuenta de que había sonado como un jefe gilipollas.

—Eh, gracias, Oscar. Seguro que hay tiempo para un café rapidito, ¿verdad, Agatha? —La mujer asintió y se giró hacia la cafetera, como si hubiese dado al botón de encendido a su cuerpo.

—Dos minutitos, señor.

—Gracias, Agatha. Si me necesitan, estaré en el gimnasio. Vigila el fuerte, Oscar.

—Claro que sí, señor. —Sus ojos viajaron un segundo por el trasero de Agatha, antes de enderezarse de nuevo. Sí, pillín, ese fuerte también vas a vigilarlo, lo sé.

Bajé las escaleras que quedaban hasta el gimnasio, abrí la puerta, cogí las protecciones para mis manos y empecé a golpear el puñetero saco.

Irina

¡Mierda, yo no hacía estas cosas! Al menos no desde que me volví una persona responsable y prioricé mis objetivos. Emborracharme, sexo de una noche... Hacía demasiado tiempo de eso, y nunca las dos cosas juntas, porque eran una bomba que siempre te explotaba en la cara. Pero que me partiera un rayo si para la primera vez que se combinaban ambas, no había resultado bien.

Sí, vale, hacía tiempo que me había convertido en una chica buena, pero después de echar un buen vistazo a ese trasero redondito y duro de Phill, pues... ¿Qué quieren que les diga? Que las chicas buenas van al cielo y las chicas malas... las chicas malas van a todas partes.

¿Arrepentirme de haber tenido sexo estando borracha? Sí, totalmente, hasta que me di cuenta de que no estaba tan borracha. Una cosa era no recordar nada y otra muy distinta descubrir que aún borracha tenía buen gusto.

Había visto el cuerpo de Phill, había tratado de imaginar ese trasero desnudo y, aun así, la realidad siempre estaba mejor que lo que pudiese imaginar. Siempre pensé que los pelillos del trasero eran repugnantes, pero estaba visto que dependía de qué trasero. Yo mordería ese trasero con pelillos y todo. ¡Ah, mierda! No podía recordar qué había ocurrido por la noche en esa cama, pero estaba claro que mi cuerpo tenía memoria propia. Era pensar en ese trasero, en lo duro y firme que era, y mis partes internas se lubricaban como las de una maldita perra en celo. Solo por eso, esto merecía una repetición de la jugada.

Pero eso iba a ser difícil, porque lo jodí todo nombrando al pobre Simon. ¿Si me gustaba él? No, solo fue que algo en mi mente lo relacionó con la noche tan desmadrada que tuvimos. No sé cómo terminó la suya, pero la mía debió de estar bien porque aterricé en la cama de Phill y amanecí agarrándolo bien para que no escapara. ¿Soy una codiciosa? Puede ser, pero es que hay cosas que merecen la pena aferrar. Algo me decía que Phill era una de esas cosas, al menos ese cuerpo suyo. Era pecado tener algo así al alcance y no hacer algo.

No voy a atacarlo, pero voy a trabajar en hacer memoria de lo ocurrido y lo mejor para ello es repetirlo paso a paso, solo que yo voy a dejar el alcohol fuera esta vez. Quiero recordar. Lo difícil va a ser conseguir que él quiera ayudarme a hacerlo. ¡Eh!, pero soy una Vasiliev, alguien dijo que no nos rendimos, caemos luchando.

Capítulo 28

Irina

Estaba sentada en la isleta de la cocina, saboreando un delicioso café mientras Agatha se ocupaba de arreglar las habitaciones.

Boby había mandado las transcripciones de las conversaciones y además había enviado un diagrama de contactos entre ellos. Este chico no era normal. Había creado una presentación en la que aparecía el esquema de todos los teléfonos pinchados, con flechas de unión entre ellos. Había pequeños documentos a lo largo de las líneas que, si los pinchabas, se abrían y mostraban una lista ordenada cronológicamente. No solo sabías quiénes, y cuando, habían hablado, sino lo que se habían dicho. El chico era minucioso a más no poder. Había resumido las conversaciones, o al menos la mayoría, y había marcado las partes importantes. ¡Ah, no!, espera, eso lo había hecho Viktor, porque había algunas observaciones en los márgenes hechas por él. No es que no me fiara de su criterio, pero iba a leerlas todas, porque... Un ruido a mi derecha llamó mi atención. Al girar mi vista hacia allí vi a Phill y todo pensamiento coherente se fue a la mierda.

¿Qué tienen los hombres sudados que atrapan la mirada de una? Esa maldita piel brillante, el pelo húmedo, los músculos hinchados por el trabajo hecho... No pude evitar mordirme el labio inferior, estaba para comérselo. ¡Ah, porras! ¿Qué me había hecho este hombre? Me había convertido en una depravada.

—Hola. —Su cuerpo dio un respingo al darse cuenta de que yo estaba allí. Detuvo su camino y se giró hacia mí.

—Me daré una ducha y nos vamos al trabajo. —Dios, era tan sexy cuando se ponía todo serio.

—No te preocupes, ya estoy revisando el material que envió Boby. —Asintió con la cabeza y desapareció escaleras arriba, subiendo los peldaños de dos en dos. Mi cuerpo se había inclinado para poder apreciar su parte trasera mientras lo hacía.

—Irina, vas a tener que hacer esto rápido. —Y mi zona íntima estuvo totalmente de acuerdo.

Phill

El saco resultó ser un buen catalizador para sacar mi frustración, pero su efecto solo duró hasta que la vi sentada con aquel maldito vestido color marfil junto a la isleta de la cocina. ¿Por qué tenían que sentarse las mujeres con las piernas cruzadas? Podía ver asomar la piel de su muslo por el costado de la tela.

La maldita ducha tampoco iba a servir de mucho, así que me vestí deprisa y bajé a la cocina. Ella seguía allí, con sus rodillas hacia mí, el cuerpo retorcido junto a la mesa, toda su atención sobre la imagen de su tablet mientras mordisqueaba la punta del dedo índice. Eso último despertó al pequeño impertinente. Recordaba aquellos dientes arrastrándose sobre mí, raspando la piel en dulce agonía... ¡Basta! Me metí la mano dentro de los pantalones y aferré como pude aquel maldito apéndice colgante traidor. Tenía que controlarlo como fuese.

—Estoy listo. Cuando quieras, nos vamos. —Sus labios se cerraron instintivamente sobre su dedo, mientras este escapaba de su boca y se giraba hacia mí. Tuve que apretar la mandíbula y algo más abajo mucho más fuerte aún.

Me senté a su lado en el coche porque me pidió que de camino le echara un vistazo a la

información que había enviado Bobby. No es que necesitase ir a su lado para hacerlo, pero comprendía que era más privado hacerlo allí que junto a Jesse en la parte de delante. Una mirada furtiva era algo que no nos podíamos permitir. Así que me senté en el asiento trasero junto a Irina. Luché contra su maldito olor durante todo el viaje. ¿Por qué tenía que oler tan bien?

—¿Qué te parece? —Volví ligeramente mi rostro hacia ella.

—Preferiría estudiarlo más a fondo antes de decirte nada. —Sí, como que iba a confesar que no me estaba enterando de gran cosa por su culpa. Mi capacidad de concentración se había ido a la mierda.

Irina

Estaba en el despacho, prestando más atención a las cámaras de seguridad que a la tarea que tenía pendiente, cuando llegó a mi teléfono un mensaje.

—¿Qué tal amaneciste hoy? —El remitente era Danny. ¿Cuándo demonios guardé su teléfono en la memoria del mío? Menos mal que Bobby había previsto que no solo usaríamos la app de mensajes privada de la familia, sino que instaló otra app más popular.

—*La cabeza me va a reventar y no recuerdo mucho.* —Su primera respuesta fue una carita sonriente, demasiado sonriente.

—*Una lástima, porque tenía pinta de que ibas a pasártelo muy bien.* —Me metí la cara entre las manos, avergonzada. ¡Dios! ¡Qué había hecho para que ella dijera eso.

—*Dime que no me tiré sobre Phill delante de todo el mundo.* —Llegó una cabeza de tigre.

—*No, pero le lanzabas ese tipo de miradas que presagiaban que te lo ibas a comer. Pero tranquila, nadie, salvo yo, se dio cuenta.* —Uf, parecía como si me hubiesen quitado de encima un elefante.

—*Dime que no me puse en ridículo.*

—*Define «ridículo».* —¡Mierda!

—*¿Me vieron mis empleados tirarme sobre Phill?*

—*¿Lo hiciste al final?* —Hablar con ella era tan fácil. Era como contarle tus secretos de chicos a tu amiga del colegio.

—*Despertamos juntos y desnudos.* —Llegó un trofeo y respondí:—*No vayas tan deprisa, no sé cómo fue la cosa.* —Eché un vistazo a la figura de Phill, sentado en su esquina de vigilancia. Me moría por preguntarle, pero todo se había vuelto incómodo entre nosotros, lo notaba.

—*Entonces solo tienes una opción.* —Sí, lo sabía, preguntar, pero...—*Repetirlo.* —Aquella palabra me sorprendió. Repetirlo. Sí, eso sería genial, pero para eso necesitaba muchos ingredientes que dudaba volvieran a convergir de nuevo.

—*Eso es fácil decirlo.* —Apareció una carita pensativa.

—*Tráetelo de fiesta.*

—*¿Fiesta?*

—*Es el cumpleaños de un amigo este sábado.*

—*¿No le molestará a tu amigo que vayamos?* —Llegaron unas carcajadas tronchantes. Tardó unos minutos en contestar esta vez.

—*Confirmado, si traes alcohol estás invitada.*

—*Somos unos desconocidos.*

—*Tienen ganas de conocerte, les hablé de ti y de lo que hiciste para ayudar a Estrella.* —No hice gran cosa, y eso las dos lo sabíamos. Pero, ¡eh!, fiesta, alcohol y lejos del trabajo, era lo que necesitaba para llevar a cabo el plan que estaba formándose en mi cabeza.

—*De acuerdo, me has convencido.* —Unas manos aplaudiendo.

—*Te mandaré la dirección, puedes ir a cualquier hora, a partir de las 5 de la tarde.*

—*Yo trabajo en el club, quizás llegue muy tarde.* —Otras risas tronchantes.

—*Es una fiesta de los Castillo, nunca se llega demasiado tarde si traes suministros.* —¿Pero a qué tipo de fiesta me estaba arrastrando esta mujer?

—*Entonces, nos veremos allí.*

—*Cuento con ello.* —Dejé el teléfono sobre la mesa y volví mi atención de nuevo sobre Phill. Más te valía no resistirte mucho, chico duro, porque quería reponer todos los recuerdos perdidos de una noche completa.

Mi teléfono sonó, el identificador anunciaba a Viktor al otro lado.

—Hola, primo.

—Hola, prima.

—¿Algo nuevo?

—El material llegará al club dentro de una semana y te mandaré a Bobby para que se ocupe de la instalación y de explicarte cómo funciona todo.

—¿Qué material?

—Cómo eres. Me mandas una propuesta de negocio y ahora no te acuerdas.

—Pero... era una idea que quería que estudiaras.

—Pues ya está estudiada, aprobada, desarrollada y solo queda implantarla.

—Te mueves rápido.

—Sí, bueno, eso es un defecto de familia. Si vemos algo claro, vamos a por ello.

—Pero esto ha sido...

—Sí, sí. ¿Estudiaste las notas que te envié?

—Las eché un vistazo, sí. Phill está ahora con ellas.

—Bien. Hablaré con él más tarde. Tengo algunas cosas que comentarle.

—Una manera muy sutil de decirme que son cosas de hombres.

—A cada cual lo suyo y la seguridad es lo de él.

—Sí, lo es.

—Entonces deja a los chicos duros que sean los que repartan los golpes.

—Con eso no tengo ningún problema.

—Bien. Te mandaré la información que consigamos.

—De acuerdo. Y ¿cómo va lo de Serg?

—Estoy trabajando en ello, pero parece que va avanzando. Pronto tendremos algo firme sobre la mesa.

—Bien... ¿Y Estrella? ¿Cómo está?

—Bueno, nosotros la llamamos Ella, porque ahora es Ella Sokolov.

—Ella, ¿y cómo está? ¿Se ha adaptado a su nueva vida? —Tenía curiosidad, sobre todo porque Danny me había recordado que yo había participado en su «liberación».

—Serg está cuidando bien de ella. —Bien, si mi hermano se había erigido como su protector, su exnovio no tenía ninguna posibilidad.

—Entonces está a salvo.

—Gracias por la parte de confianza que me toca.

—Sí, tú también tienes tu parte, lo sé.

—Bueno. Tengo que despedirme.

—Lo sé, lo sé. Eres un tipo muy ocupado.

Capítulo 29

Phill

Lo mejor para dormir, repasar conversaciones telefónicas entre tipos que no conoces por tercera vez. Había hecho el trabajo, tomado notas y las había repasado. Pero aquí estaba otra vez, releándolo todo. ¿Porque era un tipo minucioso? ¿Porque quería hacer un magnífico trabajo? Definitivamente no. Era por culpa de la mujer que acababa de meterse en la cama hacía, mmm, una hora y 10 minutos.

Me puse en pie y dejé la tablet cargando por segunda vez ese día. Miré la cama y solté un pesado suspiro. No podía seguir evitándolo por más tiempo, era hora de meterme en esa cama, cerrar los ojos y afrontar lo que sabía que pasaría. ¿Que cómo estaba tan seguro? Porque cada vez que le daba un respiro a mi cerebro, cada vez que cerraba los párpados, las imágenes estaban allí.

¿Sospeché que estaba tan borracha que no recordaría nada al día siguiente? Para nada. Irina caminaba más o menos recta, tal vez se reía más de lo habitual, estaba más relajada, más distendida... No sospeché cuánto, hasta que llegamos a casa y el coche empezó a alejarse. No había hecho nada más que atravesar la puerta, cuando saltó sobre mí como una loba hambrienta. ¿Y yo qué podía hacer si estaba tanto o más hambriento que ella?

¿Qué ocurre cuando la mujer que deseas te pide sexo? Se lo das, sin importar las consecuencias. O al menos eso creía.

No podía luchar contra lo inevitable, así que me recosté sobre el colchón, cerré los ojos y esperé a que sucediera. Allí estaban aquellas malditas imágenes. La boca de Irina invadiendo la mía, pidiendo que bailara a su mismo ritmo. Mis manos dibujando el contorno de su espalda con grandes trazos hasta alcanzar su trasero, ese glorioso trasero. Lo apreté con ansia e instintivamente ella envolvió su pierna en mi cadera y yo la ayudé a saltar sobre mi cuerpo, para que se aferrara como un mono. Ella estaba impaciente y yo no podía esperar, así que subí las malditas escaleras con ella en mis brazos, como un ladrón que huye de la policía. No pensé hacia donde iba, porque mi cerebro estaba ocupado en memorizar todo aquello, así que fue el instinto el que tomó el camino hacia el lugar más cómodo y adecuado que conocía, mi cama.

Estábamos tan centrados en quitar la ropa del otro, en llevar lejos todo lo que nos impedía estar piel con piel, que no notamos que mi chaqueta, al caer de mis hombros, quedó casi de pie en el suelo. En otro momento me habría reído, los dos lo habríamos hecho, pero entonces no lo hicimos porque ni siquiera lo notamos.

Apenas esperé a que desapareciera su sostén y me abalancé a probar sus pechos. Su piel era tan suave allí y olía tan intensamente a ella, que me fue imposible abandonar su valle. Sus dedos se perdían en mi pelo, aferrando mi cabeza con fuerza. Y me parecía bien, porque no quería estar en ningún otro sitio.

Estar entre sus piernas, con mis manos explorando cada rincón de su cuerpo, robando gemidos de su garganta, probando los distintos sabores de cada lugar prohibido, descubriéndola... Ella era tal y como la había imaginado, sublime, exquisita. Los dos éramos perfección, hasta que entré en su interior y sus ojos profundos me robaron el alma. Gracias a dios que me coloqué el preservativo antes de meterme dentro de su cuerpo, porque después de hacerlo no habría razonado lo suficiente como para recordar las consecuencias de no hacerlo.

Cuando llegó su orgasmo, gritó para mí. Vi su cara transformarse en puro placer, haciéndome

sonreír como el maldito cabrón más afortunado de todo el planeta. Y lo fui cuando acomodé nuestros cuerpos saciados para recibir el sueño juntos, lo fui mientras mis ojos se cerraban y sentía su respiración tranquila sobre mi piel. Hasta que la luz del día llevó aquel maldito nombre a su boca, el nombre de otro hombre.

Escuché un fuerte chapoteo, junto con un grito ahogado y, antes de que pudiese pensar, mis manos ya habían tomado el arma que ocultaba bajo mi colchón y mis pies estaban llevándome hacia la ventana de la habitación. Me oculté de la vista exterior tras las cortinas y descubrí al causante de que el agua de la piscina se hubiese movido de aquella manera. Mis ojos se centraron en la figura iluminada por la luna, que braceaba suavemente, lo justo para que su cuerpo no se fuese al fondo. No parecía haber nadie más, así que me centré en ese intruso que había caído en nuestra piscina, pero no era un intruso, sino Irina. ¿Qué coño hacía ella nadando a estas horas?

Maldije en silencio, puse el seguro al arma, caminé hasta mis zapatillas deportivas, me las calcé y me dispuse a bajar hasta la parte posterior de la casa. ¿Que por qué no la dejaba sola con sus locuras? Porque aparte de no ser un mirón tras las cortinas, no era el único hombre en la propiedad que podía verla. No se atrevería a estar desnuda, por favor, señor, pero estaba mojada y eso ya era suficiente. ¿Por qué tuve que enseñarle a nadar?

Cuando llegué a las puertas francesas, la oscuridad del interior me permitió observar todo con claridad y así fue como descubrí a Eliah observando desde el extremo del jardín. Seguro que Irina se olvidó de las alarmas silenciosas de la propiedad. Me deslicé hasta llegar sigilosamente junto al hombre sin que este me viese y susurré:

—Todo controlado, vuelve a la caseta de vigilancia. —Después de dar el primer respingo, el tipo me reconoció, alejó su arma de mí y, después de asentir, se retiró hacia la parte delantera de la propiedad.

Tenía que hablar seriamente sobre su falta de entrenamiento. Sorprenderle había sido relativamente fácil y eso no era bueno. Pero eso tendría que solucionarlo al día siguiente, porque en aquel momento, mi problema era otro.

Metí el arma en la parte trasera del pantalón corto que, afortunadamente, no me había quitado para dormir y pasé junto al armario de las toallas, que siempre estaba bien abastecido junto a la piscina. Me paré junto a las escaleras de la piscina y esperé. Irina tardó unos minutos en darse cuenta de que no estaba sola. Su rostro estaba iluminado por la luz de la luna y pude ver su sorpresa al descubrirme allí. Pero duró poco. Con la rapidez de quien está acostumbrado a enfrentarse a situaciones inesperadas, ella sonrió y deslizó sus brazos por el agua para acercarse a la salida.

¿Por qué Viktor no podía tener una piscina normalita? No, tenía que tener una de esas con escaleras de obra que hacían la ascensión de Irina fuese como la maldita salida de las aguas de Afrodita. Sus caderas se balanceaban lenta y sensualmente, su camiseta mojada se adhería a sus pechos, realizando los picos endurecidos de sus pezones. Su pelo mojado y brillante creaba un halo brillante sobre su cabeza. Y sus ojos, aquellos malditos ojos, me arrastraban al mundo del pecado, al que el maldito impertinente de mi entrepierna estaba gritando desesperado por regresar.

Apreté los dientes y extendí la toalla hacia ella, depositándola sobre sus hombros y envolviéndola con ella.

—Gracias.

—Un poco tarde para darse un baño.

—Tenía calor. —Yo también estaba empapado en sudor, caliente y necesitado de remedio, pero había más opciones que poner cachondo al pobre guarda nocturno.

—Habría sido más cómoda una ducha en tu baño.

—No quería despertarte. Pero veo que eso ha ocurrido de todas formas.

—Entonces ya tienes una mejor solución si vuelves a necesitar refrescarte. —Irina empezó a caminar hacia la casa, quizás algo irritada por mi comentario.

—Estoy en casa, se supone que puedo darme un baño en la piscina cuando me apetezca. —Puse los ojos en blanco, esta mujer no entendía que NO estaba sola.

—No creo que darle un espectáculo erótico al guarda nocturno entrara dentro de tus planes. — Y ahí vino ese trastabillar de pies que me decía que no había caído en ello.

—¿Guarda...? —Froté sus brazos con la tela de la toalla para que la noticia no la congelara.

—Hay alarmas y detectores por toda la propiedad. Su trabajo es investigar cualquier movimiento no programado.

—¡Mierda! —Sí, yo no me hubiera expresado mejor. La seguí hasta que atravesó el umbral de su puerta, totalmente en silencio y algo avergonzada.

Su puerta quedó entreabierta, por eso pude ver cómo iba secando su pelo con energía. La luz del baño se encendió y la puerta quedó abierta. Pude ver en el reflejo del espejo del vestidor cómo su camiseta salía volando hacia el lavabo y cómo la seguía después una prenda más pequeña, suponía que esa especie de braguita que usaba para dormir. La luz del baño se apagó y ella salió sin pararse a recoger ropa seca. Simplemente se tiró sobre el colchón, dejando su cuerpo desnudo perfilado por las sombras.

Apreté de nuevo los dientes y regresé a mi habitación. Sí que hacía calor. Ahora era yo el que necesitaba la maldita ducha de agua fría.

Capítulo 30

Irina

La noche no es que fuese demasiado tranquila. A mi mente llegaban flashes de imágenes sin conexión alguna que me obligaban a intentar crear una secuencia lógica con todas ellas. Lo que conseguía era hacerlas escapar, así que simplemente las dejé fluir. Y las imágenes eran realmente calientes. No fue el calor exterior el que perló mi cuerpo de sudor, habían sido aquellas malditas imágenes y los recuerdos que despertaban en mi cuerpo. En mi cabeza no parecían tener lógica, pero para mi cuerpo eran una maldita declaración de intenciones, con epígrafes y todo.

El agua de la piscina estaba realmente fría y sí que enfrió lo que debía, hasta que apareció ese maldito hombre semidesnudo al borde de la piscina. ¿Demorarme en salir? No sabía cómo no salían nubes de vapor a mi alrededor. Ese hombre era como el maldito chocolate. Era ver una tarta al otro lado del cristal de la pastelería y estaban salivando todo el maldito día, aunque no le diera siquiera una pequeña probada. Frustrante.

Menos mal que recordarme que no era el único hombre que podía haberme visto medio desnuda me dejó helada.

Bajé a desayunar temprano aquella mañana porque no podía seguir en la cama. ¿Y qué me encuentro? Pues a Phill hablando con mi primo Viktor mientras ambos se tomaban una taza de café como si fuese lo más normal del mundo, algo que hacían todos los días.

—Buenos días. —La sonrisa de Viktor fue la primera en recibirme.

—Hola, Viktor. Vaya sorpresa, podías haber avisado de que venías. —Llegué hasta él para darle un abrazo. Una no imagina cuánto echa de menos eso hasta que lo hace, y porras si lo necesitaba. Viktor me sonrió de esa manera traviesa suya.

—No te avisé, porque se supone que no estoy aquí.

—¿Qué quieres decir?

—No estoy aquí, soy producto de tu imaginación. —Alcé la ceja derecha ante esa frase. Sí, primo, explícate mejor, porque no te sigo.

—¿En serio?

—Verás, Irina. Nadie, salvo vosotros dos, sabe que estoy aquí y estaré solo unas horas antes de regresar a Las Vegas.

—Eso sí que es un viaje exprés.

—Este asunto necesitaba una charla más larga y profunda de las que podríamos tener por teléfono, y con tantos perros pendientes de nuestros movimientos, es mejor no dejar rastros que puedan husmear.

—Vale, te entiendo.

—Así que, querida prima, vayamos al despacho, que hoy tenemos un día de intenso trabajo.

—Llamaré al club para decirles que hoy no pasaré por allí.

—A estas alturas, tendrías que dedicarle solo tres o cuatro días de la semana. —Lo miré extrañada.

—El club necesita control, Viktor.

—No he dicho que lo dejes ir a lo loco, Irina, solo que sistematice todo lo que puedas y, sobre todo, delega. ¿Cómo crees que puedo gestionar todas mis empresas, atender a la familia y no volverme un desquiciado?

—¿Porque eres un tipo increíble? —Si no fuese mi primo, aquella maldita sonrisa suya me habría desarmado.

—Eso también. No, en serio. Si quieres hacerlo tú todo, solo podrás conducir una carreta. Si repartes el trabajo, conducirás una maldita caravana.

—Anotado.

—Bien, vamos a trabajar. —Chocó las palmas dando una sonora palmada y los tres nos metimos en el despacho.

Phill

—¿Estás seguro? —preguntó Viktor.

—Mi hombre lo está y él sí sabe de lo que habla.

Acababa de informarle sobre los últimos descubrimientos de Boomer, bueno, más bien de su primo Cook. Al parecer, Antonella fue a un local en el que estuvo media hora y del que salió con cara de cabreo. Eso no habría sido muy relevante, salvo que cinco segundos después salió de allí un hombre para comprobar cómo se alejaba. Y aquel tipo era alguien que Cook no olvidaría, porque fue uno de los matones que le habían amenazado, a él y a su hermana, para pagar la extorsión de la mafia de tráfico de personas, la misma mafia vietnamita que él odiaba. Cook fue listo y, en vez de seguir a Antonella, porque la había seguido durante días y sabía muy bien dónde encontrarla unas horas después, se quedó allí, sacando fotos con su teléfono. Un acierto de Boomer sugerir facilitarle uno para que nos mantuviese informados si algo importante ocurría.

—Le enviaré a Bobby la información que tienes, para que saque todo lo que pueda. De momento, traje a tu padre para que investigara un poco más, aunque tu chico parece que se defiende bastante bien. —Escuchar que mi padre estaba en Miami me emocionó y me decepcionó a partes iguales. ¿Por qué no me lo había dicho él mismo? Solo una llamada, tal vez una visita—. Has puesto la misma cara que Sam cuando le dije que todavía no podía verte. Sois unos tozudos. Tenéis que entender que no solo nosotros tenemos ojos. ¿Cómo cazó tu hombre al tipo ese? Pues no quiero que a nosotros nos ocurra lo mismo, así que tendréis que tener paciencia, ya llegará el momento de veros y daros besitos. —Ahí es cuando le habría soltado eso de «cabronazo», pero con todo el cariño, eso sí.

—La información que nos enviaste sugería que estaban dejando las aguas calmarse mientras seguían vigilando a los chicos de Lenny. Parece que no han desistido en su plan de robo.

—No son tontos, huelen el dinero fácil.

—¿Y lo otro? —Irina interrumpió en aquel momento porque era el tema que realmente más le preocupaba. Lo habíamos hablado entre nosotros y noté que era muy importante para ella.

—Bobby ha tenido la genial idea de preparar un teléfono para Phill.

—¿Qué tiene que ver eso con...? —Irina cerró la boca cuando se dio cuenta de que no había dejado terminar de hablar a Viktor. Sí, estaba impaciente, irritada, y eso solo podía significar que el tema la había tocado a ella directamente, pero ¿hasta dónde?

—Querían tener vigilado al jefe de seguridad del club porque querían tenerlo pillado por las pelotas. Uno no mete a un grupo de putas en un club sin que el de seguridad se dé cuenta. El que lo deje pasar, es otro asunto, sobre todo cuando la política de trabajo del club es bastante estricta al respecto. A León lo tenía controlado; nada de comercio de carne forzado, nada de drogas. Fui bastante claro con eso.

—Por eso metieron a un espía en el club, para ver de qué manera podían meter a sus chicas dentro —entendió Irina.

—Eso creo. Lo de las apuestas ha sido un regalo que no han querido desperdiciar.

—¿Y qué vamos a hacer con ellos?

—Dejarles que se ahorquen con su propia cuerda, aunque tendremos que darles el empujoncito final. —Viktor sonrió de una manera que hizo que un escalofrío me recorriese la espalda. El jefe tenía ya algo en mente. No querría ser yo el objeto de sus maquinaciones, nunca. Había oído decir a algunos, sobre todo de la competencia, que Viktor Vasiliev era un diablo. Yo, que podía decir que lo conocía un poco mejor, no iría tan lejos, pero sí pensaba que Lucifer tendría preparada para él una suite especial, que sería el único que tendría un trato de favor, como si fuese una estrella del rock que además es el presidente de los Estados Unidos. Sí, una combinación difícil, pero Viktor Vasiliev hacía que fuese posible. En otras palabras, el mismísimo diablo inclinaría la cabeza ante él o, como mínimo, serían colegas.

Capítulo 31

Phill

El teléfono de Irina sonó mientras estábamos reunidos, sorprendiéndonos a todos, sobre todo a ella cuando vio el nombre del llamante.

—¿Agatha? ... No hay problema. ¿Necesitas el día libre? ... Eh, claro, claro. —Colgó y nos miró todavía algo confundida.

—¿Qué ocurre?

—Era Agatha. Me decía que llegaba tarde porque había tenido que ir a buscar a su hijo pequeño al colegio.

—¿Está bien?

—Creo que sí. Me ha pedido permiso para traerlo con ella, porque no tiene con quien dejarlo.

—Extraño —añadió Viktor. Marcó en su teléfono y esperó unos segundos—. Bobby, ¿hay algún movimiento de los vietnamitas con la asistenta de Irina? Se llama Agatha... Sí, espero tu llamada. —Colgó y nos miró—. No ha habido ningún movimiento con ella al parecer, pero va a estudiarlo más a fondo. —En otras palabras, iba a destripar toda la vida de la pobre mujer. Si la habían captado para su organización, Bobby lo descubriría.

Viktor

Irina me presentó como su primo Viktor y la mujer se sintió un poco cohibida, pero no asustada. Qué voy a decir, puedo ser encantador cuando me lo propongo. Mientras ella se dispuso a hacer las tareas de la casa, el chico se sentó en la mesa de la cocina, fingiendo que hacía sus deberes del colegio. Mi teléfono sonó mientras tomaba una botella de agua de la nevera. No necesitaba mirar el identificador de llamadas para saber que era Bobby.

—Hola.

—La mujer está limpia, jefe. El que no lo parece tanto es el chico.

—Explícame eso.

—Pues que ha tenido que ir al colegio no porque se encontrara mal. Según el informe que ha rellenado el director, Emilian Iliescu es un crío problemático, aunque listo, o al menos va a serlo, porque el chico apunta maneras.

—Concreta Bobby.

—Verás jefe, le han pillado hackeando el sistema informático del colegio. Aquí, el pillín subió un poco algunas de sus calificaciones, concretamente las de artes plásticas y deportes.

—No es usual.

—Lo es si además intentas enviar una carta de recomendación del director para acceder a una beca escolar completa.

Así que el chico no lo había hecho por vanidad. Solo necesitaba saber si lo había hecho para ayudar con la economía familiar o para ayudarse a sí mismo. Lo miré de reojo, ¿qué tendría, 12 años? Sus ojos inquietos no me perdían de vista, aunque fingía que no le importaba mi presencia. Su madre apareció para controlar que estuviese portándose bien y después se fue. En aquel instante, su cabeza se agachó mostrando auténtico arrepentimiento, nada de frustración o enfado por haber sido sorprendido, sino más bien vencido. Los ojos del niño miraban a su madre con

auténtica adoración, como si fuese el centro de su mundo. Con eso tenía mi respuesta.

Regresé al despacho y cerré la puerta detrás de mí. Phill estaba hablando por teléfono con alguno de sus hombres y yo aproveché el momento para hablar sobre este nuevo asunto con Irina. Pueden llamarme previsor, visionario, pero podía ver el potencial del chico. Si conseguía atraerlo hacia nuestro lado, o al de Irina concretamente, sería una pieza que podría fortalecer la organización, al menos aquí, en Miami. Un pequeño Bobby. Vale, Bobby era difícil de igualar, pero tampoco él despreciaría al pequeño Emilian.

—Irina.

—¿Sí?

—Tu asistente del hogar parece estar limpia. El chico parece que ha tenido problemas en el colegio.

—¿Es conflictivo?

—Yo me atrevería a decir que no quiere causar problemas, pero que intenta hacer que el sistema le dé algún respiro a su madre.

—¿Qué quieres decir?

—Que intentaba conseguir una beca escolar, pero no por méritos propios.

—Un tramposo.

—Yo diría que es un chico que busca sus propios recursos para ayudar a su madre. —Irina asintió, había comprendido. Ahora estaba en su mano hacer algo por el chico y su madre. Conociendo su propia vida, le daría la oportunidad de salir adelante, pero no le regalaría nada, porque si algo rechaza la gente como ella es la limosna. Ella quería ganarse todo lo que consiguiera.

Irina

Viktor y Phill se quedaron concretando algunas cosas y yo aproveché para ver al chico antes de que la jornada de Agatha terminara y se lo llevara. Pensé en cómo afrontar el tema y decidí hacerlo como si fuese un adulto, o casi.

—Hola.

—Hola, señora.

—Así que tú eres el hijo pequeño de Agatha.

—Sí, señora.

—¿Qué te parece que tu madre trabaje aquí, en esta casa? —Sus ojos se levantaron sorprendidos. No esperaba una pregunta tan directa.

—Eh, bien, señora.

—No te gusta que tu madre trabaje en tantos sitios, donde la pagan tan poco. —Él negó con la cabeza—. Y tampoco te gusta que tenga tan poco tiempo para descansar entre trabajo y trabajo. —Él volvió a negar—. ¿Solo es ella la que lleva dinero a casa?

—Mi... hermana también trae dinero, pero es poco. —Fingí meditar unos largos segundos antes de hacerle la propuesta que tenía para él.

—Bien. Me gusta tu madre y me gustaría que trabajara para mí por mucho tiempo. Y a mí me gusta que mis empleados hagan bien su trabajo, por eso les pago bien. Pero, sobre todo, quiero que estén felices, porque una persona feliz disfruta de su trabajo y de su tiempo libre. Lo que ocurre es que parece ser que tú le estás dando algún problema que le quita ese poco de felicidad que tiene.

—Yo... no quiero hacerla infeliz.

—Pero lo haces.
—Sí.
—Bien, creo que tengo una solución, pero necesito que tú pongas algo de tu parte.
—¿Qué... qué solución?
—Verás, yo puedo hacer que tu madre trabaje aquí toda su jornada laboral, es decir, que no tenga que ir a más sitios a trabajar para llevar un sueldo decente a casa.
—¿Haría eso?
—Sí, puedo hacerlo. Como también podría hacer que tu hermana tomara su puesto de limpiadora en el club y así tener otro pequeño ingreso fijo.
—Eso... eso estaría bien.
—Vale. Eso es lo que yo puedo hacer. ¿Qué puedes hacer tú? —Sus ojos me miraron apenados.
—Dejar de darle disgustos, no darle problemas.
—¿Solo eso?
—Seré bueno, estudiaré mucho.
—Hagamos un trato, tú céntrate en sacar todas las buenas notas que puedas, ayuda a tu mamá en casa y, si ella está contenta, yo compraré todos los libros y el material que necesites para el colegio. —Sus ojos se abrieron como platos.
—¿De... de verdad?
—Es un trato. Además, si me traes las notas y veo que te has esforzado, yo conseguiré una beca para tus estudios superiores.
—Wow, eso sería... genial.
—Bien. No quiero preocupar a tu madre, así que este será un trato entre tú y yo. ¿De acuerdo?
—Estiré una mano hacia él para formalizar el acuerdo. Él asintió y la tomó con firmeza.
—Trato hecho.

Phill

Acompañamos al jefe hasta la puerta de su coche. Irina le dio un fuerte abrazo y le dijo algo en ruso que no entendí. Yo le estreché la mano y después vimos cómo se alejaba. Solos, estábamos solos, y era demasiado pronto para irnos a la cama. Genial, sin darme cuenta estaba otra vez en el mismo lugar de ayer.

—Creo que me voy a acostar. Anoche no dormí muy bien.
—Sí, es buena idea. —Apreté los dientes y caminé a su lado, porque hacerlo detrás me daría una vista estupenda de ese trasero que tuve en mis manos la noche anterior, al menos en mis sueños. Habíamos llegado a su habitación cuando Irina se giró hacia mí.
—Phill.
—¿Sí?
—¿Podría pedirte algo?
—Sabes que sí.
—No es usual y puedes... puedes negarte, es que ver a Viktor me ha hecho darme cuenta de que hace mucho tiempo que no veo a mi hermano.
—Lo ves cada semana por Skype.
—No, me refiero a tenerlo delante de mí, a poder tocarlo, a poder... abrazarlo. —¡Oh,

mierda!, podía ver hacia dónde iba esto.

—¿Qué necesitas?

—¿Me abrazarías un momento? —¿Decirle que no? Le he visto la cara después de cada llamada que mantenía con su hermano. Es lo que peor llevaba de todo esto. La hacía sufrir, y mucho. Solté el aire y abrí mis brazos para ella. Se arrojó desesperada sobre mi cuerpo, apretándome con fuerza. Escuché sus sollozos amortiguados contra mi pecho y no lo pude evitar. La envolví entre mis brazos y empecé a acariciar su espalda y su cabeza, intentando reconfortarla. Bueno, al menos no había nada sexual. Pero que me mataran si no me estaba partiendo el corazón. Esta mujer sabía cómo destrozar ese pequeño músculo que me mantenía vivo.

Capítulo 32

Irina

No pude, sencillamente no pude. Ver alejarse a Viktor fue como si me quitaran la tirita que mantenía la sangre dentro de mi cuerpo. La última vez, Serg y Viktor vinieron en un viaje exprés, pero, ya saben lo que dicen: «lo bueno, si breve, dos veces bueno». No, esa no, mejor la que dice: «no es la cantidad, sino la calidad». Poder abrazar a Serg, apretar su consistente cuerpo, inhalar el olor que impregna su ropa... Si alguien le dice que echo de menos sus camisetas sudadas, le arranco el pelo de la cabeza con esparadrapo. En fin, a lo que iba, que necesitaba el abrazo reconfortante de mi hermano, saber que estaba ahí para mí. Viktor se fue antes de que llenara mi baúl de abrazos familiares y, de todas formas, me cohibía el hecho de mostrarle mi debilidad. Quería que me viese fuerte.

Con Phill podía quitarme la armadura y mostrar la parte vulnerable. Phill estaba aquí para cuidar de mí, necesitarle ya era un hecho. Así que me lancé. Me aferré a su cuerpo y dejé que toda mi necesidad se expresara como quisiera, y eso hizo. Lloré con todo lo que llevaba dentro y él me sostuvo mientras lo hacía. Con Phill sabía que siempre podría contar, fuesen como fuesen las cosas entre nosotros. Phill no me defraudaba y no, tampoco lo hizo cuando lo encontré en el almacén con aquella... tipa. No, él solo buscó la manera de continuar con su vida sin que afectara a su trabajo.

Aquella vez, he de reconocer que quizás me molestó otra cosa, no sé, como si aquella mujer no tuviese ningún derecho a estar con Phill, como si de alguna forma él me perteneciese. Era mi protector, mi amigo, mi vecino de habitación... mi compañero en el exilio. Sí, suena retorcido.

El teléfono avisó de la recepción de un mensaje. Era de Danny y me enviaba la dirección de la fiesta. «Fiesta de los Castillo», anunciaba. Tenía curiosidad por conocer a esos Castillo.

Golpearon en la puerta y no entraron. El que estaba al otro lado de la puerta era alguien del club y no era Phill.

—Adelante. —La cabeza de León asomó tras la puerta.

—He venido pronto, como pediste.

—Sí, gracias. Siéntate. —Extendí unos documentos sobre la mesa—. Has gestionado el club tú solo durante mucho tiempo y aprecio enormemente tu dedicación y trabajo. Quizás mi presencia aquí te hizo dudar sobre tu continuidad en tu puesto, pero he de asegurarte que mientras seas igual de profesional no tienes que tener miedo de que te despedamos. Tan solo he venido a cambiar las directrices de trabajo y a trazar un nuevo rumbo más acorde con lo que quieren los dueños de la empresa. Piensa en el club como en un barco, tú sigues al mando del timón, tan solo debes obediencia al capitán y este capitán confía en tu buen criterio.

—Gracias.

—Aquí tienes las directrices que debes cumplir y las competencias. Yo revisaré periódicamente las transacciones y seré la que tome las decisiones importantes. Pero el día a día es tuyo. Descansarás un día a la semana, que pactaremos entre los dos, así como las vacaciones y los días libres que necesites por fuerza mayor. En esas ocasiones, yo cubriré tu puesto. Se habilitará un pequeño despacho para que tengas un lugar en el que llevar a cabo tus gestiones. La contabilidad se encargará de gestionar al personal externo de la empresa, por lo que tendrás que enviar los gastos e ingresos de forma diaria a la central. Estaré controlando personalmente las

nuevas promociones o sistemas que se implanten hasta que se normalicen en el día a día del club. El apartado de seguridad lo gestionará totalmente Phill, así que, si hay algún problema, es a él o al responsable que designe en su ausencia a quien debes acudir cuando lo necesites. Seguro que te surgirán dudas y estaré por aquí para resolverlas cuando las tengas. Sabes cómo encontrarme.

—Creo que lo has cubierto todo.

—Entonces ve a repasar todo el material que te he dado. Mañana empieza tu nueva jornada.

León asintió, movió los papeles y se despidió. Bien, paso uno, listo. Delegar y no encadenarme al club, pero sin perder el control. Y paso dos, vivir un poco más la vida. Para eso tenía una fiesta esa misma noche.

Phill

Nada más ver el número de coches aparcados frente a la casa, pensé que Irina no había exagerado cuando cogió tanta mercancía del almacén del club. En serio, cuando la vi cargar aquella caja con varias botellas de ron y tequila, pensé que iba a abastecer algo más que una fiesta de cumpleaños. Ni que decir que, cuando vi los dos enormes paquetes de cervezas ya dentro del coche, pensé que era una exagerada. Hasta que conté por encima los vehículos estacionados en la parcela junto a la casa. ¿Pero cuántos eran en esta familia? No, aquí debía estar reunido todo el vecindario. Esta era una fiesta vecinal. Incluso sonaba música y había algunas luces de colores en la parte trasera de la casa.

En buena hora le dije a Jesse que no íbamos a necesitarlo esa noche. Me habría venido de perlas para cargar con toda esa mercancía, pero tuve que cargar con los dos paquetes de cervezas yo solo —y no me refiero a esos que compras en el supermercado con 6 cervecitas, sino a los que se entregan en los bares y clubes, ¿que había allí, 50 cervezas en cada uno? No quería contarlas —.

Irina empezó a caminar hacia la casa, pero antes de decirle que probablemente no escucharían el timbre de la puerta, ella empezó a caminar por el costado. Al menos tenía que reconocer que la chica razonaba con rapidez. Cuando estábamos a punto de alcanzar a ver el patio trasero, la música, las risas y las voces nos golpearon en la cara. Al llegar a la esquina, parecía que ya estábamos dentro, y eso que había una pequeña piscina a un costado que no, no estaba vacía. ¿Sabes esas típicas fiestas en las que la casa de una persona está llena de gente divirtiéndose, bebiendo, y hay personas chapoteando en la piscina? Sí, normalmente son adolescentes preuniversitarios, e incluso universitarios. Bueno, pues aquí la franja de edad era un poco más amplia. Creo que rondaría desde los 17 a los... ¿50? Sí, podría ser, y nadie parecía sentirse desplazado.

—¡Eh, cerveza! —El tipo que se acercó a mí, un joven de unos 21, llegó seguido por dos tipos enormes, al menos uno de ellos. Antes de alcanzarnos, una mujer, creo que era Danny, se abrió paso entre ellos y saltó sobre Irina. Suerte que el menos fortachón aferró la caja de botellas que transportaba, permitiendo que Irina abrazara sonriente a Danny.

—¡Hola, prima! ¡Eh, chicos, esta es mi prima Irina! —Y ahí empezó el tsunami de personas, sobre todo de mujeres, que corrieron hacia nosotros. Menos mal que el fortachón había cogido los paquetes de cerveza y se los había cargado al hombro. El tipo nos sonreía relajado, como si el bulto no pesara gran cosa.

—Hola, yo soy Tonny. —No es que yo sea un enclenque, pero tenía que reconocer que los hombros de aquel tipo tenían una envergadura considerable. Mis ojos se fueron a la mano que tenía extendida hacia mí y que yo apreté con firmeza.

—Phill. —Varias mujeres rodearon a Irina, saltando y haciéndose notar, como si ella fuera una *celebrity* de Hollywood. Empezaron a arrastrarla hacia la fiesta, pero no me puse nervioso por perderla de vista, porque estaba claro que allí estaba entre amigos. El chico que tenía la caja de Irina en sus manos, me sonrió.

—Vamos a dejar todo esto en la barra de allá y te invito a una cerveza bien fría. ¡Ah!, soy Alex, y se supone que esta es mi fiesta de cumpleaños, así que bienvenidos.

Caminé detrás de ellos hacia una zona de abastecimiento muy variada. Por un lado, un minibar bien surtido —y yo que pensaba que ahogaríamos a esta gente con alcohol— y, a su lado, una enorme mesa llena de fuentes de comida, platos y cubiertos. Mi estómago gruñó por el delicioso aroma que desprendían algunas de esas montañas de alimentos.

—Danny nos dijo que vendrías directos del trabajo, así que sírvete lo que quieras. Te esperamos en el bar.

Le vi desaparecer entre varias personas que corrían a ayudar, que no asaltar, al hombre. Una mano cogió un plato y puso en él algo que era a todas luces un burrito.

—Esto está de muerte. — Al mirarle, vi de nuevo el rostro del tipo que me había quitado la cerveza. Pero había algo diferente en él, ¿se había cambiado de ropa, y...?

—Ah, sé lo que estás pensando. —Limpió una de sus manos en una servilleta y la tendió hacia mí para presentarse—. Soy Marco, y seguro que ya has conocido a mi hermano, Tonny.

—¡Gemelos!

—Sí, pero yo soy el mayor, que quede claro.

—Anotado.

—¿No te estás asando con esa chaqueta? —Sí, tenía que reconocerlo, la puñetera chaqueta antibalas, además de pesar, daba un calor insostenible, sobre todo después de cargar con dos paquetes enormes de cervezas.

—Sí, pero no sé dónde podría dejarla sin que se manche. Mañana tengo que llevarla otra vez al trabajo.

—Te entiendo. Espera, creo que eso podemos solucionarlo. ¡Eh, Angie!, ¿podrías guardar la chaqueta de este chico en casa?

—Phill, me llamo Phill.

—OK, Phill. Angie, ¿dónde podemos guardar la chaqueta de Phill? —Una mujer joven y sonriente se nos acercó.

—Hola, Phill. Supongo que tú serás el chico de Irina. Yo soy la mujer de Alex, el cumpleañosero. Ven, sígueme, encontraremos un lugar en la casa para dejar la chaqueta. —Angie echó a andar hacia la casa antes de poder contradecirla, porque yo no era el chico de Irina. Bueno, lo dejaríamos así, porque realmente había llegado con ella—. Cuando vengas a recogerla, acuérdate de dónde la dejamos.

—De acuerdo. —Deslizó la puerta francesa y entramos en la casa. No hacía falta luz para iluminar el camino porque con la iluminación exterior se veía perfectamente.

—Puedes dejarla en esta silla. Si necesitas ir al baño, tienes uno en esa puerta de la derecha. Hay otro a la izquierda, dentro del cuarto principal.

—Derecha e izquierda, anotado.

—No, dentro de la habitación, la puerta de frente es la cocina, la de la izquierda es la habitación de la colada. Como te pille meando allí, te corto la colita. ¿Entendido? —Lo decía con esa voz regañona con la que se habla a un niño y no pude evitar sonreír.

—Sí, señora. Ese no es el baño. —Ella me sonrió dulce e inocentemente, como si un minuto antes no me hubiese amenazado con mutilarme los genitales.

—Bien. Regresemos a la fiesta. Si no te das prisa, Mo te habrá levantado el plato de comida.

Capítulo 33

Irina

La música no estaba excesivamente alta y nosotras estábamos sentadas en unas tumbonas a un lateral de todo el jaleo. Sentaba bien estar relajada entre gente tan agradable y natural. Me encantaba estar allí, con los pies descalzos sobre una tupida y bien cuidada alfombra de césped natural, saboreando una limonada fresquita que estaba segura tenía algo de alcohol. Una de las chicas, creo recordar que era Susan, se medio tiró sobre la tumbona que estaba a mi lado.

—Uf, es agotador esto de volver a ser joven y no tener niños.

—No me creo lo que están oyendo mis oídos, cuñadita. Tú quejándote de tener un día libre de ser madre—. Susan se incorporó, como si hubiesen activado un resorte dentro de ella.

—¡Eh, eh! Para ahí, que no me he quejado de eso. Lo de venderle a las abuelas a nuestros pequeños es la mejor idea desde que inventaron el teléfono. Solo digo que mi marido se ha tomado como algo personal el aprovechar este tiempo «libre». —La mujer alzó sus manos e hizo el gesto de las comillas con dos dedos de cada mano. Si le sumábamos el subir y bajar de sus cejas... no necesitábamos más explicación.

—Te quejarás. Yo tengo a la abuela Lupe todo el día en casa y se encarga de mi pequeña mejor que nadie, pero sacarla de casa con los niños, por una noche, es lo mejor para la libido. El sexo con ella durmiendo en la habitación del otro lado de la casa como que le quita picante, ya me entiendes. —María se inclinó hacia su cuñada Angie y le sonrió de manera traviesa.

—Así que mi hermanito te pone salvaje, ¿eh? —Angie se inclinó hacia María.

—Salvaje no, MUY salvaje. Tiene un trasero que... —María reculó hacia atrás.

—¡Agh!, calla, calla. Que es mi hermano.

—No pienses en el trasero de tu hermano Alex, María. Tú piensa que es el de tu pedazo de bombero —intervino Danny. María estiró la cabeza hacia la zona en la que nuestros chicos habían creado su propio grupo, bien cerca del bar y de la mesa de comida.

—Mmm, el trasero de Tonny, sí, eso me gusta más.

—Eso, cada una con el trasero de su hombre —añadió Danny.

Todas miramos hacia los chicos y yo me detuve en Phill. Como decía Danny, cada una que pensara en el trasero de su chico. Y el de Phill estaba... para morder. Tenía la camisa arremangada en los antebrazos, mostrando lo bien tonificados que los tenía. Sonreía relajado con los comentarios de los chicos, al tiempo que daba algún que otro sorbo a su cerveza. Esto es lo que necesitábamos los dos, relajarnos y disfrutar.

—Sé lo que estás pensando, picarona. —Sentí el codazo de Angie a mi lado.

—Ah, ¿sí? —le respondí.

—Ahá. Angie, ¿le prestarías el cuarto de la colada a mi prima un ratito?

—¿Eh?

—¿Cuarto de la colada? Mmm, vale, pero que no se demore mucho, que yo también tengo que darle un repaso a los bajos de un par de camisetas. —Todas empezaron a reír.

—Me estáis dando miedo —puntalicé.

—No, prima. Te estamos abriendo el campo de juego.

—Hablan de hombres y sexo como si fuera un juego. —Danny tiró de mi mano y me obligó a levantarme.

—He visto cómo te comes a tu hombre con la mirada y, sí, puede ser tan fácil como jugar al parchís —dijo Danny.

—Sí, Irina, ve a comerte a la ficha amarilla —agregó Susan.

—A por la ficha amarilla, ja, ja, ja, ja —carcajeó María.

Alguien dijo una vez que es de tontos no hacer caso a un buen consejo. Así que empecé a caminar hacia la casa, mientras mi cabeza le daba vueltas a esa lavadora.

Phill

—Te lo juro, cuando me dijo que el tipo ese estaba meando sobre las cenizas de su abuelo, se me estrangulaban las pelotas. —¡Joder!, yo no es que tenga ese apego que tienen otras personas con sus muertos, pero, uf, da grima solo de imaginárselo.

—Un lugar curioso para esparcir las cenizas de alguien de la familia —tuve que decirlo.

—Ese pequeño viñedo tiene un significado especial para mi Angie, cada miembro de su familia tiene una vid propia. ¡Qué coño!, yo también tengo una ahora, pero he puesto una buena cerca de madera a su alrededor, con algunas ortigas estratégicamente colocadas. Si alguna polla se acerca desnuda por ahí, va a lamentarlo —describió Alex.

—Un poco drástico, pero si a ti te sirve —dijo Marco.

—Ya, di lo que quieras, pero a mí no me mea ningún borracho. —No pude evitar reír con el comentario, pero antes de que pensara que me reía de él, puse la cerveza en mis labios. Mis ojos volaron un segundo hacia el lugar donde tenía ubicada a Irina y la vi moviéndose hacia la casa. Sus pies se deslizaban sobre la hierba con suavidad... ¡Oh, mierda!, ¿estaba descalza? Joder. No podía pasar otra vez, no podía estar ebria. Aquella resistencia al alcohol de la que alardeaba se estaba yendo a la mierda por segunda vez. Dejé la cerveza sobre la mesa y me disculpé con mis nuevos amigos.

—Voy un momento al baño.

—Claro, tío. —Alex me sonrió de una extraña manera y me dedicó un brindis con su botella. Sacudí la cabeza y empecé mi camino a través de la gente de la fiesta. La alcancé justo cuando estaba tratando de abrir la puerta francesa.

—Espera, yo te ayudo. —Ella se giró y me sonrió de forma ladina.

—Qué atento. Pero no hacía falta. —Deslicé la puerta de cristal y la franqueé el paso hacia el interior. Cerré la puerta, dejando el ruido fuera mientras negaba con la cabeza. Que no hacía falta. Me habría engañado la vez anterior, pero esta no.

—Alex me ha contado que la limonada que estabais bebiendo la había hecho la abuela de su mujer y la enriquece con una buena cantidad de alcohol y... —Antes de que pudiese seguir con la frase, Irina se giró hacia mí.

—¿Estás insinuando que estoy borracha?

—Tengo malas experiencias descifrando ese estado en ti. —Ella clavó su dedo índice sobre mi pecho, dando golpecitos a medida que hablaba.

—Puedo asegurarte que no estoy borracha, tengo pleno conocimiento de lo que hago. Y puedo probártelo dándote una patada en ese culo duro tuyo. —Se giró para seguir andando hasta llegar al final del pasillo, donde se paró en seco. Inspeccionó ambos lados, como buscando una pista de hacia dónde ir. Bajé la cabeza y solté el aire.

—El baño es la puerta del final a la derecha. Hay otro en la habitación principal de la

izquierda. —La ceja de Irina se levantó hacia mí, como preguntando cómo porras sabía yo eso. Y después fue directa hacia la puerta de la izquierda, pero no la del baño, sino la que seguramente la dejaría delante de un cesto de ropa para lavar. Dejé que girara el pomo de la puerta, que la abriera y que caminara un par de pasos dentro de la habitación. En la pared de la derecha había una lavadora, a la izquierda, unas estanterías con productos de limpieza—. Te dije que este no era el baño. —Irina se giró hacia mí, aferró la tela de mi camisa en un puño y me arrastró hacia ella. Se había puesto de puntillas y me obligó, bueno, más bien dejé que me obligara, a inclinarme para que su cara estuviese muy cerca de la mía. Vaya un genio que se gastaba la jefa cuando estaba borracha. Cuando saltó sobre mí la ocasión anterior también estaba muy mandona.

—¿Y si no me he equivocado? ¿Y si era aquí donde quería ir? —Puse los ojos en blanco y no vi venir su movimiento. Nos hizo girar para que mi trasero quedase contra la lavadora. Con su rodilla clavada en mi muslo, muy cerca de la ingle, y la camisa aún en su puño, ejercía una aparente posición de control sobre mí. Digo aparente, porque podía ponerla de cara al suelo e inmovilizarla con una rodilla en la espalda en menos de tres segundos. Pero no lo hice, porque era Irina y porque permitiría que hiciese conmigo lo que quisiera, pero hasta cierto punto.

—Irina... —Su boca asaltó la mía con beso tentativo. Mis manos se posaron sobre sus hombros, intentando contenerla, pero realmente sin hacerlo, porque deseaba volver a sentir sus labios sobre los míos, porque entré en el infierno en el momento que dijo el nombre de otro hombre al despertar junto a mí—. Irina... —Volvió a besarme, haciendo que la poca resistencia que tenía se fuese debilitando cada vez más—. Irina, por favor. —Entonces se detuvo, dejando sus ojos clavados sobre los míos.

—Tú también lo deseas, puedo notarlo. —Sí, su cuerpo estaba sobre el mío, su vientre sobre mi endurecido impertinente. Imposible negarlo.

—Eso no importa. No pienso aprovecharme de una mujer ebria que piensa que está con otro hombre. —Su mano me sujetó por la nuca, dándome una pequeña sacudida.

—Escúchame bien, eso no fue nada más que mi subconsciente creyendo que había cometido un error. Nunca he querido acostarme con Simon. —Alcé la mirada para ver la mentira o la verdad en la suya, pero no podía saberlo, porque eso nunca se me dio bien.

—Irina, no hagas eso. —Su frente se arrugó confundida.

—¿Hacer qué?

—Darne un sorbo de agua cuando estoy muriendo de sed. —Mi propia cabeza se apoyó sobre la suya, mientras esperaba ansioso a que aquella boca me diera las palabras que necesitaba.

—Tienes que ser tú, Phill. Únicamente tú. —Mi sangre se congeló. No moví una pestaña, al menos hasta que escuché su voz de nuevo—. Usamos esa lavadora o te doy un buen restregón a mano, pero haz algo ¡ya! —Como si hubiesen disparado el revólver de la salida de una carrera, mi cuerpo se puso en movimiento a la velocidad del rayo.

Capítulo 34

Phill

Me incliné hacia delante para robar el aire de la boca de Irina, al tiempo que mi mano derecha aferraba su trasero y la levantaba contra mi cuerpo. Mi otra mano estaba ya agarrando su muslo contrario. Giré sobre mí mismo con una pirueta que habría impresionado al mismísimo Michael Jackson y deposité ese pecaminoso trasero sobre la lavadora, pero sin alejarla de mi cuerpo, porque necesitaba su contacto desesperadamente. Con la mano libre sostuve su cabeza para mantenerla todo lo posible en el lugar que debía estar, al alcance de mis labios. Sabía que estaba conmigo, no había otro hombre en su cabeza.

—Di mi nombre. —Pero no lo hizo—. Quiero que digas mi nombre, quiero que me demuestres que sabes con quién estás.

—Phill... sé que eres tú, Phill.

Eso fue todo lo que necesité para olvidar que no debía tener sexo de nuevo con ella. Mis dedos viajaron por el contorno de su ropa, buscando la forma de llegar hasta la piel oculta, necesitaba alcanzar tanto de ella como pudiese. Sus labios sabían a limonada, a ron y a promesas.

Sentí el aire frío entrando por la parte baja de mi espalda, las manos de Irina sacando la tela de mis pantalones, el cinturón de mis pantalones que se aflojaba... ¡Sí que esto iba deprisa! Esta vez no iba a poder saborear su cuerpo a fondo, como la última vez.

—No voy a... echar a correr en... cualquier momento, Irina. —Era difícil hablar mientras nos besábamos, pero necesitaba calmarla, porque a este ritmo no nos daría tiempo de apreciar nada. Era un llegar y golpear y, compréndanme, a los tíos les suele gustar llegar tan rápido como puedan, pero había ocasiones en las que también nos gustaba tomarnos nuestro tiempo. Esta era una de ellas.

—No iba a dejarte... hacerlo.

—Vamos... más despacio. —Irina aferró el cuello de mi camisa y me obligó a mirarla directamente a los ojos. ¡Dios!, ¿podía ponerme tanto el que se pusiera tan mandona? Pues parecía que sí, porque el impertinente ya no cabía dentro de mis pantalones.

—Iremos despacio después, ahora dame todo lo que tienes. —Y asaltó mi boca como si tratara de escapar, salvo que yo no soy de esos, yo soy de los que afrontan los desafíos de cara.

Irina

Casi le desgarré la piel cuando me dejó allí sola para ir corriendo a por su chaqueta, donde tenía un preservativo. Menos mal que tardó casi un suspiro y que compensó su falta en cuanto estuvo de nuevo a mi lado. No es que hubiese mucho peligro de que yo me quedase embarazada, pero a saber lo que podía haberle transmitido esa Antonella. Sí, sabía que Phill no era tonto y seguro que siempre usó protección, pero tenía mis razones para no confiar demasiado en la suerte en esos casos.

Cuando entró dentro de mí, mi cuerpo lo acogió como si fuese su mejor amigo. ¡Uf! Sabía cómo hacer su maldito trabajo. No era de extrañar que la Antonella esa gimiera como una loca.

Cuando alcancé mi orgasmo, Phill siguió atormentándome unos segundos más con aquella maldita sonrisa en su cara, y después gimió sobre mi hombro. Tuve que aferrarme a su cuerpo para

no caer hecha un trapo. Durante casi un minuto, permanecemos abrazándonos, bueno, él me sostenía y yo me aferraba a él como una pegatina al parachoques de un coche.

—Tenemos... que movernos. —Casi no me salía la voz.

—No hay prisa.

Cuando un hombre con el pecho brillante por el sexo y aquellos ojos brillantes y profundos te dice «no hay prisa», el tiempo puede irse al infierno, salvo por el hecho de que alguien intentó abrir la puerta de la habitación en aquel mismo momento. Gracias a Phill y su manía de ser precavido, porque puso una silla atascando la puerta.

—Genial —se escuchó al otro lado de la puerta—. Se nos han adelantado. —Oí una risa femenina y después un «¡joder!» totalmente masculino. Y luego, unas rápidas pisadas que se alejaban.

La mirada de Phill estaba clavada en la puerta, mientras sus manos intentaban cubrirme con la tela de mi vestido. Menos mal que yo también estaba en ello, pero en vez de estar dispuesta a asesinar a los intrusos, estaba sonriendo. Sabía que nuestro tiempo en el cuarto de la colada había expirado, pero la noche aún no se había acabado.

—Tenemos que irnos. —Phill me agarró por la cintura para ayudarme a bajar del bien aprovechado electrodoméstico.

—Phill —sus ojos se alzaron hacia los míos—, nos falta el después.

Cuando comprendió lo que acababa de decirle, me besó.

—Hay que buscar otro sitio para eso. —Me puse de puntillas y le besé a su vez.

—Tenemos toda una casa para nosotros solos. —Antes de poder dar el primer paso hacia la puerta, su mano me hizo girar y su boca me devoró mientras me sostenía contra su cuerpo con su brazo.

Caminamos por el salón de la casa a una velocidad endiablada para alguien que no conocía el lugar, pero Phill no solo nos llevó por el camino despejado, sino que tomó su chaqueta de camino a la salida. Abrió la puerta francesa y me dio un pequeño beso antes de dejarme allí.

—No te muevas, voy por tus zapatos. —Agarré su mano, y tiré de él para detenerle.

—Mejor tú ve a despedirte de tus nuevos amigos, mientras yo hago lo mismo con las chicas. Nos vemos aquí en dos minutos. —Sus cejas se juntaron, como si no estuviese muy contento con el nuevo plan, pero no dijo nada en contra. Solo me dio otro pequeño beso.

—Dos minutos o iré a buscarte. —Esta vez fui yo la que besé su boca, demorándome en saborear su labio inferior. Mmm, ¿cómo pude olvidar esto la primera vez?

Caminé por el césped, hasta llegar al grupo de chicas que aún estaba reunido en el mismo lugar de antes.

—Sí. —Esa fue Danny.

—Sí, ¿qué?

—Sí que le has sacado partido a esa lavadora. —Me agaché para recoger los zapatos e ir poniéndomelos.

—No lo suficiente. —Le sonreí a mi prima, pensando en lo que me esperaba en cuanto llegase a casa. Mmm, lujuria, bendito pecado—. Chicas, seguimos en contacto. Pero ahora, debo irme. —La mano de Danny se aferró a mi brazo, impidiéndome caminar hacia mi destino.

—¡Eh, eh, no puedes irte así! Queremos detalles. —Alcé la ceja izquierda, ¿de verdad quería que le contara lo que había hecho con Phill en el cuarto de la colada? Por los ojillos que tenían el resto de mujeres, sabía que todas estaban deseosas de oír mi respuesta. ¿Qué mierda llevaba esa maldita limonada? Ví a Phill acercándose hacia nosotras. El tiempo del interrogatorio se había agotado.

—¿De verdad necesitáis que os lo explique? —Me giré hacia Phill, dejando que me pasara un brazo por la espalda. Mi mano fue derecha a apretar su trasero y no pude evitar dar un vistazo hacia mis chicas.

—¡Mierda! ¡Tonny!, necesito apagar un fuego. —El susodicho Tonny casi se atraganta con la cerveza, pero en vez de sentirse avergonzado, dejó aparcada su botella de mala manera y salió casi corriendo en dirección a María, eso sí, con una enorme sonrisa en la cara. ¿Cuántas veces habían jugado estos dos a lo del bombero y el incendio?

—¡Eh, soldado de invierno! Tengo una misión para ti. —Mo, el marido de mi prima Danny, saludó a los otros chicos de forma militar, y salió disparado a cumplir con su deber. Nadie se rio, nadie dijo nada soez, solo estaban esperando su turno. ¡Vaya con las fiestas de los Castillo!

Capítulo 35

Phill

Seguro que me salté más de un límite de velocidad, pero es difícil controlarse cuando tienes que llegar a casa a toda velocidad. ¿A qué venía esa prisa? Qué estupidez preguntar eso, pero, aun así, contestaré. La prisa venía porque no pudimos esperar a llegar a casa, ni siquiera pusimos el coche en marcha. ¡Qué digo!, estábamos metidos en faena antes de abrir las malditas puertas. El asiento trasero de un coche nunca me había gustado tanto, hasta que me di cuenta de que no llevaba más preservativos. Eso sí que te detiene en seco.

Así que apreté los dientes, metí mis cosas en su sitio y me puse a conducir hacia casa. Lo difícil era hacerlo con Irina comiéndome la oreja, amén de pasando sus manos por lugares que ponían en pie de guerra al pequeño impertinente, que gritaba frustrado dentro de mis pantalones.

Casi me llevo por delante la maldita verja del recinto. Derrapé en la grava antes de detener el coche cerca de la entrada de la casa. Vi a Oscar acercarse rápidamente hacia nosotros, pero no tuve tiempo de decirle nada. Irina trepó sobre mí y envolvió sus piernas en mi cintura. Agarré su trasero por inercia y avancé hacia la casa, mientras dejaba que me mordisqueara deliciosamente el cuello. Vi a Oscar quedarse clavado, con cara de sorpresa primero y luego con una maldita sonrisa. No iba a parar a explicar nada porque no necesitaba una maldita explicación, estaba bien claro.

Subí la maldita escalera de la misma manera que hice aquella primera vez, la llevé a mi cama de nuevo y recé en mi interior para que por la mañana todo fuese diferente.

Irina

Definitivamente, esto era imposible de olvidar. ¿Cómo pude hacerlo la primera vez? Posible fue, porque lo hice, pero no concebía cómo pudo haber sucedido. Como buena rusa, estoy acostumbrada a las bebidas fuertes y estoy segura de que no bebí tanto como para olvidar toda una noche, y más si había ocurrido lo mismo que en esta. Esta. A diferencia de la vez anterior, me negaba a rendirme al sueño, porque quería más. Y porque quería recordarlo absolutamente todo.

Cuando abrí los ojos, estaba sola en la cama, pero ya sabía que no era la mía, sino la de Phill. Estiré la mano sobre el lugar que él había ocupado antes, encontrándolo aún tibio. No hacía mucho que se había ido. Escuché el ruido del agua salpicando contra el suelo. No necesitaba más pistas, Phill estaba en la ducha. Me levanté y me dirigí al baño. Como suponía, Phill estaba bajo el agua, aunque no se estaba duchando propiamente dicho. Parecía... esperar, aunque no creo que fuese a mí. Sus brazos extendidos lo sostenían contra la pared mientras dejaba que el agua golpease su espalda, su cuello. ¿Esta era su manera de no enfrentarse a un nuevo rechazo? Nunca pensé que fuese un cobarde. Me deslicé detrás de la media hoja de cristal, que protegía de las salpicaduras del agua, hasta quedar detrás de él.

—¿Me estabas esperando? —La cabeza de Phill se giró rápidamente hacia mí y sus hombros se pusieron tensos. Aun así, me sonrió.

—¿Quieres ducharte conmigo? —Avancé hacia él y me metí entre sus brazos.

—Eso también. —Envolví uno de mis brazos alrededor de su cuello y le obligué a descender hasta poder alcanzar sus labios. Esa pecaminosa boca era la maldita manzana de Eva, imposible

no caer en la tentación. Sentí su fuerte mano acomodarse en mi trasero y supe que todo estaba bien, los dos lo sabíamos.

—Eres insaciable. —Me alzó hasta acomodarme contra su cuerpo y la pared de azulejo, más bien su brazo, que me mantenía alejada del frío de las baldosas.

—Es culpa tuya. —Y era verdad, porque ningún hombre antes había provocado esto en mí.

Phill

Fui un cobarde porque no quise afrontar de nuevo otro despertar de Irina. La dejaría irse si así lo quería, le libraría de una nueva humillación... Mentira, lo que no deseaba era que me rompiera el corazón de nuevo. Soy un estúpido que volvió a tropezar de nuevo con la misma piedra, porque sencillamente es la única que puede hacerme tropezar. Soy un juguete en sus manos y puede hacer conmigo lo que quiera. Soy patético. Nunca he dejado que nadie me manejase a su antojo, por eso me fui del ejército, y mírenme ahora, deseando que esa mujer me usase a su antojo.

Cuando escuché su voz a mi espalda, apreté el culo por instinto, hasta que interpreté sus palabras. Una única oportunidad, iba a darle una única oportunidad de cambiar de idea, pero no lo hizo. Esa mujer vino a buscarme porque recordaba la noche anterior y todo lo que ocurrió. Me sentí feliz, tremendamente feliz. No tenía ni idea de si ella sentía una pequeña parte de lo que había en mi corazón, pero, aunque solo fuese sexo, tomaría lo que estuviese dispuesta a darme.

Me senté en la cama y abrí el cajón de mi mesita de noche. El último preservativo, tendría que hacer acopio de más; una buena cantidad, porque a este ritmo, una caja nos duraría dos días. Sentí sus brazos envolviendo mi cuello desde atrás mientras su barbilla se apoyaba en mi hombro.

—Estamos bajos de suministros.

—Lo sé.

—El tema embarazo lo tengo cubierto, así que podríamos prescindir de ellos si te hicieses los análisis y todo estuviese correcto. —Tuve que ver su cara entonces por eso me giré hacia ella.

—¿Estás segura?

—He estado a punto de arrancarte las orejas un par de veces desde anoche por no tener un preservativo a mano cuando lo necesitábamos. Así que creo que estoy segura. Ahora solo faltas tú, a menos que...

—¿A menos que qué?

—Que te guste jugar en varios campos a la vez. —Aquello me sentó como un rechazo en plena cara.

—No soy de esos, Irina. Creo en la confianza y la lealtad, y el sexo no es algo diferente. Mientras esté contigo, serás la única. —Ella me sonrió y depositó un pequeño beso en mis labios antes de salir de la cama.

—Entonces ve pidiendo cita.

—Lo haré. —Estaba sonriendo como un idiota y babeando al ver el balanceo de sus caderas mientras salía de la habitación, totalmente desnuda.

—¡Ah!, y compra algunos condones más. No creo que aguantemos sin hacer nada hasta que estén los resultados de los análisis.

Y eso fue lo que hice, porque tenía razón. Ahora que habíamos abierto esa puerta, no pensaba dejar que nada la cerrara.

Irina

La llamada de León me sorprendió. Era su primer día en el nuevo horario, ese que me liberaba de estar todos los días en el club, controlándolo como una esposa celosa, pero el hombre ya lo había hecho antes. Lo que me hizo ir al club fue la petición de la policía. Querían nuestras grabaciones de seguridad y eso me mosqueaba enormemente. ¿Sabrían algo de las apuestas ilegales?

—¿De dónde quieren las grabaciones?

—De la zona de las barras. —Genial, ahí era donde Lenny recogía las ganancias de las apuestas.

—¿De todas las barras?

—De la barra más cercana a la entrada. —Peor aún, esa era la barra que atendía Lenny.

—¿De qué día?

—Quieren la de anoche. —Ahí algo chirrió en mi cabeza.

—¿Anoche?

—Sí.

—De acuerdo, hablaré con seguridad para que les envíen las grabaciones. ¿Tienes el nombre del detective que se encarga del asunto?

—Sí, es el detective Harris. —Me tendió una tarjeta con el teléfono del tipo.

—Ok, me encargaré de esto personalmente. —León pareció aliviado. Salió del despacho y acto seguido entró Phill.

—¿Algún problema?

—Un detective de policía quiere las grabaciones de seguridad de anoche. —Phill me miró de esa manera cómplice de quienes saben que hay cosas que ocultar, sobre todo a la policía.

—¿Sabes lo que buscan?

—No, voy a averiguarlo. Pero antes, informaré a Viktor y a Bobby.

—Buena idea. Si hay que hacer limpieza, Bobby se encargará de todo.

Capítulo 36

Irina

—Harris al teléfono.

—Buenos días, detective Harris, soy Irina Hendrick, la directora del club L'Ermitage.

—Buenos días, señora Hendrick. Supongo que le han informado de nuestra petición.

—Por eso le llamaba. Verá, el tema de seguridad del club lo lleva nuestra central de Las Vegas, por lo que necesitaría más información para tramitar la solicitud de las imágenes que necesitan.

—Por supuesto. Necesitamos todas las grabaciones en las que aparezca la barra más cercana a la entrada del local, su subordinado la llamó la barra uno.

—Bien, veré qué pueden encontrar que pueda servirle. León no me especificó el motivo por el que querían las grabaciones.

—Hay una denuncia por violación y existen algunos datos que necesitamos confirmar. Esperamos que las grabaciones nos ayuden a establecer una cronología.

—Oh, cuánto lo siento. Intentaré agilizar el proceso cuanto sea posible.

—Se lo agradecería.

—Faltaría más. Volveré a llamarle cuando me las remitan.

—De acuerdo. —Colgué a Harris, pero Viktor y Bobby habían estado escuchando la conversación por otra línea.

—¿Qué te parece, Viktor?

—Que eso concuerda más que lo de las apuestas. Bobby revisó toda la grabación del día y en ningún momento aparece ninguno de los corredores haciendo un pago. Le echaremos un último vistazo y te mandaremos las copias.

—Muy bien.

Colgué del todo y me puse a pensar. Una violación. Pobre mujer. Haría todo lo que pudiese por ayudar, no solo porque el asunto pudiese salpicar al club, sino porque había animales que había que enjaular.

Viktor

—¿Encontraste algo?

—Me he colado en el sistema de la policía de Miami y he conseguido el informe. Con el nombre de la mujer localicé varias fotos en su Facebook y las comparé con las personas del local esa noche. No me centré solo en la barra, sino que tengo su camino trazado en imágenes, desde que entró al club hasta que salió.

—Repito, ¿encontraste algo?

—Cómo eres jefe, no le dejas a uno lucirse por su trabajo.

—Ya sé que eres bueno, Bobby. Pero soy un hombre ocupado, me gusta ir al grano.

—Vaaaale. A simple vista no parece que ocurra nada raro, aunque hay unas cuantas ocasiones en las que se pierde de vista la copa de la chica. Al salir del club, ella parece un poco bebida, pero no demasiado. Sale contenta del club del brazo de un tipo que se supone que es el que la forzó después. Pero en ningún caso el tipo parece echarle nada en la bebida.

—¿Por qué insistes en eso de echarle algo en la bebida?

—Porque la analítica de sangre y los síntomas que presentó después concuerdan con un par de esas drogas que usan los violadores.

—Entonces eso lo tienes claro, la drogaron.

—Lo tengo claro yo, los médicos que la atendieron y la policía.

—Entonces solo necesitan las pruebas que demuestren que ese monstruo fue el que la drogó.

—Exacto. Pero van a tenerlo difícil.

—En ese caso, tendremos que ayudar a la policía para cogerle por otro lado.

—¿Qué quieres decir?

—Que los tipos como él son animales de costumbres. Seguro que no ha sido la primera vez que lo hace. Busca todo lo que tengamos sobre el tipo, localiza a las mujeres con las que se fue del local y cotéjalas con denuncias, informes médicos por agresión sexual, lo que encuentres. Tenemos que encontrar algo.

—A sus órdenes, Horatio. —No pude evitar sonreír. Horatio. Sí, podía ser un tipo persistente como el Teniente Horatio Cain del CSI Miami, pero a mí no me detenía el tener que hacerlo todo dentro de la ley. Si había que cruzar la línea, lo hacía. Además, yo cobraba más y era más guapo.

Irina

Le envié al detective Harris las imágenes que Bobby me mandó, aunque me cuidé mucho de no hacer lo mismo con el resto de informes que venían en el paquete. Después de ver el informe médico, no podía estar más de acuerdo con ellos, aquella escoria la había drogado.

Abrí las imágenes y empecé a revisarlas, no porque no confiara en el informe de Bobby y el análisis que habían hecho, sino porque quería verlo con mis propios ojos. Tal vez pudiese aportar un punto de vista diferente al suyo. Después de dos horas de visionado, lo había encontrado, pero no era lo que yo esperaba descubrir, sino algo peor. Algo que me daba algunas respuestas y, sobre todo, unas irrefrenables ganas de estrangular, lenta y dolorosamente. Respiré profundo y me serené tanto como pude. Recordé la frase que todo el mundo conocía en Las Vegas, «nadie juega con un Vasiliev», y decidí que, ya que yo también era una Vasiliev, podía traerla a Miami. Lo más importante era pensar lo que un Vasiliev haría con aquella información. ¿Qué haría Viktor? Cuando las ideas empezaron a golpear mi cabeza, no pude ocultar la sonrisa maléfica que apareció en mi cara. Sí, sentaba increíblemente bien ser mala, al menos en momentos como ese.

Era hora de poner a trabajar la maquinaria de guerra, porque si de algo estaba convencida era que aquello iba a convertirse en una buena batalla. Cogí el teléfono y envié un mensaje a Phill, esto teníamos que coordinarlo entre todos.

Phill

Cuando llegué al despacho, Irina tenía abierta una videoconferencia con Viktor y Bobby. Me hizo señas para que me acercara hasta ella.

—Bien, Phill ya está aquí.

—Entonces ya podemos empezar. ¿Qué es lo que has visto en las imágenes? —Preguntó Viktor. Irina tenía las grabaciones de la barra abiertas en la pantalla, mientras Bobby y Viktor aparecían flotando a la izquierda del monitor, en dos pequeñas ventanas.

—Quiero que os fijéis en el camarero que atiende a la mujer y que sigáis todos sus pasos. Como veis, ella le pide algo, un combinado. Lenny, por si no os habíais percatado de que era él, se pone a prepararlo, pero no tiene todo lo que necesita en su puesto y va al puesto del otro

extremo de la barra para coger una botella, regresa a su sitio, termina el combinado y se lo sirve a la chica.

—OK, eso parece normal, prima. Ahora dinos qué es lo que no hemos visto.

—Como tú dices, eso sería algo normal, salvo por el hecho de que la botella que ha recogido es la de licor de café, bebida que no suele tener mucha demanda en el club por culpa de las modas. El caso es que eso no sería raro de por sí, salvo que unos días antes yo también tomé algunos combinados con ese licor de café en esa misma barra y también sufrí una pérdida de memoria al día siguiente.

—¡Mierda! —soltó Viktor. Me quitó las palabras de la boca. Estaba a un segundo de bajar al club, a destrozar la cara de Lenny, cuando Irina continuó con su explicación. —¿Estás bien?

—Sí, tuve un buen guardaespaldas que cuidó de mí. Por eso no tienes que preocuparte, Viktor. Lo importante ahora es que sigamos a esa botella. Lenny la coloca de nuevo en su lugar y sigue atendiendo la barra. El tipo ese aparece para invitar a la chica y ya sabemos lo que ocurrió después. —Sí, todos lo sabíamos, porque Irina me lo explicó con detalle.

—Boby, síguete el rastro a la botella. —Las grabaciones avanzaron con algo más de velocidad, hasta que Antonella aparece en escena.

—¡Para ahí! —La imagen se congela y todos podemos ver cómo Antonella coge la botella y la oculta detrás de otras botellas. Su expresión es dura, pero intenta disimular.

—Antonella —escapó de mi boca.

—Pero aún hay más. Ella intentó deshacerse de la botella, pero Lenny es un controlador difícil de esquivar. El turno de Antonella terminó antes que el de Lenny, así que no pudo hacer nada. Al menos hasta hoy.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Viktor. Irina abrió otra ventana, en la que apareció una imagen del club antes de la apertura, cuando el personal empieza a preparar sus puestos para la jornada. Y ahí estaba Antonella. Irina avanzó las imágenes hasta el momento en que Antonella sacaba la botella de su escondite y la metía en la caja vacía en la que había traído los refrescos con los que abasteció la nevera de su zona. Después, salió de la barra, seguramente hacia el almacén o la zona de basuras. La imagen cambió de nuevo, mostrando a Antonella depositando una botella vacía en el contenedor del vidrio que luego se llevaba al contenedor del servicio de recogida de basuras.

—Voy por ello. —No tuve que explicar nada más, ya todos sabían que iba a recoger esa botella y la iba a poner a buen recaudo.

—Phill —la voz de Viktor me detuvo—, con cuidado, queremos sacar de ella todas las pruebas que sean posibles. Asentí hacia la imagen de Viktor en el monitor y salí de allí. Paré junto a Boomer y le ordené al oído.

—Ve al puesto de Antonella y procura que no lo abandone. Si lo hace, avísame.

Caminamos juntos, yo hacia un destino y él hacia el otro. Pasé junto al cuarto de limpieza y tomé un trozo de papel del rollo de limpieza y una bolsa de basura nueva. Cuando llegué a la zona trasera del club, fui directo al contenedor. Quité la tapa y agradecí al personal que cumpliera escrupulosamente con su trabajo, porque solo había tres botellas dentro. Divisé la que me interesaba y, con dos trozos de papel, la tomé por los extremos, es decir, por la base, y por la boquilla, tratando de que no se derramara el poco contenido que quedaba dentro. La metí con cuidado en la bolsa y regresé al despacho.

—La tengo.

—Bien. Ahora solo tenemos que analizar lo que hay dentro y sacar las huellas. Y cuando tengamos los resultados, actuaremos en consecuencia.

Cuando Viktor dijo aquello, aunque estuviese al otro lado de una cámara y a miles de kilómetros, sus palabras hicieron que una corriente eléctrica sacudiese mi espina dorsal. No querría estar en la piel de Antonella en aquel momento.

Capítulo 37

Phill

La llamada terminó, pero Irina seguía mirando el monitor, como si algo importante le impidiese apartar la mirada de él. Había algo en su cabeza, estaba seguro de ello. Me senté a su lado.

—¿En qué estás pensando?

—En que esa desgraciada me drogó, Phill. Por eso no recordaba nada la primera vez que estuvimos juntos. No fue el alcohol, no fue mi falta de control, fue ella. —Su rostro se giró hacia mí y vi el dolor en él. Dolor, ira y determinación. Que Dios protegiera el alma de Antonella, porque si Viktor iba a hacer su vida un infierno, Irina no se iba a quedar fuera. Y después de lo que había escuchado, yo tampoco iba a hacerlo.

—Va a pagar por ello.

—Lo sé. Es solo que me gustaría saber cuánta parte de decisión tuvo ella y cuánta parte fue una orden.

—Sí, es posible que se lo ordenaran.

—Cuando lo averigüe, todos tendrán lo que les corresponde.

—Amen.

Viktor

Boby entró en mi despacho, pero no traía una de sus mejores caras.

—¿Qué ocurre?

—Estuve pensando en lo que dijo Irina. —Apreté los dientes instintivamente, porque en parte estaba metida en esto por mi culpa. Fue mi decisión enviarla a Miami y ponerla al frente del club.

—Vamos a hacerle pagar a esa puta por lo que hizo.

—Cuento con ello, jefe. El caso es que... lo de la droga no quedó reflejado en ninguna de las conversaciones, ni en los mensajes. Para transmitir ese tipo de instrucciones tendrían que haberse reunido.

—Puede que actuara por su propia cuenta, Bobby. No podemos saber ese tipo de cosas. Asume que no podemos estar en todas partes. —Yo lo hacía. Podía intentar prever y anticiparme, pero podía fallar, porque no era Dios, sino un hombre con muchos enemigos.

—Ya sé, el pasado no podemos cambiarlo, pero podemos aprender de él. He pensado que puedo piratear el teléfono de la chica y convertirlo en un micrófono, incluso podría piratearle la cámara. —Aquello sí que era una buena idea, un espía que no sabía que era un espía.

—Eso sería estupendo, pero tendríamos demasiadas transcripciones que revisar.

—Y también sería muy peligroso mantenerlo activo todo el tiempo, pero si alguien nos informa de cuándo se reúnen podría activar el micrófono durante el período que dure la reunión.

—Es buena idea. Le diré a Phill que dé las órdenes pertinentes a sus hombres.

Boby salió de mi despacho con mejor cara, como si de alguna manera hubiese conseguido resarcirse de su falta de previsión. Este chico era demasiado meticuloso, tenía que relajarse un poquito. A ver si cuando su bebé llegase le desconectaba ese cerebro suyo de tantas preocupaciones.

Phill

Colgué el teléfono y volví a mirar hacia Antonella. Cook tenía sus instrucciones: enviar un mensaje cuando creyese que Antonella se iba a reunir con alguien. Al final, con Cook y Boomer había acertado de lleno, estos tipos, que no podía llamarlos chicos, eran una gran incorporación al equipo.

Sentí una mirada sobre mí y me topé con el ceño fruncido de Antonella. No, no se había tomado demasiado bien lo de la interrupción de las «relaciones no vinculantes». Señor, me estaba convirtiendo en un artista de la malversación de palabras. Qué manera tan sutil para decir le había mandado a la mierda.

—Jefe, hay un camión afuera con mercancía para el club. —Miré a Jack, uno de los chicos que esta noche cubría la puerta. Miré el reloj, aún era horario comercial, pero no recordaba queuviésemos nada pendiente por recibir.

—Iré yo mismo. —En ese momento, recibí una llamada de Bobby.

—Si no me equivoco, nuestro envío acaba de llegar. —¿Envío? Ah, mierda, las máquinas para el asunto de las pulseras que me comentó Irina.

—Voy a comprobarlo en este momento.

—Si les envías a la entrada trasera, podré echarles un ojo. —Este Bobby y su gran ojo que todo lo ve, a veces me daba miedo. Más le valía no tener cámaras dentro de la casa, porque había cosas que no me gustaría que hubiese visto.

Revisé la hoja de entrega del camión y, efectivamente, traían unos portes desde Las Vegas. Tuve que dar órdenes de vaciar el almacén principal para poder acomodar toda la mercancía, pero finalmente todo entró.

—¿Y dónde se supone que vamos a poner todo esto en el club?

—Tú confía en mí. Mañana estaré ahí para poner cada cosa en su sitio. Tú asegúrate de que tienes brazos fuertes para mover todo eso.

—Sí, tendré que pagar horas extras.

—Sin problema. —Antes de cerrar la puerta, Irina estaba a mi lado.

—Creo que tenemos trabajo mañana.

—De eso puedes estar seguro. —Sus ojos brillaban como los de una niña pequeña.

—Estoy impaciente por abrir esas cajas y ver lo que Bobby y Viktor han ideado con mi propuesta.

—Parece que la Navidad se ha adelantado este año.

—Yo no soy de las que celebra la Navidad, pero creo que me va a gustar.

—Oye, Irina. Mañana es un día de trabajo normal de la vigilancia así que ando algo corto de hombres para este trabajo extra. ¿Crees que a los chicos fuertes de la fiesta les gustaría ganarse un dinero moviendo estas cajas?

—Algo me dice que si les invitamos a una buena barbacoa y alcohol después, estarían encantados. Pero tú hablaste más que yo con ellos.

—Bueno, dos puntos de vista son mejores que uno. ¿Qué te parece si llamas a Danny y les haces el ofrecimiento? Sé que es avisar con poco tiempo, pero prefiero darles el dinero a ellos que a unos desconocidos. —Irina me sonrió.

—Vamos a ver si tu idea es buena.

Danny

—Pues espera que se lo pregunte a las chicas. —Aparté el auricular de mi oído y alargué el cuello hacia las chicas que estaban sentadas en la mesa—. En el club de Irina necesitan mover algunos muebles y cajas y me pregunta si alguno de los chicos estaría interesado en ganarse algún dinerillo extra. —María se mordió el labio, dudosa.

—Ahora que lo dices, teníamos que comprar una secadora, porque con tanto niño la ropa sucia se multiplica como moscas en verano.

—A nosotros nos vendría bien un dinerillo para cambiar no sé qué tuberías. Alex está pendiente de trabajar algunas horas extra para eso.

—Bien, Mo quería llevarme un fin de semana a Orlando, así que ya somos tres. ¿Tú qué dices, Susan?

—Bueno, el dinero no es problema, pero Marco necesita un buen meneo de hombres. Últimamente se me está afeminando. —No iba a preguntar, no señor. Volví hacia el teléfono:

—Irina, tendrías a tres chicos fuertes y uno normalito.

—¡Eh! —gritó Susan—. Que mi normalito está fuerte.

—Ya, ya. Me pregunta si podríamos contar con todos mañana la hora del almuerzo. Tal vez sean un par de horas, quizás menos.

—Tonny libra en la estación.

—Alex tiene dos horas para comer.

—Marco es el director del concesionario, si quiere puede librarse de ir a trabajar por la tarde.

—¡Agh! Cómo odio a la gente rica —puntualizó Angie. Pero lo hizo riéndose de sus propias palabras.

—Bien, a Mo le deben algunas horas en la constructora. Así que, Irina, tienes a tu equipo de mudanza.

—Y digo yo, ¿no tendríais que preguntárselo a ellos? —me respondió ella. Traté de no reírme cuando les repetí la pregunta a las chicas.

—Haré flan de café de postre —dijo María.

—Y yo le diré a mi madre que me prepare una buena remesa de pollo ranchero —añadió Angie.

—Yo prepararé algo de ensalada tropical. Si tú pones las cervezas, nuestros chicos no abrirán la boca para protestar —concluí.

—¿Ellos saben que las que mandáis en casa sois vosotras?

—No es que mandemos, Irina. Pero son chicos, ponles comida rica, dulces, cervezas y trabajos de chicos y se apuntan sin pensarlo.

—Tonny dice que a qué hora tenemos que ir —dijo mientras revisaba los mensajes de su teléfono.

—Alex dice que puede adelantar el trabajo entrando antes y así tener toda la tarde libre, pero que quiere ración extra de flan de café —informó Angie. Esto de los teléfonos y los mensajes instantáneos es lo que tenía.

—Marco dice que vale, pero que las cervezas que sean light. —Hasta su propia mujer rompió a reír. Este Marco...

—Oh, mierda. No hemos tenido en cuenta algo chicas.

—¿El qué? —pregunté.

—Es un club, no podemos llevar a los niños.

—Porras, es verdad. Esto no es una mudanza normal. —La voz de Irina me dio la solución al otro lado del auricular.

—Podemos ir todos a su casa, montar una buena comida familiar y dejar que los chicos hagan

el trabajo pesado. Cuando lleguen todos sudados y hambrientos, Irina nos presta su piscina y su jardín.

—Eso suena, genial —dijo María. Todas bajaron la cabeza para empezar a teclear la nueva información. Los pulgares hacia arriba y las sonrisas enormes me dieron la respuesta.

—Irina, el plan está en marcha.

Así es como preparamos las fiestas, comidas familiares, bautizos, bodas... nada nos asusta. Podemos con todo.

Capítulo 38

Phill

—Me alegro de veros de nuevo. —Uno a uno, los coches empezaron a descargarse. Sí, dije bien, a descargarse. Entre niños, padres, madres, fuentes con comida, neveras portátiles y un par de flotadores, aquello parecía el desembarco de Normandía, versión «juerga familiar».

—Me encantaría ver la casa, y sobre todo la piscina, pero cuanto antes nos pongamos a trabajar, antes comemos, y ya tengo hambre —me comentó Tonny mientras me daba una palmada en el hombro.

—Ya, a mí también me rugen las tripas desde que olí el flan de María —añadió Marco.

—¿Queréis dejar de hablar de comida? —protestó Mo.

—Perdona, tío, olvidaba que tú siempre tienes hambre —se disculpó Tonny.

—No, tío, siempre no, solo cuando hay comida casera y tu mujer hace uno de sus postres.

—¡Eh!, que nosotros hemos traído nuestra remesa de café de Colombia para la sobremesa. Tendrás cafetera, ¿no? Bueno, da igual, María sabe hacer eso de café de puchero y está más rico —añadió Marco. Sacudí la cabeza, divertido. Vaya una tropa que había metido en casa.

—Entonces ¿qué os parece si nos ponemos en marcha?

—Ya estamos tardando —puntualizó Mo.

Había dado orden a Jesse de que se quedara de refuerzo en la casa, al menos hasta que nosotros regresáramos, así que el SUV estaba a nuestra disposición. Cuando miré por el espejo retrovisor y vi a Marco aplastado entre Alex y Mo, no pude evitar reírme, parecían unas sardinas enlatadas.

—Deja de reírte, cabrón, y dale alegría a acelerador. —Vaya con el refinado de Marco, sí que sabía sacar su vena cavernícola de vez en cuando.

Conduje tan rápido como pude, porque no quería lidiar con tres hombres gruñones; sí, tres, porque Tonny, muy astutamente y al ser el más grande, se agenció el asiento del acompañante.

Cuando llegamos al club, lo primero que me encontré fue con uno de los hombres de mi equipo de seguridad escoltando a Bobby. Escuché los suspiros de alivio de los chicos cuando pudieron volver a mover sus extremidades libremente, pero me hice el despistado y fui directo a saludar a Bobby.

—Podía haber ido a buscarte al aeropuerto. —Bobby me sonrió con picardía.

—Me gusta ir de intrépido por la vida. Ya sabes, un coche de alquiler y a ver dónde me lleva el navegador de a bordo.

—He traído unos cuantos chicos fuertes para mover el equipo que llegó ayer. —Bobby sonrió hacia los chicos, deteniéndose en Tonny. ¿Que por qué lo sabía? Porque sus ojos se abrieron como platos en un nanosegundo. Sí, el bombero era un tipo grande, de espaldas anchas. Normal, rompían puertas a hachazos. Y se notaba más cuando lo comparabas con su gemelo, sobre todo cuando los dos llevaban una simple camiseta de algodón. Las costuras de la del bombero parecían reventar en la zona de los bíceps cuando doblaba el brazo.

—Sí, ya veo. Bueno, entonces nos podemos poner en marcha.

—Hola, soy Tonny. —El bombero fue el primero en presentarse, no esperó a que Bobby diese el primer paso. De verdad que era un tipo afable. Su mano sacudió con energía la de Bobby, pero no le destrozó los nudillos.

—Eh, hola, yo soy Bobby. He venido a poner en marcha todo el equipo.

—Ah, un cerebritito. Entonces seguro que haces buenas migas con Alex. ¡Eh, Alex! Aquí tienes un especialista de los tuyos. —Alex se acercó a saludar.

—Hola, no le hagas caso. Yo solo monto equipos de sonido en coches.

—Oh, entonces puede que te haga un par de preguntas. Estoy pensando en cambiar de coche, pero no sé si el equipo de sonido del que tengo ahora podría servir para el nuevo.

—¿He oído cambio de coche? ¿Qué estás buscando? —interrumpió el otro gemelo.

—No le hagas ni caso, ya salió el vendedor de coches a cazar un cliente.

—Eso, Marco. Que tú llevas el mercado de los coches de lujo. El chico es un técnico, no creo que pueda dejarse un pastón en uno de tus coches.

—¡Eh! A Tonny le conseguí un SUV buen precio. Puedo con coches normales. —Antes de que la conversación degenerara, tuve que intervenir.

—No pierdas el tiempo, Marco. Bobby viene de Las Vegas, hace su trabajo y regresa a casa.

—Bueno, puedo aconsejarle igual. No todo son ventas.

—¿Consejos gratis de un vendedor de coches? —dijo Bobby.

—¡Eh! Eres amigo de Phill y Phill es el chico de Irina, la prima de Danny, así que eres casi de la familia. —Bobby alzó una ceja interrogativa hacia mí y yo puse los ojos en blanco.

Sí, había cosas que explicar, pero algunas iba a esquivarlas como pudiese. Si Viktor se entera de lo que tenemos su prima y yo, mañana lo tengo en la puerta de mi habitación con un par de alicates para cortarme las bolas, y seguramente el hermano de Irina me inmovilizaba mientras lo hacía. Menos mal que llegamos al almacén y Bobby empezó a desembalar el equipo y a dar instrucciones a los chicos. En menos de una hora, todo estaba en el sitio que le correspondía y Bobby ya estaba instalando el cableado y revisando el software.

—Bueno, nosotros ya hemos terminado, ¿verdad? —preguntó Mo. Podía entender al chico. Cargar con muebles abría el apetito.

—Sí, ¿podemos irnos a comer? —esta vez habló Tonny.

—Mmm, comida. ¿Qué se puede comer rico aquí en Miami? —intervino Bobby. Estaba comprobando el software de la terminal de carga de las pulseras electrónicas. No tenía pintas de poder irse a comer, sino más bien de quedarse encadenado a la máquina un buen rato.

—Ah, tío, tienes que venir a probar el pollo ranchero de mi suegra —le interrumpió Alex.

—Suegra, esa palabra es mágica.

—Puedo ir a buscarte un poco y traértelo, porque parece que te queda un rato de trabajo. —Bobby se rascó la barbilla.

—Y un poco de flan de café de María. —Sí, Tonny, tu ponle los dientes largos al pobre Bobby.

—A la porra, me voy con vosotros.

—¿Puedes hacer eso? —pregunté. El tipo ya estaba haciendo no sé qué cosa con su laptop, su teléfono y la nueva terminal.

—Trae a uno de tus chicos de seguridad. Si se queda vigilando que nadie se lleve mi equipo, yo puedo irme un par de horas tranquilamente. —No llegué a contestar. Alex pasó su brazo por los hombros de Bobby.

—Eso está genial. Tienes que contarme cómo haces que el teléfono sea un terminal virtual, porque yo... —Ahí perdí el hilo de la conversación.

—¡Eh, esperad!, que yo os voy guiando hasta la casa. —Mo corrió hacia un Bobby y Alex que caminaban hacia el coche del primero.

—Te acostumbras. —Eso me lo dijo Tonny a mí.

—¿Eh?

—A los planes sobre la marcha. A los Castillo se les dan bien. En una semana te organizan una boda para 100 personas y será perfecta.

—¿Así fue tu boda? —Tonny sonrió.

—Más o menos. Pero ya has visto lo que tardaron en organizar una comida familiar. ¿Qué más puedo decirte?

—Así que su punto fuerte es la improvisación.

—Nuestro punto fuerte. Ahora eres parte de la familia, ya no puedes escapar.

—Me estás asustando. —Tonny me dio una pequeña palmada en el hombro.

—Eso se quita con un trozo de flan de café. Ya verás, vas a morir y subir al cielo.

Lo del miedo no era del todo cierto, bueno, un poco sí. Era más bien como una sensación de vértigo, como cuando subes a una montaña rusa y el vagón empieza a caer por la pendiente. Pero, ¡eh!, yo soy de los que pagan para tener esa sensación. ¿Vida controlada y programada al minuto? Esa se fue a la mierda en cuanto conocí a esta gente y no me iba a arrepentir de haberlo hecho.

Capítulo 39

Irina

Recordaba las reuniones familiares en la granja y, salvo por los malos momentos, esto era como volver a aquello, solo que un poco más concurrida. Esta gente sabía cómo organizar una fiesta, una reunión familiar amena y divertida... Nada se les resistía. Recordaba alguna reunión familiar con los Vasiliev allí en Las Vegas, pero, definitivamente, aquí en Miami tampoco se quedaban cortos. Tal vez fuesen un poco más chillones, pero es lo que ocurre cuando hay muchos más niños y madres.

Las chicas tenían todo preparado en una mesa de jardín que acondicionamos entre todas. Susan y Danny estaban metidas en la piscina, chapoteando con algunos de los niños. Al principio les desconcertó que la piscina solo tuviese una profundidad de metro y medio, pero Viktor lo decidió así por alguna razón. A mí me vino estupendamente, porque mis nociones de natación eran casi nulas, prácticamente se limitaban a mantenerme a flote al estilo perrito. Por eso no tenía miedo a meterme en ella, porque sabía que solo tenía que hacer pie y caminar.

Recordé el día en que Phill me sorprendió remojándome en ella. Bueno, mejor dicho, la noche. No se sorprendió al verme allí metida porque me había visto varias veces intentar aprender a nadar, incluso hizo las veces de monitor en algunas ocasiones. Lo sé, había sido un poco imprudente al haberme metido yo sola de noche en la piscina, pero el miedo nunca me impidió hacer muchas cosas. Había temores que se podían superar con perseverancia y yo había estado trabajando en el mío y las grandes masas de agua. Iba a aprender a nadar e iba a meterme en el mar y darme unos buenos largos.

No quería volver a darle lástima a nadie y menos a Phill. No sabía qué me pasaba con él, pero no quería que me viese débil, no quería decepcionarlo. Desde que llegué como exiliada a este país, siempre he estado bajo la protección de otros y no quiero que eso continúe. Y aquí, en Miami, soy alguien fuerte. Me gusta la Irina que soy aquí.

—Vaya, Alex dice pongamos un plato más en la mesa.

María se levantó de su asiento, me tendió a su pequeña y se dispuso a ir a la cocina a buscar ese plato. Todas las chicas se habían familiarizado enseguida con mi cocina, tanto que creo que María sabía dónde encontrar muchas cosas que ni yo misma sabía que tenía. Nota mental, tenía que trastear más en mi cocina. Vaya una mierda de ama de casa soy. Una manita fría se posó en mi mejilla, intentando llegar más arriba. Miré a la pequeña de mofletes adorables y sentí que mi estómago se encogía. Yo nunca podría tener una de estas que fuese mía.

—¡Papá! —Uno de los gemelos de María gritó desde la piscina, haciendo que todos volviéramos nuestra atención hacia el costado de la casa, por el que los chicos estaban llegando.

—¡Eh!, ¿cómo está el agua, muchachote?

—Ven, papá, está muy buena. —Ese era el otro gemelo. Tonny besó a su mujer nada más llegar y, sin soltarla, estaba sopesando si ir con su hijo o atacar la comida que estaba sobre la mesa. María le dio una palmada en el ombligo tratando de no reír.

—Anda, ve a ponerte el bañador. Iré preparando la comida para que según termines, te des un chapuzón. —Tonny le dio un piquito y entró corriendo en la casa mientras gritaba sobre su hombro.

—¿Te he dicho que te quiero?

—No desde que metí el flan en el coche para venir hacia aquí. —María le sonreía con picardía.

—Vaya, este chico te adora, María —se me escapó.

—Sí, se lo recordaré cuando llegue la ronda de baños esta noche. —Aunque quisiera decir que Tonny se escondía de esas obligaciones paternas, todas sabíamos que era él quien se encargaba de esa ardua tarea, mientras María preparaba la cena para todos. Ella ya se había encargado de contarlos a los cuatro vientos. Tonny era una joya de padre, inagotable fuera y dentro de casa, normal que comiera como un sumidero, el tipo realmente lo quemaba todo.

—Vaya, qué bien lo tenéis montado aquí. —Aquella voz la conocía, vaya que la conocía.

—¿Boby? —El aludido llegó hasta mí y me dio un fuerte abrazo.

—El mismo. Vengo a que me alimenten después de un largo día de trabajo.

—Pues date prisa en coger un sitio, porque aquí el que no corre, vuela. —Esa era Angie, quien le sacaba una silla para que se sentara. Bobby pilló la invitación veloz y enseguida el resto de adultos se fue acomodando. Las fuentes empezaron a circular a gran velocidad por la mesa, mientras los niños mayores jugaban en el césped y los pequeños retozaban en una pequeña piscina hinchable junto a ellos.

—¡Mmm, señor! Esto está de muerte. —Ese era Bobby después de la primera cucharada del flan de café de María. Alex, que estaba sentado a su lado, le dio una pequeña palmada en el hombro.

—Ya te lo dije.

A Bobby le fastidió tener que regresar al trabajo, y yo lo entendía. El lugar era agradable, la gente amable y divertida, y te hacían sentir como uno más. Era imposible no enamorarse de este grupo de personas. Eran increíbles, atentos, serviciales... Uf, casi lo olvidaba, tenía que pagar sus servicios, tenía que comentárselo a Viktor. Abrí el programa de mensajes de los Vasiliev y empecé a escribir.

—Nuevo equipo casi instalado. Contraté a algunos de los amigos de Danny para mover los bultos pesados. ¿Qué te parece si uso el dinero efectivo de la caja B para pagar sus honorarios? —La respuesta no tardó en llegar.

—Así nos ahorramos el ponerlo en circulación, me parece bien. De todas formas, sabes que eres la directora del club, eres tú la que debe tomar esas decisiones sin consultarme.

—Pero es tu dinero.

—Confío en tu criterio. Sé que no harías nada en contra de la familia, porque, de hacerlo, te devolvemos a Rusia. —Y el cabrón me manda un emoticono sacándome la lengua. Sí, bromeaba, pero podía hacerlo y con Viktor uno no sabía si hablaba en serio o en broma. Mejor no comprobarlo.

Alcé la vista cuando escuché un chapoteo en el agua. Tonny acababa de hacer una bomba en la piscina. Ah, no, ese era Marco, Tonny llevaba a uno de sus pequeños sobre los hombros, mientras golpeaba a su hermano con un juguete hinchable. Aunque acertaba más en la cabeza de Mo, la otra montura, que en la de su gemelo.

—Tenemos que repetirlo más veces. —Phill acababa de sentarse a mi lado, con la piel húmeda por el chapuzón que se había dado antes. Mmm, ¿hay algo más sexy que un chico mojado? Sí, mojado y sin ropa, pero eso tendría que solucionarlo más tarde, mucho más tarde.

—Me gusta esa idea.

—¿Vienes a darte un baño? —Miré hacia el césped, donde María había extendido una toalla y se había tumbado sobre ella para tomar el sol.

—Creo que me recostaré un rato, pero antes...

—¿Qué? —Cogí el teléfono, saqué una foto y se la envié a Viktor.

—Voy a pedirle al casero que compre algunas tumbonas. —Phill sonrió.

—Sí, que se gaste el dinero, que para eso pagamos el alquiler. —Levanté una ceja hacia él un segundo antes de que se incorporara y me diese un piquito antes de irse. Mmm, esa costumbre de dar piquitos a todas horas era del bombero de María, pero me estaba gustando que a Phill se la hubiese contagiado. Me relamí los labios para recoger las gotas de agua que Phill dejó sobre ellos. Mi cabeza ya estaba maquinando travesuras.

Capítulo 40

Irina

Mi teléfono vibró con fuerza y, al revisarlo, encontré un mensaje de Bobby. Extraño, porque acababa de irse media hora antes.

—*Phill y tú deberíais venir a despedir al técnico para que os de las instrucciones de uso y algo más...* —El «algo más» me intrigó, porque Bobby no era de los que decían palabras vacías. Levanté la vista y busqué a Phill.

—Phill. —En cuanto dije su nombre, vi su figura caminando deprisa hacia mí. No fue mi tono de voz lo que apresuró su paso, sino mi expresión. Se inclinó a mi lado.

—¿Qué sucede?

—Bobby necesita que vayamos al club. —Él asintió.

—Dame dos minutos y salimos. —Se estaba girando para irse, cuando lo retuve por el brazo.

—Será mejor que vayas bien preparado, por si acaso. —Él asintió hacia mí y entró en la casa. Nada más atravesar las puertas acristaladas, empezó a correr hacia las escaleras.

—¿Algo va mal? —Alex se acababa de sentar a mi lado, a aquel hombre no se le escapaban los pequeños detalles. Pero nadie dijo que yo no fuera una buena actriz.

—No. Bobby ya terminó con la instalación y tiene que explicarnos su uso antes de irse para Las Vegas.

—Oh, les diré a los chicos que recogemos deprisa.

—¡De eso nada! Vosotros os quedáis aquí hasta que regresemos. Faltaría más. Nosotros solo tardaremos un ratito.

—No queremos ser un estorbo.

—¿Estorbo? Para nada. No recuerdo la última vez que tuve una comida familiar tan relajante y divertida. Además, así recojo en el club el dinero para pagaros vuestros honorarios.

—Por mí no es necesario, me lo he pasado bien haciéndolo y ya solo con este día me siento pagado.

—Vale, pero tus cañerías necesitan ayuda y pienso dársela. Así que vas a ser bueno y esperar hasta que regresemos. —María llegó en ese momento a nuestro lado.

—¿Regresar? ¿Tienes que irte?

—Eso le estaba explicando a tu hermano. Voy y vengo. Ni os daréis cuenta de que no estamos.

—Si nos tenemos...

—¡A callar! Qué tremendistas sois los dos. Cuando regrese voy a traer el dinero de tu secadora, así que más te vale estar aquí para recibirlo.

—Vaaale. —María me sonrió y se volvió hacia la piscina. Pues a ella sí que había sido fácil convencerla. Alex me miró con las cejas levantadas.

—De verdad que eres un poco mandona. —Su sonrisa apareció radiante en aquel momento—. Pero si te traes unas cervecitas frías, no me voy a quejar. —Y se fue caminando hasta la orilla de la piscina, miró el agua y se dejó caer de costado, como si lo hubiese golpeado una piedra en la cabeza. Por un segundo me preocupé, hasta que su cabeza salió sonriente a la superficie. Chicos traviesos.

—Listo para irnos. —Phill estaba a mi lado, vestido con su uniforme de trabajo, es decir, camisa de botones, pantalón de vestir, zapatos y su eterna chaqueta americana.

—Entonces vamos.

Phill

Boby nos explicó el funcionamiento de la máquina de carga de las pulseras electrónicas como un auténtico profesional. Era sencillo, al menos a mí me lo pareció. Después dijo que tenía que instalar el controlador del equipo en el despacho principal y le acompañamos. Cuando cerré la puerta detrás de nosotros, la cosa cambió.

—Vuestro espía se ha puesto en marcha.

—¿Qué? —Irina se sentó en la silla frente a su mesa, mientras Bobby lo hacía en el sillón principal, conectaba su laptop al equipo de Irina y lo giraba para que viésemos la pantalla con comodidad.

—Tengo un rastreador automático para las comunicaciones de los teléfonos infectados, pero solo dejé una alarma especial para el de vuestro espía. Cuando llegó al club y vio todo lo que habíamos montado aquí, envió un mensaje a sus jefes. La respuesta ha sido rápida, tenía que hacer fotos de todo y enviarlas. —Las cámaras de seguridad mostraban a Antonella escabulléndose de la barra del bar y acercándose a la máquina de carga y los casilleros para hacer algunas fotos tratando de que nadie la viese. Pillada.

—En estos momentos está enviando las fotos. —Bobby estaba mirando su equipo, comprobando la información que le iba chivando la aplicación.

—¿Los vietnamitas descubrirán algo que no queramos con esas fotos? —Bobby sonrió como el pirata que enterró su tesoro en un lugar imposible de encontrar.

—El exterior es estándar, pero el interior de esa máquina es un puzzle que yo mismo he montado. Pueden intentar piratear su software, pero les costará lo impensable acercarse a mis cortafuegos. Si quieren sacar el dinero del interior, tendrán que reventar la máquina y se encontrarán con una pequeña caja de seguridad. La única manera de hacerlo es llevándose toda la máquina, y Tommy y Alex pueden decirte que sufrirán un infierno para hacerlo. Sobre todo ahora que la anclé al suelo de cemento con unos tornillos de acero que se usan en los camiones blindados.

—¿Y los casilleros?

—No son como los de la estación de autobuses. Su software es complicado, y tendrían que usar un soplete para abrirlos. Si alguien trae algo así al club, los de seguridad lo verían antes de poder abrir las puertas. De noche, los casilleros se vaciarán por completo, así que para conseguir lo que hay en su interior tendrían que asaltar la caja fuerte que instalé en tu despacho hace un par de horas.

—Entonces, ¿estamos a salvo de sus posibles intentos de robo? —pregunté.

—Eso nunca se sabe, puede que den con algo, pero tendré un ojo sobre ellos constantemente, no te preocupes.

—Lo hago, la seguridad del club es mi responsabilidad.

—Bueno, es la de los dos, si me permites.

—Sí, eso es cierto, pero yo soy el que tiene que dar la cara con los clientes cada día.

—Eso es cierto.

—Lo que importa ahora es lo que vamos a hacer con esta información.

—El jefe tendrá la información de todo esto en unos minutos, lo que tardo en hacer un informe detallado y enviárselo. Probablemente te llame después de estudiarla.

—Entonces tengo tiempo para pensar en algo. —Irina tenía los índices apoyados sobre sus

jugosos labios mientras fruncía el ceño, pensativa. Se parecía a su primo Viktor y daba miedo, pero a diferencia del jefe supremo, ella me hacía hormigüear las pelotas de forma diferente.

Viktor

Bien, los vietnamitas habían hecho el movimiento que estaba esperando. ¿Algo nuevo en el club y no iban a sentir curiosidad? Imposible. Era previsible que enviasen a su espía a investigar. Ahora que habíamos puesto el queso en la ratonera, solo teníamos que dejar que el ratón se acercase. Cuando lo hiciese, el gato estaría listo para saltar encima de él, o ellos en este caso. ¡Ja!, me encanta ser el gato. Revisé los turnos de mis hombres y preparé las órdenes de trabajo. Era el momento de preparar mi jugada.

Capítulo 41

Irina

Recogí una buena cantidad de dinero del club y con él pagué a los chicos por sus servicios. La fiesta se alargó hasta entrada la noche, hasta que los pequeños empezaron a acusar el cansancio. Me gustó ayudar a los papás a acomodarlos en sus asientos adaptados en los coches. Y prometí volver a repetir ese día con ellos, aunque sin traslados de trastos pesados de por medio.

—¿En qué estás pensando? —Phill había puesto un plato con pollo ranchero frente a mí, junto con otro para él. Estábamos sentados en la terraza, en una pequeña mesa para dos, con un par de cervezas frías y vistas a la piscina o, mejor dicho, a las luces que la iluminaban desde debajo del agua.

—En que esto no podía hacerlo en Rusia.

—¿Por el clima? —Él tomó su cerveza y le dio un trago mientras esperaba mi respuesta.

—No, el clima no, es que no tenía piscina, ni terraza, y el poco tiempo del que disponía para descansar... Todo cuenta.

—Entonces estos son buenos tiempos. —Sí, buenos tiempos, salvo por alguna cosita suelta se podría decir que sí. Cogí mi cerveza y brindé con ella.

—Por los buenos tiempos entonces. —Phill chocó su vidrio con el mío y los dos bebimos.

—Hoy no te metiste en la piscina. Sé que no fue por miedo, porque te has aventurado tú sola y de noche a meterte en ella. —Picoteó algunos trozos de pollo y los metió en su boca, como si no hubiese dicho nada importante.

—Llámame estirada, pero no quería hacer el ridículo delante de toda esa gente.

—¿Ridículo? —Puse los ojos en blanco.

—Por favor. Si la pequeña Gabriel, que tiene apenas año y medio, tiene más estilo flotando que yo. —Phill dejó el tenedor en el plato y me miró ceñudo.

—No tienes porqué sentirte avergonzada, Irina. Estás aprendiendo a nadar. Hay mucha gente en este país, sobre todo en el interior, que no sabe hacerlo.

—Tú eres de interior y sabes nadar.

—Estuve en la marina. Ahí o nadas o aprendes a respirar debajo del agua, incluso creo que hay hombres que podían hacer las dos cosas. —Solté una carcajada y Phill esbozó una sonrisa satisfecha.

—Tonto.

—Podemos practicar un rato antes de irnos a dormir.

—Pero solo un ratito, estoy esperando una llamada importante. —Señalé mi teléfono con la cerveza y Phill asintió. Viktor estaba tardando en analizar la maldita información y yo tenía un par de ideas que quería comentarle, aunque seguro que colgar a Antonella por los tobillos desde una azotea podía esperar hasta que tuviésemos a los vietnamitas acorralados.

Danny

La culpa de que tuviese a Mo acorralado contra la pared del ascensor era de las cervezas de Irina y de la sangría que había preparado Alex. ¿Qué porras llevaba eso? Vino, fruta, hielo y algún licor, seguro. Cuando le dije a Alex que estaba muy cargado, él me dijo que era culpa del hielo,

que era lo que hacía letales las sangrías. Ya, que he trabajado en un club, ya he oído eso de que lo que emborracha son los hielos.

La puerta del ascensor se abrió y maldije para mis adentros, porque había encontrado una estupenda postura sobre mi marido. Menos mal que aún no teníamos niños, porque pensaba comérmelo nada más cerrar la puerta de casa.

Antes de que la puerta del ascensor se cerrara a nuestras espaldas, los dos nos quedamos congelados, hasta que reconocimos a la persona que estaba sentada en la puerta del pasillo anterior a la nuestra. Caminamos hasta casi llegar a su altura.

—Hola, pequeña. ¿No es un poco tarde para estar leyendo en el pasillo? —La niña levantó la cabeza hacia nosotros, revelando unos ojitos enrojecidos por el cansancio y las horas perdidas leyendo bajo la luz artificial del interior del edificio.

—Estoy esperando. —Me acuclillé junto a ella para que su cuello no estuviese tan forzado al mirarme. Conocía a la niña y conocía a su tía. No era la primera vez que la veía esperando a que la mayor llegara de trabajar.

—¿Todavía no ha llegado tu tía del trabajo? —Miré el reloj. Era tarde, pero a estas horas o su tía se iba a trabajar y la dejaba sola toda la noche, o había llegado ya y estaban recalentando algo de comida precocinada en el microondas. ¿Que cómo sabía eso si casi no hablaba con ellas? Por la maldita bolsa de la basura. La suya estaba siempre llena de envases de comida rápida o precocinados, nada de restos de verduras o frutas.

—Está dentro, pero está con su novio. —Su carita paliducha y redonda miró hacia la puerta a su derecha. ¡Joder con su tía! Mira que echarla fuera de casa porque quería «retozar» a gusto con su novio. Vale que la niña llegara de rebote a su vida, pero podía tener algo de consideración con ella, que no era un gato que echar de casa cuando molestaba. Miré por encima de mi hombro a Mo y él asintió hacia mí. Daba gusto que nos conociésemos tan bien. Una simple mirada y nos entendíamos.

—Sabes, puedes esperar en nuestra casa hasta que se vaya. —La niña miró hacia la puerta, mientras se mordía el labio inferior, sopesando la oferta. No, no éramos completos desconocidos, pero yo en su situación no habría entrado en la casa de ningún vecino.

—De acuerdo. —Se puso en pie y entonces vi la mochila escolar que estaba a su lado. Metió el libro y se la colgó del hombro. Era tan pequeña y confiada... ¿Qué edad tendría, 12? Mo abrió la puerta de casa y le seguimos. Ella miró nuestro pequeño salón con ojillos curiosos, mientras se dirigía hacia el sofá. Vi cómo Mo levantaba la bolsa que habíamos traído con algunos restos de la comida. No necesitaba decirme más.

—¿Te apetece cenar algo de pollo? Hemos traído de sobra. —Nos miró y alzó un hombro como si no fuese gran cosa, pero sus ojos no se apartaron de las bolsas. Reconocía esa necesidad en su rostro. ¿Cuánto tiempo llevaría sin comer? Mo repartió la comida, la calentó y la sirvió en la mesa donde yo había colocado los cubiertos y los vasos. Cuando ella metió la primera porción de comida casera en su boca, su rostro se iluminó. Sí, pequeña, seguro que no comías de esto muy a menudo, casi diría que nunca. Mo y yo olvidamos nuestros planes por aquella noche, porque solo con verla comer ya era suficiente para hacernos sentir recompensados y satisfechos.

—Bueno.... Lo siento, pero no sé cómo te llamas. Nos hemos saludado docenas de veces, pero no conozco tu nombre.

—Pamina, me llamo Pamina.

—Nunca había oído ese nombre, es bonito —intervino Mo. Hasta el momento, me había dejado a mi llevar la conversación, como si intuyese que, de alguna manera, la niña se sentiría más a gusto hablando con otra chica.

—Es el nombre de una princesa.

—¿Una princesa? —pregunté. Aparte de las princesas de Disney, solo conocía a la princesa Diana de Gales. ¿Había alguna otra que debía conocer? Pamina intentaba responder y al mismo tiempo no dejar de comer.

—Sí... de una ópera de Mozart, la flauta mágica. —Mis cejas se levantaron asombradas hacia un Mo que sonreía y asentía.

—Curioso. ¿Y qué tal te va en el colegio?

—Bien. —Sus ojillos se ensombrecieron. No hacía falta ser un genio para saber que ahí había algo que no era bueno.

—¿Qué te gustaría ser de mayor? —Mo sí que sabía cómo sacar a la gente de su propio pozo de dolor.

—Médico.

—¿Médico? Es una profesión muy bonita —añadí. ¿Qué le iba a decir? Si yo sufrí para conseguir pagar mi carrera de enfermera, con la de médico... No quería decirle que no podría hacerlo porque su tía no nadaba en la abundancia y, visto lo poco que le preocupaba, sería difícil que llegara a conseguirlo.

—Mi papá y mi mamá murieron porque los médicos no pudieron salvarlos. Yo salvaré gente, para que otros niños no pierdan a sus padres. —La niña era un pequeño cofre de sorpresas. Y maldita sea si no me estaban dando ganas de llorar. Mis lágrimas luchaban por saltar fuera de mí, pero no podía hacerlo, no delante de ella. Esta pequeña princesa tenía sueños, sueños grandes, pero tenía delante muros de cinco metros que tendría que superar para conseguirlos. Me entraban ganas de coger una maza y derribar cada uno de ellos, porque me habría gustado que alguien los derribara por mí cuando los tuve delante. Yo también perdí a mis padres, sé lo que es luchar contra el mundo cuando es el mundo el que está empeñado en luchar contra ti. Siempre he sido una guerrera, eso decía mi tía abuela, pero esta pequeña princesa no era como yo, ella era diferente, ella iba a necesitar ayuda, al menos para aprender a pelear.

Capítulo 42

Irina

¡Joder con el primo Viktor! No quisiera estar en la piel de los vietnamitas. Jugar contra Viktor era hacerlo con desventaja, porque él no juega limpio. No, no me refiero a que haga trampas, bueno, solo las justas, sino a que él va siempre va más allá de lo que uno puede ver. Dar un golpe es fácil, hacer que no te lo devuelvan es lo difícil. Como él dice, al enemigo que huye hay que ponerle un puente de plata, no solo porque no causa daños en tus filas, sino porque es la mejor publicidad que se puede hacer a uno mismo. En este mundo, en el mundo de Viktor, que te teman está bien, pero que te teman y te respeten está mucho mejor.

Ahora entendía por qué en Las Vegas nadie se atrevía a toser en la dirección de los Vasiliev. Quien lo hacía pagaba un precio muy alto, pero había muchos ineptos, temerarios y amantes del dolor que no se daban por enterados. Con los Vasiliev no se juega, porque te destrozan por dentro, se convierten en un maldito cáncer terminal. Luchar contra ellos es hacerlo también contra ti mismo porque, de todas maneras, vas a caer, lenta y dolorosamente. Ahora estaba convencida de que Viktor iba a sacar a Constantin Jrushchov de nuestras vidas, para siempre.

Miré hacia mi izquierda, donde Phill estaba poniéndose ese calzoncillo que hacia que su trasero fuese una tentación. Esto de despertarme en su cama se estaba convirtiendo en una buena costumbre, sobre todo por las vistas mañaneras. Me quedé embobada viendo cómo se ponía los pantalones y se ajustaba el arma en una tobillera bien ceñida cerca de su tobillo derecho. Su pierna descendió al suelo de nuevo y se giró hacia mí, regalándome una bonita panorámica de ese goloso ombligo. Me encantaba meter la nariz allí dentro y luego morder todo que le pudiese de ese vientre tonificado.

—¿Vas a levantarte? Hoy tenemos trabajo que hacer en el club. —Sí, lo sabía, tenía que explicar a los camareros y miembros de seguridad cómo funcionaban las pulseras, los casilleros y los terminales de cobro. Estaba bien eso de que mis camareros manejaran menos dinero, y que pasaran el terminal de cobro por las pulseras nada más servir los pedidos así evitaba las desbandadas sin abonar las consumiciones. Y sí, las propinas también se podían abonar directamente en la cuenta personal de cada camarero. Me estiré como un gato sobre la cama y parpadeé un par de veces. Phill tenía razón, era hora de ponerse en marcha.

—Voy a darme una ducha rápida. —Me levanté lentamente de la cama y caminé hacia mi habitación. Podía sentir su mirada sobre mí, sabía que sus ojos estaban brillantes y oscuros. Y sonreí satisfecha.

Phill

Tuve que respirar profundo un par de veces antes de seguir vistiéndome. Aquella maldita mujer iba a terminar conmigo. Las clases de natación no se alargaron mucho, pero la sesión de después... esa sí que lo hizo. ¿Cómo puede un hombre resistirse a una mujer como Irina? ¿Cómo decirle que no a un cuerpo como ese? ¿Cómo convencer a tu apéndice colgante de que has tenido suficiente? Solo una respuesta, imposible, todo ello era imposible.

Ya en el club, me senté en una esquina para ver a Irina enseñar a los empleados cómo se usaban los dispositivos y la dinámica que debía seguirse a partir de esa noche. En vez de contratar

relaciones públicas para informar a los clientes del cambio, lo haría el propio personal de barra, llevándose un porcentaje de las consumiciones y cargas. Así conseguía que se tomaran las molestias de adoctrinar a los clientes, porque redundaba en su propio beneficio. Chica lista. Aunque también había preparado unas campañas publicitarias para dar a conocer el nuevo sistema.

Con disimulo espíe a Antonella, que estaba grabando toda la charla con su teléfono. Los vietnamitas iban a estar informados de primera mano. Según Irina, Viktor contaba con ello. También según él, no iban a tardar en moverse, lo justo para conocer cuándo debían atacar.

Giré el rostro hacia Boomer, que permanecía en el otro extremo de la reunión. Entre los dos, teníamos cubiertas las dos posibles entradas al club y, con ellas, lo posibles peligros para Irina. Volví de nuevo mi atención hacia Antonella y encontré sus ojos escrutadores. Definitivamente, esta Antonella era diferente a la que se había mostrado ante mí al principio, o quizás era yo el que la miraba de otra manera. Ahora me parecía una persona que permanecía alerta ante todo, que estudiaba su alrededor como lo haría alguien dispuesto para la lucha. ¿Tendría algún adiestramiento militar? Todo era posible.

El auricular de mi oído crujió, dejando paso a la voz de Bobby. ¿Cómo porras podía meterse el tipo en una línea de seguridad de onda corta? Yo estaba en Miami y él en Las Vegas, el alcance de nuestros comunicadores se limitaba tan solo a unos kilómetros.

—¿Una reunión interesante? —Miré a mi alrededor, era el único del equipo de seguridad que podía escucharle, pero no contesté, ¿cómo iba a hacerlo sin parecer sospechoso?— Creo que tienes algo interesante en tu teléfono. —Saqué el aparato de mi bolsillo y al desbloquearlo vi su sonrisa dirigida hacia mí. ¡Maldito cabrón! ¡Me había pirateado el teléfono! Seguro que podía ver mi rostro enfadado al otro lado de la conexión—. Sí, bueno, supongo que debí avisarte de esto. Bueno, a lo que iba. Estoy seguro de que quieres saber que los vietnamitas se están moviendo.

Mis cejas se alzaron sorprendidas. Noté que había abierta una pequeña línea de mensajes debajo de la imagen de Bobby. Probé a escribir y enviar, y dio resultado.

—*Es demasiado pronto* —tecleé.

—Si lo dices porque no deberían tener ni idea de para que servía todo lo que montamos ayer, he de decirte que a mí también me sorprendió, pero solo necesité las transcripciones de sus conversaciones para entender lo que estaban haciendo.

—*¿Y qué están haciendo?* —Cómo le gustaba a este tipo dar vueltas antes de ir al grano.

—Han buscado a alguien preparado para reventar cajeros automáticos, un especialista en corte con oxiacetileno, vehículos para transporte de mercancías pesadas, carretillas para transporte... En fin, que están buscando los medios para hacerse con mi bebé y sacarle las tripas.

—*Chicos malos.* —Me estaba riendo mientras lo escribía, pero es que no pude evitarlo. Bobby y esa máquina...

—Ya, no te rías, porque tú vas a impedirles que le hagan daño a mi pequeña. —Sí, ese era mi trabajo.

—*Cuidaré de ella.* —Bobby me dio una gran sonrisa.

—Sí, el tío Phill no dejará que le hagan daño. A lo que iba, el gran jefe me ha encargado que te avisara. Dice que vayas preparando a tus hombres de confianza, porque la cosa se va a calentar bien pronto. —Volví el rostro hacia Boomer, sí, con él podía contar, y seguramente con su primo Cook. Los dos sabían lo que era vivir y trabajar al otro lado de la ley y habían demostrado ser hombres de honor. Yo les había dado una oportunidad de demostrar su valía, les había dado una remuneración justa por su trabajo, cuando el resto del mundo no lo hizo. Me salté las leyes para darles esa oportunidad y ellos se esforzaban todo lo que podían para demostrar su agradecimiento.

Horarios extraños, secretismo... Sí, ellos servirían, pero para enfrentarme a un grupo organizado necesitaba a más hombres leales y dispuestos a todo, pero no tenía tiempo.

—*Necesito refuerzos.* —Boby sonrió aún más.

—El jefe dice que están en camino. —¡Joder! Aquellas tres últimas palabras eran como música para mis oídos. Si salían de boca de Viktor Vasiliev, era como decir que llegaban los marines.

—*Bien.* —Solo me faltó lanzar el grito de guerra de la marina, como cuando estaba en el ejército. Esa era una de las cosas que echaba de menos, el entrar en acción con un equipo de hombres preparados para todo, en los que podía confiar, porque no se dejaba a nadie atrás.

Miré hacia Irina, donde ahora estaba respondiendo a las pocas preguntas que le estaban haciendo los empleados. Sus ojos se cruzaron con los míos y dio por finalizada la reunión. La seguí hasta el despacho, donde le puse al tanto de las últimas noticias.

—No sé lo que tiene pensado hacer exactamente Viktor, pero cuando todo explote, quiero encargarme de Antonella. —Podía entenderlo, pero no podía permitir que le ocurriese algo. Estaba claro que Antonella no era lo que creíamos y podía ocultar aún algunas sorpresas.

—Solo si yo estoy presente. —Lo sopesó unos segundos y después asintió hacia mí.

—De acuerdo, pero no intervendrás salvo que sea estrictamente necesario.

—Me parece bien. —Asintió de nuevo. Sus ojos se oscurecieron mientras se perdían en algún lugar en ninguna parte y supe que Irina también tenía secretos que pronto descubriría.

Capítulo 43

Irina

Aún estaba asimilando las palabras de Viktor.

Como una impaciente, lo primero que hice fue decirle que iba a involucrarme en todo esto, porque estaba al cargo de sus asuntos aquí en Miami, porque tenía una responsabilidad con la familia y porque tenía que demostrar que no era una figurita de cristal. Le dije, no le pedí, que iba a ocuparme de la maldita zorra que echó droga en mi bebida, porque nadie me hacía daño y salía impune. Y Viktor lo entendió, vaya si lo entendió. Pero no esperaba las palabras que me dijo después de mi disertación.

—Constantin Jrushchov ya no es una amenaza. —Una simple frase que me dejó sin palabras. Serg era libre, mi hermano era ahora un hombre libre, yo podía volver junto a él a Las Vegas, porque ya no sería su punto débil. Pero...

—No voy a regresar ahora, Viktor. Mi sitio está aquí. Tengo responsabilidades y no voy a huir de ellas, así no es como actúa alguien de la familia Vasiliev.

—¿Y tu hermano?

—Entenderá por qué lo hago. Él no puede vivir mi vida, como tampoco yo puedo vivir la suya —. Viktor asintió.

—De acuerdo.

—Y ahora ¿qué vamos a hacer con los vietnamitas y sus espías?

—Boby está localizando un lugar que nos sirva de centro de operaciones.

—¿Y el club?

—Créeme Irina, no querrás limpiar el club cuando terminemos con todo esto. —No necesitaba pedirle que me explicara lo que iba a hacer. Cómo decía mi padre, a buen entendedor, pocas palabras bastan.

—OK. ¿Puedo al menos comprar la cuerda para colgar a la perra espía de una viga por los pies? — Viktor rompió a reír y tuve que esperar a que se calmara para escuchar su respuesta.

—No puedes negar que llevas sangre Vasiliev... En fin, sería conveniente que esperásemos a tener a todos los implicados donde queremos tenerlos y después golpearlos al mismo tiempo.

—¿Como hicieron ellos cuando asaltaron a los chicos del dinero de las apuestas?

—Algo así, pero nosotros sincronizaremos mejor nuestros golpes. No quiero que escape ninguno.

—Tendré que aguantarme las ganas entonces.

—Te prometo que podrás hacerle sangrar cuando llegue el momento, pero mientras tanto... no he dicho nada de que no te diviertas con ella.

—¿Qué quieres decir?

—Seguro que encuentras algo que la provoque. Sácala de sus casillas todo lo que quieras, eso sí, no le dejes ver lo que sabemos. —Me recosté en mi asiento. Ya se me estaba ocurriendo algo.

Phill

—¿Estás segura? —No debería haber hecho la maldita pregunta, porque si el jefe decía que el tipo ese ruso ya no era un problema, era porque era totalmente cierto. Pero necesitaba algo más

que unas simples palabras para estar seguro de ello. La amenaza sobre Irina era lo que nos había llevado a Miami, lo que mantenía un arma bajo mi colchón, lo que me mantenía a su lado las 24 horas del día. Si eso desaparecía, ¿en qué lugar quedaba yo?

—Si Viktor dice que Constantin ha desaparecido de nuestro horizonte, es que es cierto. Pero eso no significa que nos pongamos a dar saltitos de alegría, al menos en mi caso. Aquí hay trabajo que hacer y necesito que continúes alerta, porque la situación es igual de peligrosa, o creo que así va a ser. —No tenía que explicármelo, lo sabía muy bien.

—Entonces continuaremos como hasta ahora. —Irina se acercó a mí, para deslizar un par de uñas por la solapa de mi chaqueta.

—Viktor me ha dicho que puedo jugar un poco. —No pude evitar arrugar el entrecejo. ¿Jugar? ¿A qué? Y más importante, ¿con quién? Porque me parecía que se estaba refiriendo a nosotros, pero no podía ser que su primo Viktor le hubiese dado permiso para jugar conmigo. Entonces...

—¿En qué estás pensando? —Se puso de puntillas y estiró su cuello para llegar a mi barbilla y arrastrar los dientes sobre la piel con lentitud. ¡Mierda! Solo con eso ya tenía la bandera a media asta. Sostuve a Irina por la cintura y la mantuve en su lugar, porque si no...

—Tú solo deja que yo guíe la marcha. —Se giró de espaldas, mostrándome sus tentadoras posaderas. Y yo que creía que aquella mañana ya había tenido suficiente.

Irina salió de su despacho y yo la seguí. En vez de ir hacia la salida, se encaminó hacia el almacén de la parte delantera. ¿Qué tenía en mente?

Antonella

Lenny se acercó a mí.

—Ve a traer una botella de licor de café del almacén. La jefa quiere su ruso negro. —Odio a esa tipa.

Miré por encima del hombro hacia donde sabía que ya no estaba la botella que tenía preparada para ella. El gilipollas de Lenny la había usado con otro cliente y tuve que deshacerme de ella. Lo que menos necesitaba era que alguien se diese cuenta de lo que ocurría cuando se bebía de esa botella. Mi objetivo era que esa estirada se volviese una perra en celo y que al día siguiente no supiera por qué se había ganado la reputación de puta. Aquella noche había dos tipos nuevos y uno de ellos se convirtió en el alma de la fiesta. La perra lo perseguiría como una loba hambrienta y se metería en sus pantalones en cuanto el chico parpadease. Y todo bajo la supervisión del idiota. Delante de sus narices, habría ocurrido todo ante sus ojos y no se habría dado cuenta.

Me daba igual lo que ocurriera. ¿Que le despedían por incompetente? Me valía. ¿Que la perra se cabrease con él? Me valía. ¿Que pillase alguna enfermedad venérea, un embarazo? Por mí, perfecto. Y si conseguía algo malo para los dos, mucho mejor. Pero no, el Phill seguía en su puesto como ojo de dios, controlando como un puñetero halcón que todo estuviese correcto. Podía sentir sus ojos sobre mí en más de una ocasión, pero no tenía claro si era porque aún me deseaba y no se atrevía a hacer nada al respecto, pues la perra le controlaba como un buitre carroñero, esperando el momento en que escupiese su último estertor para saltar sobre él y devorarle los ojos. O si era porque esperaba que me vengase por haberme dado pasaporte. Gilipollas. Esos dos no tenían ni idea de lo que teníamos preparados para ellos.

Lenny tenía bien organizado su sistema de recogida de dinero, pero mi vigilancia lo descubrió. Chung vio una oportunidad de hacerse con una bonita suma de forma fácil. Ya no solo era colocar algunas chicas dentro del local, levantarle las ganancias a Lenny era aún mejor, porque el tipo no podría denunciar el robo del dinero que había conseguido de forma ilegal. Y con aquella nueva

máquina había llegado otra manera de conseguir dinero.

Bufé para mis adentros y me dirigí al almacén delantero, donde estaban algunas de las botellas de licor. Cogería esa maldita botella. Cuando llegué a la puerta, escuché voces en el interior. Una mujer y un hombre, una la conocía bastante bien, la otra era imposible que la olvidara. No es que entendiese mucho, salvo algunas risas, pero sabía lo que aquellas pausas significaban.

Abría la puerta con rapidez, haciendo que la brusquedad y sorpresa los asustara. Pero me salió mal. Sí, eran Phill y la perra de la jefa, pero en vez de sobresaltarlos, en vez de hacerles sentir incómodos o violentados, los dos estaban... bien. Phill tenía una ceja alzada hacia mí, mientras mantenía a la perra pegada a su cuerpo con una mano y con la otra los sostenía a ambos bien alejados de las estanterías. Y la perra... Ella me sonreía como si fuese el gato que se comió al canario.

Capítulo 44

Irina

Solo por ver cómo la cara de suficiencia de la zorra de Antonella iba decayendo, habría pagado el sueldo de todo un año, pero aún no había terminado con ella. Besé dulcemente los labios de Phill, haciendo que volviese a centrar sus ojos sobre mí.

—Seguiremos con esto en casa. —Alcancé la botella de ron blanco y la puse en sus manos. Phill me guiñó un ojo y depositó un besito en mi boca. Cuando empezó a alejarse, le di un cachete en ese duro trasero, provocando que se girara hacia mí con una sexy mirada de advertencia.

—Comprobaré que tenemos suficiente hielo. —Le sonreí mientras salía por la puerta, pero la sonrisa no era para él, sino para la zorra. Esperé. 3, 2, 1...

—¿No dijo que no se podían hacer estas cosas sucias en el lugar de trabajo? —Cruce los brazos sobre mi pecho y di un par de pasos hacia ella.

—Dije que TÚ no podías hacer cosas sucias sin limpiarte después porque tus manos atendían a mis clientes. Pero como bien sabes, yo no tengo que atender personalmente a ninguno de ellos y puedo ensuciarme tanto como quiera. Ventajas de ser la directora. —Empecé a caminar hacia la puerta, pero me giré de nuevo hacia ella antes de salir—. ¡Ah! Al menos he visto que has corregido esa actitud tuya y muestras el respeto debido al dirigirte a mí de usted, pero sigues teniendo un mal concepto de lo que puedes decirle a un superior. Espero unas disculpas. —La vi morderse esa lengua venenosa y apretar los puños antes de claudicar.

—Lo siento, señora.

—Así está mejor. ¡Ah! Y lo que haga con mi marido no es de tu incumbencia. —Vi la sorpresa en su cara, haciendo que una explosión de reconfortante satisfacción calentase mis entrañas.

Encontré el rostro lascivamente sonriente de Phill nada más salir de allí. Él no se iba a alejar de mí cuando tenía intención de sacudir el cesto de las serpientes venenosas. Antes de alcanzarlo, se lanzó sobre mi boca para robarme la respiración.

—Cómo me pones cuando sacas tu vena retorcida de paseo. —Me volvió a besar y yo aproveché para tomarle por el pelo y servirme yo misma del bufé.

La música del club llegó hasta nosotros, trayéndonos el ritmo de una canción cuya letra decía algo así como «Despacito, quiero respirar tu cuello despacito». Mmm, me provoca.

—Subamos al despacho, porque no nos va a dar tiempo a llegar a casa. —Phill me tomó de la mano y empezó a abrir camino hacia mis dominios. Pues iba a ser que estaba bien esto de tener sexo en el trabajo, eso sí, en un lugar con cerradura.

Phill cerró la puerta golpeándola con mi espalda, presionando su cuerpo contra el mío, haciendo que deseara arrancarle la ropa con mis uñas. Pero no había tiempo para eso. Nos libramos de lo justo para poder hacer lo que queríamos. Sí, esto era sexo con urgencia, porque podía escuchar las sirenas de la ambulancia.

Viktor

El equipo que había enviado a Miami ya estaba haciendo su trabajo. La base de operaciones estaba montada y los hombres encargados del seguimiento ya habían enviado los primeros informes. El equipo táctico estaba armado y preparado, solo necesitaba esperar el momento

adecuado.

Ya teníamos localizados a unos 17 miembros, todo gracias a los teléfonos que pirateó Bobby y al seguimiento que estaba haciendo mi equipo. Los tipos tenían montado un buen negocio de prostitutas. Las dejaban en los lugares en los que debían trabajar y después de su jornada las recogían. Eran astutos, porque seleccionaban con cuidado los clubs y se ocupaban de tener «atados» a los chicos de seguridad, cuanto más arriba en la escala de mando, mejor. Por lo que pudimos averiguar, llevaban unos meses estudiando el club antes del golpe con los chicos de las apuestas. Un regalo por el que tendrían que pagar.

Eran unos proxenetas con ganas de dar un gran salto, pero se habían equivocado de presa. Eran unos jugadores de bingos en el hogar del jubilado que querían hacer apuestas en una partida de póker en un casino de Las Vegas. Ni era su juego, ni era su categoría. Podía decir que los aplastaría de un manotazo, pero Yuri nos enseñó desde bien niños que no hay enemigo pequeño. Una bala te puede matar, da igual que el arma la empuñe un asesino sin escrúpulos o un niño de 10 años, por eso no subestimo a nadie y por eso también soy de los que golpea fuerte, para que el adversario no se levante de nuevo y me devuelva el golpe. Es igual que en el ring.

—Jefe, el otro asunto se complica.

Bobby estaba asomado a mi puerta con una cara que no me gustaba nada. Lo malo de estar al cuidado de las cosas de la familia Vasiliev era que uno no tiene un solo frente abierto.

—Dame un minuto y estoy contigo.

Danny

Estaba al acecho detrás de la puerta de casa, porque quería saltar sobre la tía de Pamina en cuanto esta pusiese un pie fuera. Sabía que a esas horas la niña estaba en clase, porque la había visto salir con su mochila del colegio. Que la niña fuese sola con tan solo 12 años, pues, no me parecía muy bien, porque iba andando todo el trayecto hasta allí. Quizás fuese lo habitual, pero me parecía tan... pequeña.

La puerta se abrió y, como una perfecta espía, me reacomodé el bolso en el hombro y salí al exterior.

—Buenos días. —La mujer o, mejor dicho, la chica, se volvió hacia mí sobresaltada.

—Ah... buenos días. —Caminé junto a ella hacia el ascensor y me quedé esperando a llegase hasta nuestra planta.

—La tía de Pamina, ¿verdad?

—Eh, sí.

—El otro día pasó a nuestra casa para hacer tiempo. —Su mandíbula se tensó. Sí, idiota, sabía por qué estaba la niña fuera.

—No se preocupe, no volverá a molestarla.

—No he dicho que nos molestara, pero sí me pareció poco recomendable que una niña de su edad estuviese fuera de casa a esas horas, sobre todo cuando hay adultos dentro de la vivienda. — La chica se volvió indignada hacia mí.

—Tú no eres quién para criticar lo que hago o dejo de hacer. Si quiero tener una hora a solas con mi novio, la cría tiene que quedarse fuera.

—Puede que yo no sea quién para juzgar el modo en que tratas a tu sobrina, pero seguramente a servicios sociales sí le interese. —El ascensor llegó en ese momento y ella entró, pero me dio la cara para enfrentarme. Yo me interpose en la puerta, para impedir que se cerrara.

—Me da igual lo que piensen los servicios sociales. Yo no quería hacerme cargo de ella, soy

demasiado joven para hacerme cargo de nadie, ni siquiera tengo un trabajo en condiciones que me permita mantenernos a las dos como es debido.

—Hay ayudas para ella.

—Una porquería que tan solo cubre lo que come. Pero no da para más.

—Si no querías...

—No, no quería hacerme cargo de ella, pero como soy la única familia que le queda me tengo que aguantar y cargar con ella.

—Podrías hablar con servicios sociales y que le busquen un hogar de acogida donde...

—Pues puede que lo haga, porque esa mocosa es un cubo de problemas. No se adapta al colegio, tiene altercados con los compañeros... ¡Estoy harta! Así que déjame en paz. Métete en tus asuntos y olvídame. —No me había dado cuenta de que había retrocedido hasta que las puertas del ascensor empezaron a cerrarse. ¡Joder con la vecina! Solté el aire, metí la mano en el bolso y marqué un número de teléfono que no solía usar a menudo.

—¿Me echabas de menos? —respondió Viktor al otro lado.

—Necesito tu ayuda.

—¿En qué te has metido ahora?

—¿Podrías darme el teléfono de Andrey? Es abogado, ¿verdad?

—Repito, ¿en qué te has metido ahora? —Volví a tomar aire y le conté todo. Desde el día que encontré a Pamina frente a nuestra puerta, hasta la conversación que acababa de tener con su familiar.

—¿Qué podemos hacer? —Le escuché tomar aire profundamente.

—Déjame hacer un par de llamadas. Le expondré a Andrey el caso, así que espera a que te llame.

—¿Te he dicho alguna vez que eres mi primo favorito?

—¿Por qué eso me dará miedo?

—Tú no eres de los que se asustan, Viktor.

—Asustarme no, pero a partir de ahora voy a apretar el culo cada vez que tenga una llamada tuya.

Capítulo 45

Irina

No necesitaba abrir los ojos para saber de quién era el cuerpo sobre el que estaba recostada. Reconocería ese olor en cualquier parte, era el de la piel de Phill. Arrastré mi nariz sobre su estómago hasta acabar en su ombligo. Sentí su cuerpo que vibraba debajo de mí. Sí, sabía que era una zona muy sensible y que con solo respirar sobre ella le haría cosquillas.

—Eres una chica traviesa. —Antes de poder decir nada estaba debajo de él, su cuerpo bien encajado y presionando sobre el mío.

—Te mueves rápido. —Phill me regaló esa sonrisa suya traviesa.

—Solo cuando es necesario. —El teléfono de Phill sonó y sin retirarse de su sitio estiró el brazo para alcanzarlo.

—¿Sí? —Su cuerpo se tensó como la cuerda de un violín y saltó fuera de la cama para ponerse los pantalones—. Déjalo entrar. Enseguida bajo. —Colgó y me dijo—: Vístete, tenemos visita.

—No esperamos a nadie.

—Eso díselo a tu primo Andrey. —¡Joder! Salí de la cama y corrí hacia mi habitación. ¿Qué coño hacía Andrey en Miami?

Llegué a la cocina cuatro minutos después, es lo que tiene no tener que quitarte el pijama para ponerte la ropa. Phill estaba sirviendo una taza de café para Andrey y otra para él. No, no era para él, porque me tendió la taza a mí.

—Buenos días, Irina. —Me acerqué a Andrey y le besé en la mejilla.

—¿Cómo tú por Miami? —Llevé la taza a mi boca y di un sorbo. Sí, estaba como a mí me gustaba. Phill la había preparado para mí, no era que me diese la suya.

—Nuestra prima Danny, que le ha cogido el gusto a ir rescatando gente. —Tomé asiento junto a Andrey, mientras Phill terminaba de servirse su café.

—¿Y a quién tenemos que rescatar esta vez? —Andrey me dedicó una sonrisa conocedora.

—Tú también le has cogido el gusto a eso, ¿verdad? —Le devolví la sonrisa.

—Creo que lo hicimos bien la primera vez.

—Sí, mereció la pena. —Tomó su teléfono y me mostró una foto de una muy cambiada Estrella, o Ella como la llamaba mi hermano, sosteniendo a la pequeña, ya no tan pequeña, Nika en sus brazos.

—¿Otra adopción Vasiliev? —Andrey entendió perfectamente lo que decía. Ella no era la primera persona a la que mis primos salvaban ni a la que acogían bajo su ala. Para muestra Serg y yo.

—No le quites el mérito a tu hermano. Está haciendo un buen trabajo.

—De alguna manera es Ella la que le está ayudando a él. Le noto más... sonriente.

—Ella es así, te saca el lado tierno sin que te des cuenta. ¿Ves ese peluche? —Señaló con el dedo un pequeño muñequito que Nika mordisqueaba.

—Sí.

—Lo tejió ella misma. —Acerqué la imagen para verlo mejor.

—Es bonito. Tiene buenas manos.

—No es solo el trabajo que le llevó tejerlo, sino que pensó en las lanas que mejor se lavarían, que no irritarían la piel del bebé; y nada de piezas que pudiesen desprenderse y provocar un

accidente. Ella no lo hizo para cumplir, sino que le dedicó tiempo, cuidado y amor. Y eso los niños lo notan. Ahora mi pequeña no se separa de ese muñeco ni para bañarse. —Miró la imagen una última vez y guardó el teléfono en el bolsillo de su chaqueta.

—En nuestra familia tenemos un buen radar para encontrar buenas personas. —No lo decía por decir. Todas, absolutamente todas las personas que los Vasiliev habían agregado a la familia eran buenas personas, cada una con sus peculiaridades, pero con un corazón grande como el océano. Me uní a ellos por la parte que me tocaba, porque de alguna manera yo había puesto a trabajar ese radar cuando contraté a Agatha.

—Bueno, pues al parecer tenemos a otra persona a la que ayudar, aunque aún estoy estudiando la manera de hacerlo.

—Supongo que habrá temas legales de por medio, sino no habrías venido tú hasta aquí.

—Soy abogado, pero el tema no es precisamente mi especialidad y cada estado tiene algunas particularidades con las que es necesario estar familiarizado, así que establecí un par de contactos desde Las Vegas y he venido a entrevistarme con alguno de ellos. Ya sabes, conocer a la persona y todo eso. —No hacía falta preguntar si había investigado sus opciones, porque Andrey, por lo que había oído, era de los que investigaba cualquier tema que involucrara a la administración pública. Del resto de asuntos a investigar se encargaba Viktor. Sí, ellos no hablaban mucho sobre sus asuntos, pero era lista, sabía escuchar y sobre todo unir piezas.

—¿Y no podemos simplemente sacarla de aquí como se hizo con Ella? —Andrey negó con la cabeza.

—Ella era una adulta que quería salir de aquí voluntariamente. Ahora tenemos a una menor cuya familiar no atiende como es debido. Son casos diferentes.

—Sí, parece que lo son. ¿Y cuál es el plan? —Andrey sonrió levemente, adoraba aquella pequeña sonrisa suya.

—Primero quiero estudiar todas nuestras opciones y cuando sepa lo que se puede hacer, empezaremos con las negociaciones.

—Dirás con los trámites. —Su sonrisa creció un poco más, como si disfrutara con antelación.

—Soy abogado, Irina, nosotros siempre negociamos. —Por primera vez, Phill intervino en la conversación.

—Cualquier cosa que necesites, estoy a tu disposición. —Andrey asintió hacia él.

—De momento estoy cubierto, pero si surge algo contaré contigo. —Ellos dos se miraron, como si existiese una línea de comunicación entre ellos que yo no era capaz de percibir.

—¿Puedo acompañarte? —Los dos me miraron como si me hubiese salido un tercer ojo.

—Claro, no veo por qué no puedes. Aunque no creo que entiendas mucho del lenguaje legal. Hasta yo mismo pienso a veces que hablamos en otro idioma.

—Es por no quedarme en casa aburrida. Phill tiene que ir a club para revisar los temas de seguridad y yo hoy tengo el día libre. —Andrey preguntó a Phill con la mirada y este se encogió de hombros como respuesta.

—¿Estáis seguros?

—La señora Hendrick ha delegado algunas funciones en sus subordinados. —Andrey volvió su atención hacia mí.

—Así se hace. Hay que controlar el trabajo, no dejar que el trabajo le controle a uno. —Phill puso los ojos en blanco. Sí, sabía lo que estaba pensando. «Eso solo lo pueden hacer los jefes, a mí me toca trabajar, como al resto».

—Voy a cambiarme y estaré lista para ir contigo. —Andrey miró su reloj y asintió.

—Quince minutos, no te doy más. —Quince minutos, pero ¿qué se pensaba que podía hacer con

tan poco tiempo?

Phill

Di orden a Jesse para que acompañara a Irina y Andrey, algo que le pareció normal ya que se le había contratado para protegerla a ella. Yo iría solo al trabajo.

Ayudé a Irina a subir al SUV y, antes de cerrar la puerta, ella me dio uno de esos piquitos que habíamos tomado por costumbre darnos. Me sorprendió, sí, porque lo hizo delante de su primo con toda naturalidad. No tenía ni idea de que habría pensado Andrey, pero si de algo estaba seguro era de que esa noche iba a tener pesadillas en las que aparecerían Viktor, Serg y unas tenazas.

Capítulo 46

Irina

Porque soy su prima y en estos momentos había un hombre que derretía mi chocolate que si no... Es que estos primos míos cuando se ponen en plan «soy el puñetero amo del negocio» eran auténticos imanes mojabragas. La pobre abogada que resultó ser el primer contacto de Andrey estaba dejando un charco en su silla mientras oía hablar a mi primo. ¿Y esta era una auténtica fiera en los casos de tutela de menores? Puf, parecía un gatito indefenso ahí sentada frente a nosotros. Pero he de decir que la entiendo, cualquier esfuerzo por llamar la atención de Andrey valdría la pena si conseguías algo de él. Lo siento gatita, este pedazo de hombre es mi primo y ya tiene una loba en su vida, que si se entera de que quieres darle una lametada a su hombre, te deja calva de un solo tirón de pelos. Para empezar. Con Robin no se juega.

Escuchar hablar a Andrey era como ver una exposición de arte, había tantas maneras de decir lo mismo, de ser ambiguo sin parecerlo, de esquivar preguntas directas... Solo había otro tipo de personas capaces de hacer de esto una forma de vida, los políticos. Pero Andrey no mentía, simplemente no te contaba toda la verdad. Por eso me extrañó que, ya casi finalizada nuestra reunión, la abogada me mirase directamente y me sonriera antes de preguntarme. No sé qué pasaría por su cabeza porque, aparte de presentarme y saludar correctamente, no intervine en ningún momento en la conversación, era una mera oyente.

—Así que es usted la que quiere hacerse cargo de la tutela de la menor. —Puede que mi presencia allí le hiciese creer aquello, puede que la idea fuese la más oportuna en aquel momento, el caso es que Andrey no dijo nada, tan solo sonrió levemente y evitó responder. Se puso en pie y yo le seguí. Cortésmente Andrey le tendió la mano para despedirse.

—Estando en contacto, señora Brown. De momento solo necesitamos que empiece a realizar las indagaciones y trámites que hemos acordado para que llegado el momento solo queden las firmas pertinentes.

—Claro, señor Vasiliev. Entonces abriré su expediente a nombre de la fundación...

—Fundación Blue Star. Le diré a mi secretaria que le remita toda la documentación que necesite.

—Perfecto. Ha sido un placer conocerles. —La abogada me tendió la mano y yo le correspondí con cortesía. Sí, seguro que estaba encantada. Una cuenta con succulentos fondos y con Andrey como enlace, ¿quién no estaría encantada?

Ya fuera del edificio, Andrey me miró de forma extraña.

—Tienes esa cara.

—¿Qué cara?

—La que pone Viktor cuando está maquinando algo.

—Solo estaba pensando que no le hemos dicho quién es el que quiere hacerse cargo de la niña.

—Bueno, Danny es la que lanzó la pelota, supongo que será ella quien tenga que opinar al respecto. Yo solo me centro en el tema legal. —Andrey empezó a revisar su teléfono—. ¿Qué te parece si lo hablamos con ella?

—Eso estaría bien. —Andrey llevó el aparato a su oído y empezó a hablar con la persona al otro lado de la línea.

—Danny, soy Andrey. ¿Podríamos quedar para tratar el asunto de la niña? ... Estoy en Miami y

ya he tanteado el terreno ... Me parece bien entonces ... Sí, tengo tu dirección. —Colgó y me sonrió.

—Eres rápido.

—Vasiliev, nos viene en la genética. —Tuve que reír, porque tal vez tuviese parte de razón.

El coche nos dejó en el mismo portal del edificio de Danny. No es que fuese un mal barrio, pero parecía de esos en los que solo vivía gente tipo estudiantes o parejas en su primera casa. Subimos a la planta y después de llamar a la puerta nos abrió una sonriente Danny.

—¡Vaya! No esperaba verte a ti también. Pasad. —Avanzamos hasta el pequeño sofá del salón —. Lo sé, no es como tu gran casa, pero para nosotros dos nos sobra. —Miré hacia ella y sí, me lo estaba diciendo a mí, no a Andrey. Pues si creía que mi casa o, mejor dicho, la casa en la que vivía en Miami era grande, es que no conocía la de Andrey y mucho menos la del tío Yuri.

—Tenías que haber visto el apartamento que tenía en Moscú. Esto es una mansión a su lado.

—Bueno, os traeré un café y nos ponemos con el asunto. —Después de servirnos, nos acomodamos—. ¿Y bien? —Andrey se recostó en su asiento. Eso quería decir que se preparaba para una explicación concienzuda.

—Hemos investigado a tu vecina y he de decir que el nombre de la niña ayudó mucho para localizar su expediente en asuntos sociales.

—Lo imagino, yo tampoco conozco a muchas Pamina. —Mmmm, Pamina, como la princesa de la flauta mágica de Mozart. No soy una empollona, pero he de darle el mérito a nuestro profesor de música en el colegio.

—El caso es que los datos que nos facilitaste encajan perfectamente con ella. Al parecer, los padres de la niña murieron en un accidente de coche, en el que falleció también su abuelo materno. Milagrosamente, la única superviviente fue la pequeña. Asuntos sociales se hizo cargo de ella y estuvo en varios hogares de acogida hasta que localizaron a una hermana de su madre hace casi un año. Tiene otra familiar, la abuela que iban a visitar cuando ocurrió el accidente, pero está ingresada en una residencia con demencia y tampoco es que le quede mucho de vida.

—Pobre niña. —Sí, Danny le puso voz a lo que pensaba yo también.

—Su tía tiene apenas 22 años, con un nefasto currículum académico y que a duras penas conserva un trabajo de secretaria en una firma de abogados de poca importancia. Lo de ser madre no creo que entrase en sus planes, y mucho menos tan joven.

—Hay gente que nunca está preparada —puntalicé.

—Y hay otros que no pueden afrontar las responsabilidades, sean cuales sean. —Sí, eso también. Porque cuando la vida te golpea con situaciones duras o peleas o te rindes, y esta chica no tenía pintas de pelear. Danny la había calado bien.

—Si le quitamos la responsabilidad de la niña de encima, sería una bendición para ella, pero por lo que ha averiguado Viktor, hay que tener mucho cuidado porque es de las problemáticas.

—¿Qué quieres decir? —Danny me ganó por la mano al preguntar.

—Hubo una demanda contra un profesor de universidad por acoso que podría haber prosperado de no ser porque el hombre resultó ser gay y tener pareja estable. La chica estaba realmente desesperada por aprobar aquella asignatura.

—Que bajo caen algunas —se me escapó.

—Por eso tenemos que ir con pies de plomo, porque esa mujer puede resultar ser un peligro para la niña, en el sentido de que puede usarla como moneda de cambio para conseguir algo, o ver en ella una fuente de ingresos de la que beber tanto como quiera.

—¿Crees que sería capaz de llegar a eso? —pregunté a Andrey.

—No la conozco lo suficiente, pero no estaría de más cubrirse las espaldas.

—Bien, tú eres el profesional. Nadie mejor que tú para vacunarnos contra esas cosas —apuntó Danny.

—Lo que nos queda por aclarar es que ocurrirá con la niña una vez que la apartemos de su tía. ¿Vas a encargarte tú de su tutela? —Andrey soltó la pregunta directamente sobre Danny y esta pareció descolocada.

—Vaya, no había pensado en eso. Yo... supongo que podría hacerme cargo de ella, de sus necesidades, su educación... —Podía ver cómo el peso de aquella responsabilidad empezaba a cargarse sobre sus espaldas. Pero si bien Danny no había pensado en ello, no iba a amilanarse, lo veía en sus ojos. Ella y Mo afrontarían esa carga con determinación, sacrificando su propio futuro por la pequeña. Pero con los turnos en el hospital de Danny y el trabajo de Mo... Si ellos ya tenían poco tiempo para dedicarse a sí mismos y relajarse, ¿cuánto les quedaría después con una niña a su cargo? Entonces mi boca tomó la decisión por mí.

—Podría hacerlo yo. —Ambos giraron la cabeza hacia mí para mirarme como si me hubiese brotado una segunda cabeza.

—¿Tú... tú te harías cargo de Pamina? —preguntó Danny.

—Bueno, si lo analizamos bien, mi situación laboral me deja bastante tiempo libre y económicamente no sería ninguna carga. Pero eso sí, me gustaría conocer a la niña antes y su opinión también sería importante, claro. —Danny sonrió como un niño de tres años con un juguete nuevo.

—¿Harías eso? —No me dejó responder—. Sería estupendo, de verdad. Pamina va a encantarte. Es algo tímida, inocente, pero tiene las ideas muy claras. Creo que seríais estupendas amigas, y visitaríais a vuestra prima Danny, ¿verdad? —Danny había cogido mis manos entre las suyas, con la esperanza brillando en su rostro.

—No sé si empezar a arrepentirme.

—Demasiado tarde —soltó Andrey. El tipo estaba sonriendo mientras tecleaba algo en su teléfono—. Un Vasiliev no retrocede. —Genial, qué manera más elegante de decirme que sabía que no iba a echarme atrás.

Capítulo 47

Irina

Y ahora venía lo difícil. ¿Cómo le dices a tu marido falso y amante de verdad que quieres cuidar de una niña de 13 años? Sí, 13. Danny la asaltó cuando regresaba de clase, antes de que entrase en casa. La tía al menos le había dejado una llave para entrar.

Danny la invitó a tomar bizcocho casero y cacao y la niña sucumbió como cualquier mujer ante el chocolate. Charlamos un rato con ella y pude conocerla. Tenía 13 años, aunque su cuerpo menudo y delgado no lo evidenciaba. Pamina nos observó a Andrey y a mí con recelo, pero después de una charla distendida, me enamoré de ella. ¿Cómo no hacerlo? Tenía esa extraña mezcla de madurez e inocencia que Serg y yo adquirimos de jóvenes. Niños obligados a convertirse en adultos, una combinación que sabía reconocer porque la viví en mis propias carnes. Imposible no meterme en aquel asunto de cabeza.

A Phill tenía que dejarle claro que era cosa mía y que no iba a quedarme al margen. Estaba sentada en la isleta de la cocina, con una taza de café en las manos, esperando a que mi marido regresara a casa del trabajo. Yo no era de las que creía que llegaría a eso, pero no sonaba del todo mal. Las luces de los faros del coche golpearon el cristal de la cocina y me enderecé mentalmente para afrontar lo que venía. Phill apareció en la cocina y, aunque se sorprendió de verme aún despierta, no por ello olvidó su sonrisa de bienvenida y mi pequeño beso.

—Supongo que será algo importante. —Me gustaba eso de Phill, que me conociese lo suficiente como para saber que estaba despierta esperándolo porque había algo que necesitaba hablar con él—. ¿Problemas con el asunto de la niña? —Bueno, al menos estuvo atento y no tendría que empezar desde el principio.

—Se llama Pamina y tiene 13 años. Perdió a sus padres y abuelo en un accidente de coche, ella fue la única superviviente. Solo le quedan dos familiares, una abuela con demencia que está cerca de la muerte y una tía de 22 años que apenas ha salido de la adolescencia y que necesita más control que su propia sobrina. —Phill permaneció callado un par de segundos, como analizando toda la información.

—Pamina, una princesa de ópera. —¡Vaya!, era raro encontrar a otra persona que conociese La Flauta Mágica—. Y supongo que tenemos que rescatarla de la Reina de la Noche.

—De eso quería hablarte precisamente. —Phill tomó un taburete y se sentó frente a mí.

—Te escucho.

—Tengo que ayudarla, de la forma que sea, porque de alguna manera, el destino, el karma, llámalo como quieras, la ha puesto en mi camino. No puedo darle la espalda.

—Sé que no vas a hacerlo.

—El caso es que Andrey va a encontrar la forma de quitarle la tutela a esa mujer inmadura y cuando lo haga, tendrá que haber alguien que se encargue de cuidar de ella, alguien que le dé lo que necesite, alguien que la proteja.

—Una familia. —Lo miré directamente a los ojos, porque quería encontrar en ellos lo que necesitaba.

—Yo puedo darle lo que necesita. Tengo una casa que ofrecerle, dinero para comprar lo que le haga falta y una mano fuerte que la sostendrá hasta donde quiera ir.

—Es una gran responsabilidad hacerse cargo de un niño, mucho más si no es propio y además

tan mayor. Pero si estás dispuesta a asumirlo, sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites. Porque de eso querías hablarme, ¿verdad?, me necesitas.

—Eres mi marido, no podría hacer esto sin contar contigo. No ya sobre el papel, sino... —Sus brazos me envolvieron y mi cabeza quedó encajada en ese hueco bajo su barbilla.

—No voy a ir a ningún sitio. Estaré aquí hasta que me echés.

—Te estoy pidiendo que hagas de padre de una niña de 13 años que ni siquiera conoces.

—Tú eres la que me lo está pidiendo, y por ti es por quien acepto convertirme en su padre.

—Estás loco por aceptar.

—Lo sé. —Sentí sus manos acariciando mi cabeza—. Pero tampoco es para tanto. ¿Qué son, cinco años? —Me separé de su pecho, para elevar mi rostro hacia el suyo.

—¿Cinco años?

—Tiene 13, cinco años y tendrá 18. A esa edad puedo echarla de casa, ¿no? —Golpeé su pecho, porque el canalla se estaba riendo de mí.

—No vas a echarla de casa porque con 18 años va a ser ella la que se vaya a la universidad. —Phill elevó una ceja.

—Esa es otra manera de decirlo. —Golpeé su estómago, aunque no demasiado fuerte, porque me haría más daño yo del que podía hacerle a él.

—Tonto.

—Y pobre, así que más la vale ser una chica lista y conseguir muchas becas, porque su padre adoptivo es un simple trabajador y no va a poder ahorrar mucho en cinco años para sus estudios. —Tuve que besarlo. ¿Cómo no hacerlo? No conocía a Pamina, lo desconocía casi todo de mí y, aun así, estaba asumiendo una responsabilidad que no le correspondía, se estaba encadenando voluntariamente a mí y a una desconocida solo porque yo quería hacerlo. Iba a acompañarme en este viaje sin saber hacia dónde íbamos, tan solo porque yo era la que conducía el barco. Era un loco, pero uno que no me dejaría sola.

—No te preocupes por eso, la fundación Blue Star se encargará de cubrir ese tipo de cosas. —Phill se apartó un poco de mí para ver mejor mi rostro.

—¿Qué quieres decir?

—Que mi prima Lena se ha tomado muy en serio su papel de directora de la fundación y han creado unos fondos y becas para facilitar el camino de aquellos que necesiten y merezcan la ayuda.

—No sabía que existía esa fundación.

—Yo tampoco hasta hoy.

—¿Y han ayudado a mucha gente?

—Acaban de empezar como quien dice, pero no es cuestión de cuántos, sino de cómo. No todos necesitan lo mismo. Además, de momento parece ser que solo se puede acceder a esas ayudas si es un Vasiliev el que presenta tu candidatura.

—Vaya, eso es un poco elitista, ¿no te parece?

—Yo creo que está mucho mejor que esas campañas en las que la gente dona dinero para enviarlo al tercer mundo. Que no digo que estén mal, pero yo soy de las que piensa que no hace falta irse demasiado lejos para encontrar a alguien que necesita ayuda y que esté dispuesto a aceptarla. Además, esto no se hizo para cumplir con la conciencia solidaria de uno, o esas cosas. Esto se trata de oportunidades. Es como esos animales salvajes a los que se les rescata para curarles las heridas y después se devuelven a su hábitat. Nadie espera gratitud ni ningún tipo de reconocimiento o recompensa, solo la gratificación de haber sido útil para que esa vida vuelva a brillar. —El pulgar de Phil empezó a acariciar mis labios, mientras sus ojos vigilaban su

recorrido.

—Ya me tenías antes, pero ahora ya no te librarás de mí. —Me besó, suave, dulce. De una manera totalmente diferente a como lo había hecho siempre. Y me sentí grande, importante, amada.

Capítulo 48

Irina

Día de charla por videoconferencia con mi hermano. Necesitaba verlo, escucharlo, contarle tantas cosas. Pero nosotros no éramos muy de palabras, porque a veces mienten. No, nosotros éramos más de silencios.

—Tenía que contarte algo importante. —¡Oh, porras! Eso lo decía mi hermano, el que había madurado antes de llegar a tener dos dígitos en su cómputo de años.

—Eso pensaba. Estás muy serio.

—Hay alguien en mi vida.

—¿Cómo es?

—¿Recuerdas a la chica que fuimos a recoger a Miami?

—Estrella. Tenía una mirada dulce, triste, pero dulce.

—No solo es su mirada. Todo su interior lo es. Ella... me ha devuelto las ganas de más. A su lado quiero vivir más, quiero sonreír más, quiero sentir más. Ella hace que todo lo que me rodea sea mejor. No sé cómo explicarlo.

—Te ha devuelto la alegría, Serg. Te ha traído de nuevo a la parte luminosa de la vida. Quieres vivir y no te conformas con lo que te ofrecen porque, por primera vez desde hace mucho tiempo, quieres tanto como puedas conseguir. —¿Estaba hablando de él o de mí? No sabía si había diferencia.

—¿Él es lo que estabas esperando? —Como ya he dicho, a Serg no necesitaba contarle grandes historias.

—No es lo que esperaba, pero sí lo que he necesitado desde hace mucho tiempo. No es el hecho de buscar, sino encontrar. Llámalo suerte, llámalo destino, el caso es que ha aparecido cuando debía hacerlo.

—Ah, y no solo es ella. —Su cara se tornó traviesa.

—¿No?

—Hay... hay un pequeño, se llama Drake. Es otra víctima de Constantin Jrushchov, así que no pude dejarle a su suerte, tenía... tenía que ayudarlo.

—Constantin Jrushchov te seguirá persiguiendo allá a donde vayas.

—Yo escapé de él con ayuda, es de ley que ayude a otros a hacer lo mismo. Además, cuando le veas comprenderás porqué lo hice.

—No lo dudo. —¿Qué le iba a decir? ¿Que yo también quería amparar a alguien que necesitaba ayuda? Pero yo no soy de las que dicen las cosas por decir, primero quiero asegurarme de tener las cosas bien atadas. Hacía tiempo que había dejado de soñar, porque eso solo me había traído decepciones, pero ahora ¿podía volver a confiar en mis sueños? Poco a poco Irina, poco a poco.

—Tienes que venir a conocerlo, a conocer a mi nueva familia, tu nueva familia.

—Has ido deprisa. Una novia, un niño a tu cargo...

—No, Irina, son mi mujer y mi hijo. —Sí, estaba sorprendida, porque Serg hablaba de ellos como si fueran una familia consolidada, pero había pasado tan poco tiempo...

—Vaya, sí que es serio.

—Cuando uno no tiene dudas, ¿para qué perder el tiempo?

—Tengo que darte la razón. —Nos quedamos un rato en silencio, hasta que decidimos que

había llegado el momento de terminar con nuestra charla semanal—. Nos vemos el próximo día.

—Si necesitas hablar, estoy a un clic. —Sonreí y alcé la mano para despedirme. Nos vemos hermanito, quizá sea yo la que tenga una familia que mostrarte.

Salí del despacho y me encaminé hacia la habitación. El día había sido demasiado tranquilo para mi gusto. Tampoco fui al club porque con una sola llamada a Bobby conseguí el acceso a mi ordenador en el club, algo así como trabajo a distancia. Incluso podía ver en tiempo real lo que ocurría allí a través de las cámaras. Así hice mi trabajo sin salir de casa. La verdad, se ahorra mucho trabajo. Con todo digitalizado, era fácil y rápido. Le envié un correo electrónico a León, pidiéndole que escaneara todas las facturas que llegaran al club. Si trabajábamos en equipo, podía limitar mis visitas al club y hacerlas mucho más cortas. Más que nada para que todos recordaran quién mandaba allí. Soy la jefa, al menos aquí en el club de Miami. Aunque fuese una migaja para cualquiera de mis primos Vasiliev, para mí era mucho.

Me vestí con ropa deportiva y bajé al gimnasio de la casa. Un poco de actividad física me sacaría de mi entumecimiento. No sé por qué mis ojos toparon con el saco de boxeo, porque estaba en uno de los costados, pero fue verlo y empezar a imaginar a Phill golpeándolo. Sus pantalones cortos, su piel húmeda por el sudor, sus bíceps hinchados por el trabajo... ¡Ah, mierda! Irina no vayas por ahí, todavía faltan unas cuantas horas para que regrese del trabajo. Así que subí a la cinta de correr, me puse los auriculares en los oídos, escogí una lista de reproducción y comencé a trotar.

No sé cuánto tiempo llevaba sudando cuando sentí una presencia a mi izquierda. No necesitaba girarme para saber quién era, la casa era un maldito bunker, si no me habían tirado al suelo ya era porque quien fuese no era una amenaza. Agatha ya se había ido después de cumplir con sus horas de trabajo, así que solo podía ser una persona.

—¿Quieres que prepare la cena mientras tú te duchas? —Detuve la cinta y retiré el auricular de aún tenía en mi oreja, pues Phill había tirado del cable del otro para que pudiese oírlo.

—Eres tú el que viene de trabajar, se supone que tendría que ser quien dijese eso. —Phill me sonrió, metió un pie entre la estructura de metal, tomó impulso y se alzó para llegar a mí y tomar su beso de «hola, he llegado».

—Eres tú la que parece más agotada. Además, la ducha la necesitas tú más que yo. —Antes de que pudiese manotear su pecho, él ya se había puesto a salvo.

—¡Eh! —Caminé detrás de él hacia la salida de la habitación—. ¿Qué cena vas a preparar si no sabes cocinar? —Phill giró su cabeza hacia mí, pero no disminuyó su ritmo.

—Pero Agatha, sí. He visto las berenjenas rellenas que dejó preparadas en la nevera, listas para meter al horno.

—Eso es hacer trampa, ¿lo sabías?

—Puedes comer otra cosa si quieres. —Ya estaba sacando la fuente de la nevera y retirando el film transparente que las cubría.

—Podré soportarlo, tú procura no quemarlas. —Phill alzó una ceja hacia mí como diciendo «¿De verdad me crees tan inútil en la cocina?».

Desaparecí rumbo a la habitación y me metí bajo el chorro de agua tibia nada más quitarme la ropa. Olía fatal, Phill tenía razón. Una de sus manos me sujetó por la cintura, mientras la otra me robaba la esponja jabonosa de entre mis dedos.

—Deja que te ayude. —Cerré los ojos, disfrutando de las suaves pasadas por mi espalda. Me encantaba la forma en que hacía eso, era tan... De repente sentí que todo eso desaparecía.

—¡Eh! ¿Dónde vas? Termina lo que has empezado. —Sabía lo que yo quería. Más de una vez habíamos empezado duchándonos juntos y terminábamos con el bis en su cama o en la mía. Pero

esta vez pude ver su tentador trasero saliendo de la ducha antes de taparse con una pequeña toalla.

—¿No querrás que se queme la cena, no? —A punto estuve de lanzar un grito de frustración. Pero no lo hice, porque sabía que llegaría mi momento. ¿Él quería jugar? Bien, este juego le conocía.

Me vestí lo más rápido que pude. Una camiseta larga, unas braguitas y nada más. Cuando llegué a la cocina, Phill estaba sacando la fuente del horno. ¡Maldita sea! Solo llevaba puestos sus pantalones de deporte. Ni camiseta, ni zapatos. ¿Dónde estaban sus zapatos? Era lo único de lo que no podía prescindir. Pantalones, sí, pero sus zapatos... Algo me decía que la cena iba a ser rápida, muy rápida. ¿Quejarme? De eso nada.

—No la he quemado, ¿ves?

—Prueba superada, sabes recalentar. —Phill se sentó frente a mí y tomó su cubierto.

—Creo que tenemos algunas cosas que aclarar. —Eso sonaba mal, muy mal.

—¿A qué te refieres?

—No tengo mucha experiencia viviendo con niños, soy hijo único. Pero pienso que tendríamos que tener algunas pautas o reglas.

—Aún no ha llegado, ¿y ya quieres ponerle reglas? —Sus ojos se clavaron sobre mí, divertidos.

—No para ella, sino para nosotros. —Ah, era eso.

—¿Qué propones?

—Tendrá que haber alguien en casa cuando ella esté, más que nada para que no sienta que la dejamos abandonada.

—De acuerdo, trabajaré en el club solo algunos días por la mañana. Y tú más vale que vayas pensando en tomar un par de días libres a la semana, o acabarás agotado.

—Le pediré permiso a la jefa para buscar a alguien en quien delegar responsabilidades cuando todo el asunto se solucione.

—Tienes mi permiso, lo sabes.

—Eh, eh. Aquí no eres la jefa. —Levanté una ceja interrogante hacia él.

—Ah, ¿no?

—No. Desde el momento en que pensaste en convertirte en madre, esta casa va a ser un hogar, no una extensión del trabajo. —En eso tenía razón, pero aun así...

—Pero sí soy la jefa de la casa, ¿verdad? —Phill levantó el vaso y sonrió antes de beber.

—Totalmente.

—Entonces hay poca diferencia.

—Te equivocas. Los problemas del trabajo no tienen que afectar a nadie más que a nosotros, sobre todo los de «nuestro trabajo». —¡Ah, porras! Ya lo iba entendiendo.

—En casa esas cosas no.

—No al menos delante de ella.

—Entendido.

—Si Pamina va a vivir con nosotros, solo puede ver a un matrimonio normal, con trabajos más o menos normales.

—Vale, no somos una pareja normal, ni nuestros trabajos son normales, lo he entendido. —La mano de Phill se extendió sobre la mesa para tomar la mía.

—Compartimos trabajo, cama y yo diría que algo más, Irina. No solo nos une una firma en un papel que dice que estamos casados, porque, ya puestos, hay otro que dice que estamos divorciados. Nos vamos a embarcar en un viaje largo y vamos a hacerlo juntos. Y va a salir bien, te lo prometo.

—Eso no puedes prometerlo. La vida no se puede controlar. —Hizo una mueca.

—No, la vida no se puede controlar, pero puedes tener a alguien a tu lado para afrontar las cosas y entre dos las cargas se llevan mejor.

—¿Me estás proponiendo matrimonio? —No pude descifrar su rostro cuando cambió.

—Un poco tarde para eso, pero me tienes aquí como si lo hubiese hecho. —Tiré de su mano para obligarlo a acercarse a mí y poder besarlo. No sé cómo habría sido una petición de matrimonio de su boca, pero me habría removido el corazón de igual manera. Bajé de la silla y lo arrastré conmigo.

—¡Eh! No hemos terminado de cenar.

—Tenemos microondas, se puede recalentar. —No necesitaba decirle nada más. Su sonrisa lasciva tomó su cara, me cargó al hombro y me llevó a la habitación. Supongo que tendríamos que establecer algunas normas también sobre eso, así que de momento aprovecharía lo que pudiese.

Capítulo 49

Irina

Definitivamente tenía que mudarme a la habitación de Phill. Despertar en su cama, con su cuerpo como almohada, era ya una costumbre. Y era poco práctico el ir desnuda hasta mi habitación para ducharme y vestirme. Bueno, algunas veces tampoco iba a mi baño. Me encanta la forma en que Phill me frota la espalda con la esponja... y lo que no es la espalda.

El teléfono de Phill comenzó a sonar en la mesita de noche. Él se estiró, arrastrando mi cabeza consigo.

—¿Sí? —Apartó el aparato de su oreja y me lo tendió—. Es para ti. —Lo cogí con cuidado, no de que se cayera, sino de no perder mi cómoda almohada.

—Soy Irina. —Se oyó la voz de Andrey al otro lado.

—Ya, como no contestabas, supuse que te encontraría si marcaba el número de Phill. —Pensé que era algo demasiado obvio como para andar negando nada. Que Phill y yo nos acostásemos juntos era un hecho que no tenía ningún sentido esconder.

—Me encontraste.

—Vayamos al grano. Tengo noticias sobre el asunto de la niña.

—Pamina.

—Eso, Pamina.

—Sí que se han movido rápido. Cuando la burocracia y la ley se juntan, las cosas van mucho más lentas.

—Es asombroso lo que una buena provisión de dinero puede hacer.

—Eso parece. ¿Y cuáles son esas noticias?

—Me temo que no son buenas. —En aquel momento, sentí que mis pequeños brotes de esperanza volvían a ser pisoteados.

—Cuéntamelo todo.

—Asuntos sociales ya sabía cómo era Hanna Wilson antes de enviar a su sobrina a vivir con ella. Pero aplicaron la ley no escrita de que la familia prima sobre el estado. Es mejor dejar a la niña con un familiar con deficiencias que hacerse directamente responsable de ella. Es más económico y conlleva menos papeleo. —Sentí los brazos de Phill envolverse desde atrás porque, sin darme cuenta, me había sentado en la cama.

—Entonces, ¿dónde nos deja eso? —No merecía la pena luchar contra lo que no se podía luchar, era mejor centrarse en lo que sí podíamos hacer. Aprendí eso hacía tiempo, mucho tiempo. Si no tenías huevos para hacer tortilla, era mejor cambiar de menú, sencillamente.

—Solo hay dos opciones: o llegas a un acuerdo directo con ella para que te ceda la custodia de Pamina, o desaparece del mapa y movemos todos los hilos posibles para que el estado te dé su custodia. Por lo que sabemos de ella, la primera sería la peor decisión de todas, porque estaríamos en sus manos. La segunda... —No me gustaba cómo sonaba aquello. Esa tal Hanna no sería una buena madre, pero de ahí a «hacerla desaparecer»... Yo no podría hacerlo. Perder no haría que cruzara esa línea.

—Yo optaría por la primera opción, pero esperaría a tener algo con lo que negociar, algo que nos diese la ventaja. —Podía sentir la sonrisa de Andrey en sus palabras.

—Esa es mi chica. Le diré a Viktor que ponga un par de ojos sobre ella.

—De acuerdo. Y dile también que quiero saberlo todo un minuto después que él.
—¡Oye, Irina! ¿Qué ha hecho Miami contigo? Casi no te reconozco.
—¿Y eso es malo?
—No, eso solo demuestra que, si en Rusia las circunstancias hubiesen sido diferentes, la sangre Vasiliev te hubiera llevado lejos.
—Quién sabe.
—Estoy convencido de ello. Bien, será mejor que nos pongamos a trabajar. Estamos en contacto.
—De acuerdo. —Colgué y obligué a los brazos de Phill a abrazarme más fuerte.
—¿Todo bien?
—Lo estará.

Phill

Probablemente Irina no tendría muchas cosas que hacer en el club, porque León se sorprendió de verla allí, pero decidió acompañarme. No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que necesitaba una distracción que le obligara a mantener la cabeza ocupada. Esta llegó en forma de mensaje de Bobby con un archivo de audio adjunto. Los destinatarios éramos Irina y yo, así que suponía que ella también lo estaría escuchando y analizando.

Activé el auricular inalámbrico de mi oído para poder escucharlo sin llamar la atención de nadie, porque estaba sentado en mi esquina supervisando que todo transcurriese con normalidad. Aún quedaban escasos 12 minutos para la apertura del local, así que le di al play. La voz de Antonella golpeó mi tímpano e instintivamente mis ojos se dirigieron hacia ella. Estaba dando el último repaso a su puesto de trabajo.

—*Esta mierda es buena, tía.*
—*No deberías fumar antes de ir al trabajo.*
—*Lo necesito. La perra puede aparecer en cualquier momento y no quiero saltar sobre ella.*
—*¿Todavía estás cabreada con tu jefa?*
—*Es una puta envidiosa, estirada y prepotente. La muy zorra no solo me pasa por el morro que se está cepillando a mi antiguo amante, sino que va y me suelta que es su marido.*
—*¿Su marido?*
—*Sí, ¿puedes creértelo? Menos de dos meses después de que nos sorprendiera al pelele y a mí pasándolo bien en el almacén, no solo le obligó a dejarme, sino que ahora se lo está tirando delante de mis narices. Y encima va y me suelta que es su marido. ¡Ja! A ver quién se traga eso.*
—*Puede ser cierto.*
—*No me toques las narices. Esa está casada con el trabajo.*
—*Tú has dicho que el pelele hace todo lo que ella dice. A lo mejor le ha hecho casarse con ella.*
—*Eso sí que no me extrañaría, porque el tipo tiene un buen polvo, aunque para mi gusto está algo falto de personalidad. Dejarse mangonear por una puta finolis.*
—*Seguro que se cansa de estar con ella pronto y volverá arrastrándose contigo.*
—*Seguro que sí, porque yo puedo hacerle cosas que esa estirada seguro que no es capaz.*
—*Eso es, tú eres una puta de las buenas.*
—*¡Eh, que eso ya lo dejé!*
—*Ya, eso díselo a Chung. Por lo que he oído todavía te sigue montando.*
—*Eres una puta envidiosa, Kimberly. Yo solo mantengo a ese cabrón contento. Un mal polvo*

de vez en cuando le hace feliz y a mí me mantiene lejos de la manada de ovejas.

—Bonita manera de llamar a tus compañeras.

—Tú también ascendiste, zorrón. Eres la favorita del viejo.

—No vivo mal, pero me gustaría salir de vez en cuando a la calle. Ya sabes, aunque solo sea para pisar la hierba del parque.

—¡Ja! Tú nunca quisiste pisar la hierba. Te daba alergia todo lo que fuese natural.

—Ya, pero ahora me aburro mucho.

—Quizás convenza a Chung para que te deje venir a trabajar conmigo al club.

—Eres una zorra, sabes que la única razón de que tú estés ahí es que no te ficharon nunca. Yo no tengo esa suerte.

—No ha sido suerte, Kim, eso ocurre porque de todas yo siempre he sido la más lista.

—Eso es lo que tú te crees.

—No, es lo que soy. Ya no tengo que acostarme con tipos por unos míseros dólares, y ahora escojo con quién lo hago. Vivo en mi propio apartamento y no lo comparto con 20 chicas más, y el dinero que estoy ganando como camarera lo estoy guardando en mi propia cuenta corriente.

—Todo eso puede irse a la mierda en cualquier momento, y lo sabes.

—Yo no soy tan estúpida como las demás, Kim. Yo voy a tener algún día mi propio negocio, seré yo la que controle a mis propias chicas, seré yo la que maneje el dinero.

—Ten cuidado Anto. Si Chung se entera de tus planes...

—Chung no ve más allá de mis bragas y del dinero que le estoy haciendo ganar. No te preocupes, sé cuidarme sola.

La grabación terminó y me encontré con los ojos de Antonella. Su mirada depredadora se fusionó con una sonrisa que parecía saber lo que estaba en mi cabeza, pero se equivocaba. ¿Volver con ella? Nunca cometería ese error, y después de escuchar lo que pensaba de mí, mucho menos.

Me llegó un mensaje de Irina.

—Marido pelele, necesito que subas a mi despacho, tengo ganas de tocarle las narices a la perra espía.

No tenía ni idea de qué estaba rondando por la cabeza de Irina, pero si estaba tan irritada con Antonella como lo estaba yo, seguro que sería algo que me iba a gustar. Yo no era vengativo, pero tenía que reconocer que había ocasiones en las que sentaba condenadamente bien ser un poco malo.

Capítulo 50

Irina

Reconocimiento médico. Daba gusto tener dinero y la posibilidad de gastarlo como quisiera. León se sorprendió cuando le dije que iba a hacer un reconocimiento médico a todos nuestros empleados, pero no tanto cuando le dije que la unidad móvil de la empresa que acababa de contratar llegaría en 20 minutos. Los empleados del segundo turno serían los primeros en pasar las pruebas médicas, después cubrirían los puestos de sus compañeros, para que también pudieran pasarlas.

Le dije que quería estar segura de que mis empleados estaban en condiciones para desarrollar su trabajo, sobre todo cuando no quería problemas de drogas o alcohol. La caja registradora y nuestro almacén deben ser gestionados por personal en el que podamos confiar, y las dependencias no eran las mejores aliadas para eso.

Ver a Antonella de mal humor era gratificante. No tenía que comprobar los resultados de los análisis para saber que iba a dar positivo en drogas. Con esos resultados en la mano tendría una causa justificada para despedirla. En el contrato de trabajo se estipulaba que los empleados debían mantenerse lejos de los hábitos no saludables. Muy listo, León, así, si un empleado adquiría una imagen poco agraciada como el exceso de peso, escasa higiene personal o cualquier circunstancia que le alejara de la estética que se podría considerar «agradable», podía ser despedido de forma justificada. Tercera falta, perra, estabas avisada. Podía despedirla y ella lo sabía, solo necesitaba hacerlo en el momento adecuado.

Volví mi atención hacia las cifras de las recogidas de dinero de las apuestas. El sistema de las pulseras estaba funcionando a la perfección. El efectivo circulaba cada día más, haciendo que el dinero ilegal se camuflara con mayor facilidad. Luego estaban las grandes cifras que se recogían en los casilleros cerrados al final de la noche. Estaba funcionando, mi idea estaba funcionando, pero podía mejorarse, solo necesitaba incrementar el ingreso de efectivo y con un club eso no era fácil. Pero ya tenía en mente la posibilidad de negociar este sistema con otros clubes y otros locales, como restaurantes, cualquier otro sitio por el que nuestros clientes podrían pasar a lo largo de la noche y que podrían implementar el sistema de pago digital con facilidad. Bobby ya estaba trabajando en ello y yo tenía un par de reuniones para buscar «afiliados».

Mi teléfono empezó a sonar, mostrando en el identificador que la llamada entrante era de Viktor.

—Buenos días, Viktor.

—Tenemos movimiento.

—¿Bueno o malo?

—Bueno para nosotros, espero.

—¿Esperas?

—Han preparado el asalto para mañana viernes, algo un poco precipitado y a todas luces no el más rentable ya que, por las cifras de efectivo, yo habría escogido un sábado. Además, con el estudio previo de las cifras de las apuestas, no sería éste, sino el de la semana próxima, que es cuando más cobros se realizan. Algo ha hecho que adelantaran su actuación. Tú no sabrás nada de eso, ¿verdad? —Podía escuchar la risa en su voz. Seguro que ya sabía lo que había ocurrido. Podía sentir sus ojos sobre nosotros constantemente.

—Reconocimiento médico. Seguro que algún positivo en drogas pone a alguien en la calle o al menos eso esperan.

—Eres mala. Cuando te dije que jugaras con el espía, no pensaba que lo harías tan en serio. — No había reproche en su voz, parecía divertido.

—¿Decepcionado?

—Para nada, has conseguido que muevan ficha y que lo hagan de forma ventajosa para nosotros. No hay nada peor que lanzarte a hacer algo de forma precipitada y a medio planificar.

—¿Y nuestro movimiento?

—Yo buscaría una nueva camarera para el fin de semana.

—¿Quieres que la ponga nerviosa?

—No queremos advertirles de lo que sabemos, mejor si piensan que lo ignoramos, ¿no te parece?

—Por mí bien.

—Lo que sí te pediría es que ese día te quedes en casa.

—Se lo diré a Phill.

—Tendrás que prescindir de Phill el viernes, voy a necesitarlo. —Su voz había perdido la jovialidad y yo sentí un escalofrío subirme por la espalda. Sabía que la profesión de Phill tenía sus riesgos, pero de ahí a meterse de lleno en una refriega con una banda de ladrones y proxenetas... Podían herirlo, incluso matarlo. No me gustaba, pero era su trabajo, siempre lo había sido.

—De acuerdo.

Phill

Cuando oí la voz de Antonella hablando con otra persona, decidí quedarme oculto y escuchar.

—...y va y me suelta que él es su marido.

—¿Su marido?

—Sí, ya te digo.

—Pero eso no puede ser verdad. No he escuchado nada de una boda y ni siquiera llevan anillos.

—Eso mismo pensé yo. La tipa esa es una mentirosa.

—No tendría por qué hacerlo.

—Pero es una envidiosa, está claro. Lo tengo, me lo quita y, como con eso no tiene suficiente, va y me suelta lo de que es su marido. No estará contenta hasta que me despida, créeme lo que te digo.

Retrocedí sobre mis pasos, pensando en que, de alguna forma, tenía razón. No sabían nada de ninguna boda porque ya estábamos casados cuando me lie con ella. Error mío. Pero aún podía darle algo de credibilidad a esta boda sin hacerle más daño a nuestra relación. Con un plan en mente, busqué en internet las mejores opciones y me tomé una hora para cumplir con ello.

Estaba de camino hacia mi coche, cuando recibí una llamada de Viktor.

—Sí, señor.

—Supongo que no has olvidado cómo se usa un fusil semiautomático. —Eso solo podía significar que iba a entrar en acción. Pocas personas sabían lo que había hecho en la marina, pero estaba seguro de que Viktor era una de ellas, y no precisamente porque yo se lo hubiese contado.

—No, señor. Puedo estar algo oxidado, pero no lo he olvidado.

—Bien. El equipo de operaciones pasará a recogerte mañana por la mañana, así que informa

de que mañana no estarás en el club. Invéntate algo que no parezca sospechoso, no queremos asustar a la liebre.

—Sí, señor.

El jefe colgó rápido, estaba claro que no le gustaba la charla de relleno, era de los que iban al grano. Guardé el teléfono y me dispuse a realizar una tarea mucho más importante, una personal.

Antonella

Estaba esperando la maldita llamada de la perra, pero no terminaba de llegar. ¿Cuánto tardaban en hacerse unos malditos análisis? Sabía que en los resultados saldría que había fumado marihuana recientemente, algo que no entrañaba un hábito en sí, pero que podía ser lo que necesitaba la perra esa para echarme a la calle. Que me despidieran no alteraba demasiado los planes de Chung, porque el trabajo estaba casi totalmente hecho, pero sí los míos. No quería volver a ejercer la prostitución en clubes, no quería tener que dejarme usar por tipos asquerosos. Sí, podía largarme de allí y poner en marcha mi propio negocio, pero todavía no tenía suficiente dinero ahorrado. Tenía medio convencidas a un par de chicas de Chung, nos cambiaríamos de zona para que no nos encontrara y esta vez sería yo la jefa. Pero necesitaba algo más de tiempo.

Capítulo 51

Phill

Había notado a Irina preocupada cuando llegamos a casa. Hicimos el amor de una forma casi desesperada, como si tuviese miedo de que fuese la última vez. Y podía entenderla. ¿Miedo a que me hiriesen, a perder la vida? Eso siempre estaba presente cuando ibas a una misión, pero no impedía que hicieses tu trabajo. La diferencia esta vez era que no trabajaba para el tío Sam y que no conocía a mi equipo. ¿Confiar en ellos? Trabajaban para los Vasiliev y eso conlleva una norma no escrita: somos una familia y se protege a la familia. En cuestiones tácticas no esperaba que me decepcionaran. Cuando descubrí que mi padre trabajaba para ellos, investigué su forma de trabajo y podía decir que no había chapuceros entre ellos, todos eran muy profesionales, los Vasiliev no se conformaban con nada menos que lo mejor.

Sentía la pausada respiración de Irina sobre mi estómago, mientras su mano descansaba muy cerca de mis costillas. Era el momento de ponerme a trabajar. Con cuidado estiré el brazo hasta la mesita de noche, metí la mano en el cajón y cogí la herramienta que me había prestado el tipo de la tienda. La llevé hasta la mano de Irina y procedí a probar con todas las argollas, hasta que encontré la adecuada. Irina se movió y decidí dar por finalizada mi investigación. Cerré el cajón justo antes de que Irina estirara su cuerpo. Siempre hacía lo mismo, seguro que de manera inconsciente. Sus piernas se estiraban sobre el colchón, haciendo que su culito respingón sobresaliera. Una buena vista, sí señor.

—Buenos días, marido pelele.

—Buenos días, pequeña.

Mi gatita rusa trepó por mi cuerpo para darme un pequeño beso y luego se dejó caer suavemente sobre mí, cubriéndome con su calor. No había prisa, realmente ninguna. Habíamos decidido esperar a que llegara mi llamada, solo eso. Lancé un rápido vistazo a la ropa que tenía preparada sobre la silla. Seguro que los chicos del equipo de intervención tendrían lo que me faltaba.

—¿No han llamado?

—Todavía no. —Volví a recostar su cabeza, esta vez sobre mi clavícula, mientras uno de sus dedos dibujaba pequeños círculos sobre una de mis costillas. No sé si tendría energías para otra ronda de sexo, pero no era el momento. Prefería ir a la cocina y desayunar juntos tranquilamente. Aparte de porque necesitase recuperar la energía que había gastado la noche anterior, quería llevarme una imagen familiar conmigo. Llámenme sentimental, pero son ese tipo de cosas las que te hacen volver de una misión, tener presente lo que te está esperando en casa.

—Le pedí a Agatha que hiciese uno de esos bizcochos tan ricos que sabe hacer, así que será mejor que bajemos a desayunar antes de que te llamen y te quedes sin probarlo. —Eso fue lo que dijeron sus palabras, pero su cuerpo no se movió. Parecía aferrarse a la idea de hacer aquel momento eterno, así que yo hice el primer movimiento. Con cuidado me moví para sentarme, arrastrando a Irina conmigo. Ella no protestó, pero tampoco colaboró mucho.

—Entonces vamos a probar ese bizcocho.

Me vestí con metódica rapidez, bajo la atenta mirada de mi mujer. Mi mujer, nunca imaginé que usaría esas palabras realmente en serio, pero lo estaba haciendo. Y esta mujer mía se había propuesto torturar a su joven y vigoroso marido. No podía ir por la casa solo vestida con una de

mis camisetas. Sí, cubrían ese trasero suyo, pero yo sabía que no llevaba nada debajo. ¿Pero me quejé? Ni de broma, esas eran las cosas por las que un hombre quiere volver a casa de una pieza.

Ya habíamos terminado nuestro segundo trozo de bizcocho, cuando la temida llamada llegó. No hizo falta decir nada. Irina me abrazó antes de salir por la puerta y sé que se quedó allí hasta que subí al SUV que vino a recogerme.

Cuando llegué al almacén que habían acondicionado como centro de operaciones, los chicos se presentaron y me dieron un equipo completo. No voy a aburrirles explicando cómo se prepara un plan de acción, pueden imaginarlo.

Irina

No sé cómo se sentirían las mujeres en la Edad Media cuando sus esposos salían a hacer la guerra como hoy en día iban a trabajar a la oficina. Lo sé, soy una exagerada, pero lo sentía así. Me giré hacia el despacho y decidí dedicarle tiempo a algo que sí podía controlar.

Me puse a revisar los contratos de nuestros trabajadores. Si bien aquello me habían servido para acorrallar a Antonella, no estaba muy feliz por lo que me tocaba como persona. Pero era la cruda realidad, para aquellos que trabajan de cara al público hay unas condiciones físicas que deben cumplir. Yo las padecí cuando trabajé como camarera en Moscú, aunque no estuviesen realmente escritas en un contrato. Detrás de las barras solo podía estar gente «guapa», ya saben, joven, con buen aspecto físico y, a ser posible, *sexis*. Por eso en los clubs de moda no había camareros de 40 años o más, la mayoría eran mujeres y solían vestir de forma provocativa. Denigrante, lo sé, pero yo no era quien ponía las reglas.

Ahora bien, si estaba obligada a cumplir con las reglas que imponía la sociedad, al menos podía equilibrarlas para las chicas. ¿Quién decía que solo las chicas *sexis* atraían a los clientes? Lenny también tenía su público, y ni era chica ni enseñaba carne. ¿Estaría mal si ponía más chicos con *sex appeal* detrás de la barra? Yo creo que no. Y tampoco estaría mal si obligaba a cumplir con algunas normas de decoro. Podíamos ser más elegantes y modernos, sin llegar a ser chabacanos ni denigrar a nadie vendiendo sexo ficticio. Sí, eso podía hacerlo.

Viktor

Ojalá pudiese estar con los chicos en Miami, pero había cosas que ya no podía permitirme. Ser el jefe tenía sus limitaciones y más si eras un Vasiliev casado con una mujer como mi Katia. No, ella no me impediría cumplir con mis obligaciones, pero sufriría mucho y tal vez sería capaz de tomar una semiautomática y ponerse a repartir balas a mi lado. OK, no, soy un exagerado, pero de verdad que mi Katia era una chica de armas tomar. El único que podía permitirse hacer ese tipo de escapadas era Nick, como la que hizo en Chicago con Bowman, pero ahora, con su chica embarazada y recién casado, esas cosas se habían terminado para los chicos Vasiliev.

Escuché la señal en los altavoces y Bobby desplegó los planos de infrarrojos y las cámaras de visión nocturna por los monitores de la unidad móvil. Sí, aquello era una operación demasiado «especial» como para mostrar todo aquello en la central de control.

—Ahí están.—Centré mi atención en la furgoneta que se acercaba por el callejón trasero del club. Cuando los hombres vestidos de oscuro empezaron a bajar del vehículo, transportando los tanques de la soldadora de metales y el resto de herramientas, mi sangre empezó a hervir de anticipación. ¡Mierda! Esto iba a ser divertido.

Capítulo 52

Antonella

¿Que por qué estaba de camino al despacho de la perra? Porque se suponía que yo no sabía nada sobre el robo de la noche anterior y mucho menos debía dar muestras de tener algún tipo de implicación. Según las últimas órdenes de Chung, mantendríamos las comunicaciones suspendidas hasta que terminara mi turno del sábado.

De todas formas, sabía por qué estaba yendo a la cueva del ogro, porque habían llegado los malditos resultados. La perra me iba a despedir, eso estaba muy claro y, conociéndola, seguro que se regodearía como un cerdo en un charco de barro. Llamé a la puerta y esperé a que la voz de la perra me diese permiso para entrar. Di un último vistazo a Boomer parado junto a la puerta y me dispuse para dar la mejor actuación de vida. Me reiría por dentro, sabiendo que había perdido todo ese dinero y que yo había tenido algo que ver.

Irina estaba de pie recogiendo algo de una repisa en uno de los laterales del despacho. Colocó dos pequeños vasos en su escritorio, uno en el extremo frente a mí y otro en el extremo frente a ella. Destapó una botella de vodka del caro y llenó ambos vasos por igual. La tipa se acomodó en su sillón, después de dejar la botella a un lado. ¿Intrigada? Totalmente. ¿Qué estaba haciendo? ¿Quería que bebiésemos juntas?

—Eres lista, seguro que sabes por qué estás aquí. —Deslizó una hoja de papel hacia mí y, mientras leía su contenido, me acercó un bolígrafo. Era una puñetera carta de despido en la que se especificaban los motivos de mi cese como trabajadora en la empresa y que había sido advertida verbalmente de mis faltas. Básicamente era una aceptación por mi parte de que el despido era procedente. Perra previsor, así se cubría las espaldas si yo iniciaba una querrela por despido improcedente. Pero, además, era un justificante de cobro de mis honorarios hasta el día de hoy. Podía ver el cheque entre sus dedos.

—Querías quitarme de en medio y es lo que estás haciendo. —La perra me dedicó una sonrisa de suficiencia.

—No puedo llevarme el mérito que has conseguido tú sola. Yo no redacté el contrato que firmaste, ni fui yo quien lo incumplió después de firmarlo. —Eso era verdad, pero León nunca lo aplicó con tanta diligencia como lo había hecho ella. León solo se escudaba en el contrato cuando quería despedir a alguien, y yo nunca estuve en su punto de mira, casi me atrevería a decir que era una de sus favoritas.

—Nunca antes tuve ningún problema con ello. —La perra cruzó los dedos de sus manos sobre su regazo y arrugó el ceño sin dejar de lado esa sonrisa suya.

—¿Me estás diciendo que siempre lo estuviste incumpliendo? —Tenía ganas de gritarle que sí, que lo había hecho, de sacarle el dedo corazón de mi mano derecha y decirle «¡jódete!, puedes meterte ese contrato tuyo por donde te quepa. Yo ya he hecho lo que tenía que hacer aquí y no me echas tú, me voy yo».

—¿Eso importa?

—No realmente. —Miré de nuevo el documento, el bolígrafo, los chupitos de vodka y su maldita pose de «no tengo prisa».

—¿Y si no firmo?

—No tendrás tu cheque. —Aquella maldita sonrisa suya se agrandó, retándome a no hacerlo,

como si no fuese más que una formalidad que tuviese que cumplir de cara a sus abogados, como si le importase una mierda si firmaba y me llevaba el cheque, o si no lo hacía.

—¿Y el vodka, es para celebrar algo? —Los ojos de la perra brillaron.

—Donde yo me crie, se despedía a los que se iban bebiendo vodka.

¡Hija de puta!, pero no iba a quedar como una cobarde, porque soy de las que aceptan los desafíos y además lanzan otro reto. Cogí el bolígrafo, estampé mi firma en el documento, me estiré para coger el cheque de su mano, tomé el vaso de vodka y me lo metí de un solo trago en la garganta. Sentí el licor quemándome mientras bajaba, pero en ningún momento dejé de desafiarla con la mirada. Ella aceptó el reto, tomó el vaso y lo apuró de la misma manera. Antes de que ella posara el vidrio sobre la mesa, mi mano estaba cogiendo la botella, rellenando ambos vasos. Ella sonrió. Las dos tomamos nuestros vasos de chupito y volcamos el contenido en nuestras gargantas. El puñetero licor quemaba como el infierno mientras caía hacia mi estómago, pero no le demostraría a esa perra ningún signo de debilidad. Este era su juego, pero no iba a ser quien iba a perder.

Golpeé el vidrio contra la madera de la mesa y me puse en pie para largarme de allí con mi dinero y mi orgullo intacto, o al menos lo intenté, porque mis piernas no quisieron obedecerme. Me sentía débil, demasiado débil, y mis ojos empezaron a luchar por no cerrarse. La maldita perra me había drogado.

—El código dice «ojo por ojo».

Nick

Había cosas que ya no podía hacer, porque ahora tenía responsabilidades que me impedían divertirme como antes. Además, ya había tenido mi despedida con el asunto de Chicago, algo personal, solo eso podía llevar a un Vasiliev a ponerse en primera línea de fuego. Andrey y yo estuvimos allí porque teníamos razones por las que estar. Alex Bowman era el mejor amigo de Andrey y yo contraí una deuda con él en el mismo momento que colaboró para salvar a mi mujer. No había razones más poderosas que esas.

Ese día no estaba allí para entrar en combate, eso ya había sucedido. Mi vuelo a Miami tenía un objetivo diferente: dejar bien claro algo que todo el mundo en Las Vegas sabía, no se juega con los Vasiliev porque el precio es demasiado alto.

El tipo ese, Chung, estaba de rodillas con las manos atadas a la espalda, como todos los demás. Tenía que reconocer que realmente acojonábamos. Quince hombres equipados con armas de última hornada, chalecos antibalas, pasamontañas cubriendo sus rostros y pocas intenciones de ser delicados. Por eso todos permanecían con las cabezas inclinadas, no sé si en señal de respeto, de miedo o de qué otra cosa, tal vez todo ello.

Me puse de cuclillas junto al tipo, el que era su jefe, y empecé mi discurso. A Viktor se le daban mejor este tipo de cosas, él sí que acojonaba con esa mirada suya de «soy el diablo». Y Andrey también lo hacía bien porque parecía hecho de hielo cuando te miraba, sin emociones, sin sentimientos, nada. Yo... yo jugaba con mis propias cartas. Cada Vasiliev tenía las suyas y las mías era dejarles bien claro que podía romperles todos y cada uno de sus huesos, y divertirme haciéndolo. No soy tan sádico, pero disfrutaba haciéndoselo creer. Ya saben lo que dicen, cría fama y échate a dormir.

—Puedo reconocer que hicisteis un gran trabajo, aunque no el mejor, basta con ver los resultados. Pero voy a ser justo contigo y decirte porque ahora estáis tú y veintiséis de tus «chicos» arrodillados ante mí. Y no, no es porque os sorprendiéramos en plena faena anoche, ni

porque mis hombres sean más y mejores que los tuyos; bueno, lo segundo sí que es verdad. La razón por la que estás tú de rodillas y atado en vez de estar contando mi dinero tiene una explicación muy sencilla y es que cometiste el error de meterte con quien no debías. —El tipo alzó la cabeza y me miró confundido—. El club pertenece a la familia Vasiliev y nadie irrumpe en el territorio de la familia Vasiliev. Y menos aún, roba a la familia Vasiliev. Solo hay una cosa peor que todo eso: hacer daño a uno de los hombres de la familia Vasiliev. De haber sido así no estaríamos teniendo esta charla, sino que ya estarías muerto, en el mejor de los casos. —El tipo tenía el ceño fruncido, como si no entendiera lo que estaba escuchando, así que le ayudé un poco—. Bratva, gilipollas, te has metido con la Bratva y no con cualquiera. —Ah, sí. Ahora su rostro mostraba comprensión—. Y ahora pequeño capullo, ve escogiendo a uno de tus hombres y hazlo bien, porque solo uno de los dos saldrá de esta habitación con vida. —Señalé con la mirada la puerta a nuestra derecha, donde mis chicos habían colocado la mesa y dos sillas como había ordenado Viktor. Tenía que reconocerlo, mi hermano había pensado una forma muy creativa de darles una lección. ¿Qué lección? La de siempre, no se juega con un Vasiliev. El tipo giró la cabeza buscando entre todos sus esbirros, los cuales intentaban hacerse más pequeños, evitando ser el escogido. Finalmente, el tipo tomó una decisión.

—La chica. —Observé nuevamente el grupo y localicé su elección. Efectivamente, solo había una chica entre todos ellos, así que no tenía que preguntar a cuál se refería.

—Bien, veamos si has acertado.

Le hice una señal con la cabeza al hombre más cercano a ella y éste la tomó por el brazo, la puso en pie y la arrastró hacia la habitación. Otro hizo lo mismo con Chung y yo caminé con calma detrás de ellos. Y no, no es que quisiera crear expectación al caminar de aquella manera, pero pueden llamarme coqueto, pocas veces tenía la oportunidad de caminar con un traje hecho a medida delante de tanta gente con el simple propósito de impactar con mi presencia. Yo era más un hombre de jeans y camisa, nada de trajes a medida, zapatos italianos y alfiler en la corbata, ya me entienden. Alguien cerró la puerta cuando pasé por ella y sonreí, ¡maldita sea!, Viktor sí que sabía cómo crear ambiente.

—Llegó el momento de jugar. ¿Han oído hablar de la ruleta rusa?

Capítulo 53

Antonella

Nos sentaron a Chung y a mí uno frente al otro. Los tipos con las armas nos vigilaban como halcones, con unos ojos realmente fríos. No hacía falta imaginar lo que serían capaces de hacernos. Realmente ya daban miedo solo ahí parados. El tipo del traje era peor.

Cuando le dijo a Chung que escogiera a alguien y este me señaló, me quedé congelada en el sitio. ¿En serio tenía pensado sacrificarme a cambio de su vida? Pues no iba a dejárselo tan fácil, iba a luchar hasta el final. A Chung no le debía ninguna lealtad.

—Llegó el momento de jugar. ¿Han oído hablar de la ruleta rusa? —Colocaron dos revólveres sobre la mesa, uno junto a mí y otro al lado de Chung. Los tipos llevaban guantes, así que era fácil pensar que no habría ninguna huella dactilar en ellos. —Seguro que sí, pero de todas maneras les voy a explicar las reglas. Son fáciles. Un revolver, una bala en el tambor y disparar hasta que uno de los dos caiga. Pero somos Vasiliev y estamos en el siglo XXI, así que le hemos dado un poco más de emoción.

El tipo asintió hacia uno de los hombres y este depositó sobre la mesa uno de esos cronómetros con números rojos y grandes. Conectó un par de cables y procedió a conectarlos a algo que había debajo de nuestros asientos, el de Chung y el mío. Al hacerlo, mis ojos notaron que había más cables que salían de debajo de mi silla y surcaban el suelo hacia algunos puntos concretos del edificio. Pude ver un par de esos cables detenerse en unos paquetes realmente sospechosos, colocados estratégicamente en algunas columnas. Era inteligente, aquello no necesitaba mucha explicación, eran bombas conectadas de alguna manera con el reloj y mi asiento. Miré detrás de Chung y vi otro par de esos artilugios sobre lugares importantes de la estructura del edificio. Genial, unos cables para Chung, otros cables para mí. El tipo de los cables se puso en pie y encendió el cronómetro. Los números se volvieron realmente intensos, marcando 5:00.

—Intentaré explicarlo de la mejor manera que pueda, aunque yo tampoco tengo muy claro cómo funciona, yo soy más de la vieja escuela, ya saben, romper huesos con mis propias manos. —El tipo del traje cerró el puño para que lo viéramos y, sí, realmente tenía unas manos de alguien acostumbrado a destrozar gente a golpes—. A ver si me quedé con todo. —Hizo ese gesto como de rebuscar en su cabeza—. Bien, se supone que estáis sentados sobre un dispositivo de presión que va conectado a este temporizador. Si uno de los dos se levanta de su asiento, el cronómetro comienza a correr, si se levanta el segundo, el cronómetro se pone a cero y cuando el contador se pone a cero sencillamente ¡Bum! ¿Cómo saldrá vivo de aquí uno de los dos? Sencillo, uno debe matar al otro para que no abandone su lugar en la silla y así disponer de esos 5 minutos para huir. Cierto que el cálculo se hizo sobre un hombre que conocía la salida de este lugar y que está en excelente forma física, así que no sé si será suficiente para cualquiera de vosotros, aunque tampoco me importa, es vuestro pellejo, no el mío. —El tipo se enderezó y nos dio la espalda—. ¿Cómo sé que no aprovecharéis para dispararme por la espalda cuando tengáis el arma en vuestras manos? Porque confío en vuestro instinto de supervivencia. El que dispare habrá perdido su ventaja sobre su contrincante. ¿Opciones? Quedarse quieto y dejar que el otro le dispare para disponer de los 5 minutos de huida o levantarse directamente y rezar porque el otro no le dispare antes de irse. Aquí puedes morir o resultar herido. Si estás muerto ya da igual, si estás herido quedan dos posibles resultados, que son intentar correr fuera del edificio con una herida que le

impedirá hacerlo dentro del límite de tiempo, por lo que estará muerto, o que el contrincante decida inmolarsse y se levante accionando el detonador en ese instante. ¿Resultado? Igualmente muertos.

El tipo se giró hacia nosotros a mitad de camino de la puerta, metiendo las manos en sus bolsillos de manera despreocupada.

—En resumen, o morís los dos o aprovecháis esa única bala para poder salvar vuestra vida. — Sentí que alguien manipulaba las correas de mis manos y un segundo después mis muñecas estaban libres. Volví rápidamente mi atención hacia el tipo que ya estaba saliendo por la puerta, su enorme cuerpo oculto tras el de uno de sus hombres. Él tampoco confiaba en que uno de los dos cometiese una estupidez y le disparase. Con rapidez mi mano voló hacia el revólver y mis ojos buscaron los de Chung. Su mirada mostraba decisión. Él ya tenía muy claro en su cabeza lo que iba a hacer, no iba a vacilar, iba a matarme y salvar su propio culo.

Mis dedos abrieron el tambor de mi revólver para buscar la cámara en la que estaba la bala. Sí, lo había estado calculando desde el momento que el tipo dijo las palabras «ruleta rusa». Tenían que darle algo de emoción y darse algo de tiempo para salir de ahí, según vi después, eso me dejaba la primera tentativa sin disparo real, es decir, no habría bala. Pero necesitaba saber dónde estaba la bala realmente, girara el tambor para poner la bala en el siguiente disparo y amartillar el arma.

Escuché el primer chasquido fallido del arma de Chung, cuando vi el interior del tambor que contiene las balas. Giré el engranaje y posicioné la bala. Escuché el segundo chasquido sobre mí en ese momento. Por instinto mis hombros se encogieron, pero seguí con el plan. Tenía puesto el tambor en su lugar, la bala lista para salir. Apunté el arma sobre Chung y apreté el gatillo. Una fracción de segundo antes de que él hiciese lo mismo, esa fracción de segundo que me dio la ventaja, esa fracción de segundo que metió una bala en su cabeza y me dejó solo a mi viva.

Su cabeza cayó hacia detrás, el arma golpeó contra la mesa. Mi respiración acelerada y superficial era lo único que se escuchaba después del disparo. Podía haber echado a correr en ese momento, pero no lo hice, porque ahora no había prisa, tenía todo el tiempo del mundo y lo necesitaba para pensar. Primero en el camino que debía tomar para salir de allí. Recordaba los pasillos por los que había entrado, así que tracé un mapa en mi cabeza, bueno, lo hice mientras estaba arrodillada junto a los otros, porque esperaba mi oportunidad para escapar. Segundo, ¿qué iba a pasar con todos los que estaba fuera de la habitación, esperando? No podía llamarles compañeros o colegas, porque para la mayoría de ellos no era más que mercancía. Por eso me escogió Chung, porque era reemplazable, insignificante. Para los hombres de allí fuera no era más que la puta que acababa de disparar a su jefe, así que, para mí, estaban mejor muertos que vivos.

Con la decisión tomada y el plan en mi cabeza, estiré mi mano sobre la mesa y cogí el arma de Chung. Inspeccioné el tambor, el próximo disparo habría sido el mío. Recordé dónde estaba mi bala y, calculando los disparos de Chung, descubrí que estaban en la misma posición. ¡Qué cabrones! Con un poco de suerte, los dos nos habríamos matado al mismo tiempo. Odio a estos Vasiliev.

Tomé varias inspiraciones profundas, preparando mi cuerpo para el gran esfuerzo físico que se avecinaba. Cuando creí que estaba lista, me puse en pie y el cronómetro empezó la cuenta atrás. Mis piernas empezaron a correr hacia la puerta, la abrí y vi a algunos de los hombres en pie tratando de liberarse de sus ataduras, otros aún estaban arrodillados en su lugar. Al verme, giraron la cabeza hacia mí. No necesitaba decirles lo que había ocurrido, solo quedábamos Chung y yo allí dentro cuando sonó el disparo y era yo quien salía por la puerta. Uno de los hombres corrió hacia mí, sus manos ya libres y detuve su marcha apuntándole con el arma. Solo tenía una bala,

pero ellos no lo sabían. O tal vez sí, pero no quería dispararlo a él. Se apartó de mi camino y eché a correr.

No sé quiénes entraron en la habitación para comprobar cómo estaba Chung, no sé cuántos empezaron a perseguirme después de escuchar los gritos de «cogedla». Solo sabía que debía salir de allí lo antes posible, porque aquellos malditos rusos eran realmente retorcidos. Si habían intentado que nos matásemos mutuamente, quién decía que los explosivos no detonasen antes de los 5 minutos, o que realmente se necesitaran 6 para salir de allí.

Atravesé la puerta exterior 15 segundos antes de que una gran explosión me hiciese volar por los aires. Golpeé el suelo varios metros más allá y mis oídos pitaron dolorosamente. Pero no me quedé allí para ver cómo todo se destruía, no miré atrás. Solo corrí y corrí, hasta que creí llegar a un lugar seguro, un lugar donde la explosión quedaba lejos y yo estaba a salvo.

Capítulo 54

Irina

No sé en qué momento empecé a pensar que un hombre con marcas de golpes era sexy, pero aquel rasponazo en el pómulo le quedaba realmente caliente. No intenté preguntarle cómo demonios había ocurrido aquello, me contentaba con tenerlo de regreso de una sola pieza. Y no quería saber qué había ocurrido, no quería detalles de lo que había hecho con el equipo de Viktor. Había cosas que no necesitaba saber.

El domingo estuvimos encerrados todo el día en casa, bueno, en la cama. No pensaba aparecer por el club hasta que saciara todas las ganas que tenía de mi marido, mi Phill. Uno no sabe lo importante que es algo en su vida hasta que lo pierde. Yo no sabía lo que me importaba Phill, hasta que temí que me fuese arrebatado.

Pero la vida sigue, así que el lunes tocó regresar al club, sobre todo después de estar tres días sin aparecer por allí. Como yo tampoco quería alejarme mucho de él, lo acompañé, así podía hacer acto de presencia y desvincularme totalmente de lo que había ocurrido.

—¿Estás bien? —Volví el rostro hacia un Phill preocupado sentado a mi lado en el coche.

—Es a ti a quien han vapuleado. —Mis dedos volaron sobre su piel raspada en su rostro, como si tocarlo quemara. Phill me regaló una suave sonrisa.

—Ya sabes a lo que me refiero.

Sí, sabía a lo que se refería. Drogué a la maldita perra espía para que se la llevaran. Aunque en cierta forma era una manera de resarcirme por lo que ella me había hecho a mí, no podía dejar de pensar en que habría sido de ella. Una cosa era devolverle un golpe, otra muy distinta era dejarla en manos de mis primos. Su sentido de la justicia era más «duro» que el mío. Sé que para ellos las mujeres éramos algo que había que proteger, cuidar, pero también sabía que esa restricción se iba a la mierda cuando se trataba de víboras como Antonella. Así que, sí, estaba preocupada por ella, porque no sabía cuál había sido su destino.

El teléfono de Phill vibró con un mensaje. Lo revisó y sonrió antes de guardarlo de nuevo en su bolsillo.

—¿Buenas noticias?

—Ya lo sabrás, señorita impaciente.

—Señora, si no te importa. Estoy casada. —Phill se inclinó rápidamente hacia mí, para robarme un pequeño beso.

—Usted disculpe, señora.

El coche paró en el acceso de la parte trasera del club y Phill bajó primero, como siempre. Rodeó el vehículo y abrió mi puerta. Tomé la mano que me ofrecía para salir, sosteniéndole aquella traviesa mirada hasta que oímos la voz de Jesse a nuestras espaldas saliendo por la puerta de acceso al club.

—Le estábamos esperando, jefe. —Eso no era para mí, así que seguí caminando hacia la puerta, mientras Jesse se detenía a hablar con Phill. Me pareció entender algo como un «aquí tiene lo suyo» y parecía que un pequeño bulto cambiaba de manos. No le hice más caso y seguí mi camino sin prisa, porque esperaba que Phill me alcanzara. Giré mi rostro hacia la puerta y vi que alguien salía de su escondite detrás de unos contenedores.

—A ver cómo me devuelves esta.

El arma apuntó hacia mi pecho a escaso metro y medio y, como si fuese en cámara lenta, la cara de Antonella me sonrió al tiempo que su dedo apretaba el gatillo. Un fuerte tirón en el brazo me empujó hacia un costado y el disparo resonó en las paredes. Pero yo ya no veía nada, porque el rostro de Phill pasó delante de mí antes de que el rostro de Antonella volviera a surgir detrás de él. Se la veía enfadada. Antes de darme cuenta de lo que hacía, estaba sobre ella, golpeando su rostro con fuerza. Creo que le di un par de puñetazos en la cara antes de que Jesse se encargara de ella.

En ese momento me di cuenta de que algo no iba bien, era Jesse el que estaba reduciendo a Antonella, no Phill. Me giré hacia detrás y lo vi allí, apoyando todo su peso contra la pared mientras una de sus manos sujetaba una enorme mancha roja que no dejaba de crecer en su impecable camisa.

Sus ojos me miraban tristes y sus piernas empezaron a ceder. Boomer lo alcanzó antes de que cayese al suelo y yo llegué justo para sostener su mano. Boomer apretó su chaqueta hecha una bola sobre la herida. El rostro de Phill se contrajo por el dolor, pero de su boca no salió un solo quejido.

—¡Dios, Phill! No... no te muevas. ¡Que alguien llame a una ambulancia!

—¡Estoy en ello! —gritó alguien desde mi izquierda.

—Phill, escúchame, te vas a poner bien.

Ni yo misma era capaz de creer en esas palabras porque veía la chaqueta de Boomer teñirse de rojo. ¿Dónde demonios estaba la puñetera ambulancia? La mano de Phill se soltó de las mías, pero sus ojos seguían mirándome intensamente, como si parpadear lo alejara de mí para siempre. Noté cómo su mano volvía a la mía y dejaba algo en ella. Pero me negué a mirarlo, porque quería mantenerlo a mi lado con esa imaginaria cuerda que lo retenía junto a mí. Sus dientes se apretaron, luchando por controlar el dolor, pero, aun así, me habló con toda la fuerza que pudo imprimir a su voz.

—Eres mi todo.

La sirena de la ambulancia se detuvo en la entrada del callejón y en pocos segundos unas manos me alejaron de Phill para que los paramédicos hiciesen su trabajo. Trabajaron sobre él, rasgaron su ropa, pincharon una intravenosa, pero la cara pálida de Phill seguía sobre mí como si yo fuese todo lo que necesitaba para vivir. Sostuve su mirada en todo momento, mientras lo subían a la camilla, cuando lo metieron en la ambulancia... todo el rato estuve sosteniendo con fuerza la pequeña bolsa de terciopelo que Phill había puesto en mi mano.

Cuando las puertas de la ambulancia se cerraron, después de que no me dejaran continuar a su lado, sentí que un policía estaba hablándome. Era incapaz de prestarle atención porque estaba en mi propio mundo, en un mundo en el que solo estábamos Phill y yo.

—Señora, necesitamos los datos del herido.

—Es... es Phill, Phillip Hendrick. —Mientras el policía anotaba el nombre en su libreta, yo abrí la pequeña bolsa y volqué el contenido en mi mano. Dos anillos, dos anillos preciosos e iguales. Sin pensarlo, coloqué el más pequeño en mi tembloroso y ensangrentado dedo—. Es mi marido. —Sí, Phill era mi marido. Y si primero habíamos sellado aquel matrimonio con una firma, ahora estaba bien atado con sangre, su sangre.

Sentí como alguien, Boomer creó que fue, me tomaba por los hombros para guiarme hacia nuestro coche. En otra ocasión lo habría encontrado cómico, porque con mis tacones era 8 centímetros más alta que él. Pero en aquel momento, mi mente estaba más allá de ese callejón, estaba dentro de una ambulancia camino del hospital.

Cuando sentí el movimiento del vehículo, mi cabeza pareció empezar a funcionar, aunque no

demasiado. No podía hacer esto yo sola. Así que saqué el teléfono y marqué. La voz de Viktor sonó risueña al otro lado.

—¿No es un poco pronto p...?

—Han disparado a Phill. —Y la diversión se fue de su voz.

—¿Cómo está?

—Lo están transportando en ambulancia en este momento hacia el hospital.

—De acuerdo. —Le oí gritar a otra persona lejos del teléfono—. *Boby, han herido a Phill, lo están trasladando en ambulancia en este momento. Quiero un seguimiento en tiempo real y quiero que localices al mejor cirujano de Miami y lo lleves con él, y lo quiero para ayer.* —Su voz volvió con más suavidad hacia mí—. Voy a mover todos los hilos que pueda desde aquí, no te preocupes, nos vamos a encargar de él. —Entonces sentí que podía derrumbarme y por fin llorar, porque había alguien que me sostendría.

—Había tanta sangre, Viktor. —Las lágrimas caían por mi cara sin control.

—No te preocupes, vamos a estar ahí. Tú no te separes de él.

—Es mi marido, Viktor.

—Lo sé, pequeña, lo sé. Y vamos a cuidar de él, porque es uno más de la familia. —Cuando dijo esas palabras me sentí mejor, porque los Vasiliev cuidaban de verdad a su familia.

Capítulo 55

Irina

Llevaba casi dos horas metida en la sala de espera del hospital, abrazada a mí misma, cuando escuché mi nombre desde la puerta de la habitación. Era una enfermera, pero no era la que me moría por ver, sino la que necesitaba a mi lado y no había notado que me hacía falta.

—Danny. —Se sentó a mi lado y me abrazó.

—Viktor me ha contado lo que ha ocurrido y he venido en cuanto he podido. —Su marido Mo se detuvo frente a nosotras.

—Iré a ver si puedo enterarme de algo.

—Está en quirófano, no han podido decirme nada más. —Mo asintió, pero, aun así, se alejó por el pasillo.

—Mo no es bueno quedándose quieto sin hacer nada, así que dejemos que lo intente. ¿De acuerdo? —Dije que sí con la cabeza y dejé que Danny me estrujara un poco más. De alguna manera ella era todo el calor familiar que podría conseguir en aquellos momentos. Mi teléfono vibró cuando recibí un mensaje de Viktor.

—*Sam, Serg y Andrey están volando hacia allí en estos momentos.* —Serg... necesitaba a mi hermano, su abrazo rompehuesos, su silencio reconfortante... Mo regresó 20 minutos después con noticias.

—Dicen que le está operando el Doctor Cosseli y que es una eminencia en este tipo de intervenciones. No podría estar en mejores manos. —Eso alivió un poco el nudo de mi estómago, pero no mucho.

El teléfono de Boomer, que estaba vigilando a escasos dos metros, sonó en aquel momento.

—¿Diga? ... ¿Quién demo...? ¡Oh! Sí señor ... Sí ... Por supuesto. Allí estaré. —Colgó y se acercó a mí bastante consternado—. Jefa, acabo de recibir una llamada de su primo Viktor Vasiliev. Quiere que vaya a un aeropuerto privado a recoger a sus familiares y que antes haga unas averiguaciones sobre cómo está el asunto de... de la agresora. —Levanté la cabeza hacia él antes de responderle.

—Entonces será mejor que te pongas a ello. Viktor no se anda con bromas.

—¿Usted estará bien? —Le dedicó una mirada superficial a Danny y Mo y le entendí.

—No te preocupes por mí. Ve a hacer lo que te han ordenado. —Boomer asintió y salió del lugar como si le quemaran los zapatos. Sí, Viktor solía provocar ese tipo de cosas, aunque fuese a 9000 kilómetros de distancia.

Boomer

El puñetero Viktor Vasiliev me puso los pelos de punta. ¿El tipo que pagaba mis nóminas? Seguro que lo era. Estaba claro que Irina era la jefa aquí en Miami, pero había alguien más por encima de ella y yo acababa de hablar con él. Mientras salía del hospital, ya estaba marcando el teléfono de Jesse por quinta vez desde lo del disparo.

—¿Hay noticias? —Fue lo primero que oí cuando descolgó.

—Phill sigue en quirófano y, por lo que he oído, un tal Doctor Cosseli está operándolo y dicen que es el mejor en estas cosas.

—Bien. No tener malas noticias ya es algo.
—El caso es que me ha llamado «el gran jefe».
—¿El gran jefe?
—Sí, tío. Hay alguien por encima de la jefa Hendrick y es un tipo con malas pulgas.
—¿Estás seguro?
—He hablado con él, así que, sí, estoy seguro, muy seguro.
—¡Joder!
—Dice que tenemos que movernos y que quiere un informe sobre el estado de Antonella. Quiere saberlo todo de ella. Dónde está, en qué comisaría, en qué celda, quién le puso las esposas, cuántas veces ha ido al baño y el tiempo que tardó en mear si lo hizo.
—¡Joder!
—Pues eso no es nada. Tengo una buena lista de tareas, así que ya puedes soltarme todo lo que sepas sobre esa zorra.
—¡Mierda! Pues se la llevó la patrulla, detenida. Yo me quedé en el club, porque los investigadores forenses acordonaron el lugar y se pusieron a recoger pistas y esas cosas.
—Sí que llegaron rápido.
—Eso mismo pensé yo. Hace dos semanas atracaron en una tienda a dos manzanas de mi casa, se cargaron al dependiente y por ahí no apareció nadie a tomar muestras de nada.
—Está claro que aquí se han movido algunos hilos.
—¿Crees que el gran jefe...? —Solo escuchar ese nombre creó un escalofrío que corrió por mi espalda hasta mis pelotas.
—Algo me dice que sí, pero como no podemos estar seguros, de momento no tentemos a la suerte. Ve a la comisaría y entérate de todo lo que puedas sobre Antonella.
—Lo tengo, dejo a alguien al cargo aquí y voy para allá.
—Sí, será mejor que no dejemos hilos sueltos de los que cualquiera pueda tirar y nos deshaga el tapiz.
—¿Eh? A veces no entiendo lo que dices, pero me pongo en camino.
Mi abuela era tejedora y no hacía más que repetir que si no rematabas bien los hilos, alguien podía tirar de ellos y arruinar tu trabajo. Moraleja, no dejes cabos sueltos de los que otros puedan tirar y joderte. Bueno, más o menos eso quería decir mi abuela.

Andrey

Solo tuve que decir «han herido a Phill» y Robin se puso a hacer las maletas. Me costó convencerla de que debía ir yo solo, porque, sí, Irina necesitaba apoyo, pero de eso se encargarían Danny, Serg y Sam. Sam. Viktor pensó en él nada más enterarse de lo ocurrido y le metió en ese avión junto con media docena de nuestros hombres.

Todos allí dentro teníamos una misión por cumplir, no pregunté cuál era la de cada uno, pero la mía la tenía muy clara, hacer que esa víbora pagara diez veces el daño que había causado. Serg debía consolar a su hermana, estar ahí para ella. Y Sam... Sam tenía que estar ahí con su hijo. Estaba sentado al otro lado del pasillo, con la vista clavada en las nubes del horizonte, con Candy pegada a su costado, dándole el apoyo que un hombre como él no pediría. No perdió en ningún momento la compostura, no hizo ningún reproche. Phill sabía dónde se metía cuando aceptó el trabajo. Por eso llevaba una maldita chaqueta antibalas e iba a investigar por qué no funcionó.

Iba a encontrar un culpable y lo iba a colgar del edificio más alto por los pulgares, me daba igual quién fuese. Revisé de nuevo la información en el smartphone. La chica era la maldita espía

que Irina y Phill habían identificado, la que Nick dijo que debería estar muerta porque ejecutó el plan de Viktor al milímetro, un plan que era una forma retorcida de matarlos a todos. Pero aquella astuta serpiente era lista, muy lista. Bobby era realmente meticuloso, por eso incluyó algunas cámaras inalámbricas junto a algunos explosivos. Lo que revelaron esas cámaras era a una maldita serpiente de sangre fría que había encontrado la única brecha en el plan de Viktor.

Participé en docenas de combates en la universidad y conozco la normal que dice que NUNCA hay que subestimar a ningún contrincante. Chung lo hizo al escogerla a ella, pero no fue el único. Eso sí, la chica tenía un punto débil, y era que su ego y su orgullo mandaban sobre esa mente inteligente y despierta suya. En otras palabras, iba a encontrar la manera de hacerla pagar por esto de la forma que más le doliese. ¿El barco? Sería la primera mujer que entraba en él y, aunque ella merecía una tortura a esa altura, duraría demasiado poco. ¿Una mujer en aquel lugar? Se la cepillarían uno detrás de otro hasta matarla, tal vez viviera unos días. Demasiado poco a mi parecer. ¿El hotel? Algo me decía que para esa mujer serían unas largas vacaciones. No, ella merecía algo especial, algo pensado solo para ella. Tenía que hablar con Viktor, pero de momento había cosas más importantes. Me encargaría de mantenerla en un lugar del que no podría escapar hasta que decidiéramos qué íbamos a hacer con ella.

Miami no era Las Vegas, pero estaba seguro de que un Vasiliev se las apañaría igual de bien, sobre todo porque nos movía la ira y no había nada más peligroso que un Vasiliev cabreado. Esa pequeña víbora había cabreado a más de uno.

Si fuese supersticioso podría decir que había sido cosa del karma. Acabar con todos aquellos hombres con la única excusa de que habían atacado, robado y menospreciado a los Vasiliev no era suficiente para justificar aquel asesinato en masa, o tal vez sí. Uno de los chicos a los que agredieron estuvo a punto de morir por la violencia que usaron contra él. Aquello no era solo robarle la recaudación, era más. Investigamos a los tipos y su organización y lo que encontramos decidió su destino.

En algunas zonas de Asia, las mujeres no tienen mucho valor y se las trata casi como animales, pero arrancar a jóvenes, casi niñas, de los brazos de sus familias para llevarlas a otros países para convertirlas en prostitutas, sufriendo vejaciones, palizas... Muchas perdían la vida en el camino a Estados Unidos, pero para ellos eran bajas asumibles. Bajas asumibles, ¡malditos cabrones! Y luego el maltrato continuaba aquí, por cualquier motivo. No has ganado suficiente dinero, no eres lo suficiente amable con tus clientes, has comido más de lo que te corresponde... Ni pensar ya en tratar de escapar. Lo único que les molestaba de acabar con ellas era que perdían una fuente de ingresos.

Los Vasiliev no somos paladines de la justicia, aunque sobrepasar los límites tampoco nos ha dado miedo, sobre todo cuando quitas de en medio a animales como esos. Los hombres de Viktor estudiaron a todos y cada uno de los miembros de la organización y, no, no todos estaban en el maldito almacén. Algunos quedaron libres, los que transmitirían el mensaje de que no se juega con un Vasiliev y los que no moverían un dedo cuando la policía liberase a las pobres chicas que tenían esclavizadas.

Había oído que Viktor se había llamado a sí mismo Batman en alguna ocasión, y de una forma retorcida podía verlo en el papel. Él tenía su particular forma de impartir justicia, aunque se manchara las manos para hacerlo.

Capítulo 56

Irina

—¿Familiares de Phillip Hendrick? —Un hombre de unos 58 años, con pelo gris y el rostro cansado nos miraba desde la entrada de la sala de espera.

—Somos nosotros. —Se adelantó Sam. Candy apretaba su mano con fuerza, dejando que se adelantara hacia el médico, pero sin soltarle. Los brazos de Serg me liberaron lo suficiente como para que yo también pudiera acercarme.

—La operación ha salido bien. La bala tocó levemente uno de los pulmones y rompió un par de costillas, pero lo peor fue la pérdida de sangre. Ahora está estable en la unidad de reanimación. Si todo va bien lo trasladaremos a una habitación.

—¿Puedo verlo? —Sam y yo dijimos las mismas palabras al mismo tiempo.

—Solo un familiar durante 10 minutos. —Sentí la mirada de Sam sobre mí, sabía lo que iba a decir. Era su hijo y, cuando salimos de Las Vegas, no éramos más que un matrimonio falso.

—¿Podríamos entrar cada uno 5 minutos? —Mi cabeza giró hacia Sam bruscamente, ¿de verdad estaba pidiendo eso al médico? Su mano libre tomó la mía y asintió. El médico nos observó escasos dos segundos antes de responder.

—De acuerdo. Enviaré a alguien para que los acompañe.

Sam pasó su brazo por mi hombro y me apretó contra su costado. Caminamos juntos detrás de la auxiliar hasta llegar a la sala en la que estaba Phill. Cuando nos señalaron su cama, empujé a Sam para que fuera primero. Él había viajado 9000 kilómetros para encontrar a su hijo con vida, yo podía mantener la respiración 5 minutos más. Cuando el tiempo pasó, Sam salió de detrás de la cortina. Tenía miedo de preguntar cómo estaba, tenía miedo de entrar ahí dentro y no encontrar al Phill que recordaba.

—Es un luchador, saldrá de esta.

—Es un marine.

Sam asintió para mí y me dio una palmada en el hombro. Era mi turno. Nada te prepara para encontrar a la persona que amas llena de cables y tubos. Sí, lo amo, quizás demasiado tarde para darme cuenta, pero sé que es así. ¿Cómo puedo explicar si no que si su corazón dejase de latir en este momento, el mío se pararía también?

Caminé hasta detenerme en su cabecera. Mis dedos se estiraron hasta rozar la piel de su pómulo aún con restos de erosión. Su piel estaba tan pálida y fría...

—No puedes rendirte, Phill, no puedes dejarme sola. Te necesito. —Mi mano se deslizó hasta tomar la suya, mis dedos calentando los suyos... — ¿Para qué te molestas en darme un anillo de boda si luego me dejas viuda? Estoy muy enfadada contigo.

No podía mirarle mientras se lo decía, porque era incapaz de ver su rostro medio oculto por aquella mascarilla de oxígeno. Noté un pequeño apretón en mis dedos, uno que se mantuvo constante y que fue adquiriendo fuerza. Phill estaba allí. Alcé mis ojos hacia los suyos para encontrarlos medio abiertos, observándome con una mezcla de incomodidad, pesar y diversión. Sí, difícil, pero Phill lo hacía. Solo necesitaba mirarle a los ojos para saber lo que había en su cabeza. Mi otra mano se acercó a su cara, para retirar los cuatro pelitos de su rebelde flequillo.

—Tienes a toda la familia preocupada allí abajo, así que ya puedes recuperarte pronto. — Podía ver el «mandona» en su tímida sonrisa. La voz de una enfermera llegó a mí.

—Terminaron los 5 minutos. —Sus dedos apretaron los míos, negándose a que me fuera.

—No voy a irme muy lejos, cariño. Voy a estar revoloteando tan cerca de ti que las enfermeras van a creer que soy uno de tus granos. —Una de sus cejas intentó alzarse—. Voy a decirles a la familia que estás bien y regreso. Tú descansa mientras tanto.

Sus párpados se cerraron un segundo como intentando decir que sí, antes de cerrarse definitivamente. Su mano lentamente perdió su recio agarre sobre mí. Era mi señal para irme, pero no antes de inclinarme sobre él y depositar un suave beso en su frente. Me giré para irme, cruzándome en mi camino con una enfermera afroamericana de mirada dulce.

—Cuidaremos de su chico.

—Más les vale, porque es imposible encontrar otro igual.

Andrey

Puede que el apellido Vasiliev no dijese nada en Miami, pero gracias a Bobby teníamos a alguien dispuesto a ayudarnos en este asunto. Así que allí estaba yo, esperando a mi enlace.

—¿Señor Vasiliev? Alcé la cabeza del teléfono para encontrar a un hombre de casi 50, con el pelo totalmente gris e incontables arrugas alrededor de sus ojos.

—Detective Harris, supongo. —Nos dimos un firme apretón de manos mientras asentía.

—No pude agradecerles las grabaciones que me enviaron sobre el tipo.

—Espero que le sirvieran.

—Por supuesto. Localizamos a algunas de sus víctimas y una de ellas aceptó testificar contra él. Con tantas pruebas en su contra, el fiscal tiró abajo su defensa.

—Espero que pague por lo que hizo.

—Yo también. Pero eso es otro tema, ahora creo que quiere mi ayuda por otro asunto. —Bien, terminadas las cortesías, era el momento de ponerse con lo que me interesaba—. Sí, pensaba que sería por eso. Supongo que quiere saber cómo va la investigación.

—Bueno, realmente me gustaría saberlo... todo. —El tipo me sonrió y empezó a caminar por el pasillo.

—Pasaremos por los laboratorios.

Ir con Harris me facilitó la entrada a varios lugares, sobre todo porque me presenté como la acusación contra la mujer que perpetró el intento de homicidio contra Phillip Hendrick. Me mostraron las pruebas y lo que más me impresionó fue la recreación de lo acontecido. Bobby había remitido las grabaciones de seguridad de las cámaras traseras. La víbora esa sabía cómo moverse por allí, seguro que estudió el lugar mientras estuvo allí trabajando, en ambos sentidos. Vi a esa mujer sacando el arma hacia Irina y, en menos de dos segundos, Phill se puso entre ellas, interponiéndose entre el disparo e Irina. Entonces lo vi, el maldito momento en que la bala impactó contra Phill.

Me mostraron la chaqueta y, como pensaba, era su chaqueta antibalas y no estaba perforada. La sangre estaba en el interior de la prenda. Según su recreación, la bala entró por la axila, justo en el momento que Phill levantó el brazo para proteger a Irina. Atravesó su carne desde ese pequeño hueco, saliendo por el otro extremo, deteniéndose contra el tejido blindado. Ahora sabía mucho más sobre lo ocurrido. Phill no fue descuidado como pensábamos, simplemente tuvo mala suerte.

Estas pruebas no exculpaban a esa mujer, pero si jugaba bien mis cartas, podía acusarla por dos asesinatos en grado de tentativa. El primero al disparar contra Irina, el segundo por haber hecho blanco sobre Phill. Con eso podría tenerla entre rejas el resto de su vida y durante ese tiempo podía hacerla miserable, sufriría cada maldito día. Sí, tenía una misión. Destrozaría su

vida. Era un Vasiliev, lo haría a conciencia.

Capítulo 57

Phill

Una sacudida en mi cama me despertó. ¿Se habían colado en casa y me habían sorprendido? Miré a mi alrededor para darme cuenta de que aquella no era mi habitación, aquel incómodo colchón no estaba en mi cama y la mujer que me sonreía cerca de mi cara definitivamente no era Irina. Una punzada de dolor me atravesó el pecho y entonces recordé por qué estaba allí.

—Buenos días, muchachote, por si te preguntas qué ocurre, nos mudamos. —Alcé una ceja hacia ella, o al menos creo que lo intenté. No tenía ni idea de qué me estaban metiendo por la intravenosa, pero me dejaba hecho un trapo.

—Katy, necesito que conectes la bombona de oxígeno para el traslado.

—Sí, doctor Cosseli.

Y así es como comienza un cambio de habitación. Cuando la cortina se abrió, lo primero que vi fue a mi padre al lado de Irina, pero no fueron los únicos a quienes reconocí. A lo largo del trayecto hacia mi nueva y privada habitación, me encontré con muchos rostros conocidos: Serg, Andrey, Candy, Danny, Mo y Boomer. Realmente había movilizado a una buena parte de la familia, al menos estaban aquí los que deseaban que estuviesen.

—Listo, muchachote. Ahora dejaremos que esta jovencita te dé algunos mimos. Y al resto decirles que no más de dos personas en la habitación, el chico tiene que descansar. —La mujer empezó a empujar a todos fuera de la habitación, dejando allí a mi padre y a Irina. Andrey la miraba de forma extraña. Tenía pelotas la señora, echar a un Vasiliev. Pero parecía que estaba acostumbrada a lidiar con pesos igual de pesados. Irina se acercó a mí, levantó la mascarilla, me dio un suave beso en los labios y volvió a colocarla de nuevo sobre mi cara.

—Como se lo cuentes a la enfermera, te daré un coscorrón en la cabeza. —Sé que sonreí después de eso. Mi padre se acercó por el otro lado de mi cama con cuidado. Podía entenderlo, tanta maquina asustaba un poco.

—Ahora céntrate en recuperarte, nosotros esperaremos lo que haga falta.

—Eso —remarcó Irina. Mi mujer estaba acercando una silla a mi cama, tomó mi mano y me sonrió—. Y ahora descansa. —Ya estaba acostumbrado a cumplir todo lo que ella me pedía, así que no me sorprendí cuando mis ojos se cerraron inmediatamente. Bueno, eso y que estaba cansado, realmente cansado.

Irina

—No es suficiente. —Andrey me miró algo sorprendido, pero con comprensión.

—¿Y qué propones? —Durante todo el tiempo en que Phill estuvo en quirófano, y estuvo un buen rato, intenté ocupar mi mente en algo que no fueran las posibilidades de que muriese. ¿Y qué hice? Imaginar 1001 formas de hacerle pagar a aquella perra rabiosa todo el mal que había hecho, y he de decir que siempre fui una persona muy creativa, pero que muy creativa.

—Hay algo que tengo en la cabeza, pero necesitaré ayuda para llevarlo a cabo.

—¿Qué necesitas?

—Lo primero es que la metan en prisión.

—Eso está hecho, en la vista preliminar el juez no aceptó ninguna fianza, así que esperará al

juicio en una celda en el Women's Detention Center.

—¿Es un centro privado? —La sonrisa de Andrey apareció radiante.

—Oh, sé a dónde quieres llegar. Sí, lo es.

—Bien, entonces necesitaré los protocolos de actuación de los guardias y, sobre todo, las del centro en sí con los reclusos. También que Viktor me preste a Bobby para un par de cosas y lo más importante espero que me lo podáis conseguir.

—No sé qué tienes metido en esa cabecita tuya, pero me estás dando miedo y hay pocas personas de las que pueda decir eso. Recuerda que Viktor es mi hermano.

—¿Miedo? ¿Tú qué estarías dispuesto a hacer si alguien atentara contra la vida de quien más quieres? —Su sonrisa desapareció, reemplazándola por el rostro más gélido que nunca había visto. Y decía que yo daba miedo.

—Mientras viva, esa persona lamentaría el momento en que se cruzó en mi camino, y yo sería la persona que decidiese cuándo ha sido suficiente. —Asentí hacia él, porque era eso mismo lo que tenía en mente.

—Amén.

—Llamaré a Viktor para decirle que tienes un plan; no, que tenemos un plan. —Había veces en que un Vasilev debía librarse de la familia, cuando podía causarles problemas.

—No quiero que os pillen metidos en esto, Andrey, voy a cruzar la línea y si me descubren no quiero arrastraros. —Andrey se recostó mejor en su silla y volvió a sonreír.

—¿Y perdernos toda la diversión? Ni lo sueñes. Así que empieza a desembuchar. —De acuerdo, ellos lo habían querido. Busqué en mi teléfono y cuando encontré lo que buscaba se lo mostré a Andrey.

—Quieres...

—Esa va a ser su tortura y voy a estar mirando durante todo el proceso.

—¿Todo?

—Desde el principio. —Andrey alzó las cejas y movió las páginas con información para no perderse nada.

—Esa mujer no sabe a quién ha cabreado.

—No, pero me encargaré de que lo sepa. —No sé el aspecto que tendría mi sonrisa maléfica, pero si era como la que Andrey tenía en aquel momento, la gente huiría despavorida de mi camino. Daba gusto que alguien compartiera tu sed de venganza y no te llamara loca, aunque yo misma supiese que lo estaba, pero de forma temporal.

Viktor

Cuando dije que Irina tenía una mente brillante y retorcida, aún no conocía este lado macabro suyo. Si era capaz de llegar a este extremo por Phill, eso solo quería decir que realmente era importante para ella. Nota mental, no bromear con despedirlo.

—Bobby, necesito un listado de empresas farmacéuticas y laboratorios que necesiten socios financieros. Es hora de ampliar nuestros horizontes empresariales.

—Sí, jefe. —Cogí el teléfono y marqué el número de Lena. Tenía que preparar con su fundación una manera de colaborar con el sistema de prisiones. ¿Han oído hablar del caballo de Troya? Pues nosotros íbamos a fabricar el nuestro. No íbamos a conquistar una ciudad, pero sí estábamos a punto de organizar una guerra por culpa de una mujer, y no sabría si era por Irina o por la víbora esa que mandó al hospital a Phill.

Tenía que reconocer que la chica era lista y tenía sangre fría. De haber estado en el lado

correcto, es decir, del nuestro, habría sido una gran adquisición para nuestro equipo. Salvo por esa mala vena suya que disfruta haciendo el mal y esa falta de control. Hay que tener estómago para hacer depende qué cosas, pero los que trabajan para nosotros saben que no disfrutamos causando dolor, sino que es la última opción, nunca la primera.

—¿Alguna noticia de Phill? —Fue lo primero que escuché cuando Lena contestó.

—La operación salió bien y es un chico fuerte.

—Bien, estaba preocupada.

—Te llamaba porque Irina tiene algo pensado para la bruja que le disparó y necesitaba tu ayuda.

—Oh, cuéntame, cuéntame. Me encanta cuando puedo sacar mi lado oscuro.

Capítulo 58

Irina

No tengo ni idea de cómo ni dónde tienen hoy en día sus reuniones la mafia, pero seguro que no era en una habitación de un hospital. Aprovechamos que Phill estaba dormido y que Andrey y yo estábamos solos allí. Sam había ido a buscarme algo de comer, porque habíamos «discutido» sobre que tenía que irme de allí, darme una ducha y comer algo. Lo de darme una ducha y cambiarme no era mala idea, pero lo de salir del hospital... Le pedí a Agatha que preparara una bolsa con algo de ropa cómoda y Boomer fue a recogerla. Candy estaba tratando de negociar con una de las enfermeras para que me prestaran un baño para asearme y, si eso no funcionaba, Andrey ya estaba preparando una contraofensiva.

Tenía ganas de quitarme la ropa manchada con la sangre de Phill, pero al mismo tiempo no quería quitármela. Suena contradictorio lo sé, pero hasta que lo tuve respirando junto a mí no quise desprenderme de lo único que tenía de él, aunque fuesen unas manchas de sangre. La gente me miraba algo horrorizada, pero era un hospital, al final se acostumbraban y, si no, tenía a Boomer para mantenerlos a raya, o a Serg y a Andrey. Sí, estos imponían más respeto. Candy llegó en aquel momento.

—Listo. Una enfermera muy agradable me ha indicado un lugar donde puedes ducharte y esta es la ropa que Boomer ha traído para que te cambies. —Miré a Phill, buscando algún indicio de que estuviese a punto de despertar de su largo sueño.

—Creo que todavía estará así un buen rato. De todas formas, yo voy a estar aquí. —Sabía que era así y que Sam solo pretendía decirme con aquellas palabras que no pasaría nada por alejarme de Phill por unos minutos. Así que cedí, recogí la bolsa de las manos de Candy, ella tomó mi brazo y empezamos a caminar fuera de la habitación.

—Cuando nuestro chico abra los ojos, seguro que quieres tener buen aspecto. —Bueno, eso y no ponerle más enfermo con el olor que debía desprender en aquel momento. Era una mezcla de sangre seca, suciedad del suelo y sudor. Y lo peor de todo sería mi aliento, saturado de mal café de hospital.

Serg estaba esperando en el pasillo, revisando algo en el teléfono, algo que le ponía una sonrisa en la cara. Levantó la cabeza hacia mí cuando notó nuestra cercanía.

—¿Está despierto?

—Aún no. Voy a darme una ducha y regreso.

—Buena idea, te hace falta.

—¿Estás diciendo que huelo mal? —Serg me sonrió.

—Lo has pilado rápido. Ve tranquila, los hombres cuidaremos el fuerte. —Cuando decía hombres, se refería a Sam y a él, porque salvo por Boomer que acababa de llegar, el resto estaban desaparecidos. Mo tenía que regresar al trabajo al igual que Danny, pero prometieron que regresarían en cuanto terminara su jornada.

—Volveré pronto.

Sam

Ver los ojos abiertos de mi hijo hizo que mi corazón volviera a latir con alegría. Verle tumbado

en una cama de hospital, aunque fuese dormido, era algo que no me agradaba demasiado, me hacía sentir vulnerable, los dos éramos vulnerables.

—¿Cómo te encuentras?

—Hambriento. —Su voz sonaba débil, pero al menos había vuelto a escucharla.

—Eso es bueno.

—¿Cogieron a la que disparó? —Ese era mi hijo, centrado en la amenaza, no en sí mismo.

—Sí. Andrey está trabajando para que no vea el sol ni por una ventanita pequeña.

—Bien. ¿Y el club?

—Irina ha estado gestionándolo todo por teléfono, no tienes que preocuparte por ello. Escucharle poner firme a ese tal León me hizo tener un cortocircuito mental. Creía que estaba escuchando a Viktor cuando se pone «intenso». —Phill me sonrió.

—Sí, mi mujer es una chica con carácter.

—Así que es la elegida. —Phill intentó asentir, pero desistió cuando comprendió que era difícil estando recostado.

—No quería que lo fuese, pero ya sabes cómo funcionan estas cosas. —Sí, lo sabía.

—Un día estás feliz porque nadie controla tu vida y haces lo que quieres con ella y al día siguiente no sabrías qué hacer si te falta esa guindilla picante que da chispa a tu existencia. —Irina podía parecer algo mandona, pero con Phill era de caramelo. Pude ver su miedo cuando estaba en quirófano, pude ver cómo revivía cuando entró en esta habitación. No podía negar que lo quería, y mucho. Parecía fría por fuera, pero mi hijo era el que calentaba su interior. Se parecía tanto a su primo Andrey...

—Y hablando de guindilla, ¿dónde está la mía?

—Candy la sacó a rastras de aquí para que se diese una ducha.

—Usando la artillería pesada. —Sí, Candy era mi refuerzo, porque seguro que yo no hubiese conseguido sacar a Irina del lado de mi hijo.

—Es tu fiera, no pienso pelear con ella, eso te toca a ti.

—Estoy convaleciente.

—Sí, aprovéchate todo lo que puedas. Voy a llamar a la enfermera para ver si puedes tomar algo que te dé fuerzas. —Salí de la habitación y me tropecé con Serg que estaba hablando por teléfono.

—...*volveré a llamarte cuando sepa algo más. ... Yo también te quiero, gorshok meda.* ¿Algún cambio? —El chico estaba realmente preocupado.

—Despierto y con hambre. Voy a ver si consigo que le den algo de comer. —Los ojos del muchacho sonrieron ante la buena noticia.

—Eso es estupendo. Me quedaré con él para que no vaya a buscarlo por su cuenta.

Phill

Cuando vi entrar a Serg en la habitación mi primer instinto fue salir corriendo de allí, pero estaba atado a varios aparatos médicos y mis piernas tenían ideas propias, en las que no entraba ponerse a trabajar. Así que me resigné a afrontar la ira del tipo. Ese momento tenía que llegar tarde o temprano, y qué mejor lugar para que te arrancaran alguna extremidad que en un hospital.

—Te dije que cuidaras de mi hermana, capullo.

—Lo sé. Pero...

—Dejar que te maten no es la mejor manera de hacerlo, ¿sabes lo que la estás haciendo sufrir? —Espera, ¿qué?

—Iban a dispararla.

—Eso lo sé y te estoy eternamente agradecido, pero no vuelvas a ponerte en peligro de esa manera. Usa el arma, ¡joder!, es preferible que vaya a visitarte a la cárcel que al cementerio.

—¿No estás enfadado porque estemos... juntos?

—Pues claro que no, salvo que tengas pensado dejarla y romperle el corazón, porque entonces sí que me cabrearía y mucho.

—No estaba pensado en eso precisamente.

—Entonces por mí está bien. Lo único que quería para ella era que no se enamorara de un gilipollas, y no te tenía a ti por uno de esos.

—No lo soy.

—Eso pensaba. Y ahora, ¿qué planes tenéis los dos?

—Bueno, tenemos algún plan a largo plazo, pero eso será mejor que se lo preguntes a tu hermana.

—Puede que lo haga. De momento ve recuperándote, porque cuando salgas de aquí vas a tener visita de tu familia política. —¡Ah, joder!

—¡Toda!

—Tenía pensado traer a mi mujer y a mi hijo para que conocieran a mi hermana como debe ser, pero he comprobado que ahora será una presentación bilateral. —Uf, que no estuvieran los grandes jefes implicados ya era un alivio, porque si lo analizabas fríamente, ellos también eran «familia política».

—Me parece perfecto.

—Bien. Entonces céntrate en recuperarte. —La puerta se abrió en aquel momento y mi padre entró sonriente.

—He intentado conseguirte algo de carne, pero me parece que tendrás que conformarte con algo mucho menos consistente.

—En estos momentos me comeré lo que sea con tal de llenar el estómago.

—Esa es la mentalidad.

Capítulo 59

Irina

Sabía que algo había cambiado en el momento que vi salir a la auxiliar de la habitación de Phill. La mujer me sonrió y dejó la puerta abierta para que yo entrase. Y sí, todo era diferente y, además, mejor, mucho mejor.

Phil estaba incorporado, casi sentado. La mascarilla había sido sustituida por esa gomita que se metía en los orificios nasales, gafas creo que se llamaban. Y sonreía mientras hablaba con mi hermano.

—¡Eh!, hola, hermanita. Estábamos hablando precisamente de ti.

—¿De mí? —Me acerqué hasta Phill y deposité un besito en sus labios ahora libres.

—Tu hermano piensa que no puedo comer una triste gelatina yo solo. —Phill tomó con cuidado la cucharilla de plástico de la mesa, pero antes de que fuese a coger el recipiente de la gelatina, yo ya lo tenía en mis manos y estaba retirando la tapa protectora.

—Pues claro que puedes. —Me encontré con su ceja alzada hacia mí—. Esto es solo para agilizar en asunto, nada más.

—Eso, hijo, con el hambre que tienes eres capaz de comerte hasta la tapa. —En dos bocados, Phill vació el recipiente.

—Pues sí que tenías hambre.

—Tengo hambre, esto no me la ha quitado. —Abrió el paquetito de zumo de manzana y lo exprimí en tres chupadas.

—Pues tendrás que aguantarte, hasta dentro de unas horas no habrá más —agregó Sam.

—Se supone que tengo que recuperarme, matarme de hambre no va a ayudar mucho.

—Bueno, con tu venia, mi mujer y yo nos vamos a comer algo, que nosotros no estamos a dieta. —Sam tomó la mano de Candy y salieron por la puerta.

—Tráeme algo, aunque sea un helado de esos de sabores raros. —La risa de Sam retumbó en el pasillo. Sentaba bien escucharla, porque eso era garantía de que las cosas empezaban a ir bien.

—Ups, olvidé llamar a Ella y a los demás. Tengo que decirles a todos que ya estás despierto y comiendo. —Serg empezó a caminar hacia la puerta para dejarnos a solas, como si no conociese a mi hermano.

—Esto no es comer, ni siquiera se acerca a tentempié —casi gritó Phill.

—Vaya, parece que estás mucho mejor. —Phill golpeó con su mano el colchón junto a su cadera.

—Ven aquí y dale mimos a tu marido convaleciente. —Puse cara de tipa dura, pero obedecí feliz.

—Bueno, ¿y qué clase de mimos puedo darle a mi marido el enfermito? — Su mano se alzó hasta rozar con los dedos mi mandíbula.

—De momento dame un beso en condiciones, el resto podemos ir negociándolo. —Cuando sentí los labios de Phill sobre los míos, exigiendo tanto como podía darle, agradecí el haber usado el cepillo y la pasta de dientes antes de regresar a la habitación. Tenía que agradecer a Agatha su previsión al preparar aquella pequeña bolsa para mí, pero lo haría más tarde, en aquel momento estaba ocupada, muy ocupada.

Antonella

La cárcel no es tan dura como nos hacen creer, sobre todo cuando estás allí por intento de asesinato. El resto de presas te respetan o, mejor dicho, te temen. Estaba alojada en una celda con 23 reclusas más, con las que compartía un aseo y dos retretes. De todas ellas, entre putas, yonquis y ladronas, solo había otras dos con las que pudiese igualarme y tenía un pacto no verbal de «tú no me jodes, yo no te jodo», sencillo.

La mierda de abogado de oficio que me consiguió el estado no pudo hacer nada para sacarme de allí bajo fianza. Tampoco es que tuviese mucho dinero para pagarla. El que sí estaba bueno era el ayudante del fiscal, una lástima. Seguro que era uno de esos abogados que tenía aspiraciones políticas, porque el tipo vestía bien y tenía esa pose arrogante y fría que parecía estudiarlo todo. Brrr, el tipo me ponía, qué le iba a hacer.

Pero lo peor de estar allí encerrada no era no poder catar un buen trozo de carne, ya me entienden, lo peor era la comida. Qué quieren, me he acostumbrado a comer de manera decente y la comida de prisión es una bazofia.

—¡Cruz! Tienes visita.

La que se levantó de su silla era Regina Cruz, una de las dos compañeras con las que evitaba cruzarme. La tipa tenía nombre sudamericano, pero eso, y que tenía el pelo y los ojos castaños, eran las únicas pistas de su origen latino. Era un elefante de piel blanquísima y mala leche. La bestia parda te amenazaba de muerte por tan solo mirarla. La muy puta tenía complejo de gorda, pues que hiciese dieta y dejase de robarle la comida a otras presas. Depresión decía que tenía, por eso comía, ¡ja!, lo que la idiota tenía era frustración sexual porque su hombre no hacía uso de las visitas conyugales. Y lo entendía, había que estar muy desesperado para tirarse a eso, puag, si se lavaba el pelo como una vez al mes, daba asco.

La observé mientras se acercaba a la puerta de acceso donde le esperaba la guardia. La muy idiota iba contenta, ¿sería su hombre que venía a verla?

Irina

—Ya tenemos todo lo que necesitas para llevar a cabo tu plan, prima. ¿Seguro que quieres hacerlo? Es tu última oportunidad para cambiar de opinión. —No necesité pensarlo mucho. Toda la lástima que pudiese darme aquella serpiente venenosa se esfumó en el momento que disparó a Phill. Intentó matarme y casi se lleva por delante a mi marido. Lo tenía muy claro, iba a sufrir y lo iba a hacer durante un buen tiempo, todo el camino hasta el día de su muerte.

—Tú dime que lo tienes todo y yo misma lo haré.

—Mmm, le he dado una vuelta a ese tema y tengo una solución mejor.

—Te escucho.

—Tengo a una mujer que se encargará de hacerlo.

—No quiero implicar a nadie en esto, es algo personal.

—No te preocupes, está todo bien estudiado. —Si Viktor decía eso era porque le había dado unas cuantas vueltas a su plan, pero Antonella había resultado ser una variable impredecible, no estaba dispuesta a que se escurriera entre nuestros dedos de nuevo.

—Ya nos la lio una vez. —La voz de Viktor se crispó levemente esta vez.

—Lo he tenido en cuenta, esta vez no vamos a fallar. —Tenía que creerle, porque Viktor no era de los que decía palabras vacías.

—De acuerdo. Cuando esté hecho quiero saberlo.

—Eso por descontado.

Antonella

Cruz volvió de su visita, demasiado corta para haber sido un polvo con su hombre, pero debía de haber tenido buenas noticias, porque la perra tenía una sonrisa estúpida en la cara. Cruzamos nuestras miradas cuando regresó a la sala común y la muy zorra se estiró como si así pudiese parecer más ¿qué? ¿Guapa, estilizada? Yo que sé, pero fuese lo que fuese lo que ella sabía, parecía que creía que eso la ponía por encima de mí. Tenía que tener cuidado con ella, porque eso podía darle ánimos para ponerse gallita conmigo y no me apetecía. Cuando dos perros pelean, los dos acaban con mordidas en el cuerpo.

Capítulo 60

Una semana después....

Irina

Por fin podíamos llevarnos a Phill a casa y no sabría decir quién de todos nosotros estaba más deseoso de que llegara el momento. Sam y Candy tenían que estar cansados de estar todos los días en el hospital. Serg echaba de menos a su mujer y a su hijo, así que lo entendí cuando a mediados de semana regresó a Las Vegas. A diferencia de mí, él no podía ausentarse tantos días del trabajo. Yo me apañaba haciendo el trabajo en el laptop que traía conmigo al hospital y manteniendo un continuo contacto telefónico con León. Phill habló un par de veces con sus hombres y Jesse pasaba a supervisar de vez en cuando cómo iban las cosas. Lenny se encargaba de supervisar las «recogidas» especiales. Así que todo estaba controlado. Además, el gran jefe era bastante permisivo con sus dos empleados favoritos. De algo tenía que servirme ser la prima del jefe.

Lo bueno de tener dinero, al menos la familia Vasiliev, era que me habían preparado una cama junto a la del Phill, donde pasaba las noches. Ni loca me iba a poner a dormir en la misma que Phill, él estaba herido y yo tengo la mala costumbre de trepar por él como si fuese un mono. Sin darme cuenta podía lastimarlo. Aunque lo entendía, se le notaba que echaba de menos el despertar juntos y abrazados. Yo también lo hacía, ¡qué narices! Agatha no es que estuviera de vacaciones precisamente, porque tenía que atender a TODA nuestra familia, ya que se habían apoderado de nuestra casa. Camas, comidas, ropa sucia, la mujer estaba trabajando a jornada completa. Le sugerí que si necesitaba ayuda, llamara a su hija, que gustosamente yo le pagaría, pero dijo que de eso nada, que en casa se las apañaba ella solita para hacer esas cosas y que la visita no causaba tanto trastorno en sus tareas. ¡Ja!, que había cuatro hombres en esa casa. Ya se sabe que ellos precisamente dan trabajo, no lo quitan. Tendría que pensar en cómo agradecerle ese sobreesfuerzo. Además, la mujer cuidaba de nosotros en la distancia, siempre llegaban bolsas con ropa limpia y comida para mí y para Phill. Sobre todo para Phill, porque el astuto de mi marido no hacía más que alabar su comida y lo bien que mimaba su ropa, y le encantaba decírselo en persona. Resultado, Phill se había convertido en el ojito derecho de Agatha. Este marido mío tenía un peligro con las mujeres... Y eso que no flirteaba con ninguna salvo conmigo y tenía muy claro que no miraba con admiración o deseo a nadie más que a mí. Y más le valía, porque me estaba dando cuenta de que me había vuelto muy posesiva.

Phill salió en aquel momento del baño. Se había empeñado en hacer algunas cosas él solo, porque decía que no era un completo inútil. ¿Por qué salí de allí y dejé que lo hiciera? Porque una semana de abstinencia tenía sus consecuencias, para ambos, y la familia estaba al otro lado de la puerta. Pero ya encontraríamos la manera de hacer algo en casa, cuando todos se fueran. Los quiero, pero también quiero tiempo a solas con mi marido, es más, lo necesito, lo necesitamos.

—Ya estoy listo. ¿Nos vamos? —Levanté los papeles que me había entregado el médico.

—Tengo el informe, las instrucciones y las recetas.

—Entonces nos largamos.

Sam y Candy rompieron a reír y empezamos a salir de la habitación. Al menos los hombres servían para algo, porque ni Candy ni Phill ni yo tuvimos que cargar con ninguna de las bolsas que sacamos de allí. Hay que ver lo que se va acumulando sin darse cuenta en una habitación de

hospital. Cuando sales de allí, parece que regresas de unas vacaciones en la nieve. Andrey estaba en el pasillo hablando por teléfono, no debía ser un tema demasiado privado porque si no se habría ido a otro lugar. Aunque quién sabe con él, o con cualquiera de mis primos, ellos podían estar organizando la invasión a un país extranjero sin dar siquiera una pista a los que le estaban escuchando.

—... *De acuerdo. ... Una hora.* —Colgó y nos sonrió—: ¿Listos para ir a casa?

—Intenta impedírmelo —respondió Phill.

—De eso nada. Agatha prometió tener bebidas frías cuando llegáramos y sé que hoy iba a preparar un banquete de bienvenida en tu honor. He probado su cocina, así que tengo ganas de comer cualquier cosa que haga. —Podía entenderlo, comer fuera de casa y allí donde te pillase la hora de la comida era una ruleta rusa, uno no sabía dónde se la estaba jugando.

Subimos a los coches y nos pusimos de camino a casa. Casa, me gustaba decir esa palabra. Nada más atravesar la verja de la entrada, sentí que el cansancio acumulado durante estos días se convertía en paz.

—Bienvenidos. —Oscar nos ayudó con la puerta del coche, mientras Agatha nos sonreía desde la puerta de entrada a la casa.

—He preparado un refrigerio, ¿quieren que se lo sirva en el jardín de atrás? —Mmmm, brisa fresca al borde de la piscina, con cómodas tumbonas que conseguí que mi casero nos comprara, y rica sombra para mi marido. Sonaba a pequeño paraíso.

—Sí, nos encantaría Agatha. Gracias. —Sonrió contenta y salió disparada hacia la cocina, o eso suponía.

Cuando atravesamos el vestíbulo en dirección a las puertas francesas traseras, escuché varias voces femeninas. Me giré hacia allí para encontrar a una chica joven ayudando a Agatha a colocar algunos refrescos sobre una bandeja, junto con varios vasos y hielo. Al final Agatha decidió pedir ayuda, porque esa chica no podía negar que era su hija. Me adelanté para abrirle la puerta a Phill y él me levantó una ceja como diciéndome «¿en serio?, puedo hacerlo yo».

—No te acostumbres, no voy a estar siempre a tu servicio. —Phill sonrió y sacudió su cabeza.

—La herida está en el lado derecho, sí, pero puedo abrir una puerta con la mano izquierda.

—Bueno, a mí me funcionan bien las dos. —Sentí la cachetada en mi trasero cuando pasé delante de él por la puerta. Sí, su mano izquierda también funcionaba bien. Su aliento rozó mi mejilla cuando me susurró al oído.

—Ya te mostraré las otras cosas que me funcionan bien. —Sus cejas subieron y bajaron un par de veces. Puse los ojos en blanco, pero la pequeña esposa lujuriosa que tenía dentro estaba corriendo en círculos con los brazos en alto gritando a todo pulmón «¡Sí, sí, sí!».

—El señor Andrey dice que volverá en unos minutos, que va a recoger las recetas del señor Phill.

¡Ah, vaya! Menos mal que había alguien que mantenía la cabeza en su sitio y recordaba aquellas cosas. Agatha apoyó la bandeja que llevaba en sus manos sobre la mesa de hierro y cristal y empezó a descargar lo que llevaba encima. Una cubitera bien llena y vasos con aspecto de haber salido del congelador. Una cerveza sin alcohol, de las que le gustaban a Phill, apareció junto a su mano. Tenía aspecto de estar bien fría y juro que me hubiese gustado restregar el cristal por mi cara. Agatha quitó la tapa con eficiencia y Phill no perdió tiempo en dar el primer trago.

—¡Ah, gracias a Dios! —Sentado como estaba en la silla frente a mí, se despatarró tanto como le fue posible. No esperé para servirme un buen vaso de la naranjada de Agatha y hacer exactamente lo mismo que Phill.

—¡Señor! Esto es el paraíso. —Mis zapatos cayeron en algún lugar, no me importó dónde.

—Mmm, esto está muy rico. —Abrí un ojo, ya que los había cerrado, para ver a Candy bebiendo un vaso de limonada, sentada en otra de las sillas. Sam estaba mirando su cerveza, como si le estuviese contando un chiste. Pero no dijo nada hasta que Agatha desapareció de nuevo dentro de la casa.

—Vaya, pues sí que te tratan bien por aquí. —No entendí lo que quiso decir hasta que lo vi quitar él mismo la tapa de su cerveza. Agatha mimaba solo a Phill, ya podía ser por estar convaleciente o no, pero estaba claro que las visitas no tenían sus mismos beneficios.

Capítulo 61

Irina

Escuché el coche de Andrey, pero no me di cuenta de que no había sido solo uno hasta que empezó a aparecer gente por las puertas francesas. Ahora entendía por qué la hija de Agatha estaba allí, porque ella sola no habría podido atender a tantos invitados. Vasiliev, Costas, Sokolov.... Éramos una buena cantidad de rusos para dar de comer.

—¡Piscina! —Reconocí el grito de Anker antes de verlo llegar corriendo hacia mí, darme un beso en la mejilla y salir corriendo hacia el interior de la casa.

—No quiero la ropa tirada por todas partes —gritó su madre, pero Lena ya venía negando con la cabeza y riendo. Sabía que su orden no iba a llegar a ninguna parte—. Adolescentes. Al menos ha tenido la delicadeza de saludar a su prima.

—Esto sí que es una visita —le dije a Lena mientras me acercaba a ella y la estrujaba entre mis brazos—. Gracias por venir.

—No corras mucho, todavía no sabes lo que es tener a un par de adolescentes con las hormonas revolucionadas bajo tu techo. —El adolescente que faltaba apareció sacando pecho en un bañador muy vistoso mientras seguía con la mirada a la hija de Agatha que estaba depositando algunos vasos más sobre la mesa. Sí, adolescentes, pero este ya tenía pensamientos de hombre.

—Hola, Irina. —Recibí un beso rápido en la mejilla y después le vi sonreír y tirarse de cabeza a la piscina.

—¡Cuidado! Que no tiene mucha profundidad. —Pero no sirvió de nada.

—¿Irina? —Me giré para encontrar a una sonriente mujer sosteniendo la mano de un pequeño rubio de ojos grises. No sabía quién era, ninguno de los dos, hasta que vi llegar a Serg detrás suyo, posar la mano en su espalda y tomar al pequeño en sus brazos. Era la nueva familia de mi hermano, mi nueva familia.

—¿Ella? —Vi sus lágrimas antes de sorprenderme con un fuerte abrazo.

Serg y el pequeño nos estaban observando atentamente y vi en el rostro de mi hermano la paz y felicidad que vernos juntas le producía. Cerré mis ojos para envolverme en el afectuoso calor de aquella mujer y, por unos momentos, me sentí de vuelta en la granja, en los brazos de mi madre. Y lo supe. Supe lo que aquella mujer le había dado a mi hermano y sentí una pequeña punzada de envidia, porque, de alguna manera, él tenía todo lo que yo alguna vez había deseado. Pero me alegré por él, porque después de todo lo que había padecido en Rusia, él más que nadie merecía el final feliz de los cuentos. Pero yo era una mujer que no se conformaba con esperar, conseguiría mi propio final feliz. Tenía a Phill y eso ya era mucho, solo necesitaba un poquito más y tal vez me bastaba con seguir los pasos de Serg.

—Gracias. —Sabía que se refería a mi colaboración aquel día que la ayudamos a escapar de su dañino novio.

—Casi no hice nada. —Nos separamos para mirarnos a los ojos.

—Para mí lo fue todo, una nueva vida, una vida mejor. —Volví su cabeza para mirar a sus dos hombres—. Mucho mejor. —Serg nos sonrió y se acercó para presentarme a mi sobrino.

—Y ahora es el turno de Drake. Esta es Irina, mi hermana, y ahora es también tu tía. —El niño parecía demasiado serio, no asustado, sino más bien como si estuviese estudiándome, como intentando ver algo que no pudiese ver a simple vista. Su mano se levantó hacia mí, hasta llegar a

mi mejilla.

—тетя Irina. —Su ruso infantil llevó mi corazón de nuevo al viejo hogar. Hacía tanto tiempo que no oía hablar a un niño en ruso que me emocionó. Tía Irina.

Abracé al niño y a mi hermano con un único apretón. Sentí el brazo libre de Serg apretar mi espalda para pegarme más a ellos, al tiempo que un par de bracitos se enredaban en mi cuello. No sé cuánto tiempo nuestras frentes convergieron en un único punto, pero pareció una eternidad. Parecíamos encajar tan bien... Un flash de una cámara nos sacó de nuestro momento místico, o como quiera llamarse, y al girarnos para mirar nos encontramos siendo retratados de nuevo con el teléfono de Ella.

—Sé que querréis tener esto. —Sí, yo lo quería, para poder mirarnos a los tres cada vez que me sintiese abatida.

—Los tres Sokolov —dijo Serg mientras hacía saltar al pequeño Drake en su brazo, sacándole una sonora risa.

—Ahora soy una Hendrick, pero seguiré teniendo sangre Sokolov hasta que me muera.

—Mami *med* también es Sokolov —dijo Drake. Entonces Serg y yo nos dimos cuenta de que aquella foto no estaba completa. Anker pasó corriendo en aquel momento para ir a hacerle compañía a su hermano en la piscina, pero lo aferré del brazo y lo retuve, con algo de dificultad tenía que decir, el chico tenía mucha fuerza en ese cuerpo.

—¡Eh, eh! Necesito que nos saques una foto. —El chico vaciló unos instantes, pero asintió con la cabeza y se resignó a cumplir con mi orden.

—Vale.

—Vas a sacarnos una foto como dios manda. —Phill se levantó de la silla en el momento en que me vio acercarme hacia él.

—¿Foto de familia?

—Después necesitaremos hacer una con TODA la familia, pero ahora quiero una con la mía, mi pequeña familia. —Phill asintió y se colocó detrás de mí, mientras yo acomodaba mi cabeza en su clavícula sana. Serg colocó al pequeño Drake entre nosotros y aferró protectoramente a Ella a su otro costado. Así debía ser, los hermanos Sokolov juntos y a su alrededor aquellos de los que sacaban su fuerza. Lena llegó desde un lateral casi gritando.

—¡Eh, eh! Esto no es una foto de familia hasta que estemos todos. ¿Dónde porras está mi marido? ¡Geil! Cómo puede tardar tanto en ponerse un bañador. —El aludido llegó desde dentro de la casa, poniendo los ojos en blanco.

—Tú prueba a quitarte un traje de tres piezas después de 6 horas de vuelo. —Besó fugazmente a su mujer en los labios y silbó en dirección a sus dos mojadadas fieras. —Venid aquí, hay foto de familia.

En menos de dos minutos, todos los Vasiliev, los Sokolov, los Costas y los Hendrick estábamos posando para una sonriente Agatha. Y aunque aquella foto de familia aún tuviese huecos que rellenar, nadie podía decir que no éramos una gran familia. La sangre Vasiliev era lo que nos unía.

Agatha y su hija sirvieron una excelente comida en el jardín, que me recordó a las fiestas de la recolección allí en la granja. Quizás faltaban algunos gritos más de niños jugando y revoloteando, aunque los hijos de Lena estaban haciendo un buen trabajo con su padre en la piscina. Drake y Serg eran algo más discretos, pero es que sus juegos eran algo menos... «mira lo machotes que somos».

Candy, Lena y Ella contemplaban a los «niños» mientras jugaban, Sam charlaba a la sombra con su hijo mientras compartían otra cerveza fría sin alcohol. Así que solo quedábamos Andrey y yo juntos, disfrutando de un café un poco más apartados del alboroto.

—Lo de Serg, Ella y Drake lo entiendo, pero lo de Lena y su familia... —le dije. Andrey dio un trago corto a su café y me miró de aquella manera que decía «no se te escapa una».

—La abogada que lleva el tema de Pamina quería concertar otra reunión, así que aprovechamos el viaje para que la directora de la fundación viniera a conocer a aquellos que gestionan sus asuntos aquí en Miami.

—Un buen golpe de efecto.

—Lena no quería dejar a los chicos en Las Vegas, algo sobre una infracción de las reglas o algo así, no quise entrar en ello. Y Geil, oyó la palabra Miami y decidió que le apetecían unos días libres. Creo que el pobre necesitaba sacarse de encima el traje de CEO durante unos días y le comprendo.

—La próxima vez tenéis que venir todos.

—Viktor dijo que por seguridad eso no podemos hacerlo en el mismo viaje. Nadie quiere pensar en ello, pero si el avión explota con todos los Vasiliev dentro, ¿quién quedaría para dirigir el negocio?

—Directriz 11-S. —Esa era la directriz que se empezó a aplicar en las estaciones de bomberos a partir del día de los atentados del 11-S. No se enviaría a toda la dotación completa de la estación a un suceso como ese, sino que el trabajo se lo repartirían entre varias estaciones, así no volvería a ocurrir una tragedia como aquella, en la que la dotación completa, o casi, de alguna de las estaciones cayó junto con las torres gemelas.

—Eso es.

—Tenemos que cuidarnos entonces, no hay muchos Vasiliev. —Andrey miró hacia la piscina.

—Estamos trabajando en ello, estamos creciendo. —Sí, la familia Vasiliev estaba creciendo.

Capítulo 62

Andrey

El mensaje que llegó a mi teléfono estaba bien claro, el plan ya estaba en marcha y todo iba según lo establecido. Era el momento de hacer nuestra parte. Alce la cabeza hacia Lena y ella comprendió.

—Hemos de irnos, tenemos una reunión.

Mientras Lena recogía su bolso, yo comprobé que nuestra abogada de asuntos sociales nos estaba esperando en el bufete. Lena se despidió de Geil con un pequeño beso.

—Portaos bien chicos, mami tiene que trabajar.

Dejamos a la familia disfrutando de la tarde de sol en Miami y de la refrescante piscina de Irina. Mientras ellos se divertían, los Vasiliev oscuros teníamos trabajo que hacer.

Antonella

Dolía como el infierno. Aquella maldita perra me la jugó. Antes de darme cuenta de lo que pretendían con aquel revuelo en la sala común, sentí la perforación en mi abdomen. Cruz, la maldita perra de Cruz me había clavado algo en la tripa y después había desaparecido entre el revuelo. Cuando los guardas se dieron cuenta de que estaba sangrando, entraron golpeando y me sacaron a rastras.

Me llevaron a la enfermería, pero la herida era demasiado grande así que me enviaron con urgencia al hospital. Y ahí estaba yo, recién intervenida por una herida de cuchillo en el abdomen. Esa puta me las iba a pagar. Cuando regresara a la cárcel probablemente no estuviese en situación de vengarme, pero iba a hacerlo.

La maldita medicación me atontaba, pero no había quitado del todo el dolor de la cuchillada. Las tripas me abrasaban como si hubiesen dejado un hierro al rojo dentro. Y la sábana estaba demasiado tirante sobre mi herida, justo en la puñetera herida. Estas malditas enfermeras eran unas malintencionadas, porque seguro que lo habían hecho a posta. Levanté la mano para intentar aflojar la sábana, pero mi mano no pudo ir muy lejos. Estaba esposada a la camilla. ¡Agh! Ni siquiera podía alcanzar el llamador para que una de esas estiradas viniese a ayudarme con esto.

La puerta se abrió en aquel momento y una de esas enfermeras entró en la habitación.

—¿Necesitas ayuda? —Podía responder lo que tenía a punto de salir de mi boca, pero siempre se consiguen más cosas mordiéndose la lengua.

—La sábana me aprieta sobre la herida. —La mujer se acercó hasta mí, dejando lo que traía sobre la mesita a mi izquierda. Tiró un poco de la sábana para liberar la presión, pero no del todo.

—Sé que duele, pero tiene que estar así para ayudar en la recuperación. Así se consigue contener posibles hemorragias. —Al menos la tipa era agradable y parecía saber de lo que hablaba. Tienen razón, cuando te explican las cosas lo ves de otra manera. Dolía, pero eso me mantenía viva.

—Gracias. —Me sonrió afable y procedió a realizar su trabajo. Esperaba que el contenido de la jeringuilla que me estaba metiendo fuese el calmante que necesitaba—. ¿Eso es un calmante? —La enfermera apartó unos segundos los ojos de la jeringuilla para mirarme.

—No lo es, lo siento. Puedo consultar si es posible administrarte otro calmante.

—Sí, esto duele como el infierno. —Retiró la jeringuilla vacía y volvió a conectar el dispensador para que el suero volviese a caer de nuevo.

—Bueno, esto ya está. Volveré en unas horas para la siguiente dosis. —La enfermera se fue y yo empecé a cerrar los ojos. No sé si sería porque aflojó la sábana o por lo que me había metido en el cuerpo, pero me sentía algo mejor, así que intenté dormir un poco.

Irina

Gracias a la ayuda de la hija de Agatha todo pareció ir sobre ruedas. Éramos demasiados para dos personas, sí, porque yo ayudé tanto como pude, era mi casa, tienen que entender. Pero doce personas eran demasiadas. Habitaciones, baños, comidas... Aquello era un pequeño manicomio, y eso que solo había tres niños en la casa, bueno, uno y dos jóvenes hombres. Era mucho trabajo, pero tenía que reconocer que me gustaba ese jaleo.

Pero igual que vinieron, se fueron. Solo dos días y una noche y se fueron todos. Estaba bien eso de tener un avión privado que alzara el vuelo a la hora que uno quería. Despegar de noche hacía que pasaran la totalidad del vuelo durmiendo. Drake era el más pequeño, pero algo me decía que iba a ser el que menos problemas iba a dar en el viaje. Se le veía tan... formal. Sentí una ligera presión sobre mi hombro y no necesité girarme para saber que Phill estaba detrás de mí dándome uno de esos besos suyos.

—Por fin solos. —Giré sobre mí misma para envolver mis brazos en su cuello. Al instante sus manos estaban aferrando mi cintura.

—Lo hemos pasado bien. —Él puso esa cara de «pero yo quiero más, mami».

—Yo tenía pensado hacer otras cosas cuando saliera del hospital. —Lo sé, entre su herida y el miedo a hacer algún ruido que pudiesen escuchar nuestros invitados, ambos habíamos reprimido nuestras ganas de asaltar al otro.

—Mmm, aún no estás recuperado del todo, marido. —Sus labios robaron un beso de los míos.

—No sé si voy a poder aguantar tanto. Eres una maldita tarta de chocolate al alcance de mi mano. —¿Y me lo decía él a mí? Pude sentir esa maldita erección golpeando mi trasero aquella mañana y estuve a punto de lanzarme sobre él y cabalgarlo como un caballo salvaje que... Un momento.

—Bueno, se me ocurre una manera de calmar a este pequeño. —Llevé una mano a su entrepierna y apreté al pequeño que empezó a crecer—. Pero tendrás que hacer todo lo que te diga, sin rechistar. —Su frente cayó sobre la mía, sabía que había ganado sin haber presentado batalla.

—A estas alturas ya deberías saber que el pelele de tu marido hará cualquier cosa que le pidas.

No sé qué es lo que se entiende por un sumiso, pero estaba segura de que Phill no lo era. En el trabajo supo imponer su criterio cuando no estaba conforme con mis decisiones, y no iba a ser la última vez que mi hombre se impusiese. Yo era la jefa, su superior, y él no tenía ningún inconveniente en recibir órdenes de una mujer. Tenía muy claro cuáles eran nuestros papeles. Fuera del trabajo los rangos desaparecían, éramos solo una pareja normal. Pero he de reconocer que a mí me gusta ser una mandona en todas partes y a Phill le ponía esa faceta mía. Era solo un juego que nos gustaba a ambos.

—Entonces ven conmigo. —Lo tomé de la mano y lo arrastré hacia el jardín trasero. Phill pareció adivinar mis intenciones.

—Tenemos a alguien vigilando el perímetro, ¿recuerdas? —Levanté una ceja hacia él y le guie hasta una de las tumbonas. La cogí y empecé a arrastrarla. Le hice un gesto de enfado cuando le

pillé intentando ayudarme, pero como chico obediente que es, se apartó. Coloqué la tumbona en el lugar que quería y después le tendí de nuevo la mano. Phill la cogió y se dejó arrastrar.

—Siéntate. —Él lo hizo y yo me coloqué a horcajadas sobre su regazo.

—Esto me va a gustar. —Sus manos empezaron a ascender desde mi trasero hacia mis hombros, pero le detuve.

—Ah, Ah. Tú no te mueves.

—No sé si... —Amenacé con levantarme—. ¡Vale, Vale! —Sus manos cayeron hacia abajo. Las llevé hasta la estructura de la tumbona.

—Agárrate aquí. —Él obedeció. Me incliné hacia adelante, hasta que mis labios rozaron la piel de su oreja—. Esta noche voy a ser tu amazona.

Phill no podía elevar mucho el brazo derecho ponerse una simple camiseta de algodón era algo complicado y por eso llevaba puesta una camisa con botones, porque meter el brazo allí era más cómodo y menos doloroso. Él médico inmovilizó el brazo para restringir los movimientos, pero Phill, como buen hombre que era, lo mandó a la basura en la primera ocasión que tuvo.

No iba a quejarme por ello, sería inútil, y, además, aquellos botones... Fui soltando uno a uno mientras dejaba al descubierto su tersa piel. Evité tocar cerca de los apósitos que cubrían sus cicatrices, pero no me sentí intimidada, sabía dónde no debía llegar. Mis dedos se deslizaron lentamente, rozando cada vez que podían su suave y cálido cuerpo. Soy mala, lo sé, por eso me gusta raspar con las uñas su sensible estómago y, si puedo, un poquito más abajo. Me gusta escuchar cómo contiene su respiración cuando lo hago, como en aquel momento.

Alcé la vista para ver sus ojos atrapados en el lugar en que mis dedos estaban desatando el botón de sus jeans. Podía sentir a su «pequeño amigo» desesperado por salir a respirar, cómo iba creciendo a medida que bajaba la cremallera. Cuando tiré del elástico de sus calzoncillos hacia abajo, la fiera saltó hacia mí, deseosa de alcanzarme. Sonreí maliciosamente, porque tenía planes para él. Una suerte que llevara un vestido veraniego y un tanga pequeñito, porque iba a venirme muy bien. Me alcé un poco hacia arriba y hacia delante.

—Ahora vamos a meter esa espada en su funda.

—¡Jesús! —¡Síííí! Esa espada entraba un poco justa, pero.... Mmm, en estos casos eso era bueno, muy bueno.

Impuse un ritmo lento, pero cuando la cosa se puso intensa, tuve que aferrarme a algo y elegí el respaldo de la tumbona. Llegó un momento en que una de las manos de Phill se posó sobre mi trasero para ayudarme con el ritmo y entonces sentí el metal en su dedo. Ese anillo, pareja del mío, lo coloqué allí en el momento en que nos dieron la noticia de que podíamos irnos a casa. Antes de darle la ropa, lo primero que hice fue colocar el anillo en su dedo. Eso era lo principal, demostrar a todos que estábamos unidos.

—Eres mi mundo —me dijo, y maldita fuese si él no se había convertido en el mío.

Capítulo 63

Lena

Sentaba genial volver a formar parte de los planes maquiavélicos de mis hermanos. Una reunión con la abogada que llevaba el caso de la pequeña Pamina, una visita al hospital, otra reunión con la junta directiva que gestionaba la prisión y otra pequeña paradita en el hospital. Un poco estresante, pero sentaba estupendamente sentir la adrenalina correr de nuevo por mis venas sin que fuese porque Geil empezaba a soltar su estricta corbata al tiempo que caminaba hacia mí con esa mirada de «voy a comerte entera».

El trabajo estaba hecho, al menos por mi parte. Ahora quedaba ver si todos mis pasos nos habían llevado al lugar al que queríamos llegar. Sí, lo sé, dependía de más cosas, pero me hacía sentir importante pensar que mi participación había sido decisiva.

Me giré en la cama para encontrar a Geil mirándome con esa cálida sonrisa suya. No podía quejarme, él era el único que era capaz de calmar mis ansias. Siempre fue así, yo era el culo inquieto y él quien me aportaba serenidad.

—Tenemos que repetirlo otra vez. —Me recosté sobre el cuerpo de mi marido, apoyando la barbilla sobre su pecho.

—Necesitabas unas pequeñas vacaciones. Trabajas demasiado. —Su mano acarició mi espalda arriba y abajo.

—Gestiono un conglomerado de doce empresas, Lena, controlarlo todo es la base de mi día a día.

—Tendrías que delegar algo más, cariño.

—Tendría que hacerlo, pero es difícil encontrar alguien de confianza. Además, cuando consigo aligerar mi carga, aparece tu padre o alguno de tus hermanos y trae otra empresa más. —Mi ceño se frunció.

—Tendré que hablar con ellos.

—No me estoy quejando.

—Pero yo sí. Quiero disfrutar más de mi marido.

—Hagamos un trato. Yo intentaré tomar más tiempo libre, pero tu tendrás que ayudarme a preparar a mis sucesores. Cuando escuché la última palabra mi cerebro se puso alerta.

—¿Quieres que los niños se conviertan en tu relevo?

—Ahá.

—Pero todavía queda tiempo para eso.

—Yo tenía su edad cuando tomé la decisión más importante de mi vida.

—¿Ah, sí, y cuál fue?

—Iba a devolverle a tu familia todo lo que había hecho por la mía. Y mira el premio que conseguí al hacerlo. —Su cabeza descendió hasta besar mis labios. Él me consideraba su premio, pero el gran trofeo me lo había llevado yo. Un marido que me complementaba y me comprendía, además de dos hijos sanos, fuertes, inteligentes y totalmente incontrolables.

Irina

Estaba recostada sobre el lado sano de Phill, dejando que el tiempo pasara. Tenía algo en mí

cabeza que necesitaba sacar, algo que quería, debía, contarle, pero era difícil encontrar el momento, encontrar la manera y, sobre todo, encontrar la fuerza. Porque era una parte de mi pasado que quería dejar ahí, en el pasado, porque dolía, sobre todo ahora que tenía al alcance de la mano todo lo que me había negado, que deseaba. Una familia.

—¿Estás bien? —No sé cómo siempre lo detectaba, pero Phill tenía un radar especial para saber que algo importante rondaba mi cabeza.

—¿De verdad estamos juntos en esto? —Su mano se movió hasta tomar la mía, entrelazando nuestros dedos, el metal de su mano pegado al mío.

—Hasta dónde tú quieras, como tú quieras.

—¿Por eso estás dispuesto a formar una familia conmigo?

—Amarte, protegerte, cuidarte... A ti y a todos los miembros que formen nuestra familia, lleven nuestra sangre o no.

—De eso... de eso quería hablarte. —Phill intentó ocultar una sonrisa, y odiaba ser yo la que la aplastara sin compasión.

—Te escucho.

—Yo... no puedo tener hijos. —Sentí su cuerpo tensarse debajo de mí. Esperé unos segundos antes de hablar.

—¿Deseas contármelo? —No me gustaba mucho la idea, pero se lo debía.

—Fui joven, confié en quien no lo merecía, cometí errores... El resultado es que terminé en urgencias de un hospital con un embarazo extrauterino del que no tenía conocimiento. —Recosté mi mejilla sobre su corazón, dejando que su latido guiara el paso del mío—. Viste el hospital en el que estaba mi padre, no tengo que explicarte cómo es la sanidad en Rusia para los que no tienen muchos recursos. Sobreviví, es lo mejor que puedo decirte. Pero pagué un alto precio. Aún estaba convaleciente en la cama del hospital cuando me dijeron que no podría tener hijos. —Sentí cómo me apretaba contra él.

—Estás aquí, para mí es suficiente.

—No se lo había contado a nadie, ni siquiera a mi familia.

—¿Por qué? No tenías que llevar esa carga tú sola.

—Una mujer que no puede tener hijos... De donde yo vengo no serviría para el matrimonio, y si no te casas, has fracasado. Costumbres de las zonas rurales.

—Menos mal que ahora estás en una gran ciudad, has demostrado que el fracaso nunca puede unirse a tu nombre y además has encontrado a un hombre que te quiere tal y como eres. Yo creo que puedes volver y darle a todas esas costumbres una buena patada. —Phill sí que sabía cómo hacer que me sintiera bien, más que nada, porque tenía razón.

—No pienso regresar, aquí tengo todo lo que quiero. —Apreté su cuerpo para que supiera que él era lo que realmente quería por encima de todo.

—¡Auch! —Di un respingo cuando me di cuenta de que le había hecho daño.

—¡Oh! Lo siento, lo siento. —Su brazo se aferró a mí y me recolocó de nuevo sobre él.

—Este es tu sitio, solo tienes que tratarlo con cuidado. —Depositó un pequeño beso sobre la piel de su pecho y sonreí.

—Mi sitio.

Mi teléfono recibió un mensaje, pero no quise mirarlo en aquel momento. Lo hice media hora más tarde y encontré algo que me hizo sonreír. Había muchas maneras de hacer pagar a Antonella por lo que hizo y yo escogí una que la haría sufrir durante mucho tiempo. ¿Que cómo di con esa idea? Pues por el paciente que estaba en la habitación frente a la de mi padre en Moscú. Hable con su hija durante muchos días, en los que compartió los sufrimientos y penurias que habían

vivido durante años, sabiendo que no había una buena salida para ellos. Cuando estuve esperando en la sala de aquel hospital, lo recordé y deseé que aquella maldita serpiente sufriera como merecía. Era una Vasiliev, como decían mis primos, mis precios eran muy altos.

—*El ratón ha sido inoculado.*

Bien, eso quería decir que debía esperar a que surgiesen los primeros síntomas y entonces...

Danny

Salí del ascensor revisando mi bolso en busca de las llaves de casa. Cuando las tuve en mi mano, levanté la cabeza para encontrarme con unas piernas tendidas en el suelo.

—¿Pamina? —La niña levantó la cabeza hacia mí.

—Hola, Danny. —Casi que no necesitaba preguntar el motivo por el que estaba allí, pero, aun así, quería estar segura.

—¿El novio de tu tía está otra vez de visita?

—Ahá. Salí de ahí antes de que me mandaran fuera. —Entonces hice lo que debía.

—¿Te apetece tomar un chocolate caliente con galletas? —Pamina cerró su cuaderno de tareas y me sonrió.

—Sí, claro.

Capítulo 64

Danny

Es imposible ver a un niño con los morritos manchados de chocolate y no sonreír al tiempo que luchas contra las ganas de pasar una servilleta por su cara. Su pequeña lengua rosada intentaba recoger tanto como podía, pero no alcanzaba a todas partes. La puerta de casa se abrió dando paso a un sorprendido Mo.

—Hola, Pamina. —Se acercó a mí para depositar un besito en mis labios—. Espero que quede algo de chocolate para mí.

—Te pondré una taza, señor goloso. —Mo me sonrió como un niño grande.

—Y dime, ¿a dónde va tu tía de viaje? —Las dos le miramos con confusión, pero yo fui la primera en hablar.

—¿Viaje?

—No se va de viaje —añadió la niña. Mo se rascó la barbilla de forma pensativa.

—Pues acabo de verla irse con una maleta y colgada del brazo de un tipo.

De las dos creo que la más sorprendida fui yo. No tenía que preguntarle a Mo si estaba seguro, los dos conocíamos a la tía de Pamina y si uníamos una maleta de viaje a...

—¿Tienes llaves de casa? —Pamina sacó un par de llaves de su bolsillo. Al menos era previsora.

—Sí.

—¿Quieres que vayamos a comprobarlo? —me ofrecí.

Ella alzó los hombros como si realmente no le importara y eso me alarmó. ¿De verdad sentía tanto desapego por su tía que no le importaba que la hubiese dejado sola? O ¿tal vez es que esperaba que eso ocurriese? ¿Acaso no era la primera vez que pasaba? De todas formas, la niña no parecía asustada por el hecho de quedarse sola de manera repentina. Trece años sí, pero aún seguía siendo una niña, por muy responsable y autosuficiente que fuese.

Mo entendió que sería algo violento el que entrásemos los tres en la vivienda, por eso se quedó observando desde la puerta de entrada de nuestro apartamento. Pamina abrió la puerta y las dos entramos en el apartamento. La puerta de la habitación de su tía estaba abierta, su armario medio vacío y ella no aparecía por ninguna parte. No podía estar más claro, la habían dejado sola.

No podía abandonarla en aquella casa, pero traerla a la nuestra no era la mejor opción, porque Mo y yo vivíamos en un apartamento de una habitación y no era apropiado tenerla durmiendo en el sofá. Como tampoco lo era que nosotros entrásemos en su casa, eso era allanamiento. La situación era complicada y tenía demasiadas connotaciones que debían tenerse en cuenta. Así que hice lo que tenía que hacer, pedir ayuda especializada.

—Andrey, te necesito.

Andrey

Cuando Danny me dijo lo que había ocurrido, mi mente automáticamente se puso a buscar soluciones. La primera era encontrar un lugar para la pequeña, porque los trámites burocráticos llevan su tiempo y, por lo que sabía de la forma de actuar en estos casos, lo primero era poner en conocimiento de asuntos sociales el abandono de la menor. La llevarían a un centro de acogida y,

una vez ahí, las cosas podían ralentizarse considerablemente. Así que, de momento, le aconsejé que por esta noche la niña durmiese en su sofá, mientras hacía unas averiguaciones y trazaba un plan de ataque con la abogada de Miami.

Lo primero que hice fue llamar a nuestro hombre, el que estaba vigilando los pasos de Hanna Wilson. Necesitaba saber qué había ocurrido. ¿Una escapada romántica? Raro un martes. Su novio parecía tener aquí un papel importante, así que le pedí a Bobby que le identificara y me diera tanta información sobre él como pudiese. Y al equipo jurídico de Miami le pedí que se fuese preparando, porque íbamos a movernos. Lo que no hice fue llamar a Irina, porque de momento, quería tener un plan de actuación antes de ponerla sobre aviso.

Estaba en el despacho de casa, revisando toda la legislación sobre el tema cuando recibí una videollamada de Bobby.

—¿Encontraste algo interesante? —El tipo sonrió.

—Teníamos que haber empezado por el novio de la chica, jefe.

—Suena a que me vas a dar buenas noticias.

—No sé si le servirán de algo, jefe, pero tienen mucha miga.

—Cuéntamelo todo.

—Resulta que es un exjugador de los Miami Dolphins que está en plenos trámites de divorcio de su segunda mujer. Se rumorea que puede salirle la broma por más de la mitad de su patrimonio. Lo interesante de todo esto es que resulta que Hanna trabaja en el bufete que representa a su todavía esposa. Y más interesante aún es el hecho de que mañana tiene la vista preliminar con el juez del divorcio. Si además de eso, le sumamos una pequeña cantidad que ha aparecido en una cuenta a nombre de Hanna...

—Más claro imposible.

—Bueno, me he tomado la libertad de rastrear el teléfono móvil del tipo y lo he localizado en un hotel de Miami. Por lo que supongo que acudirá a su cita en los juzgados con normalidad y después hará uso de cierto pasaje de avión que le llevará a él y a su novia a un lugar con playas y sol, pero un poco más alejado.

—El tipo lo tenía todo calculado.

—Supongo que aprendió de su primer divorcio. —Si no me confundía, Hanna no sacaría gran cosa de todo esto. Cuando todo el asunto se enfriase y el tipo se cansara de ella, le daría la patada. Entonces, como si una pelota golpease en mi cabeza, una idea surgió con fuerza. Sería recurrir un poco a los viejos métodos, pero, ¡mierda!, el riesgo merecía la pena.

—Quiero el destino de esos dos, el nombre del hotel en el que se van a alojar, las fechas de entrada y salida, su número de habitación, su localización GPS en mi teléfono y un plan de vuelo para nuestro avión para esta misma noche.

—Sí, jefe.

—Quiero salir a las diez de la noche de aquí. Tienes algo más de tres horas.

—Para el avión vale, el resto tardaré un poco más.

—Entonces, cuando lo tengas, quiero un plan de vuelo de ida y vuelta para ese sitio.

—Sobre qué horas y qué fechas, jefe.

—Quiero que nuestro avión sea el que aterrice detrás del suyo y, con respecto a la vuelta, mejor te informo desde allí.

—Sí, jefe. Me pongo a ello. —Nada más colgar, una voz sonó desde la puerta del despacho.

—Así que piensas irte. —Robin tenía a Nika recostada sobre su hombro, completamente dormida. Caminé hasta ellas y tomé a mi pequeña para recostarla sobre mí de igual manera. Eso sí, después de besar a su madre.

—Un viaje corto. Tengo algo de papeleo que tramitar en Miami. —Robin se cruzó de brazos y alzó una de sus cejas hacia mí. Sí, era imposible ocultarle algunas cosas.

—Desembucha.

—Tengo una idea para conseguir que la niña que te mencioné pase a estar bajo el cuidado de Irina.

—Y, me imagino, requiere de algún retorcido plan de esos que soléis maquinan los hombres de esta familia. —No había recriminación en su voz, sino más bien... diversión y expectación. ¡Ah, no!, no pensaba dejarme embaucar por esta mujer mía.

—Algo así. Pero te prometo que será algo rápido. Ni te darás cuenta de que me he ido.

—Eso seguro. —Se giró y empezó a caminar hacia las escaleras donde gritó—: ¡Paul!, prepara las maletas, nos vamos de viaje. —La respuesta de mi servicial mayordomo llegó rápida, porque salió del cuarto de la plancha para caminar, bueno, correr, detrás de mi mujer.

—¿Será por muchos días? ¿A qué tipo de clima? —Robin se giró hacia mí para ponerme esa expresión suya de «contesta». Sé que puse los ojos en blanco.

—Miami, 4 o 5 días. —Robin giró hacia delante y siguió el camino hacia nuestra habitación.

—Prepara ropa para diez días, bañadores, la cuna de viaje de Nika...

—Necesitará las papillas, algunos pañales para la noche... —No quise seguir escuchando, y ese fue mi primer error. El segundo fue llamar a Viktor en busca de ayuda. ¿Y qué conseguí? Estar en un avión destino Miami, con mi mujer y mi hija sentadas frente a mí y Paul dos asientos más atrás con Stuff, que además de ser uno de los hombres de mi hermano Viktor, era el novio de mi mayordomo. Señor, ¿cuándo me convertí en un blando? Miré la sonrisa de Robin sentada a mi lado. No, no era cuándo, sino con quién. Por esa mujer haría cualquier cosa y ella lo sabía. ¡Maldita sea!

Capítulo 65

Irina

Estaba preparada para ir al trabajo y hacer algunas gestiones en el club, cuando la puerta principal se abrió y empezó a entrar gente. Ver a Andrey aparecer como Pedro por su casa ya se estaba convirtiendo en una costumbre, pero la sorpresa llegó detrás. Robin corrió hacia mí y me abrazó.

—Cuánto tiempo sin verte. —Se separó de mí para estudiarme—. Has adelgazado y estás más rubia. —Volví a estrujarme, pero me dio tiempo a ver sus ojos llorosos.

Detrás de ella caminaba el mayordomo de Andrey con la pequeña Nika en sus brazos. El hombre parecía examinar la casa como si estuviera estudiando una etiqueta de un refresco. Realmente no sabía qué decir, pero, como siempre, había alguien que sí estaba más puesto en reaccionar deprisa. Phill.

—Llegáis a tiempo de desayunar, ¿os apetece un poco de bizcocho? Lo ha hecho Agatha. —Fue mencionar la palabra bizcocho y el mayordomo y Robin estiraron el cuello como si fueran suricatos.

—Sí que me apetece, tengo hambre. —Esa fue Robin. Secó sus lágrimas con la mano y caminó hacia Phill. Andrey hizo un gesto que entendí como «embarazada» y movió los labios para articular la palabra «hormonas». No necesitaba más explicación.

Menos mal que Agatha estaba en la cocina, porque en un santiamén había desayunado para todos sobre la mesa. Cuando la sorprendí dándole un poquito de bizcocho a Nika, supe que el puesto de mimado de la casa acababa de ser reasignado. Estaba cantado, la herida de Phill no podía competir con aquella muñequita rubia de ojos azul grisáceos y mofletes regordetes.

—Supongo que no has venido hasta aquí para bañarte en mi piscina. —La pregunta se la hice a Andrey, pero la respondió Robin antes que él.

—Yo sí, él ha venido a trabajar. Asuntos Vasiliev, ya sabes de qué va la cosa. —Miré a Andrey y él sonrió mientras negaba con la cabeza. Tenía que averiguar de qué se trataban esos asuntos. Quisiera o no, Miami era mi jurisdicción.

—Tengo una reunión con los abogados de Miami que llevan el caso de Pamina. —No pude esperara para preguntar.

—¿Hay novedades?

—Las hay, pero aún tengo que averiguar si son buenas o malas.

—Eso no suena alentador. —Andrey estiró una mano para tomar la mía en su puño.

—Déjame el papeleo a mí, es mi especialidad. —Le di una pequeña sonrisa de consentimiento.

—De acuerdo.

—Bien. Tú cuida de mis chicas mientras tanto.

—Tenemos un trato.

—Vale, mi marido se va a trabajar. ¿Quién sabe dónde hacen ese espectáculo en el que se puede nadar con delfines? —¡Ah, no! Yo estaba aprendiendo aún a nadar, todavía parecía un perro. Tenía que escapar de allí.

—Lo siento, yo tengo que ir a trabajar también. —Instintivamente todos volvieron la vista hacia Phill.

—Ah... yo estoy aún convaleciente, no creo que pueda meterme en un tanque de esos a nadar

con peces.

—¿Quién ha dicho que te vayas a meter tú? —Robin le recriminó. Andrey casi se atraganta con el café mientras trataba de no reírse.

Andrey

Recogí toda la documentación que había pedido que elaborara el equipo de Miami. Sé que los tenía muy despistados por esa petición, pero no era plan de contarles cómo iba a conseguir lo que me proponía. Ellos solo tenían que darme las herramientas necesarias para hacer que fuese legal, muy legal. Y, sobre todo, que quedase bien atado. De hacer que sucediera me encargaba yo.

—¿Tienes lo que te pedí? —Tenía a Bobby al teléfono.

—Destino confirmado, jefe. Plan de vuelo tramitado. El avión le espera en la pista para despegar en una hora. Necesitará su pasaporte y unas buenas gafas de sol.

—Tengo todo lo que necesito encima, Bobby.

—Le podía haber reservado un billete en *bussines class* en el mismo avión en el que viajarán ellos, jefe. Es un vuelo regular de menos de una hora.

—Lo sé. —No iba a darle explicaciones de por qué quería salir rápidamente de aquella isla cuando terminase mi trabajo. Las negociaciones podrían tornarse algo «hostiles», por eso llevaba a Stuff conmigo. Iba a salir de allí con el trabajo hecho y estaba dispuesto a traspasar más de un límite.

—Le tendré un plan de vuelo abierto para el regreso entonces. —Buen chico.

Entré en el coche que me estaba esperando, Stuff cerró mi puerta y, en cuanto estuvo dentro Jesse, el hombre de Phill, arrancó el vehículo.

—Vamos al aeropuerto.

—Sí, señor.

Dos horas y media después, estaba sudando como un pollo debajo de mis pantalones de lino. ¡Maldita humedad! En Las Vegas era otro tipo de calor lo que teníamos que soportar. Pero yo no estaría allí mucho tiempo. Miré de nuevo el teléfono, donde la señal del tipo ese parpadeaba con fuerza. Podía verlos tendidos sobre dos hamacas en la playa privada del hotel. Hora de empezar con el juego.

Le hice una seña con la cabeza a Stuff y este hizo lo propio con uno de los camareros de playa. El muchacho llegó hasta ellos para transmitirles el mensaje que habíamos pactado. Aquellos dos se levantarían en tres, dos... Se ponían en pie. Por mucho dinero que tuviese el tipo, nunca se rechaza un masaje relajante por cortesía del hotel. Primera parte del plan, en marcha.

El grupo de fans de fútbol ya estaba prevenido de que había una estrella alojada en el hotel, solo necesitaba poner un foco sobre él para que se lanzaran como hienas a la caza del famoso. Muchos ni siquiera sabían quién era, pero es lo que tienen las celebridades, todos quieren tocarlas para ver si se les pega algo de su brillo. Además, lo que ocurría con los tipos como el novio de Hanna era que se morían por regresar a sus tiempos de gloria, cuando eran realmente estrellas de primera fila y no una simple bombilla. En otras palabras, no se sabía quién era la luz y quién la polilla.

Cuando la pareja entró por las puertas, el grupo de fans saltó sobre el tipo en cuanto alguien levantó la liebre. Sí, fui yo, se me da bien manipular a la gente para que haga ese tipo de cosas. Antes de que me relacionaran con ellos, emprendí el camino hacia la pequeña sala que había comprobado que estaría vacía y donde no nos molestarían. Entré dentro y me senté en el sillón de quedaba frente a la puerta. Solo esperé unos minutos, y la chica entró guiada por Stuff. Como

había calculado, el tipo la mandó a la habitación para evitar que les sacaran fotos juntos y destaparan su vinculación.

Stuff cerró la puerta tras ella, quedándose fuera. Esa era la parte de «que nadie nos moleste».

—¿Quién es usted? —preguntó.

—No soy su amigo, pero puedo convertirme en su peor enemigo, señorita Wilson. —Al escuchar su nombre, ella comprendió que no estaba allí por equivocación.

—¿Qué quiere? —Dejé el teléfono sobre la mesa justo en ese momento porque quería que se fijara en él.

—Me gustaría tener una charla con usted, Hanna. Por favor, tome asiento. —La mujer dudó, pero no era por miedo. Estaba claro que estaba más enfadada que atemorizada y eso tenía que cambiarlo—. No debe tenerme miedo, Hanna, no muerdo, de momento. —Sí, vi cómo cambió la situación a mi favor. Nada mejor que decirle a una persona que no tenga miedo para que se asuste.

—¿De qué quiere charlar? —Hora de la tercera parte, la negociación. Esta era mi favorita.

Capítulo 66

Andrey

—Quiero que piense en su sobrina, Hanna. La ha dejado abandonada a su suerte allí en Miami. ¿Qué cree que pensará asuntos sociales sobre eso? Una niña de apenas trece años sola en un apartamento, sin el cuidado ni supervisión de un adulto. ¿Qué cree que va a ocurrir con ella?

—Es una niña lista, sabrá cuidarse sola hasta que vuelva.

—Esa es otra cuestión, Hanna. Usted no quiere volver. La niña es un lastre para su vida. —Vi que sus hombros se ponían rígidos, había acertado.

—Claro que voy a volver.

—¿Y si yo le ofreciera una solución?

—¿Qué quiere decir? —Extendí los primeros documentos que tenía preparados sobre la mesa para que llegaran a ella. Sin prisa, sin romper el contacto visual.

—Cédame la tutela de la niña y no tendrá que volver a preocuparse de ella nunca más. —Sus ojos se entrecerraron.

—¿Para qué quiere a la niña? ¿Quién es usted?

—Represento a una fundación que está dispuesta a hacerse cargo de ella.

—¿Cómo sé que no quieren convertirla en una puta o traficar con sus órganos?

—Para eso no necesitaríamos su consentimiento, Hanna. Simplemente cogeríamos a la niña y haríamos lo que quisiéramos. Usted es inteligente, para hacer eso que usted dice no necesitamos la tutela legal de la niña.

—¿Por qué está usted aquí? ¿Por qué están tan interesados en ella?

—Por qué estoy aquí es sencillo, yo he venido a donde usted está. El por qué tampoco es difícil de imaginar. La fundación Blue Star localiza personas que necesitan de su ayuda y hace todo lo posible por darles lo que necesita.

—Entonces denos dinero, es lo que necesitamos. No tienen que hacer esto de la tutela.

—Veo que no lo ha entendido. La fundación no va a ayudarla a usted, sino a la niña, y lo que ella necesita es alguien que realmente se ocupe de ella y sus necesidades personales. Usted no es la indicada para hacerse cargo de Pamina. Ni sabe cómo hacerlo, ni puede, ni mucho menos está motivada para hacerlo.

—Usted no sabe...

—Se equivoca, lo sé todo. ¿Cómo cree que he llegado hasta aquí? —Su rostro perdió algo de color.

—¿Usted...?

—Sé quién es su novio, sé por qué están en este hotel, sé de quién se esconden y lo más importante, sé qué han hecho. Así que, señorita Wilson, puede firmar estos documentos de forma voluntaria o podemos empezar a sacar todos sus trapos sucios y empezar con las amenazas.

—Es usted un despreciable chantajista.

—Soy lo que sea necesario ser. Ahora chantajista, después... quién sabe. —Hice crujir mis nudillos delante de ella, tenía que quedarle claro que estábamos hablando de fuerza física hostil, muy hostil.

—¿Y si no quiero firmar? —Cogí el teléfono y empecé a pasar una a una las fotos que tenía de ellos y que había sacado en varios lugares en el día de hoy. Saliendo juntos del aeropuerto con sus

maletas, registrándose en el hotel, tomando el sol en la playa...

—Hay que ver lo que avanzan las nuevas tecnologías. Cualquiera puede sacarle a uno unas fotos con su teléfono y en cuestión de minutos estar en la prensa, la televisión... incluso en las manos de los abogados de cierta mujer. —La vi contener la rabia, pero al mismo tiempo noté que iba cayendo en mi red. No tenía escapatoria y lo sabía.

—De acuerdo, firmaré. —Le tendí un bolígrafo y me dispuse a ejecutar la siguiente parte del plan. Necesitaba una prueba gráfica de que aquellas firmas eran reales, así que la grabé en vídeo.

—Debe firmar en los lugares señalados. —La mujer firmó uno a uno en los lugares indicados y después empujó los impresos hacia mí.

—Sabe que esto no sirve de nada si declaro que los firmé bajo coacción o que he cambiado de idea. Pasa muy a menudo. —No cogí los papeles, tan solo clavé mi mirada sobre ella y sonreí. No tenía ni idea de con quién estaba hablando, pero se lo dejaría bien claro.

—Supongo que aprendió mucho trabajando en ese bufete de abogados, ese mismo del que han desaparecido ciertas pruebas que perjudicaban a su novio. —Hanna se puso rígida en su silla.

—No tiene pruebas de que haya sido yo. —Entonces hice algo que había aprendido de Viktor, algo que le había visto hacer en algunas ocasiones y que conseguía que incluso yo apretara el culo, porque daba miedo. Ladeé mi cabeza.

—¿Cree que las necesito? —Piensa chica lista, has trabajado con abogados, sabes que cuando los hechos hablan solos no se necesita demostrar nada más. ¿Cómo era eso que decían? Si parece un pato, camina como un pato y suena como un pato, es un pato, nadie piensa que es un tipo disfrazado.

Tomé el teléfono, metí los documentos en mi maletín y me puse en pie. No lo hice de prisa, me tomé mi tiempo porque quería demostrarle que era yo quien marcaba el ritmo, quien decidía.

—Adiós, señorita Wilson. Espero no tener que verla otra vez.

—Yo tampoco.

Abrí la puerta y salí de allí. Stuff caminaba detrás de mí mientras enviaba un mensaje a nuestro piloto. Quería salir de aquella isla lo antes posible, tenía trabajo que hacer y una familia a la que regresar.

Irina

Estaba de camino a casa cuando recibí el mensaje de Andrey. Teníamos que reunirnos con los abogados de Miami para empezar ponernos a trabajar lo antes posible en el caso de Pamina. Llegué antes que él y la abogada Brown ya estaba haciendo todos los trámites que Andrey le había pedido. Lo que empezó siendo un caso de denuncia por dejadez y abandono de un menor, se había convertido en traspaso de tutela de dicho menor. Sí, la abogada estaba tan confundida como yo, pero, a diferencia de ella, no estaba sorprendida. Los Vasiliev somos personas que pivotamos, es decir, no nos aferramos a una única manera de conseguir las cosas, sino que buscamos alternativas de forma rápida.

Cuando Andrey llegó, entregó un dossier con documentación a la mujer. Y mientras ella procedía a extenderlos y a recolocar algunos marcadores, yo aproveché para hablar con mi primo, o abogado en esta ocasión.

—¿Por qué tengo la sensación de que tenemos prisa? —Andrey se inclinó hacia mí para que nuestra charla se convirtiera en privada.

—Porque Pamina está acogida en la casa de Danny, pero no puede hacerse cargo de ella totalmente.

—¿Y por qué está en casa de Danny?

—Porque su tía se largó con su novio dejándola sola. —Mis puños se apretaron con ira. ¿Qué clase de mujer deja a su suerte a una niña? No sabía lo que Andrey tenía pensado hacer con ella, pero no me merecía ninguna lástima.

—Entonces hay que moverse rápido, Pamina necesita un hogar y alguien que la cuide. — Andrey asintió.

—Muy bien, señora Hendrick, si usted firma en los lugares que marqué, pasaremos a tramitar la cesión de tutoría de la menor a su favor. —Andrey me dio su consentimiento ante las palabras de Brown y yo comencé a firmar.

—¿Cuándo podré llevármela a casa? —pregunté.

—Ni el estado ni asuntos sociales han intervenido en este proceso, la niña puede estar con usted desde el momento que lo decida. Nosotros nos encargaremos de registrar el cambio ante el juez para que se haga efectivo legalmente lo antes posible.

Miré a Andrey y este me sonrió. ¿Ya estaba hecho? Parecía que sí.

—Entonces vayamos a recoger a mi niña.

Andrey se puso en pie y esperó educadamente a que yo me levantase. Pude ver los ojos de Brown haciendo chiribitas. Sí, además de guapo e inteligente, mi primo era educado.

Capítulo 67

Irina

Danny estaba en casa cuando llegué. Ella y Pamina estaban haciendo algunas tareas en la mesa de la cocina. Bueno, Danny preparaba la cena, mientras Pamina terminaba sus deberes escolares. Le pedí a Andrey poder hablar yo sola con la niña, porque pensaba que sería menos violento si yo le explicaba la situación. A fin de cuentas, yo no era una total desconocida, pero Andrey, sí.

—Hola, Irina, te estaba esperando.

—Hola, Danny. Hola, Pamina. —Me senté a su lado en la mesa.

—Hola, Irina —respondió la niña. Bien, recordaba mi nombre.

—He oído que tu tía Hanna se fue de viaje sin avisarte.

—Eso parece.

—Sabes que eres demasiado joven para quedarte sola en casa durante mucho tiempo.

—Puedo apañármelas sola. —Me acerqué más a ella y la hice girarse para que me mirara directamente.

—Escúchame, Pamina. Puedes apañártelas como dices por un tiempo limitado. Pero un día la comida de la nevera se terminará, no tendrás dinero para comprar más, para ir al colegio, conseguir algo de ropa que necesites, el alquiler del apartamento, el agua, la electricidad...

—Todo es cuestión de dinero, lo sé.

—No, no es solo el dinero. Tiene que haber un adulto que cuide de que no te falte nada, que te proteja del peligro, que sea responsable de ti.

—Que firme mis notas, las autorizaciones, que me lleve al médico cuando enferme.

—Entre otras cosas, sí. Lo estás entendiendo.

—Tendré que volver a un hogar de acogida.

—¿Volver? —Sus ojillos me miraron tristes.

—Cuando salí del hospital, servicios sociales me llevó a un hogar de acogida hasta que localizaran a algún familiar que se encargase de mí. Pasé por tres hogares de acogida hasta que apareció Hanna. —Su mirada me decía que, durante ese tiempo, no le dieron lo que más necesitaba, un simple abrazo consolador. Acababa de perder a sus padres, necesitaba sentirse reconfortada y segura.

—Puede que lo veas como otro hogar de acogida, pero no quiero que sea eso. Te ofrezco mi casa, te ofrezco mi tiempo, te ofrezco seguridad. En resumen, te abro las puertas de mi hogar, de mi familia. —Su rostro se tornó sorprendido.

—¿Quieres... quieres que vaya a vivir contigo?

—Me gustaría que vinieras a vivir con nosotros, con mi marido y conmigo, aunque en el trato también entra el resto de mi familia. Nosotros nos cuidamos, eso es lo que te ofrezco. —Pamina lo sopesó unos segundos. Finalmente estiró la mano hacia mí para un apretón.

—Es un trato. —Le sonreí.

—Bien. ¿Qué tal si lo sellamos mejor con un abrazo? —Ella lo sopesó y asintió. La estreché contra mí con cuidado, tampoco quería asustarla.

—Sabes, eres la única que me ha dicho algo así. El resto solo me dio la bienvenida, como si todo estuviese ya hecho. Nunca antes me dieron la opción de elegir.

—Bueno, me gustaría escuchar tu opinión a menudo. Seguramente incluso te la pida. Y ahora

¿qué te parece si recogemos tus cosas y vamos a mi casa? Podemos invitar a Danny y Mo a cenar si quieres. —La niña me sonrió feliz y sorprendida a partes iguales.

—¿En serio?

—¡Claro! Aunque no lo creas, somos familia. Lejana, pero lo somos.

—¡Jo! Ya casi lo tenía todo listo —protestó Danny.

—Puedes dejarlo para mañana —sugerí.

—Mmmm. —Fingió pensarlo—. Vale, pero quiero algo rico. —Pamina y yo nos reímos sonoramente.

—¿Qué dices? ¿Pizza? —le pregunté a Pamina.

—¿Podríamos comprar quesadillas? Papá decía que a la abuela le quedaban muy ricas, pero yo no las recuerdo.

—Quesadillas entonces. Vamos a guardar tus cosas para que luego los chicos fuertes se encarguen de los bultos pesados. —Empezamos a caminar hacia la puerta. Danny protestó a mi espaldas.

—¡Ah! Por eso nos invitaste a cenar, querías que Mo te llevase las maletas. ¡Qué cara más dura! —Pero su sonrisa no decía que estuviese enfadada.

Phill

Quesadillas, ¿es que este hombre sabía hacer de todo? Era imposible pillarle en algo que no supiese hacer. Paul era una máquina. Agatha y él fueron a comprar todos los ingredientes para la cena en cuanto Irina llamó para preguntar si sabían hacerlas.

Ahora tenía a esos dos en la cocina, trabajando en perfecta armonía como si fuesen el equipo de un gran restaurante. Robin, Andrey y yo nos pusimos a preparar la mesa para tantas personas. Tenía que hablar con Irina, había que comprar más sillas, porque como lo de las visitas familiares se repitiese muy a menudo, este comedor se quedaría pequeño enseguida.

—Así que no es una adopción —preguntó Robin mientras ponía los cubiertos junto a los platos que Andrey estaba poniendo sobre la mesa. Ventajas de no poder hacer esfuerzos, a mí me tocaron los vasos.

—Se convertirán en tutores, bueno, Irina es la tutora legal. Si la convivencia se asienta adecuadamente, podremos pedir la adopción en un futuro.

—Eso suena bien. Pero su tía... —preguntó Robin.

—No tienes que preocuparte por ella, ya me he ocupado de que no dé problemas. —Robin entrecerró los ojos mientras lo amenazaba con un tenedor.

—Andrey... —Él alzó los brazos y sonrió inocentemente, o al menos es lo que intentó.

—Nada de daño físico, ni amenazas ni... Bueno, un poco de chantaje, sí. —Robin se acercó a su marido, lo agarró por la barbilla y le dio un agresivo y sexy beso.

—Cómo me pones cuando sacas ese lado malote tuyo. —Tuve que mirar para otro lado, porque, sí, podía parecer divertido, pero la cosa se iba calentando por momentos.

—Ejem... ¿Qué os parece si Nika y yo terminamos esto, mientras vosotros... os dais una ducha? —Cuando me volví hacia ellos, Robin ya estaba arrastrando a su marido escaleras arriba. Hormonas del embarazo, creo que alguien me explicó que las volvía un poco «lobas». Paul salía de la cocina en aquel momento. Los vio subiendo las escaleras y sonrió.

—Va a salir un niño muy cachondo. —Oír aquella palabra saliendo de su refinada boca me chocó bastante, pero no me sorprendió, ese hombre era una caja de sorpresas.

—¿Cómo sabes que será un niño? —Paul me dedicó una traviesa sonrisa.

—Intuición.

Ya teníamos dispuesta la mesa cuando mi mujer trajo a casa la nueva integrante de la familia, aunque no lo hizo sola, se trajo refuerzos.

—¿Ya está la cena? Tenemos hambre.

—Eh, eh, antes hay que sacar las cosas de Pamina del coche. —Mo puso cara triste, pero no sé hasta qué punto era fingida.

—Pero ya he cargado con ellas hasta el coche. Necesito cargar las pilas antes.

—La cena se enfría, así que, a cenar, después pueden seguir con la mudanza. —Esas fueron las órdenes de Paul y, como chicos obedientes, todos nos sentamos a la mesa. Robin y Andrey llegaron dos minutos después, como si hubiesen sido conjurados por la fuente de quesadillas. Pero antes...

—Bueno, antes de nada, es momento de las presentaciones. Yo soy Phill, el marido de Irina. —Pamina estiró su mano para darme un firme apretón.

—Encantada.

—Eh, ¿podrían ser un par de besos? Los apretones de manos son demasiado formales. —Ella asintió y yo me incliné para presentarnos como era debido.

—Mmmmm, qué bien huele. ¿Podemos cenar ya? —No, no era Mo sino Danny la que dijo aquellas palabras. Y tenía que darle la razón.

Cuando todos los residentes, temporales y habituales, de la casa nos sentamos a la mesa, aquello sí que pareció una auténtica cena familiar. La mejor manera de recibir a un nuevo miembro era reuniendo a la mayoría de la familia.

Capítulo 68

Irina

Pamina no tenía muchas cosas para acomodar en su nueva habitación, pero, aun así, solo sacamos su pijama para que pudiese dormir y algo de ropa para ir al colegio al día siguiente. No le asignamos la antigua habitación de Phill, porque había demasiados recuerdos y, no sé, me pareció que la habitación de una niña no debía tener esas «vibraciones sexuales».

Acomodamos todo en una de las habitaciones que tenía dos camas pequeñas, apropiada si algún día decidía traer a alguna amiga a dormir. Sacudí la cabeza ante aquel pensamiento, paso a paso Irina, paso a paso.

El día había traído muchos cambios para Pamina, así que no me extrañó que estuviese nerviosa cuando la acostamos en su cama. Phill, con su extraordinaria percepción de los estados de ánimo, nos dio el espacio y la privacidad que necesitábamos dejándonos solas. Así que allí estaba yo, sentada en la cama de una niña desubicada, intentando hacerla sentir segura.

—Sé que es un gran cambio, pero estoy aquí para escucharte. Cualquier cosa que te preocupe, que necesites o que simplemente quieras contar a alguien, yo estoy aquí. Y si yo no estoy disponible, siempre está Phill. Los dos sabemos escuchar.

—Yo... Me gustaría saber por qué lo hacéis. ¿Por qué queréis cuidar de mí? —Buena pregunta, pero ¿cómo podía responderla?

—Verás, para mí la familia ha sido siempre algo muy importante. Nos hemos sostenido los unos a los otros en los momentos difíciles y eso nos ha ayudado a continuar por nuestro propio camino. No hace mucho, yo vivía en Rusia y mi pequeña familia estaba sufriendo mucho. Mi padre estaba a punto de morir y mi hermano y yo veíamos cómo nuestra familia quedaba reducida solo a nosotros dos. Pero en aquel mal momento llegaron unos familiares que no sabíamos que teníamos y ellos nos ayudaron a pasar ese doloroso momento. Nos recordaron que la familia está siempre ahí, pase lo que pase, y que luchará a nuestro lado si es necesario. Me devolvieron la esperanza en el futuro, me dieron la oportunidad de crecer como persona. Y yo ahora quiero ofrecerte a ti la oportunidad de tener una familia así, con gente que caminará a tu lado para defenderte de los peligros y, si nos dejas, quererte.

—No... no me conoces, ¿cómo puedes decir que me quieres?

—Bueno, nos estoy dando la oportunidad de hacerlo, de conocernos mutuamente, pero algo me dice que merece la pena entregarte mi cariño. Si me equivoco, bueno, tengo al resto de la familia para arroparme.

—¿Tu familia es la que estaba hoy aquí? —Sonreí mientras acomodaba la sábana sobre su cuerpo.

—Los de hoy son una parte de ellos, con el tiempo conocerás al resto. No sé si todos llegarán a agradarte, pero tienes que saber desde ya que todos y cada uno de ellos hará lo que sea por protegerte.

—Escuché que viven en Las Vegas. ¿El resto también vive lejos, como en Rusia?

—Bueno, en Rusia ya no queda nadie, pequeña. La familia vive principalmente en Las Vegas, pero, aunque nosotros vivamos en Miami, nos veremos frecuentemente.

—Eso... eso es guay, ¿verdad?

—Yo creo que sí lo es. ¿Te gustaría ir a Las Vegas a conocerlos a todos?

—¿A Las Vegas? ¿Yo?

—Nosotros; Phill, tú y yo. Podemos coger un avión y volar hasta allí. Seguro que te gustará. La piscina de los abuelos es más grande que la nuestra.

—¿Abuelos? ¿Tus abuelos están en América?

—Bueno, los llamamos abuelos, pero realmente Yuri y mi padre eran primos carnales. Andrey, al que has conocido hoy, es hijo de Yuri, así que seríamos algo así como primos segundos.

—¿Entonces la pequeña Nika y yo seríamos primas terceras?

—Bueno, de momento solo seré tu tutora, no hay adopción de por medio, así que legalmente no seríamos familia, pero somos Vasiliev, pensamos que todo aquel que llega a la familia es uno más. Así que podemos decir que sí, si así lo quieres.

—Vaya.

—Y ahora es momento de dormir. ¿Quieres que te cante una canción como hacía mi madre conmigo?

—Soy muy mayor para canciones.

—Bueno, yo pensaba que serías mayor para un cuento, pero no para una canción. Pero si no la quieres... —Empecé a levantarme, pero la mano de Pamina se aferró a la tela de mi camisa.

—No... no, está bien. Cántame esa canción.

—Bien. —Yo no cantaba esa nana igual que mi madre, pero tampoco iba a confesarle eso a mi pequeña. ¿Por qué? Porque recordar a mi madre era duro y, aunque de todas maneras quería recordarla, a la vez quería crear algo nuevo para Pamina y para mí, algo que uniera el pasado y el futuro. Escuchando la música en mi cabeza canté.

*Mira dentro de mi corazón,
Y dile al invierno que se vaya,
El viento aúlla, pero tú me calientas,
El cielo gime, pero es nuestra primavera,
Pregunta a las nubes
Si nos dan sueños blancos...*

¿Cómo una nana podía hacer que mi corazón latiese más fuerte?

Phill

La voz de Irina no solo encandiló a Pamina, sino a mi corazón. Cuando mi mujer salió de aquella habitación, Pamina había caído presa del sueño y yo había sido seducido por una sirena.

—¿Dónde aprendiste a cantar así? —La dulce sonrisa de Irina me envolvió.

—Es una nana popular de Rusia. —La tomé de la mano y la pegué a mi cuerpo.

—No sé lo que decía, pero has hecho que sienta ganas de achucharte muy fuerte.

—Entonces hazlo. —Y obedecí su orden.

Pamina

Irina era extraña, para ser un adulto, quiero decir. Pero me caía bien, como todos los de esa familia. Eran tan... diferentes. Irina me hablaba como si fuera un adulto, no exigiendo u ordenando, sino explicando las cosas como eran, sin adornos, sin mentira. Andrey era algo más... formal, pero se notaba cuánto quería a los suyos, a su mujer, a su pequeña... Todos parecían estar pendientes de mí, de lo que necesitaba, pero no me agobiaban, parecían darme mi espacio. De

todos ellos, me gustaba mucho Danny, era divertida, aunque Phill... Él me hacía sentir bien. Parecía como si pudiese leer en mi corazón y saber lo que pasaba por mi cabeza, mis temores, lo que me gustaba, lo que necesitaba... En toda mi vida nunca había conocido a una persona así. Con él cerca me sentía, ¿cómo explicarlo?, es como esos cartones de huevos, donde cada uno está bien encajado en su hueco. Phill conseguía eso, que encontrase el hueco que me correspondía. Con él, todo parecía bien.

Parecía extraño, pero a su manera se parecían a papá y mamá, solo que Irina era como mi padre, y Phill como mi madre. Como dije, extraños, pero estaban bien así. Cerré los ojos y dejé que el cansancio y el sueño me llevaran. Por primera vez hacía tiempo, me sentía segura.

Capítulo 69

Phill

De no ser por las pequeñas molestias que aún sentía en el costado derecho, firmarí cualquier cosa por despertar así el resto de mi vida. Estaba tendido en nuestra cama, con Irina medio recostada sobre mi cuerpo, su cuerpo tibio calentando mi piel, la luz del sol entrando por la ventana, el silencio esperando a ser roto por el inicio de la jornada de un día normal y la tranquilidad de sabernos a salvo en nuestro hogar. Nuestro hogar. Esta enorme casa era más que un simple edificio, era un hogar, el lugar donde se reunía toda la familia.

Me moví con cuidado para no despertar a Irina y al mismo tiempo no lastimarme. Era hora de tomar mi medicación y ya de paso empezaría con los ejercicios de mi rehabilitación. Quería recuperar mi forma lo antes posible, porque ¿de qué sirve un guardaespaldas que no está en forma? De poco. Conseguí salir de la cama arrastrando el trasero sobre el colchón. Irina seguía dormida cuando salí de la habitación con la medicación en mi mano. Al llegar a la cocina, ya había allí alguien trabajando y no era Agatha, ella llegaría una hora más tarde. Y, definitivamente, tampoco llevaría una camisa de hilo perfectamente planchada bajo un delantal gris igualmente impoluto y almidonado. No, ese era Paul, y el que estaba desayunando en la barra de la cocina era su novio Stuff.

—Buenos días, señor Hendrick. —Stuff hizo además de levantarse de su sitio, pero yo fui más rápido y lo obligué a quedarse en su lugar con mi mano sobre su hombro. Y no, no fue él quien me saludó, Stuff tenía la boca llena en ese momento.

—Los dos trabajamos para los Vasiliev, Paul. No vuelvas a llamarme señor, con Phill es suficiente. —Paul me sonrió.

—¿Un café? —Me senté en la silla junto a Stuff.

—Me encantaría desayunar con vosotros, pero prefiero hacer mis ejercicios con el estómago ligero. Eso sí, ¿te queda algo de zumo para tragar esto? —Depositó el bote de pastillas sobre la mesa y Paul entendió.

—Eso está hecho. —Sacó un vaso grande y lo llenó con zumo recién exprimido.

—¿Qué tal habéis dormido? —Sabía que la habitación de la planta inferior no era demasiado grande para que la compartieran dos hombres, sobre todo aquella cama, pero Paul se negó a dormir en una de las habitaciones de la planta superior, algo sobre «cada uno en su sitio». Paul miró de soslayo a Stuff y este dibujó una sonrisa picarona. ¡Ah, estos dos! No quería saber nada más, tenía suficiente con imaginarles haciendo la cucharita. No tengo problemas con los homosexuales, pero existe un límite que un hetero no desea traspasar.

—Bien. —Eso, bien, sin más explicaciones. Cogí el vaso, tragué la pastilla y la llevé a mi estómago con el zumo. Hora de salir de allí.

—Me voy al gimnasio. Cuando llegue la hora de llevar a Pamina al colegio quiero tener el trabajo hecho.

Pamina

Esta vez no fue el despertador el que me sacó del sueño, uno bien tranquilo he de reconocer. No, esta vez fueron unos golpecitos seguidos por la voz de Phill al otro lado de la puerta.

—Arriba, dormilona, hora de ponerse en marcha.

Hacía mucho tiempo que no me despertaba con una sonrisa en la cara y había sido gracias a mi nuevo... ¿Cómo tenía que llamarlo? ¿Tutor? Sonaba mal. Phill, le llamaría Phill. Pues eso, Phill me había devuelto la ilusión matutina.

Me levanté de un salto y corrí a darme una ducha. Tener un baño para mi sola era un lujo, y más uno con aquella ducha. Mmm, ya estaba imaginando cómo sería bañarse ahí desde el mismo momento en que lo vi.

Me sequé rápido y me puse la ropa que habíamos preparado el día anterior para ir a clase y entonces la sonrisa que me miraba al otro lado del espejo desapareció. Ir al colegio. No es que no me gustase ir a clase, estaba bien, lo malo era Andreas. ¿Han oído hablar del acoso escolar? Pues yo lo vivía en mis propias carnes. Ese estúpido se cebaba con los más débiles, aquellos que no podían plantarle cara, y el cabrón lo sabía. Por eso yo estaba en su lista, porque siendo la chica nueva, no tenía amigos que me defendieran. Nadie daba la cara por mí. Mi única defensa contra un repetidor más grande que yo era correr. Conejito me llamaba, porque siempre buscaba alguna madriguera en la que esconderme de él.

Pensé en Phill y en lo que habíamos hablado la noche anterior. El colegio quedaba lejos de mi nueva casa, así que él se encargaría de llevarme y recogerme, o lo haría Irina. Al menos así no tendría que escabullirme durante el trayecto a casa y, con un poco de suerte, Andreas no tendría tiempo de alcanzarme antes de que me hubiese ido.

¿Que por qué no iba a decirles nada a Phill y a Irina? Porque quería que todo fuese bien y llegaran a adoptarme, y una niña problemática no es lo que quiere todo el mundo. ¿Que por qué no me cambiaba de colegio? Porque estábamos casi a final de curso y no merecía la pena. Pero podía aprovechar la oportunidad y dejarles caer que estaría bien que cambiase de colegio, por la cercanía y esas cosas. Solo tenía que aguantar un poco más y todo cambiaría, solo un poco más.

Cuando bajé a la cocina, Phill estaba sentado en una de las sillas de la barra de desayuno, terminando lo que parecía un plato de huevos y café. Tenía el pelo aún húmedo de la ducha, así que no hacía mucho tiempo que estaba allí. Irina llegó justo detrás de mí, así que casi saludamos al mismo tiempo.

—Buenos días. —Sincronización femenina, sí señor.

—Hola, chicas. ¿Listas para ponerlos a trabajar? —Escuché un bufido por parte de Irina mientras se sentaba a mi lado.

—Ya, tú sigue riéndote de nosotras, pero cada día se acerca más tu vuelta. —Irina sonreía mientras lo decía y Phill también. Entonces... ¿no era una pulla ofensiva? Lo dicho, eran raros, pero estaba bien, era divertido.

—Tendrás que seguir siendo tú la que traiga el dinero a casa, cariño. Tu pobre marido está todavía convaleciente.

—¿Cuándo tienes cita con el doctor? —Había preocupación en sus palabras.

—En una semana. A ver si ya me da el alta y puedo volver al trabajo. —Irina tomó el vaso de zumo que Agatha puso frente a ella.

—No pienso dejarte volver hasta que estés en buenas condiciones, así que no te ilusiones demasiado.

—Aguafiestas.

—Es por tu bien, cariño. —Lo dicho, eran raros, pero divertidos. Una podía acostumbrarse a esto.

—Más vale que os deis prisa, no querréis llegar tarde, ¿verdad?

—Nadie va a llegar tarde. ¿A quién hay que llevar y dónde? —Ese era ¿el tío Andrey?

—Tranquilo, nadie va a llegar tarde, estamos dentro del horario. —Andrey miró a Phill de forma muy intensa como diciendo «más vale que sea cierto». Agatha empezó a servirle el desayuno, como si ya supiese lo que quería desayunar.

—Todo controlado, primo. —Andrey asintió ante las palabras de Irina.

—Bien, pues será mejor que te prepares para el descontrol. —Irina levantó la vista hacia él.

—¿Qué quieres decir?

—La vista preliminar del juicio es en tres días.

—Y eso va a ser una falta de control porque...

—Lena va a venir mañana y no viene sola.

Capítulo 70

Irina

Que Lena llegara para esa parte de nuestro plan de venganza estaba previsto, el que no lo hiciera sola, bueno, ya nos estábamos acostumbrando a tener familiares de Las Vegas en casa a cada momento. Tan solo era que ahora teníamos a Pamina en casa. En fin, tendría que acostumbrarse a esto y cuanto antes, mejor.

Lo que sí tenía que hacer era estar preparada por si Pamina hacía preguntas sobre el juicio. No era plan que le dijera que la vengativa de Antonella había formado parte de una organización que había intentado robar a la familia Vasiliev por segunda vez y que había disparado a Phill porque él intentó protegerme. Como tampoco le iba a contar que teníamos un plan en marcha para vengarme de Antonella por todo lo que nos había hecho. Mejor... Mejor le decía que era una empleada a la que despedí que está desequilibrada, por lo que intentó matarme en represalia por su despido y que Phill se interpuso en el camino de la bala que iba a por mí. En cierta manera eso era cierto.

—Yo te acerco al club, Irina, me pilla de camino al bufete de abogados. Quiero ver cómo van las cosas con lo de la tutela y si han empezado los trámites para la adopción. —Pamina le prestó atención a cada palabra de Andrey.

—Bien, entonces iremos nosotros solos al colegio —puntualizó Phill.

Nos despedimos en la puerta del coche con un besito y a Pamina le di un pequeño abrazo también.

—Tu hermano y tú sí que os habéis tomado lo de crear una familia rápido con urgencia.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, hay cierta norma no escrita entre nosotros de que cuando encuentras a tu media naranja, el embarazo y la boda exprés llegan enseguida. —Embarazo, yo no podía darle eso a esta relación.

—Aquí no ha existido embarazo.

—Tampoco con tu hermano, pero como cambiasteis el orden, supongo que lo habéis compensado trayendo un niño ya hecho.

—¿El orden?

—Sí, primero el bebé y luego la boda. Los Vasiliev somos así.

—Y Serg y yo nos casamos primero.

—Sí, primero boda, luego enamoramiento y después un niño que come solito.

—Supongo que es la versión Sokolov de la tradición. —Andrey me sonrió.

—Sí, puede ser. Pongámonos en marcha. Tenemos un largo día por delante y ya tengo ganas de volver a casa con mis chicas. —¡Jesús!, si todavía estábamos en la entrada de la casa.

Phill

Llevé a Pamina a su colegio. Algunos padres dejaban a sus hijos junto a la entrada, otros niños llegaban en el bus escolar... Lo que sí noté era que todos eran gente modesta. Normal, el colegio estaba en un distrito humilde. Pamina estaba sentada a mi lado, en el asiento junto al conductor. No era plan de ir con chofer al colegio, gente sencilla, somos gente sencilla. Nuestra niña tomó

aire y empezó a salir del coche.

—Gracias por traerme.

—Es lo que debo hacer, no hay nada que agradecer. —Me dio una tímida sonrisa y cerró la puerta.

Avancé un poco el vehículo, lo justo para no estorbar pero seguir observando a Pamina. Lo que vi no me gustó nada. Parado en la puerta de entrada había un chico enorme, de esos que juegan en el equipo de fútbol. Esperó a que se acercara a la entrada para moverse y fue directo a por Pamina. Los hombros de mi pequeña se elevaron de manera protectora. Ahí iba a ocurrir algo. Estaba a punto de salir del coche, cuando la puerta de entrada se abrió y Pamina aprovechó esa distracción para entrar corriendo y poner distancia entre ellos. Esta vez se había librado, pero estaba seguro de que el muchacho no iba a desistir. Tenía que ponerle remedio.

Tuve la tentación de estacionar el coche, entrar en ese colegio y tener unas palabras con el director del centro, pero sabía que yo no era bueno con las palabras, no al menos con ese tipo de palabras. Soy un hombre de acción, soy de los que no tiene paciencia para la diplomacia, o tácticas negociadoras como las llamaría cualquiera de los Vasiliev. Andrey, él sí que sabría cómo hacer que las pelotas del director del colegio empequeñecieran. Y si era una mujer mucho mejor, porque el cabrón las hacía babear, al menos eso decía Irina que había ocurrido con la abogada que llevaba el asunto de Pamina; y la creía, porque no era la primera vez que lo había escuchado.

Los Vasiliev tienen su merecida fama en Las Vegas. Aunque yo empezase a trabajar para ellos cuando sus «aguas» ya se habían calmado, ya tenían un buen historial a sus espaldas. Así que hice lo único que no había pensado que haría nunca: acudir directamente a las altas esferas en busca de ayuda. Éramos familia, ¿verdad?, pues entonces a trabajar todos juntos. Cogí el teléfono y envié un mensaje a Andrey.

—*¿Cuál es la mejor manera de hacer que un director de escuela colabore?* —La respuesta no tardó en llegar, pero no fue un mensaje, sino una llamada.

—¿En qué te has metido?

—Hay un pequeño cabrón que le está haciendo bullying a nuestra pequeña. —Andrey permaneció en silencio un par de minutos. Al principio creí que se había cortado la comunicación, hasta que escuché de nuevo su voz—. Bien, voy a explicarte lo que como abogado sé. Primero tiene que haber una denuncia por parte de la familia, normalmente se empieza por notificarlo a la dirección del colegio para que tome medidas disciplinarias con el menor. Si no se toman, o son insuficientes, se procede a realizar una denuncia ante las autoridades policiales. Los hechos se investigan y se realiza un informe que se presenta en los juzgados. Dependiendo del peso del alumno infractor, es decir, de su familia, el colegio puede no llegar a tomar parte en ello. El proceso puede alargarse considerablemente, llegando muchas veces a tomarse medidas drásticas, ya bien sea por parte de los padres sacando al menor del centro, o bien por el mismo menor. —No necesitaba que me explicara qué medidas drásticas eran tomadas por el menor. Cuando estás acorralado y no hay salida, la única escapatoria es el suicidio.

—Comprendo. Por eso quería tener una charla con el director del centro. Me gustaría que se tomaran medidas lo antes posible.

—Esa podría ser una solución, salvo que es arriesgada y probablemente no consigamos los resultados que queremos o con la rapidez deseada.

—Suen a que no es la única opción.

—Nos queda nuestra manera de hacer las cosas. —Eso sonaba bien y mal a partes iguales.

—Son menores, Andrey.

—Lo sé. —Y aquellas dos palabras enviaron un escalofrío a mi espina dorsal. ¿En qué

demonios estaba pensando?

—Andrey, yo...

—¿Confías en mí?

—No es cuestión de confianza, sino de las líneas que estoy dispuesto a pisar para proteger a mi pequeña.

—No vamos a traspasar ninguna línea, Phill. Tan solo vamos a darle a ese matón un poco de su propia medicina. Además, tienes a tu abogado aquí para evitar cualquier problema legal.

—Espero que me hagas un descuento. Entre lo de la adopción, lo de la perra que me disparó y esto... tendré que trabajar toda mi vida para pagarte.

—Tranquilo, para la familia hay un precio especial. Favor por favor.

—Lo que necesites.

—De momento necesito toda la información que puedas conseguir sobre el caso.

—Cuenta con ello.

Capítulo 71

Phill

Había estacionado el coche y me había posicionado en el lugar que quería para esperar a Pamina. Nada más abrir las puertas del centro, todos, absolutamente todos, me verían allí apostado. Y no solo quería que Pamina me viera, sino que quería que lo hiciese el capullo del niño ese. Tenía el teléfono listo para sacarle un buen número de fotos y enviárselas a Andrey. Ya tenía en su poder el nombre del colegio, el del director y el de la presidenta de la asociación de padres. El resto tendría que averiguarlo al día siguiente. Si pudiese entrar en sus ordenadores y piratear... ¡Ah! Bobby. Marqué su número con rapidez.

—Bobby, podrías hacerme un pequeño favor.

—Dime.

—Podrías entrar en el sistema del colegio de...

—Para, para, si es por lo de tu niña ya le envié al jefe toda la información.

—¿Qué información?

—Ya sabes, las clases de Pamina, sus profesores, las notas, dónde compra el yogur el director del colegio, la marca de tampones que usa la presidenta de la asociación de padres, el número de pedos que se tira el profesor de educación física antes de ir a cagar... Ese tipo de cosas.

—¡Joder! ¿Podrías mandarme una copia?

—Estaba esperando a que me mandaras algún dato sobre el capullo del acosador para destripar su vida, así lo tendrías todo.

—Sí, bien. Entonces te conseguiré una foto y veré si puedo conseguirte un nombre.

—Bueno, he estado investigando en las redes sociales de algunos chicos y creo que tengo un puñado de posibilidades. Con la foto tendría suficiente. El resto te lo diré yo.

—OK, si no me gustasen las chicas te daría un beso.

—Estoy comprometido, pero se agradece el detalle. —El timbre de salida resonó en el interior del edificio en aquel momento.

—Te envió imágenes en unos momentos. —Colgué y preparé la cámara.

Como sospechaba, Pamina salió como un toro de su cajón, zigzagueando entre la gente como una auténtica profesional de la velocidad. El capullo del grandullón no tardó en aparecer. Aproveché el momento en que la buscaba entre la gente para sacarle unas buenas instantáneas. Pamina estaba más centrada en salir de allí que en buscarme, pero sus pies la estaban llevando a la zona correcta, muy cerca de donde yo me encontraba. El capullo la localizó y, como un tiburón que huele la sangre, se puso rápidamente en movimiento en busca de su presa.

¿Sabes ese momento en que un criminal va a cometer una fechoría, como robar un bolso, y de repente se da cuenta de que frente a él está la policía? Pues algo así le ocurrió al niño ese. Nos tenía a escasos tres metros cuando se dio cuenta de que yo estaba allí, que tenía a Pamina bajo mi protector brazo y que era mucho más fuerte que él. Gracias, doctor, por liberarme de la sujeción del brazo. No es que pudiese meterme en una pelea en aquel momento, pero ese mequetrefe no lo sabía. Y ya saben, este mundo se rige por las apariencias.

Envié las fotos a Bobby mientras guiaba a Pamina hacia el coche.

—¿Qué tal tu día de clase?

—Como siempre. —Estaba claro que ella no iba a hablarme sobre su problema, así que

tampoco le iba a decir yo que estábamos trabajando para solucionarlo.

Andrey

Como esperaba, la entrevista con el juez se desarrolló de forma normal. Irina acudió tal y como la pedí a la entrevista y después salimos juntos del juzgado con destino hacia casa. Me habría gustado llevarla a comer a algún lugar bonito aquí en Miami, pero había temas que había que tratar con algunos miembros de la familia y sería más fácil si estábamos todos en casa, porque las reuniones serían más discretas.

Estábamos Irina y yo sentados en el asiento trasero del vehículo, cuando llegó el informe de Bobby con los datos que faltaban. Eché un vistazo por encima, pero tuve cuidado de no dejarle ver nada a Irina.

—¿Problemas? —Alcé la vista hacia ella y le dediqué una pequeña sonrisa.

—Soy un Vasiliev, ¿recuerdas? No podemos tener un día completo sin un par de ellos en nuestra agenda.

—¿Y eso lo sabe Robin?

—¿Bromeas? Ella es mi problema favorito.

—Capullo.

—¡Eh!, esa boca. Tienes que dar ejemplo a tu hija. —Irina perdió la sonrisa.

—Solo soy su tutora, no su madre.

—Bueno, ya escuchaste al juez. Si pasas la inspección de la asistente social, no habrá ningún problema en que lo seas.

—No estoy muy convencida. —Me giré hacia ella para enfrentarla.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no somos una familia normal, Andrey. Yo dirijo un club nocturno, a mi marido le han disparado... Yo no dejaría a una niña bajo nuestro cuidado. —Tomé su mano y la apreté.

—Escúchame. Una buena familia es más que eso que tú ves. Vas a ofrecerle un techo, estabilidad económica y emocional, protección y, si no me equivoco, va a recibir mucho más amor que lo que estaba dispuesta a darle su tía. La asistente social verá eso. Verá unos ingresos estables, una casa cuidada y limpia, alimentos frescos y sanos en un refrigerador bien surtido, unos padres que se preocupan por las necesidades de la niña.

—No va a faltarle nada, es verdad.

—Y lo más importante, ella estará feliz.

—Eso espero.

—Ya lo verás.

Phill

Después de comer, Andrey y yo aprovechamos que Irina estaba charlando con Agatha, para sentarnos en un lugar apartado del jardín desde el que parecía que estábamos disfrutando de una cerveza fría mientras veíamos a Robin y Pamina chapoteando en la piscina con Nika. No había nada mejor que un bebé para hacer sonreír a una mujer, aunque tuviese 13 años.

—Andreas Coulson, 14 años. Es un repetidor negado con las matemáticas, pero bueno

derribando a los jugadores contrarios en el campo. —Me acomodé mejor en la silla.

—Así que ha sacado al jugador del campo para sentirse de alguna manera triunfador en la vida normal.

—Algo así. En el campo derriba y acosa y le vitorean, en el colegio acosa y persigue para sentirse igual de importante.

—Y en el colegio se lo permiten.

—Eso parece. El equipo del colegio lo tiene como una pieza fundamental de su juego. La verdad es que en el campo es como un mamut lanudo. Embiste todo lo que tenga delante y no hay quien le frene.

—Y ha escogido a mi pequeña de entre todos los alumnos del colegio.

—No es la única, pero sí que se ha centrado en ella desde que llegó nueva al colegio.

—Tenemos que pararle los pies.

—He estado trabajando en ello, solo me falta reclutar a algún voluntario.

—¿Yo no te sirvo? —Andrey chascó la lengua antes de contestarme.

—Eres demasiado viejo y debes mantenerte limpio para la adopción.

—¿En quién has pensado? —Una idea mala, muy mala, cruzó mi cabeza fugazmente. Ese loco no estaría pensando en involucrar a sus sobrinos, ¿verdad? Aquella maldita sonrisa suya creció antes de darle un trago a su cerveza. ¡Joder!, sí que iba a hacerlo.

—Confía en mí. De todas maneras, no estaría de más que busques un colegio nuevo para el próximo curso, porque no hay nada más inestable que el ego maltratado de un adolescente.

—Me pondré a ello.

Irina

—...por eso creo que sería mejor que tu hija ayudara en estos días. Con tanta visita habrá demasiado trabajo para ti sola y yo voy a estar muy ocupada para poder ayudarte.

—No habrá ningún problema. Nadia quedó muy contenta la vez anterior.

—Me alegro. Estarán aquí mañana, así que, si es mejor para ti, ella podría venir a primera hora para ir preparando las habitaciones. Esta tarde tú puedes ir de compras y aprovisionar el refrigerador. —Saqué la tarjeta de plástico del bolsillo para dársela—. Utiliza esta tarjeta para las compras, no es necesario que me entregues ninguna factura, porque puedo consultar los extractos de las compras vía online. —Agatha se quedó sorprendida.

—Yo... gracias. Es más cómodo que llevar dinero.

—Mientras justifiques los gastos, puedes usarla para cualquier necesidad que surja en el hogar. Y ahora, si quieres puedes ir a hacer las compras, creo que podré encargarme de esta manada de lobos hambrientos hasta que vuelvas.

—Oh, avisaré a Paul. Él quería venir de compras conmigo.

—De acuerdo, avisaré a Jesse para que os lleve.

Agatha se fue casi dando saltitos. Lo sé, el detalle de la tarjeta de crédito era un paso más que le decía que confiaba en ella. Había pasado la prueba con buena nota, así que era lógico darle esa libertad. Además, no le importaba quedarse alguna hora más cuando era necesario de forma imprevista; aunque se las pagaba como horas extra, aquella buena voluntad había que recompensarla de alguna manera.

Capítulo 72

Irina

El pequeño terreno frente a la entrada de la casa se fue llenando de coches. A medida que se incrementó el ruido de puertas cerrándose, las voces familiares, sobre todo la de Lena, llegaron a mí a este lado del cristal. Corrí hacia la puerta para ser la primera en recibirlos y mi sorpresa fue mayúscula cuando lo primero que encontré fue la sonrisa maliciosa de mi primo Viktor. Lo abracé contra mi cuerpo y lo estrujé tanto como pude.

—Ponle café y bizcocho a esto y será una bienvenida de las buenas. —La voz de Agatha llegó desde la cocina.

—También hay cacao caliente.

—Mmmm, amo a tu cocinera, ¿puedo robártela?

—Ah, ah. El bizcocho de Agatha solo se come en Miami. —Intenté llevarlo hacia dentro de la casa, pero esperó a un lado de la puerta a que pasara la persona que sostenía a un inquieto duende de ojos azules como los de su padre.

—Hola, tía Irina. —Me agaché para tomar a Tasha en mis brazos y acomodarla en mi cadera.

—Hola, cariño.

—He venido en avión. —Abrí los ojos y la boca de forma teatral.

—¡Madre mía!, ¿y qué te ha parecido?

—Se me tapaban los oídos. —Llevó sus manos a sus orejas para cubririlas.

—Ah, vaya. Creo que tengo un remedio para eso. Agatha, ¿tenemos chocolate *destapa oídos*?

—Agatha asomó su sonrisa por la puerta de la cocina. La pequeña Tasha ya estaba saltando hacia ella en cuanto oyó la palabra chocolate. Le tendió su mano y Tasha la tomó sonriente.

—¿Con galletas o con bizcocho?

—Los dos. —Contestó la niña y todos nos reímos mientras las dos desaparecían en la cocina.

—He creado un monstruo. —Katia se acercó a mí para saludarme con un beso, aunque su tripa se lo puso difícil.

—No, el mérito es mío. —Katia y yo nos giramos hacia Viktor—. Si malcrías a un Vasiliev, esto es lo que ocurre.

—Hola, tía Irina. —Anker me saludó con educación, mientras Dimitri esperaba su turno al tiempo que inspeccionaba los alrededores, seguramente buscando a la hija de Agatha.

—Hola. Anker.

Cuando Anker se dio cuenta de lo que estaba haciendo su hermano, puso los ojos en blanco

—No le hagas caso, es que está en esa edad en que no puede controlar sus hormonas. —Y eso me lo decía un niño de 13 años.

—Hola, Irina. —El saludo de Dimitri fue más rápido—. Voy a cambiarme para darme un chapuzón. —Lo decía mientras arrastraba una bolsa de ropa escaleras arriba. Lena me tomó del brazo y empezamos a caminar juntas en dirección a la cocina y el rico desayuno que Agatha había preparado.

—Acepta un consejo, no tengas hijos, crecen. —En aquel momento me di cuenta de algo, pero antes de poder remediarlo, el grito de Pamina llegó desde la planta superior, seguido de un «¡Joder!» por parte de Dimitri. Sí, los primos acababan de conocerse. Dimitri asomó su cabeza por la barandilla de la escalera.

—Tía Irina, hay una chica en mi habitación. —No tuve que llegar a contestar, porque la voz de Pamina le contestó a sus espaldas.

—Es mi habitación, cenutrio. —Dimitri se giró para contestar al insulto.

—¿Cenutrio? ¿Qué es un cenutrio? —Se escuchó un portazo después de un grito de frustración.

—Eso tengo que verlo. —Ese era un divertido Anker, que corrió escaleras arriba para no perderse detalle. Olvidé que aquella había sido su habitación cuando estuvieron la vez anterior. Hice un cálculo mental para reubicarles y entonces los números no cuadraron. ¡Oh, mierda! No tenía sitio para meter a toda la familia y eso que no estaban todos.

—¿En serio? ¡Eh!, yo no soy ni lento ni torpe —gritó Dimitri.

—No, lento no es. Mi hijo ya consultó en su teléfono el significado de esa palabra. —Lena se iba riendo mientras entraba en la cocina. Y no, ahí tampoco cabíamos todos. Viktor me miró y puso los ojos en blanco.

—Lo sé, lo sé. Estoy en ello. —¿De qué estaba hablando? Mejor no preguntar.

Anker

Fue divertido ver cómo Dimitri se salía de sus casillas. Pocas personas se atrevían a insultarlo y las que lo hacían acababan inconscientes en el suelo. Lo sé, es mi hermano y mataría por él, pero sé reconocer que está pasando por esa etapa de «soy el gallo del corral». Demasiado que demostrar, diría yo.

Sorprender a la pobre chica vistiéndose no había sido afortunado, o sí, depende de la vista que Dimitri hubiese disfrutado, aunque a mi hermano le gustaban más mujeres. A mí también me gustan las chicas de tetas bien grandes y las de nuestra edad... todavía están en proceso de desarrollo. Sé que Dimitri ya es un buen explorador de esos territorios y que ha dado el gran salto al sexo, quizás por eso persigue todo lo que lleve faldas. Yo soy un poco más selectivo, así que no me importa esperar a que llegue algo decente para estrenarme en esos mundos.

Desde que Irina nos ubicó en una habitación diferente, mi hermano no paró de maltratar su ropa y de refunfuñar. ¿Le dejaría el tío Phill golpear su saco de boxeo? Normalmente eso funcionaba para que sacara todo ese mal genio de encima.

El tío Andrey cerró la puerta de la habitación cuando nos dijo que quería hablar con nosotros sobre un asunto. Normalmente eran malas noticias, o temas serios, así que Dimitri y yo nos sentamos en una de las camas mientras Andrey se sentaba en la de enfrente.

—Chicos, tengo una misión para vosotros. —¡Ostras! Llevaba esperando este momento desde... toda mi vida, y hoy iba a ser el gran día. Y yo no era el único emocionado porque nos tomaran como adultos y nos incluyesen en los planes de la familia, Dimitri olvidó todo su enfado y esperó ansioso nuestras instrucciones. Familia Vasiliev, llegaban dos soldados nuevos a las trincheras.

—¡Sí! —gritó Dimitri.

—Ya habéis conocido a la nueva prima. —El entusiasmo de mi hermano se evaporó.

—¿Esa niñata repelente?

—Ahora es de la familia, así que ya sabes lo que significa.

—Sí, que no podré meterme con ella —puntualizó Dimitri.

—¿Cuál es el lema de esta familia?

—No se juega con un Vasiliev. —Andrey sonrió.

—Más importante que eso. —Entonces respondí yo, porque yo esa me la sabía.

—Lo importante es la familia.

—Eso es. Somos una familia que cuida y protege a los suyos.

—Ya, ya. He dicho que no voy a meterme con ella —agregó Dimitri.

—Es más que eso. Aunque acabe de llegar tenemos que ayudarla con sus problemas. —Dimitri se estiró

—¿Qué problemas? —Andrey sonrió y supe por qué. La vena protectora de Dimitri era más importante que el resentimiento infantil que pudo haberle provocado nuestra nueva prima, aunque también estaba el hecho de que teníamos una misión y la palabra «problemas» era lo que nos metería en aquello. Sí, Dimitri era un puñetero imán para los problemas, y si no llegaban a él, ya se encargaba de ir a buscarlos.

—Hay un chico en su colegio que la acosa y la atemoriza. —Andrey nos tendió su teléfono, donde aparecía la foto de un tipo enorme, aunque estaba claro que no era más mayor que nosotros, porque tenía cara de niño.

—Wow, es enorme. —Sí, tuve que decirlo, aunque fuese obvio.

—¿La ha hecho daño? —preguntó Dimitri.

—No lo sé, pero no voy a preguntárselo, porque ella nunca me lo diría.

—No quiere que sus problemas afecten a la familia —comprendí.

—Yo creo que está empeñada en no ser ella la que los traiga a casa. Supongo que piensa que si descubrimos que los tiene, Irina no quiera quedarse con ella.

—Eso es una estupidez —puntalicé—. No se echa a nadie de la familia porque tenga problemas, si no, hace tiempo que habríamos echado a Dimitri.

—Gilipollas. —Fue la respuesta de mi hermano a mi pulla.

—Bueno, ¿qué decís? ¿Le damos una lección al estilo Vasiliev a ese gorila? —Dimitri golpeó su puño contra la palma de su mano y sacó a pasear su sonrisa de macarra de discoteca.

—Me apunto.

Capítulo 73

Irina

—Me gusta lo que has hecho. —Viktor inspeccionaba con la mirada cada rincón del club, hasta que se detuvo más de la cuenta en un tubo de metal en una de las esquinas. Se le veía... ¿melancólico?

—Pensé que debía conservar algo de la esencia del club, pero le he dado algo de clase.

—Quiero ver la máquina que envió Bobby y los casilleros. —Asentí y empecé con el recorrido.

Podía entender que sintiera curiosidad por todo lo que había implantado en el club, revisar las cuentas y comprobar in situ cómo iban las cosas, pero, la verdad, siempre pensé que Viktor era más... ágil haciendo sus inspecciones. En esta ocasión parecía demasiado «meticuloso», aunque podía entenderle, se le escaparon algunos flecos y no quería volver a cometer el mismo error que casi acaba con la vida de Phill.

Pasamos toda la mañana revisando cada rincón del club y aún nos quedaba pasar por mi despacho, así que pedí a uno de los chicos que nos trajera algo de comida, porque nos llevaría un buen rato todo aquello. Una lástima, porque le había pedido a Agatha que hiciera algo especial para comer.

No es que no estuviese acostumbrada a comer comida para llevar, pero aquel día fue la peor idea de mi vida. ¿Qué mierda tenía aquel sándwich de atún?

—¿Estás bien? Te has puesto algo pálida.

—Creo que el atún me ha sentado mal. —Viktor se puso en pie de un salto.

—Al médico, ahora.

—¿Qué? No seas exagerado.

—¿Llevaba mayonesa?

—Sí.

—Entonces nos vamos a urgencias.

—Per... —Viktor estaba cerrando el ordenador y guardando los documentos a una velocidad vertiginosa.

—¿Has oído hablar de la salmonela? Pues no hay más que hablar. —Me sacó de allí a la velocidad de un cometa.

Viktor

Se suponía que debía mantenerla ocupada y distraída para que no se enterara de lo que ocurría con todo el plan de Andrey, así que revisar el club me pareció perfecto. Podía ser un cabrón meticuloso cuando me lo proponía, aunque he de reconocer que me sobró con dos horas para saber todo lo que necesitaba. Estaba conteniéndome el bostezo porque era la tercera vez que revisaba el mismo documento, cuando vi que Irina se retorció incómoda en su asiento y perdía el color en su rostro. Me preocupé enseguida, pero he de reconocer que me vino como agua en el desierto en aquel momento. La saqué de allí y la llevé al hospital. ¿Que por qué en el que trabajaba Danny? Porque además de ser el que conocía, allí tendría una aliada para demorar su estancia todo lo posible.

Así que allí estaba yo, tomando un café asqueroso, esperando en la sala a tener alguna noticia

de Irina. En eso llegó Danny con un termo debajo de su brazo.

—Pensé que lo agradecerías. —Observé a Danny mientras sacaba un vaso de plástico de uno de sus bolsillos y abría el termo. Solo el olor ya me hizo salivar.

—¿De dónde has sacado eso?

—Una doctora que conoces muy bien me ha dicho que podías tomar un poco de su café. Te traería una de las madalenas que hace María, pero has llegado un poco tarde. —Llevé el vaso bien lleno a mis labios y gemí en el momento en que mi lengua gozó con el perfecto sabor de un buen café.

—Mmm. Está increíble.

—Lo sé. Susan lo cuida como si fuese el elixir de la eterna juventud.

—Tienes que preguntarle dónde lo consigue.

—Lo haré. —Danny sacó otro vaso y se sirvió un poco de café para ella. Nos sentamos en una de las esquinas para tener algo de privacidad.

—¿Cómo van las pruebas? —Danny sonrió de forma traviesa.

—En cuanto les dije que querías un examen minucioso y que el dinero no importaba... Puf, fue como si llegara el presidente a hacerse un chequeo. He visto correr por los pasillos a media junta directiva del hospital.

—Pero no quiero que la hagan daño, ya sabes. Solo lo necesario para averiguar qué le sucede.

—Darán con ello, tú tranquilo.

Irina

No es que me gustara mucho estar en un hospital. Las dos últimas veces no me traían precisamente buenos recuerdos. La muerte de mi padre, el disparo de Phil... La puerta se abrió y entró un médico de unos cincuenta y pocos.

—Buenos días, señora Hendrick, soy el doctor Goldman.

—Doctor.

—Voy a realizarle una exploración en la zona abdominal y a hacerle algunas preguntas. —Otra vez lo mismo. Desde que entré en este hospital ya me habían visto tres médicos, contando con este. Había contestado casi las mismas preguntas a todos ellos, me habían sacado sangre, tomado la temperatura, la tensión, el ritmo cardíaco, la saturación en sangre... Y ahora esto—. ¿Ha mejorado desde que le pusieron la medicación? —Miré la vía aún insertada en mi antebrazo en la que habían puesto el gotero con la medicación. Menos mal que ya no estaba enchufada a eso.

—Parece que sí, estoy mejor.

—Bien. Voy a extenderle un poco de gel en la zona abdominal, estará algo frío. ¿Sabe si podría estar embarazada? —¡Zas!, eso sí que fue un golpe bajo a mis entrañas.

—Yo... yo no puedo tener hijos. —El médico arrugó el ceño.

—¿Está segura? —Empezó a mover el aparato sobre mi tripa.

—Sí. En Rusia me trataron por un embarazo extrauterino y no... no pudieron salvar... eso de ahí dentro, no recuerdo cómo lo llamaron.

—¿Cuánto hace de eso?

—Algo más de cuatro años. —El médico me preguntaba al tiempo que observaba detenidamente la pantalla y seguía moviendo el aparatito ese por todas partes.

—Bueno, la buena noticia es que la zona intestinal está todavía un poco inflamada, pero le daremos algo para solucionarlo y que las molestias desaparezcan. En cuanto a lo otro... me gustaría hacer unas pruebas más, pero salvo algunas cicatrices en la zona uterina, parece que el

resto está normal.

—¿Qué... que tipo de pruebas? —En aquel momento, el motivo por el que había ido al hospital desapareció de mi cabeza.

—Nada muy invasivo, tranquila. Si me da su permiso, empezáramos con una ecografía intrauterina, unos análisis de hormonas.... Algo rutinario. ¿Tengo su consentimiento para proceder? —Mi cabeza asintió sola, como si yo no tuviese nada que decir al respecto.

Andrey

Cuando recibí la llamada sonreí como un cabrón retorcido y maquiavélico. ¿Cómo decía Anibal Smith el del Equipo A? Me encantan que los planes salgan bien. Estaba en el colegio, llegando al despacho del director y vi sentados en las sillas de un lado a Pamina y a Anker. Ella parecía consternada y él sonreía como... como yo. Asintió hacia mí con satisfacción, confirmando que él se encargaba de cuidar a Pamina. Me presenté a la secretaria y después de llamar a la puerta fui invitado a entrar.

—Buenos días. —En el despacho estaban sentados a mi izquierda el pequeño matón y el que suponía era su padre. Misma cara, misma envergadura con algo más de tripa y misma expresión de «te voy a reventar la cabeza a golpes». A mi derecha, con una silla vacía de por medio, estaba Dimitri. Sostenía un papel con restos de sangre contra su labio y tenía la mejilla bastante enrojecida. No estaba quejándose y tenía una expresión satisfecha que creció al verme llegar. Y entendí por qué, el pequeño gilipollas tenía la cara peor que la suya, una muñeca vendada y, si conocía a mi sobrino, seguro que debajo de la camiseta llevaría una buena colección de golpes.

—Le agradezco que haya venido tan pronto señor...

—Vasiliev, Andrey Vasiliev.

Capítulo 74

Andrey

—¡Oh! Creía que era el padre del muchacho.

—No se preocupe, soy su tío, y me hago totalmente responsable de los daños que haya podido ocasionar mi sobrino.

—Pues va a tener que pagar y mucho. Su chico ha lesionado a mi hijo y no podrá jugar. — Interrumpió el padre del gilipollas. Gilipollas Padre, sí, le quedaba bien.

—Verá, señor Vasiliev, lo que el señor Coulson quiere decir es que Dimitri ha sido el causante de una trifulca en la que se le han causado un número de lesiones a su hijo. —El director intentó suavizar la situación.

—Vayamos por partes. ¿Por qué está mi sobrino en su despacho si él no está matriculado en este colegio?

—Porque inició una pelea en el colegio, señor Vasiliev. En la que se vio involucrado uno de nuestros alumnos.

—¿Es eso cierto, Dimitri, estabas dentro del colegio? —Dimitri me miró y negó con la cabeza. Tenía esa maldita mirada oscura de todos los Vasiliev.

—En el jardín de enfrente.

—Dígame, señor Campbell, ¿ese jardín pertenece al colegio o es terreno público?

—Por supuesto que pertenece al colegio, está delante de él.

—Piénselo bien, señor Campbell, porque es importante. ¿Es su bedel el que se encarga de segar el césped o son funcionarios públicos de la ciudad? —El tipo se calló como si le congelaran la garganta. Sí, intenta mentir, porque saber ese tipo de cosas formaba parte del plan.

—Lo siegan los funcionarios de la ciudad.

—Bien, en ese caso, la pelea tuvo lugar fuera de las instalaciones del colegio. Por tanto, lo apropiado en este caso es tramitar la denuncia ante las autoridades pertinentes, en este caso la policía de Miami. —En ese instante la cara del director tomó ese color blanquecino. Sí, gilipollas, acabas de ser sacado de la ecuación. Tú ya no tienes el control. Sus ojos buscaron por unos segundos al señor Coulson. Eso era un problema, porque le abrirían un expediente policial y si quería llegar a ser un jugador profesional, esa mancha podría frenar las ofertas.

—Yo no creo que...

—Comprendo, pensó que esta reunión de cortesía serviría para zanjar el asunto sin necesidad de recurrir a acciones más drásticas. —El director tragó saliva mientras estiraba el cuello, como si realmente esa hubiera sido su idea original.

—Exactamente.

—Bien. Entonces permítame llegar al origen de todo esto. Dimitri, ¿fuiste en busca de...? ¿Cómo se llama el chico?

—Él se puso gallito y me amenazó —contestó el mencionado.

—Andreas, por favor —interrumpió el director.

—Andreas, llegará tu turno enseguida. —Le increpé con falsa suavidad—. Continuamos, Dimitri. Fuiste en busca de Andreas o fue él quien se acercó a ti.

—Yo estaba al lado de mi hermano y mi prima, mandando un mensaje con el teléfono, cuando ese gilipollas llegó echando humo por las orejas y se lanzó a por Pamina.

—¿Es eso cierto, Andreas? ¿Fuiste al encuentro de Pamina? —El chico frunció su boca de forma despectiva.

—Tenía algo que hablar con ella. Pero ese idiota me cortó el paso y... —Levanté la mano para interrumpirle.

—Dimitri, ¿la actitud de Andreas hacia tu prima era amigable u hostil?

—Sin ninguna duda hostil.

—¿Llegó a tocarla o la amenazó verbalmente?

—La cogió por el brazo y la llamó conejito.

—Está claro que son cosas de críos. Seguro que son temas de enamorados. —Alcé una ceja hacia Gilipollas Padre. ¿Pretendía que me tragase eso?

—¿Y tú qué hiciste, Dimitri?

—Le dije que la soltara y que la dejase en paz.

—¿Y qué hizo Andreas?

—Me dijo que me largara y me empujó.

—¿Y tú qué hiciste?

—Le dije que de eso nada y le empujé yo a él.

—¿Y supongo que empezó con empujones y después llegaron los golpes?

—Sí. —La mirada torcida de Dimitri alcanzó al otro chico. Pude sentir cómo se encogió un poco en su silla. Sí, se hacía el valiente cuando sabía que no le lastimarían, pero Dimitri le había zurrado y bien.

—A mí me parece que es un caso de defensa, por lo que estamos en nuestro derecho de presentar una denuncia.

—¡Pero qué coño dice! —saltó Gilipollas Padre—. Su sobrino ha golpeado a mi hijo y lo ha lesionado, exijo un castigo y una compensación por los daños. —Ahí quería llegar yo.

—¿Daños? Es una simple pelea entre chavales. Han dado y recibido a partes iguales y, por lo que veo, no hay nada que no se vaya a curar en un par de semanas. Creo que ha sido una pelea equitativa.

—Aquí no hay equitativo por ningún lado. Esto ha sido algo injusto desde que su chico lanzó el primer golpe. Él debería saber que no se debe golpear a alguien más joven.

—¿Joven? ¿Igual que su hijo perseguía a una niña un año más joven que él? Sin mencionar que le saca una cabeza y más de 10 kilos.

—¡Ja! ¿Y su chico qué?

—Aquí mi chico tiene 14 años, igual que su hijo. Espero que no le haya confundido su altura. Muchos chicos de su edad sobrepasan el 1,70 m.

—Pero su chico sabe pelear, mire cómo le ha dejado la cara a mi hijo.

—Su hijo debería tener algo más de cerebro y no meterse con personas que pueden devolverle los golpes. Es más, no debería meterse con nadie.

—Eso es lo que dice su chico, seguro que fue él el que empezó todo esto. —El tipo se puso en pie para increparme. Yo permanecí sentado, moviendo los dedos en mi teléfono.

—Pues según los vídeos que ya circulan, parece ser que mi chico ha dicho la verdad en todo momento. —Mostré el teléfono para que todos vieran el vídeo que grabó Anker con lo ocurrido, y que me había enviado. El gilipollas estuvo conteniéndose las ganas de darle un manotazo y tirarlo al suelo, pero sabiamente se contuvo. Sí, gilipollas, no tendrías dinero suficiente para pagar los gastos de la demanda que te iba a meter si lo hacías.

—Eso... eso...

—Ya saben lo que dicen, una imagen vale más que mil palabras. Y ahora, señores, si me

disculpan, tengo obligaciones que cumplir. —Me puse en pie y até mi chaqueta con elegancia.

—No puede irse así —me recriminó Gilipollas Padre.

—Es verdad. Este asunto no está zanjado hasta que los chicos hablen. Ante todo, cuando la situación se descontrola, lo apropiado es que los chicos se disculpen por haberse dejado llevar por sus actos. Todo puede arreglarse de forma civilizada, no hace falta llegar a la agresión física. Créame, soy abogado, sé de lo que hablo. —Le hice un gesto a Gilipollas Padre para que saliera del despacho delante de mí y dejar que los chicos se dijeran lo que tuvieran que decirse. Escuché las palabras de Dimitri en aquel mismo momento.

—Si vuelves a ponerle un dedo encima a mi prima, volveré para romperte todos los huesos de las manos.

—¡Papá! —lloriqueó Pequeño Gilipollas.

—Su chico ha amenazado a mi hijo, pienso denunciarle. Tengo testigos. —Apuntó al director, el cual pareció empedalearse en su asiento. Me giré hacia el hombre y le miré fijamente.

—Eso no es una amenaza, señor Coulson, es una promesa. La amenaza llega ahora. Como su pequeño Andreas se acerque a mi sobrina, como esté a menos de un metro de distancia de ella, pienso meterle una demanda por acoso que le dejará en la ruina solo con los gastos de abogados y juicios. Y el colegio vigilará que se cumpla esa limitación, porque no querrá ser demandado de igual manera. Con mi familia no se juega y no querrán descubrir lo que ocurre si se les ocurre intentarlo. —Me giré hacia la salida.

No tuve que decir nada, Anker se puso en pie y ayudó a Pamina a levantarse. Los chicos caminaron detrás de mí para salir de aquel edificio. Hasta que llegó la voz de Pamina detrás de mí.

—Tío Andrey. —Me giré hacia ella.

—¿Sí?

—Yo... tengo clase. —Asentí.

—De acuerdo. Phill estará aquí para recogerte cuando termines. Y tranquila, ese impresentable no volverá a molestarte. Si lo hace, no tienes más que decírmelo. El director sabrá qué hacer con él. —Pamina asintió y empezó a caminar lentamente hacia la que supuse sería su clase a esa hora.

—¡Sí! —gritó Anker cuando ya estábamos fuera.

—¿Os apetece un helado? He oído que el frío ayuda a bajar la hinchazón. —Señalé con la cabeza su labio inflamado. Dimitri arrojó lejos el papel manchado.

—Pues yo he oído que lo mejor para las heridas es el alcohol. —Sabía por dónde iba el espabilado de mi sobrino.

—No tientes tu suerte. —Salimos los tres felices por el buen trabajo hecho. A Pamina nadie la iba a molestar más, porque ahora todo el colegio sabía que tenía una familia que la protegería. ¡Ahhhhh! Cómo echaba de menos la época del colegio. No, la de la universidad estuvo mejor, mucho mejor.

Capítulo 75

Irina

Viktor entró en la habitación de examen y se sentó en la silla junto a la camilla donde estaba sentada.

—¿Estás bien? —¿Lo estaba?

En mi cabeza ya no estaba la preocupación por la causa de mi dolor de estómago. No era salmonela, había sido el atún que estaría en mal estado. Lo que realmente mantenía mi mente dando vueltas era el informe médico que tenía en mis manos y que no hacía más que leer y releer. No es que entendiese mucho de términos médicos, pero sí que entendí las palabras que me dijo el médico.

—*Hay una noticia buena y otra mala.*

—*Primero la mala.*

—*El médico que la trató era un chapucero. La pared uterina está saturada de tejido cicatricial. Para que lo entienda, un óvulo fecundado tendría serias dificultades para encontrar un trozo de útero al que pudiese sujetarse y anidar. La concepción de forma natural sería algo así como un milagro. —Tragué saliva antes de preguntar.*

—*¿Y la buena?*

—*La buena es que las técnicas de fertilización han avanzado lo suficiente como para poder conseguir un embarazo si usted lo desea.*

—*¿Qué... qué quiere decir?*

—*Precisamente en este hospital tenemos a los mejores especialistas para conseguir una fecundación viable.*

—*¿Puedo... puedo tener un bebé? ¿Cómo?*

—*El método podría resumirse en tres pasos. Primero sacamos unos cuantos óvulos, después se fecundan en el laboratorio con el semen de su marido y después los implantamos en las zonas donde más posibilidades haya de conseguir que se enganchen. Un periodo de reposo hasta que el proceso se consolide y esperar a que el bebé crezca.*

Podía ser madre, podía ser madre. No era una mujer estéril, podía estar completa, podía engendrar vida.

—Sí, estoy bien. —Mi sonrisa creció—. Muy bien.

—Entonces vayámonos a casa. Tienes que descansar, órdenes del médico.

Mientras viajábamos en el coche de camino a casa, me sentía realmente nerviosa y no era porque no sabía dónde iba a colocar a toda esa gente para dormir, no era porque al día siguiente fuese el juicio preliminar contra Antonella. No, era porque esa misma noche, cuando estuviera a solas con Phill, iba a darle la noticia de que sí podíamos ser padres, que podía llevar en mi vientre a nuestro propio hijo. Y no, no iba a hacer de menos a Pamina, ya era parte de la familia y no me arrepentiría en ningún momento de haber dado ese paso y de los siguientes que quedaban por dar. Pero tampoco renunciaría a la posibilidad de concebir a un bebé de mi propia sangre y en mi propio útero.

Dimitri

Culpen a la adrenalina que aún recorría mis venas, culpen a mi cabeza loca y a mi falta de madurez, culpen a mi juventud. El caso es que merecía el maldito golpe que Pamina me atizó en la cara. ¿Que cómo ocurrió? Pues fácil. La acorralé en el pasillo, encerrándola entre mis brazos y la pared. Una jaula perfecta, una que me había dado buenos resultados en el pasado, pero que no lo hizo en esta ocasión.

—¿Qué haces? —me dijo.

—Cobrarle el favor. —Y la besé, porque merecía el maldito beso, porque había recibido un buen número de golpes por ella. Y mierda si no mereció la pena, porque ella sabía diferente. Sus labios eran inocentes, dulces y malditamente salvajes. No, no fue el beso el salvaje, sino el maldito mordisco que recibió mi maltratado labio.

—¡Ahg! —grité. Y después llegó el «¡plaf!» de su mano al chocar contra mi mejilla. No tuve tiempo de decir nada antes de que me gritara.

—Vaya una mierda de favor si esperas algo a cambio. —Y se largó, dejándome allí dolorido, confundido y escuchando la risotada de mi hermano a mi espalda.

—¡Ja, ja, ja! Te bajaron del pedestal, Dimitri. —Humillante que mi hermano lo viese.

—¡Cállate! —Me alejé en dirección a nuestra habitación, pero tenía razón. Soy un engreído porque soy lo que todas las nenas quieren, el trofeo que todas persiguen. Todas quieren probarme, todas quieren poseer mi culo... pero esta no. Que se fastidie, ella se lo pierde. Cuando crezca un par de años vendrá a buscar lo que ahora no ha querido, pero yo no voy a estar disponible, porque yo no olvido un rechazo; y mucho menos un mordisco y un bofetón.

—Cómo se entere el tío Andrey... —Me giré hacia Anker para enfrentarlo.

—Tú no se lo vas a decir. —Sabía que no lo haría, era mi hermano y teníamos un pacto no escrito de protegernos el uno al otro, incluso del resto de los Vasiliev.

—No, pero ella puede hacerlo. —Cerró la puerta a su espalda y quedamos solos en nuestra habitación.

—No creo que lo haga, ¿recuerdas? El tío Andrey dijo que no quería darle problemas a la familia.

—Sí, eso puede salvarte esta vez. ¿Pero en qué estabas pensando? Es nuestra prima —me recriminó.

—Adoptada, ¿recuerdas? No hay incesto ni nada de eso.

—No me refiero a eso. —¡Joder! Sí, sabía a lo que se refería, se respeta a la familia, se la protege, se la cuida. No se juega con uno de nosotros, y es lo que yo había hecho.

—Lo sé. No volverá a ocurrir.

—¿Ya abandonaste tu plan de seducción de la chica de la cocina? —Volví a sonreír.

—Soy realista, Anker. ¿Qué tendrá, 20? A mí me quedan 6 días para cumplir los 15, soy un crío para ella. —Anker me agarró por el cuello de forma juguetona.

—¿Cuántos tenía Ophra? Y eso solo fue hace cuatro meses. —Cabrón entrometido.

—Era Cleo y eran 18, señor cotilla.

—Pues parecía que tenía alguno más, tenía unas enormes... —Cogí la almohada y se la estampé en la cara antes de que siguiese por ese camino.

—¡Ahg! Cállate. No me acuesto con viejas. —Anker rompió a reír.

—Son todas mayores que tú, Dimitri.

—Megan Fox tiene 31 y tú tampoco le dirías que no.

—Megan Fox es Megan Fox, hermano.

—Ya, pues ya te llegará la hora en que todas serán como Megan Fox. Las hormonas mandan.

—Yo no soy como tú.

—Sí, ya. Eso pensaba yo hace 6 meses y mírame ahora. De repente un día te levantas de la cama y, puf, eres un perro en celo.

Phill

Es estúpido preguntar cuando sabes la respuesta. Dimitri llegó a casa con el labio inferior abierto y los puños algo pelados. Traía consigo una sonrisa de suficiencia que demostraba que estaba orgulloso del resultado de la pelea, así que podía imaginar que el otro tendría peor aspecto. Tampoco tenía que preguntar para saber que el problema del acoso de Pamina estaba resuelto, la sonrisa de Andrey también me decía que todo había ido como esperaba.

Encontré a Viktor saliendo de la cocina con una sonrisa y me extrañó, porque allí solo estaban Pamina y el hijo pequeño de Agatha haciendo sus tareas del colegio. Con su hermana y su madre trabajando de sol a sol en nuestra casa, no quedaba nadie que pudiese cuidar de él. Agatha pidió permiso para poder traerlo aquí y no vimos inconveniente en que lo hiciera. El caso era: ¿qué había ocurrido allí dentro? Viktor me entregó una cerveza fría y empezamos a caminar hacia el jardín, donde Katia intentaba coger a Tasha para ponerle un bañador seco. Ojalá se le quitara esa costumbre de corretear desnuda pronto, porque... En fin, que los niños crecían rápido.

—¿Has mirado los colegios de la zona? —No tenía duda de que Andrey había hablado con Viktor sobre lo de Pamina y sus problemas en el colegio.

—Los de esta zona son privados, pero he ampliado la búsqueda algo más.

—Yo valoraría la posibilidad de enviarla a un colegio donde ya conociese a alguien, así no tendría que ir sola otra vez. —¡Ah, mierda! ¿Así que era eso? Si fomentaba la amistad del hijo de Agatha y Pamina, podían ir juntos al mismo colegio. Era una buena idea.

—Sería una buena idea. Aunque no fuesen a las mismas clases, siempre podrían encontrarse en la hora del almuerzo y esas cosas. —Viktor sonrió.

—Pamina es solo unos meses mayor que Emil, van al mismo curso. Y lo de las clases... se puede arreglar. —Bebió de su cerveza mientras dejaba la frase en el aire. No necesitaba entender nada más, sus largos tentáculos harían lo posible para que así fuera.

—Entonces solo tengo que venderle la idea a Pamina.

—Yo ya iría haciendo el papeleo.

Capítulo 76

Irina

Hay veces que envidio la capacidad de conocimiento y entendimiento que tienen mis primos entre sí. Que Dimitri apareciese con la cara golpeada después de que ambos hermanos se fueran de «paseo» con Andrey, a mí, como madre, me habría salido el recriminar o al menos preguntar. Pero Lena no. Ella tan solo vio la cara de su hijo, que parecía orgulloso de su aspecto, miró a su hermano y alzó una ceja. Estaba claro que era un «¿qué ha pasado aquí?». Andrey solo asintió con la cabeza y ella respondió con lo mismo. Después, ni una sola palabra sobre lo que había ocurrido. No sé, parecía un «ha hecho lo que tenía que hacer» y un «no pregunto».

Menos mal que Geil no pudo venir esta vez, porque, si no, no habría tenido camas suficientes para acomodar a tanta gente. Seis habitaciones me parecieron muchas cuando llegamos aquí, y mira ahora. Paul y Stuff tenían la de la planta inferior, Phill y yo la nuestra, Andrey y Robin tenían una cuna de viaje en la que dormía Nika. Viktor y Katia lo mismo. Dimitri y Anker compartían la otra que tenía dos camas. Así que Lena tuvo que dormir en la cama libre de la habitación de Pamina. Al principio, mi niña estaba algo... cohibida, pero Lena sí que sabe cómo hacer que dormir en la misma habitación se convierta casi en una fiesta de pijamas para adolescentes. Tuvimos que sacar a Tasha a rastras de allí.

Viktor dijo que estaba buscando una solución, que resultó ser una cita con un arquitecto al día siguiente. No es que me tuviese que pedir permiso para hacer reformas en la casa, al fin y al cabo era suya, pero me gustó que me dijese que yo tenía que dar el visto bueno a los cambios que quería hacer.

Durante la cena, noté algo extraño con los dos hijos de Lena, pero no pregunté, porque estaba claro que eran cosas de chicos y lo que menos necesitaban era que una mujer, y mucho menos su madre, se metiese en sus asuntos. Pamina parecía algo abrumada con tanta gente desconocida a su alrededor, pero la tensión la iba abandonando gradualmente, al ritmo en que se daba cuenta de que los Vasiliev éramos intensos, pero normales.

Cuando llegó el momento de ir a la cama, mis nervios volvieron a tomar el control. Había llegado el momento.

—¿Aún te duele? —Phill estaba preocupado, todos se preocuparon cuando Viktor contó que tuvimos que ir a urgencias porque la comida me había sentado mal. Intentó no darle demasiada importancia delante de la familia, pero estaba claro que Phill aún estaba preocupado.

—El doctor dijo que recuperaría la normalidad en unas horas más, cuando la inflamación hubiese remitido.

—No te he preguntado eso. —No, Phill quería saber cómo me encontraba, no cuánto tiempo estaría en malas condiciones.

—Es tan solo una molestia residual, nada más.

—Pues parece que algo te preocupa. —Mi marido tenía un radar para ese tipo de cosas, al menos conmigo. Me senté en la cama, apoyando mi espalda en la cabecera, abrazando mis piernas con cuidado.

—Yo... tengo algo que decirte. —Phill dejó de quitarse la ropa, trepó sobre la cama y se acomodó a mi lado. No me abrazó, solo se quedó allí, con nuestros costados pegados, dándome esa sensación de «estoy aquí, pero no te voy a agobiar».

—Te escucho.

—El doctor me examinó, hicieron pruebas y... me dijeron que mi matriz estaba dañada, pero... que si yo estaba dispuesta a ello, existían métodos para que pudiese quedarme embarazada. —La mano de Phill buscó la mía para entrelazar nuestros dedos.

—Es una noticia increíble y puedo imaginar lo que está pasando en este momento por tu cabeza. No puedo decidir por ti, pero sabes que estaré aquí tomes la decisión que tomes. —Apreté su mano tanto como pude. Estaba asustada, porque de repente lo que creía como una verdad absoluta ya no lo era. Aquella pared que cerraba el camino a la maternidad acababa de derrumbarse, dejando una grieta por la que podía pasar si quería.

—No conozco con detalle cómo sería ese camino, pero si hay muchas mujeres que pasan por ello para ser madres, debe ser porque el resultado compensa.

—No sé hasta qué punto lo deseas, pero si decides emprender ese viaje, yo caminaré contigo. Si prefieres pasar de largo, no voy a recriminarte nada. Tú eres todo lo que quiero, el resto es solo un plus. No es lo mismo, pero piensa en la paga extra. La esperas, disfrutas cuando llega, pero no condicionas tu trabajo por ella, porque tu recompensa viene mes a mes cuando cobras la nómina por tu trabajo. —Lo estuve meditando un segundo, solo un segundo, porque conocía la respuesta.

—Quiero hacerlo. —Phill sonrió.

—De acuerdo. —Se recostó un poco mejor en el respaldo y esta vez sí pasó su brazo por mis hombros para acercarme más a él.

—Tenemos que pedir consulta al doctor...

—Sssshhhhh, relájate —me interrumpió Phill—. No vamos a empezar esto con estrés. Deja que pase el jaleo de mañana y que se vayan todos estos inquilinos sorpresa. Entonces nos pondremos en serio con ello. Quiero que estemos centrados solo en una cosa, sin distracciones.

—Vale.

—Y ahora, a dormir. Tienes que recuperar fuerzas para mañana. Va a ser un día intenso.

Síííí. Una enorme sonrisa maquiavélica se instaló en mi cara al pensar en ello. Antonella iba a descubrir lo que era el sufrimiento, la incertidumbre, la rabia y la impotencia. Todas y cada una de las sensaciones que me estrangulaban mientras esperaba una noticia del quirófano en el que estaban operando a Phill. Dejé que el calor de mi marido me acogiese mientras cerraba los ojos. Mañana. La venganza es un plato que se sirve frío y el mío ya estaba listo.

Antonella

Estar en la enfermería tenía sus ventajas, como el hecho de que Cruz estaba bien lejos de mí. Ya saben, por si quería terminar lo que empezó. Por lo que oí, la muy puta se había librado de todo, porque no habían conseguido descubrir quién me había apuñalado. Cuando me recuperase iba a ir ahí yo misma y a hacer que pagara. Eso, cuando me recuperase. Estaba cansada de estar recostada en la maldita cama de la enfermería, pero aún no podía volver a mi celda. El médico estaba mosqueado conmigo, porque pensaba que estaba fingiendo para alargar mi tiempo en la enfermería del centro, pero no era así. Estaba cansada y mis brazos y piernas a veces no hacían lo que les pedía, e incluso sentía algún que otro calambre.

No es que me apeteciese que el enfermero ese baboso me ayudase a vestirme, pero dejé que lo hiciera porque hoy quería estar presentable. Tenía la vista preliminar del juicio, donde el juez dictaminaría si mi caso se juzgaría o no. Pero no estaba nerviosa por ello, sino porque iba a ver de nuevo a la perra de Irina. Tenía que mantener la cabeza alta y demostrarle que fue mi decisión

hacer lo que hice y que por eso estaba allí, por eso y porque no me paré a pensar mucho en mi plan de huida. Error que no volveré a cometer. Podía tardar cien vidas, pero cuando saliese de allí, iba a ir a por ella, y esa vez sí que terminaría el trabajo. Iba a matarla, sin pensarlo siquiera y después seguiría mi camino.

Cuando entré en la sala del juzgado, todo el mundo estaba ya sentado. Bien, sentaba bien ser a la que todos esperaban. Busqué con la mirada hacia las mesas de los abogados. Estaba el mío de oficio, que seguía pareciendo igual de atontado. Estaba el abogado de la acusación, un tipo que estaba para saltarle encima, y a su lado estaban sentados Irina y Phill. Pues parecía tener mejor aspecto que yo, y eso que le metí una bala en el pecho.

Caminé hacia mi silla, mientras revisaba al resto de personas reunidas en la sala. No es que hubiese mucha gente, pero sí había alguien que me resultaba familiar. Había una mujer en el banco de detrás de Irina. Iba bien vestida, maquillada y parecía... importante. ¿Qué coño hacía esa mujer allí? Cuando se dio cuenta de que la estaba mirando, me dedicó una sonrisa y entonces la reconocí, era una de las enfermeras que me atendió en el hospital, la que parecía tan amable. ¿Qué mierda...? No me sonreía de forma agradable, sus ojos... sus ojos eran fríos y... me asustaron. Y de repente ellas dos se pusieron a hablar. ¿Qué mierda? ¡Ah, joder! ¡Esa mujer me había inyectado algo y estaba con Irina! ¡Y las dos sonreían! ¿Qué mierda me había metido?

Capítulo 77

Irina

Casi no hubo ni juicio. La grabación de lo ocurrido, la carta de despido firmada con fecha del día anterior... No habría sido necesario nada más para condenarla, pero ella misma se encargó de rematar la faena gritando a pleno pulmón cuando el juez golpeó el mazo y dio por cerrada la sesión. ¿Cómo se decía? Visto para sentencia.

—Perra tramposa, puta... —Dejé de escuchar su voz cuando los alguaciles la hicieron desaparecer tras la puerta.

Me mantuve serena en mi asiento, pero me costó. Y no era por contestar a sus insultos, sino por soltarle allí mismo que sí, que tenía razón, que era una perra vengativa y que todo lo que iba a padecer se lo había provocado yo. ¿Que qué había hecho? Algo retorcido, algo vil y abominable, pero no me arrepentía de nada. Ella casi me arranca a Phill de mi lado de la forma más dolorosa, y yo solo le estaba recompensando por ello. Había pedido que la inocularan una enfermedad, una que sabía que sería dolorosa, denigrante y que no tenía cura. Una cuyos análisis para ser diagnosticada serían igual de dolorosos. Y se los haría todos, de eso se encargaría la fundación de Lena, de costear todos y cada uno de esos análisis. Le suministraría todos los tratamientos existentes, porque quería que viviese esa maldita agonía tanto tiempo como pudiese. Ella casi me arranca la vida, pues yo haría que la suya fuese dolorosa y miserable.

Viktor consiguió el acceso a esas dosis que se inyectan a los ratones de laboratorio para contagiarles la enfermedad. ¿Para qué? Para ser inoculadas en nuestro ratón de pruebas. Dos dosis, las justas para asegurarnos de que se convertía en un sujeto portador. ¿De qué? De una de las peores enfermedades del siglo XXI, la esclerosis lateral amiotrófica, más conocida como ELA. Su vida iba a convertirse en un sinfín de pruebas hasta que se la diagnosticaran. Electromiografías, punciones lumbares, mielogramas de la columna cervical, biopsias de músculos y nervios, exámenes neurológicos... Si duelen con solo nombrarlos, no quieren saber lo que duele cuando te los hacen. ¿Y para qué? Solo para saber que la padeces. Los síntomas eran algo a parte.

Los pacientes con ELA sufrían de calambres o espasmos musculares, cansancio y pesadez de los músculos controlados por la médula espinal, parálisis, dificultades para comer e incluso hablar... Y en las etapas finales perdían la movilidad de forma absoluta y sufrían un fallo respiratorio. Y mientras todo ello sucede, todos tus sentidos siguen alerta y totalmente funcionales, y tu cabeza, tu cerebro, sigue trabajando y comprendiendo todo lo que ocurre a tu alrededor. Ese era mi regalo.

Llámenme diablo, sádica, asesina, pero volvería a hacerlo. Salí de aquel juzgado con el pecho lleno de agradables mariposas, porque a mi manera, a la manera Vasiliev, había hecho justicia.

Alguien dijo que las desgracias no vienen solas, pues las alegrías tampoco lo hacían. ¿Saben a qué arquitecto estaba entrevistando Viktor para el proyecto de la casa? Si, adivinaron, Mo, el marido de nuestra prima Danny. Y no, Viktor no tenía pensado tirar un par de paredes, lo que él quería...

—¿Tú qué opinas? —Mo tenía extendido un boceto sobre la mesa del despacho y no, no era un lavado de cara. Definitivamente aquello era una ampliación. Qué digo ampliación, era un nuevo edificio anexo unido al ya existente por un pasillo, era una maldita ala contigua a toda la casa. ¿Y

yo pensé que era grande? Pues ahora iba a ser el maldito Buckingham Palace versión Vasiliev.

—¿A cuánta gente tienes pensado alojar ahí?

—Solo a la familia. Para el personal de seguridad tengo en mente algo aparte.

—¿Pero cuántas habitaciones hay ahí? —Viktor sonrió.

—Eso es lo que Mo y yo estábamos discutiendo precisamente. La parte de arriba va a conectar directamente con las habitaciones de la casa ya construida, aunque hemos pensado poner un pequeño ascensor, por si los abuelos tienen complicado lo de subir escaleras. No, en serio. La ampliación contará básicamente con habitaciones en las plantas de arriba y abajo, así como un sótano para coches, una despensa más grande... A la cocina de ahora le vamos a hacer una pequeña ampliación, pero no va a tener un salón ni cosas de esas. Aquí vamos a lo práctico.

—Ya veo, ya. —Observé el boceto con el plano de la nueva casa y la unión a la ya existente. No había como tener dinero, uno hacía lo que quería, dónde quería y cómo quería.

—Mo tiene que preparar los planos y cuando esté todo como queremos, se encargará de las obras, los permisos y todo eso.

—Genial.

—Pero lo primero es la seguridad. Quiero que la edificación de seguridad esté terminada antes de empezar con esto otro.

—No habrá ningún problema.

—Bien, y ahora vamos a comer. Esto de organizar el mundo me da mucha hambre.

—Ya te digo —secundó Mo. De camino a la cocina, tiré del brazo de Viktor para preguntar algo que me moría por saber hacía tiempo.

—Una pregunta. ¿Si todo lo haces grande por previsión? ¿Por qué la piscina solo tiene 1,50 de profundidad? —Las cejas de Viktor se alzaron y me sonrió de forma picarona.

—Si me preguntas eso es porque no has tenido sexo en la piscina.

—¿Qué...? —Me dejó allí clavada. Sexo en la piscina. Mis ojos buscaron con la mirada a Phill. Tenía que resolver esa duda lo antes posible. Quería a toda la familia, pero ya podían estar yéndose para ponerme a investigar.

Lena salió de no sé dónde y me tomó por el brazo mientras caminábamos hacia la cocina.

—Espero que estéis en Las Vegas dentro de cinco días, es el cumpleaños de Dimitri.

—Cualquier excusa es buena para hacer una fiesta Vasiliev.

—Va a estar genial, incluso nos van a traer una tarta especial desde Chicago.

—Entonces es que será importante.

—Son los 15, Irina. A esa edad se les considera lo suficientemente mayor como para tomar decisiones y ser responsables de sus propios errores.

—El salto a la madurez, sí que es importante.

—Lo es. —Aferró un poco más mi brazo, me sonrió y alcanzamos al resto que estaban asaltando las fuentes con comida que Agatha había dejado preparada.

Lena

Irina era una Vasiliev, pero hay cosas que no todos tienen que saber. Yo lo sabía porque escuché más de lo que debía. A los 15 años, mi padre Yuri mató a los que habían intervenido en el asesinato de su hermano Viktor y su mujer Emy. Tardó cuatro años en prepararse para hacerlo, en convertirse en el hombre que devolvería el equilibrio a la balanza y, cuando lo hizo, sabía perfectamente las consecuencias que conllevaría, para él, para su vida... Era el único pilar que quedaba de su familia, era su obligación vengar a sus muertos y, al mismo tiempo, salvarse así

mismo, porque al tiempo que crecía, sus enemigos veían la amenaza en que se estaba convirtiendo. Pero él golpeó antes y golpeó duro. Con 15 años decidió su destino.

Como hicieron mis hermanos antes, al cumplir los 15 años los hombres de la casa se encerrarán en ese maldito despacho. Entrará un niño, un adolescente y saldrá un hombre, un nuevo Vasiliev.

Como madre intentas proteger a tus hijos tanto como puedes, pero llega un momento en que te das cuenta de que van a salir al mundo y tú no podrás estar con ellos a cada momento. Así que la mejor manera de que sobrevivan es obligarles a que empiecen a volar. Como hace un pájaro con sus polluelos. Algunos pensarán que son demasiado jóvenes, que es demasiado duro. Yo les digo solo dos palabras, son Vasiliev y ellos saben lo que eso significa. Un Vasiliev pelea hasta que cae, y cuando lo hace se vuelve a poner en pie y sigue peleando. Un Vasiliev no se rinde, muere peleando, como mi tío Viktor.

Capítulo 78

Irina

Revisé una vez más el neceser. Mi cepillo de dientes, la crema para la piel, mi medicación para el tratamiento de ovulación. Lo tenía todo. Sí, mi tratamiento para la ovulación. No pude esperar, en cuanto salí del juicio llamé al hospital para concertar una cita con el doctor. Aún tenían muy presente a Viktor, así que conseguí una cita para el día siguiente. Me hicieron algunas pruebas más y analizaron el semen de Phill. Sobre eso... estuvo bien la parte en que nos encerramos en aquella habitación para conseguir su muestra. Fue divertido, y a mi pobre marido le dejó todo calenturiento para el resto del día. Menos mal que llegamos pronto a casa y lo solucionamos. Así que allí estaba yo, con un tratamiento para producir más óvulos que extraerían, fecundarían e implantarían en los lugares adecuados. Pero tranquilidad, como decía Phill, sin estrés.

—Irina, ¿puedo llevar mis tareas del colegio? —Pamina asomaba su cabeza por la puerta de nuestra habitación.

—Claro que sí, pero no creo que tengas mucho tiempo para hacer nada. Solo estaremos dos días y regresamos, habrá demasiada gente con la que hablar, lugares que conocer... Tasha estará allí, y ya viste lo que revuelve. —Pamina sonrió al recordar a la pequeña.

—Sí, es un diablillo.

—Y también estarán Nika y Drake, a los que tendrás que conocer. Y a todos mis primos, mi hermano, su mujer... Somos mucha gente, seguro que no te queda un minuto libre. Además, es una fiesta Vasiliev, es imposible aburrirse.

—De acuerdo, los dejaré aquí. —Salió de la habitación, dejando paso a un Phill que llegaba para recoger mi maleta.

—Está asustada. —Me dijo cerca del oído.

—Puedo imaginarlo. —Con la que mejor se lleva es con Lena, tienen razón con eso de que dormir juntos estrecha lazos. Pero con los hombres de esta familia aún se siente cohibida.

—No puedes culparla por ello, a mí también me acojonan y eso que sé usar un arma.

—Exagerado. —Enrosqué mis brazos en su cuello para darle un pequeño beso. Sus manos se acomodaron en mi cintura por inercia.

—No, en serio. Aún aprieto el culo cuando tengo que hablar con Viktor o con Andrey.

—Deja que me encargue yo de cuidar a ese culo.

—Mmm, y ¿qué tienes pensado pedirme a cambio?

—Déjame pensar. ¿Lo has hecho antes en un avión? —Phill se mordió el labio inferior, la semilla de la tentación estaba echando raíces.

—No me tientes con cosas que no son posibles.

—¿Por qué dices eso?

—Porque tú estás en pleno tratamiento de ovulación, llevamos a una niña de 13 años sentada a nuestro lado y...

—Tonterías. Si llego a la consulta con un óvulo ya fecundado pues mira que bien, trabajo que les ahorro. Y viajamos de noche, Phill. Son seis horas de vuelo. Seguro que nuestra pequeña está dormida a los 10 minutos de despegar.

—Eres mala.

—Y eso te gusta. —Me apretó contra su cuerpo para que notara cuánto le gustaba mi lado diabólico.

—Será mejor que nos demos prisa. Aún tenemos que llegar al aeropuerto. —Me besó con energía y se fue veloz a recoger la maleta para llevarla a la planta baja.

Pamina

Las Vegas. Solo 13 años y ya estaba volando en un avión al otro extremo del país para ir a la ciudad del pecado. Pero no iba a ver nada de eso. Mi nueva familia era peculiar y tenían tanta energía y dinamismo que con solo mencionar una reunión con ellos y ya sabía que aquello iba a ser como ir a Disneyland. ¿Aburrirme? Imposible, pero me asustaba porque estaba segura de que iba a beber de todos ellos y saturarme, como cuando te pasas comiendo golosinas. Eso, aquella sobreexposición de familiares podía provocar un empacho, un terrible empacho.

Tomé aire y miré por la ventanilla del avión. Las luces de Miami se estaban alejando, dejando que la oscuridad nos envolviese. Las luces de la cabina se habían atenuado para facilitar el sueño de los pasajeros. Pasajeros, ¡ja!, solo éramos tres pasajeros en ese avión. Phill, que había ido al baño nada más despegar, Irina, que estaba sentada al otro lado del pasillo, y yo. Un aparato enorme para tres personas. El avión de los primos, me dijo Irina. Y yo pensando que mis nuevos tutores eran ricos por el sitio en el que vivían, ¡ja!, los que sí tenían dinero eran los primos de Las Vegas. ¡Un avión privado! ¡Toma ya! Y no se contenían a la hora de usarlo, qué va.

—Será mejor que duermas un poco. Mañana va a ser un día muy agitado. —Irina acarició mi pelo y me tendió una manta de viaje.

—Lo haré. —Dejé que reclinara mi asiento y me acomodé para tener una buena vista del cielo nocturno al otro lado de la ventanilla.

Puede que no quisiera ser demasiado obvia, pero la vi alejándose por el pasillo en dirección al baño del avión. No nació ayer, sabía lo que iban a hacer aquellos dos. La tía Hanna no era tan sutil, pero utilizaba trucos similares, al menos al principio. Sexo, iban a tener sexo, y seguro que habría muchos besos. Besos. Mi lengua se paseó por reflejo sobre mis labios, como si al hacerlo recuperara algo del sabor que tenía grabado en mi memoria. Dimitri era un idiota, pero tenía que reconocer que tenía buen sabor. Y era guapo. Muchas de las chicas de mi clase, incluso las que no me habían hablado nunca antes, se acercaron a mí para preguntar quién era el bombón de chico que me había defendido frente a la escuela. Mi primo, les respondí, y entonces empezaron a hablar sobre planes para estudiar, salir a tomar algo y esas tonterías, claros intentos de convertirse en mis amigas. No iba a picar. Bien podía darles un ataque de rabia, porque yo iba a continuar como hasta ahora, o mejor, ellas me ignoraron antes y ahora era mi turno de ignorarlas a ellas.

Sabía qué era lo que veían aquellas estúpidas en Dimitri y Anker, porque también hubo algo de curiosidad sobre él. Lo que veían era carne nueva y de primera, palabras textuales de una de las animadoras. Y tenía que reconocer que era verdad. Dimitri era un maldito imán para la vista. Alto, con un cuerpo bien trabajado, piel bronceada y con unas malditas pestañas oscuras que hacían resultar aquellos increíbles ojos verdes. Quien dijese que era feo era por asquerosa envidia. Pero era un idiota, así que la fantasía se fue a la mierda. Abría la boca o hacía aquellas cosas de macho del corral y tiraba abajo todo lo que su físico conseguía. Menos mal que yo ya estaba vacunada contra tipos estúpidos como él. Ya había tenido mi dosis de idiotas, grandes y fuertes para toda una vida.

Cerré los ojos y dejé que el sueño me acogiese. Las Vegas allá voy, trátame bien.

Epílogo

Irina

Como cada gran reunión familiar, los Vasiliev juntaron a un buen número de personas para celebrar el 15 cumpleaños de Dimitri. Por lo que le había entendido a Lena, el chico había hecho una auténtica despedida de los 14 con su hermano y algunos amigos. No quise preguntar, pero parecía que había habido cosas poco habituales entre chicos de 14 o 15 años, algunas de las cuales podían causarles algunos problemas académicos. El chico era algo salvaje, según me decía su madre, pero tenía una extraña confianza en que todo cambiara esa misma noche, como si celebrar su 15 cumpleaños fuese algo más que un simple cambio de cifra. No sé, parecía como si creyese que iba a convertirse en hombre, o algo así.

Cómo no podía ser de otra manera, nos acomodamos en la nueva casa de mi hermano. No necesitaba preguntar cómo la había conseguido, porque estaba segura de que habría sido una maquinación de nuestros primos. Una casa como aquella no podría conseguirla alguien con el sueldo de un entrenador de gimnasio, por muy bueno y muy profesional que fuese.

Cuando Pamina y Drake se conocieron, hubo como una especie de reconocimiento, como si ambos supiesen que ninguno de los dos había nacido dentro del seno de nuestra familia. Y eso me puso triste, aunque no porque no se sintieran aún miembros de pleno derecho, eso lo alcanzarían con el tiempo. No, lo que me entristeció fue que alguien tan pequeño como Drake tuviese el aplomo de alguien mucho más mayor. Había ocasiones en que le sorprendía mirando a las personas de una manera... No sé, parecía más un adulto que un tierno niño de 5 años.

El día lo ocupamos entre conocernos mejor, nosotros a la familia de mi hermano Serg, y él y los suyos conociendo a la mía. Y por qué no decirlo, Phill y yo conociendo a Pamina.

Por la tarde Lena, Katia, Robin, Sara y Mirna vinieron a buscarnos para ir de compras. Siete mujeres dispuestas a encontrar un vestido apropiado para una fiesta Vasiliev, bueno, seis mujeres y una niña que no sabía dónde esconderse. Pero ya conocen a Lena, si ella se proponía hacer algo, lo hacía, ya fuese comprar un vestido a una niña de 13, inocular una enfermedad mortal a una mujer con vigilancia policial, dirigir una fundación para ayudar a las buenas personas rescatadas por los Vasiliev o dar de comer a docenas de personas sin techo. Los Vasiliev son gente de contrastes, capaces de grandes actos nobles o de atrocidades vengativas. Los Vasiliev somos como los cactus: crecen en los climas más adversos, están cubiertos de pinchos, pero no son del todo malos, porque absorben la radiación de algunos aparatos eléctricos y en el desierto, si necesitas agua, pueden ser lo que te mantenga con vida.

Cuando nos reunimos toda la familia para la celebración, la casa de Yuri parecía un salón de convenciones más que una casa familiar. Los niños jugueteaban en el jardín con los perros, bajo la supervisión de sus madres, y los adultos hablábamos sobre lo último nuevo en nuestras vidas, todo bajo la atenta mirada del gran patriarca Yuri Vasiliev. Aunque pareciese extraño, había otras dos personas que parecían formar parte de la familia, pero que tampoco llevaban el apellido Vasiliev. Uno de ellos era imposible olvidarlo, era Alex Bowman, de Chicago. Y junto a él su esposa. Cómo pasaba el tiempo, no hacía tanto tiempo que había pasado por Chicago y él flirteó conmigo y mírenlo ahora, bebiendo el aire que envolvía a aquella pequeña mujer.

Percibí el momento en que algunos de los hombres fueron convocados. Mis tres primos varones, Dimitri y Yuri desaparecieron en el despacho de este último. Algo iba a ocurrir, podía

sentirlo en mi hormigueante piel. Lo supe en el mismo momento que vi el rostro de Dimitri cuando salió de aquel despacho. Ya no quedaba nada del muchacho risueño que había entrado allí unos momentos antes, aquel adolescente que sonreía y provocaba a Pamina con sus bobadas. No parecía que le hubiesen hecho daño, no al menos de forma física, pero sí que algo había ocurrido. Su rostro se había endurecido, toda aquella alegría infantil se había transformado en una fuerte determinación. Su forma de mirarnos, su postura, incluso su forma de caminar había cambiado. ¿Qué demonios había pasado allí dentro? Fuese lo que fuese, estaba claro que no había vuelta atrás.

Cuando llegó el momento del brindis, todos alzamos nuestros vasos en honor al cumpleaños. Sí, he dicho vasos. Niños y embarazadas con agua o zumo, los hombres, Mirna, Lena e incluso yo misma con vodka con miel.

—семьи! ¡Por la familia!

Y de un trago vaciamos todo el contenido. Me fijé en el rostro de todos los allí presentes y, si bien los hombres que entraron en el despacho estaban bastante formales, parecían estar orgullosos. Dimitri... Sus ojos nos miraron a todos, aunque advertí que al pasar sobre Pamina, su mandíbula se tensó, como si apretara fuertemente. Dejó que le sirvieran otra copa y volvió a vaciar el contenido de un solo trago sin que su rostro reflejara la quemazón del alcohol al bajar por su garganta.

—на дальние расстояния! ¡Para el largo camino!

Dimitri sopló la única vela del pastel, porque a partir de ese día solo habría una. Sentí el brazo de Phill pegándose a su cuerpo.

—Es una celebración, Irina. No tienes por qué llorar. —Mis dedos recogieron algunas lágrimas de mis ojos, al tiempo que trataba de sonreír.

—Ya es un hombre.

—Todavía no, pero parece ser que ya le han puesto en el camino para que lo sea. —Miré a Viktor y lo supe, Phill también lo había notado.

Puede que algún día yo tuviese un hijo al que poner a caminar por ese sendero, pero no quería pensar en ello, porque no tenía fuerzas para hacerlo. Lena era más fuerte que yo, porque su cabeza estaba alta todo el tiempo, manteniendo una postura estoica en la que no había sitio para las lágrimas. ¿Y esa era la mujer que unas horas antes se deshacía por un vestido azul?

Estaba claro que el futuro traería grandes cosas y los Vasiliev estaríamos preparados para todas ellas. ¡Por la familia!

Adelanto "Préstame tus lágrimas"

Es duro estar allí, viendo cómo una persona se derrumba, cae en ese pozo del que es imposible salir. Sientes el dolor como si fuera tuyo, pero sabes que apenas ves una pequeña parte de su sufrimiento. Se están rompiendo por dentro y no les importa nada lo que ocurra a su alrededor, porque nada es relevante. Percibes su alma que se va deshaciendo pedazo a pedazo, cada fragmento desprendiéndose y volviéndose polvo. Haces lo único que puedes, porque esa persona es importante para ti y no puedes permitir que desaparezca. Te aferras a ella y aprietas fuerte, intentado mantener allí dentro el último trozo de esperanza, de vida que aún queda dentro de esa cáscara casi vacía. Cuando sientes sus lágrimas caer sobre tu propia piel, sabes que has llegado a tiempo de salvarlo, que no todo se ha perdido, porque, aunque solo exista dolor, aún queda algo que merece la pena salvar.

Su aliento quemaba sobre mi nariz, demasiado alcohol en su organismo. Un inútil entumecimiento que no consigue hacerte olvidar tus errores, tus fracasos, pero que es fácil de conseguir, que siempre está a mano cuando quieres hacer que tu mente deje de funcionar, que tu cuerpo solo se concentre en sobrevivir, en respirar una vez más. No sientes nada, ni el agua fría que cae por tu cabeza y se desliza por tu cuerpo empapando la ropa.

Allí estaba yo, olvidando lo que me alejaba de él y lo que impedía que me acercara a una persona tan difícil. Apretando mi cuerpo contra el suyo, abrazándolo bajo una ducha de agua fría que hacía castañetear los dientes, pero me negaba a abandonarlo. Él tenía que regresar de ese viaje a ninguna parte, de ese lugar en que el vacío lo llenaba todo. Cerré los ojos, suplicando que Simon regresara a mí. Entonces sentí su cuerpo temblar y no era por el frío. Sus sollozos salieron estrangulados de su garganta, derramando el dolor que lo asfixiaba, y sentí que su cuerpo volvía a vivir. Sus brazos me envolvieron lentamente, como si despertaran de un largo sueño, y me apretaron hasta casi sentir mis huesos crujir.

Y nos quedamos allí, sin decir nada, él expulsando su dolor, llorando por todas las veces que no lo había hecho, yo dando gracias a Dios porque él volvía a sentir.

¡Préstame tus lágrimas!
Disponible diciembre de 2020 en Amazon,
gratis con Kindle Unlimited

Títulos de la serie “Préstame”:

- 1- ¡Préstame a tu novio!
- 2- ¡Préstame a tu cuñado!
- 3- ¡Préstame a tu hermano!
- 4- ¡Préstame tu piel!
- 5- ¡Préstame tu corazón!
- 6- ¡Préstame tu fuerza!
- 7- ¡Préstame tu sonrisa!
- 8- ¡Préstame tu calor!
- 9- ¡Préstame tu nombre!
- 10- ¡Préstame tu protección!
- 11- ¡Préstame tus lágrimas!